



# MAYA BANKS

*Algunos creen que el amor no durará para siempre.  
Ellos están dispuestos a desafiar todas las apuestas.*

# RESCATADA POR TI



SAGA DEVEREAUX III

**Lectulandia**

Para Zack Covington, Anna era la elegida. Hasta aquella noche que el destino alteró su futuro, cuando una devastada Anna desaparece sin dejar rastro, dejando a Zack agonizando y sin saber que le pudo haber sucedido a su amada.

Años más tarde, Zack trabaja para la empresa de seguridad Deveraux y descubre que su amada Ann podría estar viva, cuando finalmente la encuentra, Zack descubre que no queda nada de la mujer que él amaba. Los poderes que ella tenía han desaparecido y lo peor, Ann cree que Zack le traicionó años atrás.

Zack tiene muchos enemigos, y una vez que sus debilidades son descubiertas, Ann se convierte en el objetivo de ellos. Él tendrá que salvarla antes de perder su amor para siempre.

Lectulandia

Maya Banks

# Rescatada por ti

Devereaux - 3

ePub r1.0

Titivillus 18.11.16

Título original: *Safe at Last*  
Maya Banks, 2015  
Traducción: Scheherezade Surià

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# Uno

Zack Covington hervía de impaciencia mientras aguardaba a que el jefe de equipo le diera luz verde. No sabía exactamente qué sucedía en el sótano de la McMansión — bastante parecida a la casa que antaño imaginó que construiría para la chica con la que esperaba pasar el resto de sus días—, pero sabía que no era nada bueno.

Lo había aprendido a las malas. Había crecido en un pueblo a orillas del lago Kentucky y pensaba, igual que la mayoría de los lugareños, que allí eran inmunes al mal. Él estaba más seguro de eso que la mayoría porque su padre era el jefe de la policía y había crecido sabiendo que su trabajo era procurar la seguridad del pueblo, por pequeño que fuera.

Sin embargo, había fallado en el caso de Gracie. Todos le habían fallado y Zack el primero. La negativa de su padre a emplear los recursos del condado en alguien que no perteneciera a la comunidad había provocado un distanciamiento entre ambos que hasta ese momento no habían podido solucionar.

Y nunca se solucionaría.

Zack suspiró mientras contemplaba esas casas imponentes, los coches caros, las piscinas que había al otro lado de las vallas y los immaculados jardines ornamentales. A esas familias adineradas que vivían en aquella comunidad con una seguridad de primera, les aterrorizaría saber que la maldad estaba al acecho. La ironía del asunto era que ese rico vecindario había sido votado como el más seguro y envidiable en la zona metropolitana de Houston. De hecho, estaba entre los cinco primeros del estado de Texas y entre los veinte mejores del país. De modo que, sí, aquella gente estaba convencida de estar a salvo.

Pero él sabía que no era así. Ahí dentro había una chiquilla, una niña. De acuerdo, tampoco había que pasarse, no era una niñita porque solo tenía dos años menos que su Gracie. Joder. No era el momento ni el lugar. No había tiempo para que el pasado interfiriera en el presente. Además, Gracie ya no era la chica de dieciséis años preciosa e inocente a la que había querido con toda su alma hacía diez años. Ahora tendría veintiocho años... si estuviera viva. Y ya no era su Gracie; no era su nada.

No había sido capaz de salvarla y sí, tal vez le había fallado, pero no estaba dispuesto a fallar a esta chiquilla de grandes sueños. Sobre todo porque las dos personas que consideraba más importantes en la vida, o al menos las que deberían ser las más importantes, le habían defraudado de todas las maneras posibles.

Alyssa Devereaux fue una bailarina muy prometedora desde una edad muy temprana. Su madre se enorgullecía muchísimo de que participara en los recitales de parvulario y recibiera tantos aplausos y alabanzas regionales y nacionales. Años después, cuando la exigencia de sus entrenamientos empezó a entrometerse en la vida

social de sus padres, Alyssa dejó de ser una prioridad para ellos.

Hasta que su padre recibió las primeras amenazas, dirigidas a Alyssa.

Los Devereaux tenían cinco hijos: Alyssa estaba en el medio, entre dos hermanos mayores y dos hermanas pequeñas. Cuando Howard Devereaux llamó a la DSS, a Zack le molestó que el hombre pareciera enfadado no porque hubieran amenazado a su hija, sino por no ser él el objeto de la amenaza. No ser tan importante como su hija era un revés para su ego.

Era un cabrón pomposo y arrogante que no debería tener hijos; su mujer no era mucho mejor. Zack envidiaba la vida que tenían, la vida que antaño soñaba tener: un hogar feliz y lleno de niños. Pero en lugar de eso, a esa pareja le preocupaba más su posición social que el bienestar de sus hijos.

Habían contratado a una niñera; era ella quien acudía a los partidos y a los recitales de danza, y quien proporcionaba el amor y el apoyo que los padres deberían darles. Y ahora estaba muerta. Le habían disparado al tratar de proteger a uno de los pequeños Devereaux cuando los hombres enmascarados entraron en el auditorio donde se celebraba el recital, tras cortar la luz y producir un revuelo instantáneo al empezar a disparar.

¿Y el padre? Se había tirado al suelo como el cabrón cobarde que era; se había escondido detrás de su mujer mientras la niñera salvaba a su hijo. Zack tenía ganas de dispararle entre ceja y ceja por ser tan cabronazo.

Howard y Felicity Devereaux no habían ido para ver brillar a su hija. Estaban allí porque la hija del presidente de otra compañía petrolífera también actuaba y Howard estaba en negociaciones para fusionar ambas empresas, ya que la competencia iba a jubilarse y quería asumir el mando de ambas empresas y expandir su *imperio*. Ni siquiera se habían sentado al lado de sus hijos; habían dejado a la niñera a cargo de los niños mientras ellos estaban en la última fila hablando de negocios al tiempo que bailaban sus hijas.

El objetivo había sido Alyssa y ella era responsabilidad de Zack. Era responsabilidad de la DSS, pero él había estado más cerca de evitarlo. En el caos que se produjo, una mujer histérica le había cortado el paso hasta Alyssa, que estaba a unos pocos metros, y la secuestraron en un golpe ejecutado con suma profesionalidad.

No era obra de aficionados y Zack se preguntaba por qué se habían esforzado tanto para secuestrar a la hija de un magnate del petróleo tan prominente cuando ese hombre no tomaba ninguna precaución de seguridad. Si hubieran investigado a Howard Lofton y fueran a por un rescate, él hubiera sido la primera opción.

Lofton daría lo que fuera por su propia vida, pero ¿por sus hijos? Hasta Zack sabía la respuesta aunque no conocía al hombre desde hacía mucho. Odió a Lofton en cuanto lo vio por la mala gana con la que pagó por proteger a su hija solo para guardar las apariencias. Bueno, y para que no se supiera que había hecho caso omiso a las amenazas a su hija y, sobre todo, que tenía un ego del tamaño de una catedral.

Al otro lado del auricular seguía habiendo silencio y ya había esperado demasiado tiempo; se le agotó la poca paciencia que le quedaba. A la mierda. Iba a entrar. Tal vez a los Lofton no les importara su hija, pero a él sí y no pensaba quedarse de brazos cruzados porque cada segundo que pasaba podría marcar la diferencia entre la vida y la muerte.

Con sigilo se acercó a la ventana del cuarto de invitados. DSS había conseguido los planos de la urbanización; todas las casas estaban cortadas por el mismo patrón. Pasó una navaja por debajo del marco de la ventana para aflojar los pestillos. Cuando consiguió levantarlos, susurró al comunicador: «Estoy dentro».

Ignoró los tacos de Dane y oyó a Eliza musitar un «Ya era hora» mientras Capshaw y Renfro permanecían en silencio.

Entró en el dormitorio con facilidad, desenfundó la pistola y colocó el silenciador con una mano mientras con la otra cogía una granada de aturdimiento. Se sabía el plano al dedillo porque se lo había estudiado hasta grabarlo en la mente.

Salió del cuarto y se adentró en aquella casa siniestra y a oscuras si bien se oía el sonido de un televisor al fondo. Sus compañeros cubrirían la parte delantera. Su objetivo era la planta inferior y se centró en ella completamente.

Vio una sombra por el rabillo del ojo e inmediatamente pegó la espalda a la pared: un hombre apareció por una esquina y venía hacia él. Le echó un vistazo y supo que no vivía en la casa. Vestía pantalones militares y una camiseta negra; llevaba una pistolera al hombro y varios cuchillos Kevlar a la cintura. ¿Qué querían estos tipejos de una chica de catorce años? ¿Acaso se trataba una banda especializada en trata de blancas? De ser así, ¿por qué ella en concreto? En el recital había más de veinte chiquillas con edades comprendidas entre los ocho y los dieciocho años. En el caos que se desató tras el asalto, podrían haber secuestrado a varias.

Zack cogió su pistola cuando el hombre le vio e hizo lo mismo, pero él jugaba con el elemento sorpresa. El tipo cayó muerto con un golpe que rompió el silencio.

—Uno menos —susurró al transmisor—. Estos tíos son especialistas. Andaos con ojo.

—Joder, Zack —le espetó Beau—. Espérate a los refuerzos.

—Alyssa no puede esperar —gruñó él acercándose a las escaleras al fondo del pasillo. Se detuvo a los pies de estas y miró hacia abajo aguzando el oído para ver si captaba algo. Lo que oyó le heló la sangre.

Era un llanto apagado, un sonido de dolor y desesperación que le desgarraba el alma.

Se contuvo para no echar a correr, se esforzó por bajar poquito a poco, asegurándose de no hacer ruido aunque su instinto le decía que irrumpiera y se cargara a los cabronazos que habían secuestrado y herido a la inocente chiquilla.

Se detuvo a los pies de la escalera porque no había mucho espacio entre ella y la pared. Tendría que doblar la esquina para acceder al salón en el que retenían a Alyssa, donde aún se oían los sollozos.

No podía activar la granada porque podría tener consecuencias desastrosas para ella. Los secuestradores podían ejecutarla en el acto si se daban cuenta de que les habían descubierto. Como les creía profesionales, suponía que ya habían estado expuestos a estas granadas y serían capaces de soportar sus efectos y defenderse al mismo tiempo. Hasta podrían abatir al enemigo.

Inspiró hondo sin hacer ruido, agarró el cuchillo con la mano izquierda y la culata de la pistola con la derecha acariciando el gatillo. Lo que vio se le quedaría grabado en la memoria hasta el día de su muerte.

Alyssa, ensangrentada, llena de moratones, con el semblante pálido y los ojos vidriosos por el dolor y las lágrimas, estaba esposada a la base de la chimenea de ladrillo. Era algo sacado de una película de miedo inspirada en la época medieval.

Pero lo peor fue descubrir quién la torturaba.

Zack no se movió. Ni siquiera se atrevió a respirar con la esperanza de que la chica que le acercaba el cuchillo al cuello no reparara en su presencia y le rebanara la garganta.

—¿Por qué me estás haciendo esto, Lana? —susurró ella atragantándose con las lágrimas mientras miraba a su torturadora—. ¡Creía que éramos amigas!

—Pues porque sin ti, yo seré la mejor y no tú —le espetó—. Todo gira siempre a tu alrededor. Estoy harta de oír lo buena que eres, el talento que tienes y el futuro prometedor que te espera. ¿Y qué dicen de mí? Que soy una segundona. Que voy detrás de ti. Siempre en segundo lugar. Pero ahora seré la estrella y nadie se acordará de ti.

Joder. Zack reconoció a la chica. Había actuado antes de Alyssa y aunque su talento era evidente, en cuanto Alyssa apareció en escena quedó claro que era mucho mejor que ella.

El odio que sentía esa chiquilla por ella era patente en su voz. Ese tono triunfal le ponía enfermo. A Alyssa le resbaló un hilillo de sangre por el cuello y sollozó, más de miedo y desesperación que de dolor.

Lo más horripilante era que esta chica no podía haber organizado un plan con tanta perfección ni conocer a esos hombres, que perpetraron el golpe de una forma tan profesional, lo que significaba que sus padres no solo sabían lo que pasaba en el sótano de la casa, sino que muy posiblemente habían orquestado todo el asunto.

Zack tenía que actuar deprisa. Se le daba muy bien estudiar a las personas y sabía que esa adolescente celosa mataría a Alyssa si no intervenía ya. No quería matar a una adolescente, a una niña. No, no era una niña, era una psicópata de sangre fría que no tenía reparos en eliminar a alguien a quien consideraba su competencia.

Y de repente se quedó sin elección porque Alyssa le vio y puso los ojos como platos, con lo que delató su presencia. Por suerte, Lana bajó el cuchillo y se volvió, pensando tal vez que fuera uno de los hombres que la habían secuestrado. Pero en cuanto lo vio, levantó la mano con la que sostenía el cuchillo y lo miró con tal frialdad que sintió un escalofrío. Se dio la vuelta y dirigió el cuchillo al pecho de



Alyssa.

Todo pasó en una fracción de segundo, pero le pareció que sucedía a cámara lenta.

Alyssa gritó al tiempo que forcejeaba para evitar la punta del cuchillo. Zack disparó y le acertó en el brazo por encima de la muñeca, lo que le hizo tirar el arma. El grito de Lana fue como el de Alyssa, pero a pesar del dolor que debía de sentir, siguió adelante con su particular venganza.

Se abalanzó sobre Alyssa para arañarle la cara con una mano mientras la otra le colgaba inútilmente a un costado.

¡Joder!

Se le echó encima y cogió a la arpía por el pelo para apartarla. Por los auriculares oyó dos voces que le preguntaban el estado de la cuestión. Hizo caso omiso; le preocupaba más proteger a Alyssa de más daños en caso de que bajara alguien que no fuera de su equipo.

—¡Te mato! —gritó Lana, volcando toda su rabia en Zack.

De repente esa ira se volvió triunfal al mirar a Alyssa con malicia.

—Para ti ya es tarde de todos modos —le dijo, engréida.

Zack no se detuvo a pensar lo que decía la tarada esa. La empujó hacia una silla y esposó su muñeca intacta en el respaldo. En ese momento fue ella quien reveló la presencia de otra persona en el sótano: el alivio asomó a sus ojos. Él se agachó al instante y se acercó a Alyssa para interponerse entre ella y cualquier posible amenaza.

Levantó la pistola y no lo dudó cuando vio a un hombre vestido de forma parecida a la del tipo que había abatido en la planta superior. No tenía tiempo para un disparo letal, de modo que le disparó en la pierna. A juzgar por la sangre que empezó a brotarle al caer, parecía que le había dado en la arteria femoral. De ser así, estaba acabado; se desangraría en cuestión de segundos.

Sin embargo, no era de los que suponía nada: apuntó bien y la bala le acertó en el cuello.

—Joder, ¿dónde narices están los demás? —preguntó, dirigiéndose a su equipo por primera vez—. Alyssa está en el sótano y dos de los secuestradores han muerto. ¿Va a venir alguien a ayudarme?

—Si hubieras tenido más paciencia, hubieran llegado los refuerzos ya —respondió Dane fríamente.

—Si hubiera esperado más, Alyssa estaría muerta —le espetó él.

—La primera planta está despejada —terció Eliza—. Estamos de camino. Y, Zack, esto es una puta locura.

—Y eso que no sabes ni de la misa la media —dijo él con seriedad.

Aliviado de no haberse encontrado más sorpresas desagradables, Zack se incorporó y se apresuró a desatarle las muñecas a Alyssa gracias a la llave que encontró sobre una mesa que había cerca. En cuanto se vio libre, la chica le abrazó y

empezó a sollozar. Él cerró los ojos y le acarició la cabeza con dulzura.

—Ya está, cariño. Ahora estás a salvo.

—No, no está —dijo entrecortadamente por el llanto—. Nada volverá a estar bien.

Se aferraba a él con fuerza; su dolor le hizo un nudo en la garganta. El mundo estaba lleno de gente tarada y retorcida, pero esto le había cogido desprevenido. Que alguien tan joven fuera tan mala, que estuviera tan enferma... No le salían las palabras siquiera.

—¿Puedes levantarte o quieres que te lleve? —le preguntó con tono tranquilizador—. ¿Estás muy malherida?

Al oír esa pregunta se derrumbó y se echó a llorar tan desconsoladamente que a él se le llevaron los demonios por ver cómo habían destruido su inocencia. No esperaba para nada lo que le respondió.

—Me ha roto las rodillas —sollozó—. Lo ha hecho para que no pueda volver a bailar. Bailar era lo único que tenía y ahora se ha terminado. Se suponía que era mi amiga. Íbamos a ir a la misma academia de baile e interpretación y a compartir piso. Zack se quedó inmóvil. Con toda la delicadeza de la que fue capaz, teniendo en cuenta que temblaba de rabia, la apartó un poco, lo suficiente para examinarle las piernas. No se había fijado hasta entonces porque se había centrado en Lana, el cuchillo que blandía y el terror en la mirada de Alyssa. Lo que vio le dejó helado.

Los leotardos que había llevado en el recital estaban desgarrados y ensangrentados; estirados al máximo por la enorme hinchazón del traumatismo que había recibido en las rótulas. Nunca había sentido tanto asco en la vida. No desde aquel día...

Sacudió la cabeza porque no quería volver a ese momento de su vida. Ahora mismo había una chica que le necesitaba. Él era lo único que se interponía entre la muerte y ella y para la muchacha, esa lesión era como morir.

Cuidadosamente le pasó un brazo por debajo de los muslos, entre las corvas y el trasero, y el otro por detrás de la espalda, bajo sus axilas.

—Esto te hará daño, cielo, pero tengo que sacarte de aquí y llevarte a un hospital donde estés segura. Tal vez las heridas no sean tan graves como crees.

La desolación y la duda se asomaban a sus ojos hinchados por las lágrimas, pero no dijo nada y se apoyó en él sin hacer ni un solo ruido o gesto de dolor mientras este la levantaba y pasaban junto a Lana, que estaba esposada a la silla.

—¿Y yo qué? —chilló Lana—. ¡Me has disparado!

Zack se giró y le lanzó una mirada despiadada asegurándose de que Alyssa tuviera la cabeza bien colocada bajo su barbilla y el rostro hundido en su cuello para no tener que volver a ver a su torturadora.

—Denúnciame —le espetó.

## Dos

Cambió de postura en aquel incómodo taburete de bar, aunque más que un bar era un antro, a varias manzanas de su piso. Era un sitio al que solía escaparse, ya que nadie le conocía. Además, a pesar de ser un habitual, iba a su rollo, no hablaba con nadie y desde luego no iba para ligarse a rollos de una noche. Era un lugar en el que desahogarse después de alguna misión especialmente complicada o cuando su pasado volvía para atormentarle por mucho que se esforzara en pasar página.

En este caso era un doble revés porque la misión de marras había traído consigo unos recuerdos dolorosos que había conseguido mantener a raya durante tanto tiempo que hasta se sentía orgulloso. De hecho, pensaba que ya había pasado lo peor, que estaba tirando para adelante, que por fin lo había dejado correr, que lo había aceptado. Había aceptado que la vida que tenía pensada —con la que había soñado— nunca se haría realidad y que era hora de adentrarse en un nuevo sueño. Una nueva visión. O bien arriesgarse a sacrificar cualquier atisbo de felicidad y de una vida plena y satisfactoria.

Sí, dicho así, no hacía falta ser científico nuclear para ver que llevaba demasiado tiempo siendo prisionero de cosas sobre las que no tenía ningún control. Era hora de superarlo de una vez y sacar la cabeza de la arena.

—Hola. —Una voz suave interrumpió su fustigación mental.

Se volvió, aliviado porque alguien le distrajera de esos pensamientos, aunque en general prefería que no le molestaran cuando estaba allí, un sitio en que sabía que estaría solo porque todo el mundo iba a su rollo.

Sonrió al ver a Tonya, una enfermera del hospital donde habían ingresado a Alyssa horas antes. Trabajaba en urgencias que era como Zack y los demás miembros de la DSS la habían conocido. No era infrecuente que los de la DSS entraran y salieran de urgencias de forma habitual, ya fuera porque se lesionara uno de ellos o porque llevaran a alguien como resultado de una misión, como en el caso de Alyssa.

—¿Una mala noche, eh? —preguntó Tonya en voz baja mientras estudiaba sus facciones como si su tormento interior fuera un cartel luminoso.

Zack suspiró, le dio otro sorbo a la cerveza y dejó después el botellín en la barra, casi vacío, al tiempo que le hacía un gesto al camarero para que le sirviera otra.

—Sí, ha sido una mierda. ¿Qué bebes?

Tonya se sentó en el taburete que había a su lado, y se puso el bolso sobre el regazo, entre el canto de la barra y el vientre.

—Lo mismo que tomes tú.

Zack levantó la mano para llamar la atención del camarero y le enseñó dos dedos.

—La chica no era mi paciente, pero en urgencias todo el mundo hablaba de ella

—dijo con una mueca que le torció el bello rostro—. Si no puedes hablar del caso, no pasa nada, pero ¿es verdad que se lo hizo su amiga porque Alyssa era mejor bailarina que ella?

Él hizo un ruido ahogado.

—Menuda amiga.

—Joder, así que es cierto. ¿Qué clase de psicópatas están educando los padres?

—Creo que el problema es precisamente que no los educan —dijo, asqueado—. Los padres acaban manipulados por sus hijos malcriados y consentidos que se creen con derecho a todo. ¿Qué ha pasado con el mohín o la pataleta por no recibir el juguete que quieren? Parece que lo que se lleva ahora es eliminar a la competencia.

Tonya cogió una de las cervezas que el camarero les dejó y brindó, dándole un toquecito a la suya con el culo de la botella antes de darle un buen trago.

—Hace que te lo pienses dos veces antes de procrear.

Zack asintió, aunque lo que había querido siempre había sido tener una familia grande. Si las cosas hubieran ido tal como las había planificado... Cerró los ojos, pero no sin antes terminar de formar ese pensamiento. Si las cosas hubieran ido tal como las tenía previstas, se habría retirado del deporte profesional y tendría su segundo, o incluso tercer, hijo en lugar de arriesgarse a una mala racha como *quarterback* en su segunda temporada y optar por no volver.

—Oye, ¿estás bien?

La miró y vio que estaba preocupada. Ni siquiera trató de mentirle porque ella veía estas mierdas día sí día también, y no era más inmune a sus efectos que él.

—Sí, solo ha sido un mal día en el trabajo.

Se echó a reír y volvió a brindar con la botella.

—Brindemos. ¿Pero cuándo no es un mal día cuando se tienen trabajos como los nuestros? Me pregunto si no estamos ya medio chalados.

Zack sabía por qué no había seguido en el mundo del deporte profesional y se había decantado por los cuerpos de seguridad. Seguro que alguien diría que simplemente seguía los pasos de su padre, aunque eso fuese lo último que haría. Y también sabía por qué había aceptado el trabajo para la DSS en un punto de inflexión en su vida cuando precisamente iba a contratarle un organismo gubernamental.

Le gustaba la empresa y la gente con la que trabajaba. Apreciaba también que ciertos dones que la gente contemplaba con escepticismo o con una mofa absoluta no solo fueran aceptados con normalidad, sino presenciados gracias a los extraordinarios poderes que tenían las esposas de Caleb y Beau.

Zack tenía experiencia de primera mano con lo extraordinario. Gracie también tenía un don parecido: leía la mente. No había explicación y tampoco era genético, porque sus padres eran unos desechos de ADN que, inexplicablemente, habían conseguido engendrar una hija increíble. Sorprendía que hubiera sido tan distinta de lo que la rodeaba y de cómo la habían criado. Se le ocurrió que tal vez la habían cambiado al nacer o que el argumento científico de lo innato y lo adquirido era una

chorrada monumental, ideada por unas mentes brillantes, que no tenían nada mejor que hacer que conjeturar sobre por qué las personas acababan siendo como eran.

Porque Gracie ponía a prueba todo eso de lo innato y lo adquirido. A juzgar por su acervo genético su vida estaría condenada al fracaso. Y si se miraba lo adquirido, estaba jodida igual porque no había crecido en un ambiente que favoreciera la formación de una persona responsable, empática, inteligente y dulce. Pero a pesar de todo, Gracie reunía todas esas cualidades. ¿Tal vez fuera una recompensa? No tenía ni idea, pero su imaginación había barajado todo tipo de posibilidades espantosas esos años y todas le torturaban sin tregua.

—Oye —dijo Tonya, que una vez más consiguió desviar sus pensamientos del oscuro abismo al que habían bajado.

Volvió a mirarla y observó su dulce sonrisa, sus ojos brillantes y cálidos, y sus hermosas facciones.

—¿Quieres que nos desahogemos juntos? En tu casa o en la mía, me da igual. Y no, antes de que lo preguntes, no te estoy pidiendo matrimonio ni busco una relación. Estoy contenta con la vida que llevo de momento, pero eso no significa que sea ciega ni que rechace una noche de sexo salvaje con un ejemplar masculino de primera clase.

Su pregunta le puso nervioso, aunque se tenía por alguien firme, sereno y todo un maestro en enmascarar lo que sentía. Se la quedó mirando un momento, pensando en por qué lo dudaba siquiera.

Tonya era una mujer guapa e inteligente. Además, tenía un gran sentido del humor, no era nada creída y no se daba demasiada importancia. Era buena persona y cualquier hombre tendría suerte de tenerla a su lado y no solo de manera temporal, que era lo que le proponía.

Entonces, ¿por qué estaba ahí mirándola como si no supiera qué contestarle en lugar de llevarla a la salida sin chistar? ¿Qué leches le pasaba?

La vergüenza le hizo un nudo en el estómago que le subió hasta el pecho y al final le costó respirar, incluso. Cualquier hombre daría hasta su huevo izquierdo por lo que ella le estaba ofreciendo, pero se merecía algo mucho mejor que un polvo con un tío que no estaba completamente centrado en ella. Y esta noche no podía darle esa garantía. No podía darle nada salvo un orgasmo y, bueno, eso también lo ponía en duda porque no tenía centrada ninguna de sus dos «cabezas». Aunque no le hacía falta la polla para hacer que una mujer se corriera y viera las estrellas, no le apetecía demasiado.

Tonya le acarició el brazo y le apretó la muñeca sin dejar de sonreír.

—No es un golpe para mi ego, Zack. Tu mirada lo dice todo, así que deja de martirizarte intentando buscar las palabras para decirme que no quieres ningún rollo. Lo entiendo, ¿de acuerdo? Y no pasa nada, podemos dejarlo para otro día. No te voy a guardar rencor por rechazarme ni voy a castigarte toda la vida.

Zack le acarició la mandíbula y la mejilla con una expresión seria.

—Esto mismo es un ejemplo de por qué te mereces a alguien mejor que yo, aunque sea para una sola noche.

Ella colocó la mano sobre la suya antes de retirarla con cuidado, no sin antes darle otro suave apretón.

—Fuera quien fuera, te dejó bien tocado.

Puso los ojos como platos al ver lo perspicaz que era por darse cuenta de que su rechazo tenía que ver con una relación anterior, pero las conclusiones que acababa de sacar eran erróneas. No la corrigió.

—Estas cosas nos pasan a todos —continuó ella con cierto pesar—. Lo que diferencia a los débiles de los fuertes es la manera de enfrentarse a las cosas.

Zack se inclinó hacia ella y le enmarcó el rostro con ambas manos antes de besarla en la frente.

—Gracias. Necesitaba oír algo así.

Se puso de pie y ella frunció el ceño.

—¿Quieres que te lleve a casa? ¿Cuánto has bebido?

Sonrió al captar el tono reprobador de su voz. Sí, era guapa, lista, divertida e ingeniosa, pero para él era más como una hermana que una amante. ¿Por qué no podía sentirse atraído hacia ella? Sexualmente, vaya. Eso le facilitaría muchas cosas a partir de entonces, claro que sus otras parejas sexuales no habían sido más que un polvo para desahogarse.

Si se sintiera atraído por Tonya, o sintiera algo más que el afecto que se tiene por un hermano o un buen amigo, significaría tener una relación más seria porque ella lo merecía. Las demás mujeres con las que había estado también merecían mucho más de lo que les había dado, pero al menos no les había mentado y ambas partes sabían lo que había y lo que no. No era tan capullo.

Pero en el caso de Tonya, a pesar de que dijera que no quería casarse ni tener ningún compromiso —y la creía porque siempre era sincera y directa—, era de esa clase de mujeres que te llevas a casa y presentas a tus padres.

—Solo he bebido cerveza y media, así que voy bien. ¿Quieres hacerme un análisis de sangre? —bromeó.

Ella puso los ojos en blanco.

—Está bien, tú ganas, pero no te quiero en urgencias si no estoy de guardia, así que ten cuidado.

—Lo haré. Y, Tonya, gracias. De corazón.

—Lo que sea por un amigo.

—Me voy, a ver si descanso. Ha sido un día de mierda y tengo ganas de que termine ya. Mañana será otro día y espero que no sea como el de hoy.

Ella le hizo un ademán con el botellín y Zack le dio un abrazo antes de dirigirse hacia la puerta.

Al salir le recibió la brisa, algo que agradeció enormemente porque el ambiente del bar era asfixiante. Además, le ayudó a despertar de esa neblina melancólica en la

que llevaba sumido la última hora.

Se sentó al volante de su camioneta y se detuvo un momento antes de encender el motor. No había mentido. Hoy había sido apoteósico en el peor de los sentidos. Solo lo superaban contadas ocasiones en su vida; tal vez por eso le había afectado tanto.

Perder a Gracie sin saber cómo ni por qué había sido lo más duro de todo y todavía no lo había superado.

Su padre se había cabreado con él porque se había planteado seriamente no participar en el *draft* en su último año de universidad después de cuatro años estelares como *quarterback* titular para la Universidad de Tennessee. Pero no estaba centrado. ¿Cómo iba a estarlo? Si la única persona con la que quería compartir su sueño había desaparecido sin dejar rastro y haciendo que pensara lo peor, además, ¿qué sentido tenía?

Su padre se había puesto como una fiera y le dijo que estaba malgastando la vida por una paleta que no valía la pena. Gracie nunca le había caído bien. Bueno, eso era quedarse muy corto: la detestaba. La única vez que la había llevado a su casa para presentarle a su padre, el cabronazo la humilló llamándola paleta y dejando muy claro que no tenía cabida en la vida de Zack ni en sus prioridades, que no era lo bastante buena y que nunca llegaría a nada.

No la volvió a llevar más y eso al final provocó un distanciamiento entre su padre y él, que hasta la fecha no habían reparado.

Tras su desaparición, acudió a su padre y le pidió ayuda. Proteger a la ciudadanía era su trabajo como jefe de policía. Se echó a reír. El capullo tuvo el valor de reírse y alegrarse porque hubiera desaparecido del mapa. No movió ni un dedo para investigar.

Y, entonces, cuando estuvo pensándose si entrar en el *draft* o no porque temía que ella regresara y él no estuviera allí, que pareciera que había desistido sin más y la había abandonado, su padre perdió los estribos.

Que sus amigos le tranquilizaran diciéndole que si volvía, se lo dirían y le echarían un ojo, le dio el ímpetu para perseguir su sueño de jugar con los profesionales, algo que nunca se imaginó sin Gracie a su lado.

Iban a casarse y a tener una gran familia. Jugaría como profesional diez años y ahorraría el dinero suficiente para que su familia tuviera un buen colchón económico. Luego se retiraría del deporte para poder dedicarse en cuerpo y alma a su esposa y a sus hijos.

En sus dos primeras temporadas logró llevar al último equipo de liga a la ronda de clasificación. Le proclamaron héroe y salvador por ponerlo en el mapa, por darle importancia. Sin embargo, en un mal gesto al dar el pase del *touchdown* que les daría la victoria acabó con un desgarró del manguito rotador que lo dejó fuera de juego a los dos años.

No suponía el fin a su carrera, pero sí se vio en una encrucijada. Tenía dos posibilidades: pasar la pretemporada en una extensa rehabilitación, trabajar con

ahínco y volver, o bien coger el dinero de su contratación y largarse. Escogió lo último.

Podría haber hecho recuperación, volver y posiblemente jugar muchos años más, pero en lugar de eso, se unió a las fuerzas del orden porque no se quitaba a Gracie de la cabeza y no quería abandonar la esperanza de encontrarla. O, por lo menos, de descubrir qué le había pasado.

Su padre echaba humo; estaba furibundo. Le dijo que si hubiera estado centrado en el partido en lugar de pensar en una paleta inútil como aquella, nunca se habría lesionado en aquel pase. Que estaba echando al traste su futuro por una mujer. Su padre era un cerdo misógino que no imaginaba sacrificar nada por una mujer, sobre todo una carrera que le haría ganar millones.

De pequeño, Zack culpaba a su madre por haberlos abandonado a su padre y a él, pero a medida que se hacía mayor la entendió. ¿Cómo podía vivir una mujer con un hombre como su padre? Su único reproche después fue que lo hubiera dejado en manos de aquel capullo egoísta y egocéntrico.

Así pues escogió una carrera que le permitiera el acceso a oportunidades que le ayudaran a implicarse en la búsqueda de Gracie. Y después de ese último rifirrafe con su padre, no volvió a casa; no le quedaba nada allí. Cada vez que se encontraba un cadáver le entraban todos los males al pensar que pudiera ser ella. Era demasiado doloroso volver a un lugar tan esencial, una parte tan importante de su vida y su pasado. Un lugar donde Gracie y él se habían conocido, enamorado y compartido sueños y esperanzas para el futuro.

No perdió la virginidad hasta llegar al fútbol americano profesional porque en la universidad nunca se vio con ánimo, aunque oportunidades no le faltaron. El recuerdo de aquella noche seguía siendo un motivo de humillación porque le revolvió el estómago. Se encontró tan mal que tuvo que salir de la cama y vomitarlo todo en el retrete. Esa parte de él tenía que haber sido para Gracie. Habían esperado expresamente; para él era importante que se reservaran hasta el matrimonio. Ella era cuatro años menor y no quería que pensara que se aprovechara. Quería que su noche de bodas fuera especial. Joder, ni siquiera recordaba el nombre de la chica con la que se había estrenado. ¿Qué clase de gilipollas era?

Gracias a Dios, ella pensó que simplemente se había pasado bebiendo, ya que se habían conocido en la fiesta de celebración tras ganar los *playoffs*.

Le dio un puñetazo al volante. Estaba muy enfadado consigo mismo; el odio le abrumaba. Había humillado a una mujer increíble por sus complejos y su incapacidad de pasar hoja.

Doce años. Doce putos años. ¡Basta!

Todo esto era una gilipollez. O estaba muerta o había optado por desaparecer. No podía hacer nada en ninguno de estos dos casos y era hora de dejar de comportarse como un zombi y seguir adelante con su vida.

Esta mierda tenía que acabar. Iba a acabar en ese momento porque no quería



pasarse otro día más pensando en lo que podría haber sido; cualquier persona en su sano juicio hubiera entendido, ya que lo que podría haber sido no sucedería y que por mucho que se lamentara y por mucho que lo deseara, las cosas no cambiarían.

Arrancó, asió firmemente el volante y sacó fuerzas de flaqueza. Tenía que seguir con su vida, pasar página y dejar de ser un muermo. Tenía que ser feliz.

Así lo haría a partir de mañana. Esta noche diría adiós a los sueños y a lo que nunca sería ya, pero mañana recibiría al futuro con los brazos abiertos: un futuro sin ese equipaje emotivo que llevaba cargando más de una década.

## Tres

Anna-Grace alzó los brazos hacia la pared, con el ceño fruncido por la concentración, mientras inclinaba el cuadro para dejar que la luz incidiera donde quería.

—Ojalá me mirases a mí de esa manera —dijo un hombre en tono provocador.

Desfrunció el ceño al instante y perdió la concentración, pero esbozó una sonrisa al percatarse de la presencia de Wade Sterling.

—No sabía que te gustaran las mujeres que fruncen el ceño —repuso ella jovialmente.

Era una conversación ingeniosa como era habitual en ellos, si bien llegar hasta ese punto entre ella y el rico y guapo propietario de la galería había requerido un esfuerzo considerable. La mayoría, si no todas las mujeres, pensarían que era boba por no aceptar las proposiciones de Wade, que con el tiempo se habían vuelto curiosamente más sutiles y no más atrevidas.

Él resopló.

—Tal vez frunzas el ceño cuando la luz no está bien, pero cuando lo está, miras el cuadro como alguien que mira a su amado.

Odiaba sentir ese leve calor que se apoderaba de sus mejillas y desviar la vista de inmediato, mirando para otro lado; a cualquier parte menos a él. Ya no era una amenaza para ella, pero por mucho que fuera algo lógico, la lógica nunca vencía al miedo. El miedo no es racional y desafía todas las normas de la razón.

Wade suspiró, pero no dijo nada sobre este último rechazo. Desde que la conoció, se había acostumbrado bastante a sus rechazos. Al principio eran firmes y decididos, contundentes, incluso. Sin embargo, con el tiempo, Anna-Grace había intentado relajarse y suavizar el rechazo a menudo inconsciente, pero como lo llevaba tan dentro le resultaba muy difícil. Se arrepentía cada vez que lo rechazaba, pero no podía evitarlo.

—A ver, déjame a mí —dijo él, aparentemente tranquilo a pesar de lo incómodo de la situación.

Cogió el cuadro, lo colgó donde ella había encontrado la mejor iluminación y luego se apartó para estudiar el efecto.

—Está bien —dijo sin más—, pero eso ya lo sabes. No hubieras aceptado exponerlo si no fuera así y yo tampoco, a pesar de nuestra amistad. Esta exposición te lanzará al estrellato, Anna-Grace. Respecto a la última obra...

Dejó la frase a medias a propósito, mirándola inquisitivamente, y ella se movió, nerviosa e insegura por su escrutinio.

—Está hecha —contestó con evasivas.

O lo estaría en cuanto la soltara, metafóricamente hablando. Gracias a Dios, Wade

lo entendía y la comprendía. El cuadro en cuestión no era un mero objeto de arte comercial para demostrar su talento. De hecho, ni siquiera estaba en venta. Era demasiado personal para deshacerse de él, y era una forma de aceptarse a sí misma. No era para los demás. Incluso se había cuestionado si debía mostrarlo o no, y cuál era el propósito de hacerlo. Pero de muchas formas, era una especie de símbolo de...

Bueno, había muchas palabras aplicables al cuadro y a su simbolismo. Significaba pasar página. Casi se echó a reír, aunque la situación no tenía nada de graciosa. Pasar página significaba dejar atrás algo... difícil. El final de una relación, tal vez. La muerte de un ser querido. Una recuperación personal. Alcanzar un punto en el que uno decide adoptar una postura y se niega a seguir viviendo —y existiendo— únicamente en el pasado. Al menos esto último podía aplicarse a su situación.

Para ella, el título lo decía todo: *Sueños perdidos. Destrozados* sería más adecuado, pero demasiado dramático para un cuadro que era, cuando menos, extravagante si se contemplaba a través de los ojos de desconocidos. Una imagen que podría provocar nostalgia por la simple inocencia que aparentemente irradiaba de la luz y las sombras capturadas en el lienzo.

Le había costado muchos intentos decidirse por la apariencia que quería conseguir. Y, de hecho, el título era indicativo y lo decidió después de su primera interpretación del lugar que había tenido tanta importancia en sus años de formación.

Mirarlo era sentir algo oscuro y evocador. Nadie podía evitar sentirse triste al ver el paisaje desolado y la sensación de soledad que impregnaba todo el cuadro. Es más, ni ella era capaz de contemplar algo que le recordaba tal sufrimiento y desesperación.

Reconocía sin reparos que esa era la versión más acertada, la que mejor representaba su dolor y sufrimiento. Era demasiado personal para compartirlo con desconocidos, con personas que no lo entenderían porque no podrían. ¿Cómo iban a hacerlo? El original representaba la persona que era desde hacía mucho tiempo y ya era hora de retratarse a sí misma de una forma diferente ante el mundo, aunque dicho mundo siguiera siendo un sendero estrecho y blindado en el que nunca se había aventurado. Nadie más conocía sus demonios. No los compartía con nadie y prefería seguir así. Solamente había confiado en Wade y para llegar a eso, para abrirse a una sola persona, tuvo que recorrer un camino largo y sinuoso. No tenía ninguna necesidad de ampliar su círculo de confianza.

Y así, en lugar de retratar simplemente un árbol retorcido y erosionado por el paso del tiempo, con las ramas finas por los extremos como si ya no ofreciese protección, y un paisaje vacío con el lago al fondo, de aguas grises y tormentosas como si estuviera enfadado por la traición que representaba el título, se había pintado a ella misma, sola: una superviviente. Parada bajo el refugio de las ramas y las intrincadas raíces del gran roble que una vez la cobijó, mostrando solo su espalda mientras miraba por encima del lago.

Era un día soleado, no había ni una mísera nube que arruinase el lienzo, y el azul del agua brillaba como si un niño juguetero hubiera esparcido pequeños diamantes. Y

el árbol, si bien se notaba que era antiguo, parecía más un guardián atemporal que alargaba los brazos hacia afuera, siempre vigilante y atento para aquellos a los que cobijaba.

Evasión y libertad; hubo un tiempo en que había sido todo eso para ella. Y ahora se había cerrado el círculo, porque el cuadro final representaba la libertad de su dañino pasado.

Ahora solo tenía que colgarlo. El paso final en su metamorfosis de la desesperación y la impotencia a la fuerza y el optimismo.

—¿Has cambiado de opinión sobre lo de mostrarlo? —preguntó Wade.

Había un deje de esperanza en su voz, casi como si supiera que colgarlo allí fuese... aceptación. Mostrar todas aquellas cosas que había estado ocultando los últimos doce años. Él tenía miedo de que no estuviese preparada todavía. Le preocupaba que tuviera una regresión y volviera a ser la mujer que había sido cuando se conocieron. Solo Dios sabía por qué había insistido, por qué había pasado por alto sus incontables desprecios y desaires y había indagado de forma incansable en aquellas capas de insensibilidad, miedo y parálisis para llegar a su corazón. Al poco se conformó con las únicas cosas que podía darle: amistad. Y, al final, aunque inexplicablemente, con su confianza.

No, Wade no creía que estuviese preparada, pero se equivocaba.

Estaba preparada. Era algo que tendría que haber hecho mucho antes. Había pasado mucho tiempo paralizada y negándose a sentir... lo que fuera. Porque el vacío era preferible al sufrimiento y el dolor abrumador a los que se había resignado hacía mucho tiempo, como si no le quedara más remedio que no fuera sufrir una existencia vacía.

No, no se sentía atraída por Wade ni era su tipo, pero necesitaba su amistad y apoyo incondicional. Necesitaba esas cosas más de lo que le gustaría reconocer, pero ya no quería mentirse más y vivir en esa negación constante, diciéndose que estaba bien, que todo iba bien y ella estaba perfecta, normal. No lo estaba y probablemente nunca lo estaría, pero por fin lo había aceptado y había optado por aprovechar lo que sí tenía y dejar de mortificarse por lo que había perdido.

Lo miró otra vez, esta vez sin enmascarar la vulnerabilidad que sabía que podía leerle en la mirada. Hubo un tiempo en que habría preferido morir antes que permitir que alguien la viera tan débil y frágil.

El rostro de Wade se suavizó y sus ojos reflejaron la bonita amistad con la que ella definía ahora su relación. Era amistad lo que más había necesitado, pero nunca había conseguido hasta ahora. Y en su cara, una cara de rasgos duros, firmes e incluso peligrosos, vio que aceptaba lo único que ella podría ofrecerle.

Sabía que lo había aceptado hacía tiempo, pero quizá nunca lo había visto de verdad hasta ahora. O no había querido verlo porque temía que la abandonara y perdiese la única cosa inalterable que tenía ahora, además de su arte.

Se encogió de hombros imperceptiblemente y se dio cuenta de que había estado

conteniendo el aliento. Aún sentía ese miedo que había jurado que desterraría porque temía que la rechazara y se quedara sola otra vez. Ya lo había estado mucho tiempo.

Él le rodeó los hombros con el brazo y bajó el cuadro con la mano que le quedaba libre hasta que el marco quedó apoyado en la pared. La atrajo más hacia sí, ofreciéndole el calor y la fuerza de su abrazo, algo que al final había llegado a apreciar tras tanto tiempo evitando el contacto físico a toda costa.

—Estás preparada —dijo, como si le hubiera leído el pensamiento y respondiera a su propia pregunta—. Estoy orgulloso de ti, Anna-Grace.

—No te atrevas a hacerme llorar —le advirtió, notando ya el calor delator de las lágrimas.

Él le dio otro abrazo afectuoso y luego se apartó.

—Bueno, ¿dónde pondremos al invitado de honor? —preguntó mientras repasaba con la mirada la galería y los demás cuadros, que habían colocado con maña para que destacaran todo lo posible—. Casi mejor en el centro, ¿no? Esto significa algo, Anna-Grace. Tú significas algo. Y eso, al igual que tú, hay que celebrarlo.

Pues sí, al final conseguiría hacerla llorar. Se secó el rabillo del ojo con el dorso de la mano y lo miró con aire acusador. Wade se limitó a sonreír, y ella se quedó maravillada por el sentimiento de cercanía, por la conexión que sentía con otra persona. Así que, ¿qué importaba que no estuviera lista para una relación? Tal vez no lo estuviera nunca. Además, una mujer no necesita un hombre para sentirse completa, y ella estaba más que orgullosa de demostrarlo.

Sin embargo, todo el mundo necesita un amigo. Se daba cuenta, y no por primera vez, de que en parte, que su dolor —su desgarrador y angustioso sentimiento de traición por lo que Zack había hecho— fuera tan agudo, constante y trascendental se debía a que no había sido el hombre a quien había amado y adorado por encima de todo, con quien había planeado pasar el resto de la vida y tener a sus hijos. El hombre con quien había compartido sus esperanzas y sueños, y hasta el último secreto que nunca se hubiera atrevido a contar a nadie más.

Él había sido su mejor —y único— amigo, aquel a quien recurría en busca de calor, amor y aceptación. Era la mejor parte de sí misma, su corazón y su alma. Había sido su confidente y la única persona que pensó que nunca le daría de lado, como habían hecho muchos en su corta vida.

Y aun así todas esas traiciones del pasado no eran nada en comparación con la de Zack. Sacudió la cabeza, furiosa consigo misma por volver al pasado otra vez. Apretó los labios con firmeza y lanzó a Wade una mirada resuelta que no pudiera malinterpretar de ninguna otra manera.

Zack había sido su mundo entero y lo había dejado patas arriba al deshacerse de ella como si fuera basura, la misma basura que la gente del pueblo decía que era. Se lo decía hasta el padre de Zack. ¿Cómo pudo pensar que él sería distinto a todos los demás en ese lugar en el que ella ni existía ni importaba?

Pero ahora su mundo era lo que ella había construido. Y no echaba de menos el

mundo en el que había vivido antes. Solo ella podía cambiarlo, reconstruirlo, mejorarlo y hasta hacerlo perfecto. Y ya era hora de que se pusiera manos a la obra precisamente con eso.

Entrelazó la mano con la de Wade y le dio un apretón. El hombre se sobresaltó. Podía entender el motivo: ella nunca entablaba ningún tipo de intimidad, ni siquiera en el terreno de la amistad. Se había construido una barrera protectora alrededor y no permitía que nadie la rompiera; ni siquiera ella se atrevía a traspasarla. Pero tal y como acababa de reconocer, todo el mundo necesitaba un amigo. Perder a un amigo no excluía la existencia de otro, aunque sonara a bobada por lo mucho que había tardado en tener esa revelación.

Wade era seguro y ella estaba segura con él. Quería que supiera que confiaba en él. Se le entrecortó la respiración brevemente cuando le pasó la palabra «confianza» por la cabeza.

Después de Zack y hasta que llegó Wade, no había confiado en nadie. Era una lección que había aprendido por las malas y en repetidas ocasiones. Sin embargo, lo más difícil había sido percatarse de que ofrecer su confianza era como coger un cuchillo y clavárselo en el corazón.

Le temblaba ligeramente la barbilla, pero Wade, siempre atento, lo vio y la acarició con delicadeza.

—Ni lo pienses, Anna-Grace —dijo con suavidad, recordándole una vez más que él no era inofensivo, aunque ella pensase lo contrario.

Era un hombre peligroso y firmemente comedido cuya visión del mundo difería de la mayoría. La artista que llevaba dentro lo veía todo de colores, colores brillantes que durante un tiempo permanecieron borrosos hasta que por fin los liberó. Pero el mundo de Wade estaba empapado de grises y sombras. Se parecía bastante a la representación inicial de su cuadro *Sueños perdidos*.

Se estremeció ante la intensidad de su mirada y tragó saliva, nerviosa, porque se preguntaba si finalmente habría perdido la cabeza. ¿Ser amiga de un hombre como aquel? ¿Podía creer en él cuando había jurado no creer en nadie y mucho menos un hombre? Un hombre, que como ella, parecía no tener amigos, por no hablar de que tenía los mismos problemas de confianza que padecía ella. Bien podría ser el segundo gran error de su vida.

¿O...? A lo mejor... tal vez fuera el primer paso inteligente en doce años y Wade no fuera una pareja o posible marido, pero sí un alma gemela que le ofreciera lo que más necesitaba: una simple amistad y la oportunidad de reintegrarse en el mundo real, donde la confianza y la amistad no eran palabras sin más, sino que formaban parte de la vida cotidiana... para la mayoría de la gente.

Pero ahora podía cambiar todo eso. Él se ofrecía incondicionalmente. Lo único que tenía que hacer era lo que ya había decidido hacer: aceptar, estar en paz y seguir adelante.

Pasar página.

Debía liberarse de su prisión de aislamiento voluntaria y de su soledad para abrazar el futuro que le deparaba esperanza y optimismo, dos emociones que una vez dio por sentadas, pero que ahora le resultaban completamente ajenas.

Tenía el control de su propio destino y podía hacer de él lo que quisiera.

¿Y el odio, la pena, la traición, el dolor, la desesperación, la melancolía y el arrepentimiento? Todo eso ya no tenía cabida en su vida y se negaba a vivir así ni un solo segundo más.

Esta exposición era el momento de destacar en algo, de brillar. Se lanzaba hacia la luz después de esquivar los rayos y el calor del sol por vez primera desde que era una niña, y lo hacía con todo el entusiasmo y la ingenuidad que solo poseen los inocentes.

Por fin estaba viviendo su sueño y estaba preparada para compartirlo —así como su talento— con los demás. Gente que podía rechazarla, sí, pero ya estaba familiarizada con el rechazo, y habiendo pasado por lo peor, podía decir sinceramente que nada podía hacerle más daño del que le habían hecho.

Solo podía ir hacia arriba. Cuando te has dado de bruces contra el suelo, no cabe otra posibilidad y ella lo sabía, al igual que Wade. Solo Dios sabía por qué se había quedado con ella, por qué había cambiado sus preferencias y necesidades cuando ella le había dejado claro que no le correspondía, que no podía. Y por qué había cedido y aceptado lo único que podía darle.

Tenía muchas ganas de preguntarle todos esos porqués, pero cuando lo miró, se fijó en que tenía la misma mirada decidida y penetrante de siempre; esa mirada que la incomodaba porque ella misma sabía lo que era tener el don de poder leer la mente de los demás, sus pensamientos más íntimos. Y Wade poseía la sorprendente habilidad de saber exactamente lo que le pasaba a ella por la cabeza.

## Cuatro

Zack estacionó en el aparcamiento de una galería de arte muy exclusiva de Westheimer Road, al otro lado de la interestatal desde Galleria, una zona conocida por sus elegantes *boutiques* que satisfacían las necesidades de los interesados en la moda y de la gente adinerada, o al menos de aquellos que fingían ser ricos.

No le impresionaban demasiado esos alardes de riqueza. De hecho, él mismo podía considerarse millonario. Tenía millones. Diez, para ser exactos, gestionados e invertidos por su asesor financiero, Wes Coyle, que trabajaba en Woodlands, un barrio al norte de Houston que se había convertido en poco tiempo en una especie de paraíso para los más privilegiados.

El dinero que le había garantizado la firma del contrato cuando lo eligieron en la primera ronda del *draft* —aunque tuvo que dejarlo tras una lesión en su segundo año de *playoffs* en lugar de hacer rehabilitación y continuar siendo *quarterback*—, le había garantizado estabilidad económica. A pesar de ello, vivía de forma austera y prefería guardar el dinero en lugar de gastárselo en cuestión de pocos años.

Seguía conduciendo la furgoneta de segunda mano que compró hacía ya unos cuantos años. Vivía en un apartamento modesto de una habitación y prefería los vaqueros y las camisetas a la ropa de diseño. La apariencia de modelo de *GQ* no le favorecía y se sentía un impostor con solo plantearse el estilo de vida de alguien considerado rico.

Así pues, tenía el dinero asegurado y generando intereses en inversiones modestas en lugar de tenerlo en un banco con un mero 0,01% de interés. De todas formas, tampoco tenía a nadie con quien compartirlo, nadie a quien colmar de regalos y sorpresas. Un problema que pretendía solucionar pronto.

Después de su revelador encuentro consigo mismo dos días antes, se sentía en paz por primera vez en muchos años. Tenía un objetivo, una finalidad en la vida que no tenía una causa perdida como centro de todo.

Gracie se había ido. Había desaparecido para él y no volvería. Nunca cumpliría su sueño, así que ya era hora de superarlo: encontrar un nuevo sueño y vivirlo.

No se sorprendió al ver que Dane ya estaba allí, aparcado dos vehículos más allá. Dane era demasiado puntual. Bueno, tampoco podría hablarse de puntualidad porque su idea de estar a la hora prevista era aparecer mucho antes de la hora acordada. Zack hacía lo mismo. Le gustaba examinar la situación, reconocer el terreno y las sensaciones de la misión que tenían entre manos. Sospechaba que las razones de Dane eran parecidas.

Dane se bajó de su todoterreno con Isaac y Capshaw y empezó a caminar hacia Zack justo cuando Beau aparcaba al lado de Zack. Eliza estaba con él y Zack se



volvió para abrirle la puerta del acompañante. Ella sonrió y le dijo un travieso «gracias» mientras se bajaba del coche.

Eliza era una mujer excepcionalmente guapa. No es que tuviera el típico aspecto de la mujer que la mayoría de los hombres encuentran alucinante, así como tampoco tenía el aire cuidadosamente cultivado de una mujer que se hace lo que sea por mejorar su aspecto. A pesar de todo, él no tenía inconvenientes con las mujeres que se cuidan. Estaba totalmente de acuerdo con lo que fuera que las hiciera felices y seguras. Respetaba muchísimo a las mujeres de todas las formas, tamaños y apariencias, fueran naturales o no. Al fin y al cabo, lo que importaba era el interior, al menos para él.

Eliza tenía una belleza natural a la que la gente respondía. Era absolutamente sincera y no tenía pelos en la lengua. Con ella no había mentiras. Pero lo que más destacaba, por lo menos para Zack, era la calidez de sus ojos; la facilidad que tenía para sonreír y que pudiera dar una paliza con la mejor de las sonrisas, y, además, era un genio en tecnología. Hasta Quinn, el más joven de los hermanos Devereaux, se equivocaba cuando decía que sus habilidades informáticas eran superiores a las de ella. Si hubiera una guerra informática por sobrevivir, Zack apostaría por Eliza. Probablemente podía acceder ilegalmente a la CIA. Joder, quizá ya lo hubiera hecho, porque tenía una habilidad asombrosa para aportar información que dejaba boquiabiertos a todos los compañeros.

Su baja estatura la hacía parecer inofensiva, pero la había visto en acción tantas veces que ya no cometía ese error. Se compadecía de los imbéciles que la subestimaban, porque no había duda de que era capaz de derrotar a un hombre que pesara el doble y le sacara tres cabezas... y arrancarle las pelotas mientras tanto.

Brent y Eric salieron de la parte de atrás; Dane y los demás los alcanzaron. Brent había resultado herido unos meses antes después de verse implicado en un accidente de tráfico en el que también estaban él, Beau y Ari, que ahora era la mujer de Beau. A Zack le impresionaba ver a Brent montado en el coche y que no fuera él al volante. Había sido piloto de carreras y normalmente era él quien conducía, fuese de forma personal o profesional. A juzgar por su cara de decepción, no le hacía mucha gracia ir sentado detrás.

—¿Vamos? —preguntó Dane secamente—. ¿O nos quedamos en el aparcamiento a beber champán?

Irónicamente, Zack se imaginaba a Dane haciendo precisamente eso. Tenía ese aire intelectual y de hombre adinerado que encajaba en el entorno en el que estaban a punto de adentrarse. Dane llevaba pantalones de color caqui, un polo y unas gafas de sol caras. No acertaba a adivinar el historial de Dane. No había trabajado el tiempo suficiente con él como para imaginarse una descripción adecuada; además, era muy reservado con su vida privada y no lo culpaba. Los miembros de DSS hacían su trabajo y no tendían a entablar relaciones personales, a pesar de que Beau era lo más parecido a un amigo que tenía, sin contar su relación profesional. Pero al fin y al

cabo, todos se cubrían las espaldas los unos a los otros. Sin preguntas. ¿Acaso no era eso lo más importante?

Pero el tipo tenía mucho dinero y estaba claro que no lo había conseguido trabajando en DSS. Aunque cobraba el doble que Zack, y él ya ganaba un sueldo generoso, el estilo de vida de Dane era tranquilo, pero superaba con creces lo que ganaba en la empresa de seguridad. Y aunque tenía cierta curiosidad sobre su pasado, no le quitaba el sueño ni había husmeado nunca en su vida privada porque él tampoco quería que husmearan en la suya. Ofrecía el mismo respeto a sus compañeros que él pedía.

—Vaya finca —observó Dane mientras cruzaban las puertas de doble cristal.

Isaac silbó en señal de admiración.

—Demasiado rico para mi gusto. Me pregunto qué demonios querrá el propietario de una galería de arte de unos tipos normales como nosotros y por qué quiere invertir tanto en seguridad.

Beau se encogió de hombros.

—Es un trabajo más. Paga como cualquier otro cliente y obtendrá el mismo trato que los demás.

En esto estaban de acuerdo.

El nombre de la galería, *Joie de Vivre*, estaba colocado encima de la puerta, pero tampoco se veía demasiado desde la calle ni para los transeúntes ni para los que pasaban en coche por allí. Estaba claro que o el propietario no tenía ni idea de marketing o las obras que se exponían en esa galería se vendían por el boca a boca y no necesitaban un gran anuncio que atrajera a los compradores. Apostaba por esto último.

En cuanto atravesaron las puertas, los recibió una mujer vestida de forma impecable. Sus tacones resonaban en el suelo de mármol y unos mechones que se habían escapado del recogido le acariciaban el cuello mientras sonreía a modo de saludo.

La galería estaba vacía y Zack no había visto ningún letrero de «Cerrado». Las puertas estaban abiertas, pero quizá era porque DSS tenía una cita y los estaban esperando. De hecho, parecía que la galería se estaba preparando para una exposición, seguramente la razón por la que habían pedido seguridad. Quizá un artista de renombre expusiera allí. Por desgracia, Zack estaba muy desinformado sobre el mundo del arte; lo poco que sabía era gracias a Gracie y a escuchar su sueño de convertirse algún día en una artista importante.

A pesar de su decisión de apartarla a ella y a su pasado, no podía evitar pensar que esa podría ser ella. Podría ser ella quien viviera su sueño, feliz, pintando y con él apoyándola en todo.

Tenía que parar esta mierda ya y seguir adelante. Era irónico que hubieran aceptado un trabajo proporcionando seguridad en una exposición de arte solo un par de días después de haber prometido que dejaría su pasado atrás. El destino era un

cabrón y ahora mismo se estaba descojonando a su costa. Tal vez quisiera poner a prueba la promesa que se había hecho a sí mismo.

Después de que Beau presentase al grupo ante la mujer, los ojos de esta se iluminaron al reconocerlos.

—Por supuesto. El señor Sterling me dijo que llegarían al mediodía. Ahora mismo está al teléfono con un cliente importante, de modo que tendrán que esperar un momento para que pueda atenderlos. ¿Les apetece una taza de café? ¿Vino?

Si les hubiera ofrecido champán, ninguno de los miembros de DSS podría haberse aguantado la risa después del comentario sarcástico de Dane en el aparcamiento. Aun así, Eliza sonrió con suficiencia; siendo como había sido la más irreverente del grupo.

La sonrisa de la empleada era natural, no era ensayada como la de la mayoría de las personas que se dedicaban a las ventas. Su comportamiento era impecable y encajaba perfectamente con la imagen de una galería de arte exclusiva y lujosa, con su ropa de marca, los tacones y el maquillaje tan natural que parecía que no llevaba. Sus pendientes de diamantes, sin ser ostentosos, podrían ser de dos quilates y valdrían un buen pellizco.

Como nadie aceptó su oferta, se disculpó educadamente y dijo que había informado a Sterling de su llegada. Luego se fue rápidamente, con los tacones repiqueteando en el suelo de mármol italiano.

—¿Qué? ¿Ya la has examinado?

La pregunta cáustica de Beau sacó a Zack de sus observaciones. A los demás miembros de DSS les gustaba meterse con él porque tenía buen ojo para los detalles. Se sentaba y estudiaba a la gente, y dejaba que los demás hablaran. Era muy frecuente que averiguase mucho más simplemente observando y escuchando que si hablaba con la persona. Cuando las personas creen que nadie las mira, tienden a relajarse, a bajar la guardia, y en esos momentos se vuelven descuidadas y revelan su forma de ser.

Acudían a él cuando querían recoger los detalles más insignificantes que los compañeros normalmente se perdían: el lenguaje corporal, esos sutiles matices que delataban a la gente como el nerviosismo, ciertos movimientos... Él no se perdía una.

No obstante, en este caso Beau pensaba que Zack la había repasado de arriba abajo desde el interés masculino y no de forma profesional, pero se equivocaba. No es que la mujer no fuese guapa, al contrario, pero estaban allí por trabajo y no para ligar.

Zack se encogió de hombros.

—Tiene dinero. No estoy seguro de cuánto se gana en un curro como este, pero apuesto a que tiene otra fuente de ingresos, ya sea un novio, un marido o dinero que ha conseguido ella misma. Tal vez sea una heredera aburrída, pero me parece bastante inteligente. Me juego mi próximo sueldo a que su conocimiento en este ámbito es amplio. Y apostararía a que tiene un máster también.

Eliza arqueó una ceja.

—¿Has sabido todo eso con observarla cinco segundos? No sé si me haría gracia saber qué conclusiones has sacado analizándome a mí, ya que hemos pasado muchísimo más tiempo juntos que unos cuantos segundos.

Zack sonrió.

—Eres la polla y lo sabes. No hace falta que te piropee.

Eliza entornó los ojos.

—Bueno, ¡claro! Sé que no hace falta, pero está bien escuchar unos piropos de vez en cuando. A las mujeres nos gustan; no soy ninguna excepción. Por mucho que me mueva entre tanta testosterona en el trabajo, no me ha salido una polla ni he olvidado mis partes femeninas.

Beau y Dane estallaron en carcajadas, moviendo los hombros. Zack sacudió la cabeza con aire apesadumbrado. Sí, adoraba a Eliza. Tenía un humor muy perspicaz y una lengua al mismo nivel. Era inteligente, compasiva, leal y una gran compañera cuando se sentía más melancólico que de costumbre.

A pesar de que no le había contado nada de su pasado, ni a nadie de DSS a decir verdad, sabía que Eliza veía más de lo que parecía y, por consiguiente, se metía con él y no dejaba que sintiese pena de sí mismo. Tenía una habilidad asombrosa para identificar su estado de ánimo cuando peor se encontraba, y como resultado nunca dejaba que se apartara de los demás cuando, de lo contrario, se habría pasado varios días aislado. Joder, hasta se presentaba en su apartamento para ver algún partido de fútbol americano con él. Otras veces le obligaba a invitarla a cenar y tomar unas cervezas para que soltara toda esa mierda. Era la forma que tenía Eliza de darle una colleja como diciéndole «a ver si lo superas de una puta vez».

Pensó que tal vez debería haber confiado en ella. Sus habilidades eran impecables y podría haberle sido de gran ayuda en la búsqueda de Gracie y en su intento por saber qué le había ocurrido. Pero ya había pasado de eso y no caería en la tentación; juró que era agua pasada para él. Además, ella seguramente habría pensado que había perdido la puta cabeza por perseguir a un fantasma durante doce años.

Se metió las manos en los bolsillos y empezó a vagar por la galería, impaciente. Odiaba esperar y le tocaba la moral que los hubieran convocado allí cuando normalmente eran los clientes quienes acudían a ellos, y no al revés. No sabía por qué era importante que la presentación tuviese lugar en territorio del cliente, pero sospechaba que era un juego de poder. Era como medirse la polla para que DSS supiera lo *importante* que era este tío, o que pensasen que lo era, por lo menos.

Daba igual, de todos modos no era cosa suya. Eran Caleb y Beau los que estaban al mando, a pesar de que Caleb se había apartado bastante del negocio desde que se casó con Ramie. Beau y Quinn habían asumido la gestión del funcionamiento ordinario de la DSS, aunque había sido idea de Caleb.

La empresa de seguridad DSS se había formado tras el horrible secuestro, tortura y violación de Tori Devereaux, la única hermana pequeña de Caleb, Beau y Quinn. Caleb estaba decidido a que no volvieran a amenazar a nadie de su familia, y que si

tenían la posibilidad de ayudar a otros al mismo tiempo, mejor que mejor. La empresa había sufrido unos cuantos contratiempos en sus comienzos, pero eso contribuyó a que Beau estuviera mucho más dispuesto a aprender de esos errores, a contratar mejor —lo mejor que el dinero pudiese comprar— y a expandirse. Como resultado, la DSS estaba prosperando y recibía muchos más encargos de los que podían asumir logísticamente. Investigaban con profundidad a sus futuros clientes, sobre todo después de que algunos acudieran a ellos con el pretexto de acceder a Ramie y sus extraordinarios poderes. Caleb era increíblemente protector con su mujer, y con toda la razón, porque el precio que pagaba por utilizar sus poderes era desmesurado.

Unos minutos más tarde, un hombre alto y bien vestido apareció por el fondo de la galería; se acercaba con pasos resueltos y decididos, y una mirada directa e indescifrable. No era lo que esperaba para nada, aunque tampoco estaba seguro de qué había esperado. Sea como fuere, Wade Sterling no encajaba con ninguna de las ideas preconcebidas que podría haber tenido.

Se veía que era rico, pero no era nada ostentoso. No iba extravagante ni llevaba accesorios recargados. Vestía unos pantalones caros y una camisa de seda abotonada pero sin corbata. El reloj debía de costar varios miles de dólares, pero tampoco era un alarde de riqueza. Y los zapatos podían costar perfectamente su sueldo de un mes.

Tenía un aire duro, peligroso, incluso. Una vez más, no tenía el aspecto del típico dueño de una galería de arte o, por lo menos, no cuadraba con la imagen que Zack tenía de un hombre relacionado con el arte. Había algo en él que no le gustaba y que hizo que se pusiera en guardia al instante.

Echó un vistazo rápido a sus compañeros y vio que sus reacciones eran diversas. Dane estaba tranquilo y tan indescifrable como siempre. Nadie sabía realmente lo que estaba pensando. Beau parecía pensativo mientras que Isaac, Capshaw y Brent examinaban al propietario con atención.

Eliza parecía tener una reacción similar a la de Zack. Entrecerró los ojos y apretó los labios, casi como si dijera que todo aquello era una patraña. Pero era muy lista y él confiaba en su instinto: la reacción de ella validaba la suya.

Sterling no sonreía ni torcía el gesto; tenía una expresión tan serena e indescifrable como la de Dane.

—Siento haberlos hecho esperar —dijo con voz calmada, que, a pesar de lo expresado, no demostraba una disculpa sincera—. He tenido que encargarme de un asunto de negocios importante que no podía esperar. Espero que no les haya importunado demasiado y que Cheryl, mi asistente personal, haya cuidado bien de ustedes.

Dane estaba a cargo de las misiones aunque en realidad los Devereaux eran los propietarios y responsables. Dane era la cara visible de DSS. Él se encargaba de los medios y las declaraciones y dirigía las negociaciones. Tanto Caleb como Beau se referían a él como el encargado y todo el mundo respondía ante él. Bueno, salvo Zack, que solamente respondía ante Beau. Era un acuerdo tácito que Dane parecía

tomarse con filosofía.

Así pues, era Dane quien se dirigía a Sterling. Era la clase de tío que va al grano y no pierde el tiempo en tonterías y peloteo, algo que Zack apreciaba y también tenía en común con Dane.

—¿Qué puede hacer DSS por usted, señor Sterling? Entiendo que quiere un equipo de seguridad completo para una exposición inminente, en el plazo de una semana. Eso no nos da mucho tiempo para prepararnos así que necesitaremos saber exactamente qué espera de nosotros y cuál será nuestro cometido. Usted quiere lo mejor y es lo que obtendrá, pero no puede esperar lo mejor si no tenemos toda la información y sabemos a qué responsabilidad nos atenemos.

Sterling analizó a Dane rápidamente y lo miró con respeto. Zack sospechaba que ese hombre no demostraba respeto muy a menudo, ni creía que necesitase hacerlo. Era un hombre que mandaba.

—Imagino que este será un trabajo ordinario para una empresa de su reputación —dijo Sterling. Al parecer había hecho los deberes—. No se esperan amenazas, solo quiero su presencia, una presencia discreta, para asegurar que todo va bien. Este acto es muy importante para la galería y para el artista. Será una exposición de presentación y he invertido mucho dinero en publicidad y márketing. Suscitará gran curiosidad, ya que no he desvelado la identidad del artista.

Eliza arqueó las cejas, pero permaneció en silencio mientras escudriñaba a Sterling.

—Espero un código de etiqueta concreto. Supongo que no será un problema —añadió.

Zack casi oía quejarse mentalmente a los demás, salvo Dane, que no tendría problemas en fingir ser un comprador de arte adinerado.

Sterling había abierto la boca para proseguir cuando el taconeo los avisó de la presencia de Cheryl, que se acercaba a ellos con un gran lienzo descubierto. La emoción era patente en su rostro.

—Siento interrumpir, señor Sterling, pero sabía que querría ver esto inmediatamente. Acaban de entregar la última obra. ¿La coloco donde acordamos?

Las miradas de todos se dirigieron con curiosidad hacia la fuente de su entusiasmo.

Zack se quedó sin aliento y notó una opresión en el pecho; su mundo acababa de dar un giro radical.

Oía voces a su alrededor y Sterling hablaba con su ayudante, pero él estaba completamente paralizado. Se quedó mirando la escena tan perfectamente retratada; era un paisaje que lo devolvió a otra época y lugar, un lugar que había compartido una vez con Gracie.

Era como cuando Gracie y él pasaban el rato al cobijo de esas ramas, acurrucados entre sus raíces. Gracie estaba entre sus brazos y él era la barrera entre ella y el resto del mundo.

¿Y la mujer del cuadro? Aun de espaldas, la habría reconocido en cualquier lugar.

No era una representación normal de aquel sitio. Había pasado demasiado tiempo y seguramente habría cambiado. Las tierras junto al lago pertenecían a una empresa de papel y se habían vendido hacía años. Ahora, en lo que antaño fuera un bosque intocable, se habría edificado, los árboles ya no estarían y seguramente el terreno había cambiado irrevocablemente por un buen puñado de viviendas.

Se le nubló la vista, le empezaron a escocer los ojos y las dos iniciales de la firma del artista aparecieron ante sus ojos: A. G.

Anna-Grace. Su Gracie. Ay, Dios, ¿estaba viva?

Pero si estaba viva y bien, si hasta se dedicaba a pintar, ¿por qué leches había desaparecido y por qué nunca se había puesto en contacto con él?

El cuadro significaba algo para el artista, se veía en cada pincelada. La emoción se salía del lienzo y sobrecogía a quien lo mirara. La nostalgia le sobrecogió; recordó aquel momento en que todo era nuevo e inocente, donde el mundo le ofrecía una gran oportunidad: una vida no para sobrevivirla, sino para vivirla al máximo aprovechando cada día.

Pero si había llegado a la conclusión de que el cuadro, el lugar dibujado, tenía un valor para el artista, entonces, ¿no significaría que él era importante para ella? Porque alguien que se preocupa por otra persona de esa manera no desaparece sin más, sin volver a saberse nada, a menos que haya ocurrido una gran desgracia. Y si él albergaba recuerdos o sentimientos hacia ella y a la inversa, ¿por qué no había hecho el esfuerzo de acabar con las pesadillas de las que él había sido víctima durante más de una década?

Reparó en el título del cuadro y su corazón empezó a latir aún más fuerte. *Sueños perdidos*. Era una descripción muy acertada para él, pero ¿qué había motivado que ella le pusiera semejante título?

El cuadro transmitía una tristeza tremenda, como si el recuerdo todavía fuese doloroso. Era una descripción de esperanza perdida acorde con el título del cuadro: *Sueños perdidos*. Hasta la silueta de la chica, que miraba al lago, parecía de algún modo aislada y desolada.

Las lágrimas le quemaban en el raballo del ojo y se sentía abrumado por la pena. El cuadro no sugería que ella se hubiera alejado de él intencionadamente; al contrario, sugería arrepentimiento... dolor por el pasado.

—¿Zack?

Lo llamaron bruscamente y se estremeció al salir del ensimismamiento: todo el grupo lo estaba mirado, cada uno con una expresión distinta en el rostro.

Sterling y su ayudante se habían hecho a un lado y también lo observaban. Sterling tenía el ceño ligeramente fruncido y estudiaba con atención su reacción.

—¿Quién es el artista que va a exponer? —preguntó Zack como quien no quiere la cosa.

Sin embargo, no había forma de esconder el temblor que lo delataba y la

ronquedad de su voz, pese a sus esfuerzos por contener la reacción.

—El artista no importa —repuso Sterling tranquilamente—. La seguridad no es para el artista, sino para los cuadros.

Eliza levantó la cabeza de golpe, con una mirada que echaba fuego.

—Espere un momento. ¿Quiere contratar una empresa de seguridad para la exposición, pero no le importa una mierda el artista?

Zack estalló de la rabia; tenía la cabeza hecha un lío y estaba tan confundido que ni siquiera podía poner voz a los mil «¿Qué cojones...?» que se le pasaban por la cabeza.

—El artista prefiere mantenerse en el anonimato —añadió Sterling en un tono cortante—. Ni siquiera se ha decidido si asistirá o no. La exposición no es sobre el artista, sino sobre el arte.

Eliza resopló.

—¿Y eso nos va a ayudar a hacer nuestro trabajo?

—¿Quién es ella? —preguntó Zack con tranquilidad.

Sterling se puso tenso inmediatamente y adoptó un aire receloso y amenazante a la vez.

—No recuerdo haber especificado el sexo del artista.

Al mismo tiempo, Cheryl giró el cuadro rápidamente y lo apartó de su vista tapándolo con el cuerpo.

—¿Las iniciales A. G. son por Anna-Grace? —preguntó Zack con voz ronca, sin intentar enmascarar siquiera la urgencia.

—Ya les he dicho que el artista en cuestión prefiere mantenerse en el anonimato —dijo Sterling con la mandíbula tensa.

Zack hervía de rabia. Estaba a punto de perder los papeles allí mismo y en ese mismo momento y no sería una imagen agradable. Llevaba doce dichosos años, más de un tercio de su vida, preocupándose por el destino de Gracie, ¿y ahora ese imbécil se andaba con juegucitos mentales cuando estaba al borde de un ataque?

Ni de coña. Esa postura intocable de «Soy rico y poderoso» le funcionaría con los demás, pero no con él. Trabajaba para gente muy rica, pero con los pies en la tierra. Él mismo era rico y no necesitaba actuar como un imbécil arrogante, engreído y convencido de que sus palabras y sus actos eran la ley o estaban por encima de esta.

—Solo conteste a la pregunta —dijo Zack entre dientes por la tensión—. ¿Las iniciales A. G. corresponden a Anna-Grace? —Su tono era frío y cortante. No preguntaría otra vez.

Ante eso, la expresión de Sterling se congeló. Su mirada era pura escarcha, se le endureció la expresión y se le tensó la mandíbula mientras seguía analizando a Zack. Por la razón que fuera, en cuanto pronunció su nombre, Sterling pasó de mostrarse arrogante a cabrearse y la rabia que le consumía vibraba casi en oleadas. Entonces su mirada se volvió indescifrable, enmascarando así cualquier pista o prueba de lo que estaba pensando. A Zack le entraron ganas de darle un puñetazo en toda la



mandíbula.

La tensión repentina entre los dos hombres era palpable. Eliza lanzó una mirada incómoda a Dane y se acercó a Zack, casi como si supiera que la situación estaba a punto de complicarse.

—Hemos terminado —dijo Sterling en un tono tenso—. No requiero de sus servicios ni un minuto más. Estoy más que dispuesto a pagar una tarifa de asesoramiento si dejan a mi ayudante los datos de facturación al salir.

Su respuesta enfureció a Zack, y Eliza se interpuso rápidamente entre los dos hombres, dándole la espalda a Sterling y poniendo la mano en el pecho de Zack.

—Olvídalo, Zack —murmuró—. Este imbécil ya ha malgastado nuestro tiempo lo suficiente —miró a Sterling por encima del hombro y le dijo en un tono tan gélido como el suyo—: Y puede apostar a que tendrá esa factura antes de que nos vayamos.

—Lizzie —dijo Dane, articulando cada palabra con cuidado para que entendiera el mensaje—, aléjate de él inmediatamente.

La amenaza en el tono de Dane y en su lenguaje corporal era evidente. Eliza se alejó y se llevó a Zack consigo tratando de dirigirlo hacia la puerta.

—Eliza, para —dijo Zack en voz baja, en un intento de no acabar pagando con ella sus desbordantes emociones. Plantó los pies allí mismo y a ella le fue imposible moverlo dado lo grande que era—. Esto es importante. Es lo más importante de mi vida y no puedo dejarlo, no hasta que obtenga la información que estoy buscando. Le arrancaré la cabeza a este hijo de puta si eso me proporciona la información que quiero... que necesito.

—Señor, ¿debería llamar a la policía? —preguntó Cheryl a Sterling, nerviosa.

Antes de que Zack pudiera continuar y pedirle algo más, la puerta de cristal de la entrada se abrió de par en par y una mujer entró presurosa con la mirada puesta en Sterling y en su ayudante.

Al reparar en los demás miembros de DSS, se puso colorada por la vergüenza. Y entonces se desencadenó todo. Wade se apresuró hacia ella y esta balbució una disculpa por haberlo interrumpido.

Zack se quedó completamente helado y ni siquiera podía respirar; era como si estuviera ante una alucinación. Se le cerró la garganta y no pudo hablar. No podía pensar. Solo podía mirar.

—Lo siento mucho, Wade —dijo aceleradamente—, pero he cambiado de idea. No quiero exponer el último cuadro. Es que... no puedo.

El dolor era evidente en sus hermosas facciones. Sus ojos parecían atormentados por los fantasmas del pasado; fantasmas que se reflejaban también en los de Zack, porque estaba viendo uno en ese mismo momento.

Finalmente, consiguió salir del estupor que le embargaba y pudo articular una palabra a pesar de las vueltas que le daba la cabeza por la incredulidad.

—¿Gracie?

## Cinco

Gracie levantó la cabeza rápidamente al ver a Zack por primera vez desde que entró corriendo para negarse a cumplir el acuerdo de colgar el cuadro que Cheryl todavía sostenía nerviosamente.

Su mirada reflejaba el horror y su rostro adquirió una tonalidad pálida y mortecina. Un terror absoluto se asomaba a sus ojos marrones.

Empezó a retroceder e hizo el amago de girarse para huir, y lo hubiera hecho si Sterling no la hubiera asido del brazo para evitar que cayera. Pero a pesar de eso, cayó y terminó sentada en el suelo de mármol, tras lo cual siguió retrocediendo. Su lenguaje corporal transmitía un miedo terrorífico mientras trataba desesperadamente de escapar.

Zack dio un paso al frente, incapaz de creerlo. Su sueño se había hecho realidad, ¿y ella estaba huyendo de él? ¿Lo estaba mirando como si fuera un maldito monstruo? ¿Qué narices pasaba?

—Gracie —dijo con la voz tomada de la emoción—. ¡Dios, Gracie, pensé que estabas muerta! Han pasado tantos años. No puedes imaginarte...

No pudo terminar la frase porque la expresión de Gracie transmitía cada vez más y más terror. Las lágrimas inundaban sus ojos y la desolación se hacía patente en su rostro, así como el dolor, la traición y la devastación. Todas las cosas que él sentía y que había sentido durante más de una década.

—¿Querías que me mataran también? —Casi se atragantó con esas palabras; unas palabras incoherentes y tan llenas de pánico que Zack apenas las entendía. Su desconcierto aumentó hasta cotas insospechadas. ¿Matarla? Esa era la peor pesadilla posible hecha realidad.

—¿De qué hablas? ¿Qué estás diciendo? ¿Quién ha intentado matarte?

¿Acaso no sabía que se cargaría a todo aquel que se atreviera a hacerle daño? ¿Que no había nada que no fuera capaz de hacer con tal de protegerla? ¿Acaso no confiaba en él? ¿Es que el tiempo que habían estado juntos no había significado nada?

Estaba a punto de estallar ante la necesidad de respuestas. Tenía mil preguntas en la cabeza que tenía que soltar cuanto antes. Sin embargo, lo que más deseaba era tocarla. Quería asegurarse de que no era un sueño, que no era una fantasía mórbida, una manifestación de años de pensamientos anhelantes que se burlaban de él ahora que por fin se había decidido a pasar página.

Wade la levantó con cuidado e inmediatamente la colocó detrás de él. Echó un brazo hacia atrás para protegerla, a modo de barrera entre ella y cualquier persona que hubiera en la sala, sobre todo de Zack, que le había lanzado una mirada asesina

llena de violencia como si tuviera sed de venganza.

—¡Aparte las manazas de ella! —rugió Zack—. ¡Ya!

No quería que ese hombre la tocara siquiera. ¿Pensaba protegerla de Zack? Ese hombre no parecía trigo limpio. ¿Qué relación había entre Gracie y Sterling y por qué había tal posesividad en el rostro de él? Era como si ella le perteneciera. ¿Era él quien la protegía cuando siembre había sido Zack? Claro que... No, no podía, no quería pensarlo. Su cordura pendía de un hilo, se encontraba fatal y estaba a punto de perder el control; él que siempre mantenía la compostura y las emociones a raya.

Gracie emitió un sonido inarticulado de miedo e incluso, pese a estar detrás de Wade, parecía que le iba a dar un ataque. El galerista se giró hacia su asistente y Zack pudo ver fugazmente a Gracie. Tenía la cara roja e hinchada, le resbalaban las lágrimas por las mejillas y estaba tan aterrada que se le rompió el corazón.

Beau le puso la mano en el hombro para frenarlo.

—Mantente al margen, tío —susurró—. Mírala cómo está. ¿Acaso quieres hacerla sufrir más?

Eliza estaba a su lado y le cogía del brazo en señal de apoyo, pero tal era la compasión que sentía por Gracie, que le veía en la cara que también estaba afectada como ella.

Tanto el miedo como la angustia de Gracie eran palpables en la sala. Todos estaban afectados, Zack el que más, pero ¿por qué le tenía tanto miedo? ¡Joder! ¡Nada tenía sentido! El mundo se había vuelto loco y necesitaba respuestas. Cuanto más tiempo tardase en obtenerlas, más loco se volvería. La ausencia de respuestas le reconcomía el alma hasta el punto de perder la cabeza.

—Aparta de una maldita vez —gruñó Dane.

Le tocaba la moral que los miembros de su propio equipo se interpusieran entre él y Gracie, como si temieran que le hiciera daño. ¡Él! Sin embargo, nunca lo habían visto perdiendo los estribos y fuera de control. Parecía que también se estuvieran preguntando qué narices pasaba y a quién habían contratado, aunque hasta el momento hubiera sido siempre simpático e imperturbable, incluso en las circunstancias más extremas.

—Ella es... era mi vida —soltó Zack con tono desolador.

Gracie estaba intentando zafarse de Wade para escapar, para echar a correr y huir lo más lejos posible de allí, de Zack. Que el hombre la agarrase solo la ponía más tensa y no hacía más que enfurecer a Zack. Ese no tenía derecho a tocarla, a retenerla en contra de su voluntad, ni aun pensando que la estaba protegiendo.

—Llama a la policía —vociferó Sterling a su asistente.

Dane levantó las manos.

—A ver, creo que todo el mundo debería relajarse un poco. Usted ha sido quien nos ha hecho venir.

—Y ahora les pido que se marchen —dijo Sterling con sarcasmo— y se niegan a hacerlo. Les doy tres segundos para desaparecer o llamaré a la policía y se les acusará

de acoso. Basta verla para que me crean.

Asintió con la cabeza en dirección a Cheryl quien, con los ojos abiertos como platos, parecía inmóvil y seguía sosteniendo el cuadro por el que había empezado todo.

—Nos vamos —dijo Dane con serenidad.

—¡No! ¡Ni de coña! —espetó Zack—. ¡No hasta obtener respuestas, joder!

Con cuidado, Eliza lo apartó un poco de Beau y del resto de personas para que nadie más fuera capaz de escuchar lo que le decía.

—Anda, vámonos. En lugar de arreglar las cosas, aún la estás cagando más. Mírala, mírala bien. Está aterrorizada. Esto no le está haciendo bien. Entiendo que sea importante para ti, pero ahora ya sabes dónde está y quién es. Te ayudaré. Te juro que no descansaré hasta que consigas la información que necesitas, pero ahora tienes que marcharte o esto empeorará. Y si esta mujer es importante para ti, algo que está más que claro, con esta actitud no vas a ganar nada. No digas o hagas algo de lo que puedas arrepentirte. Piensa en eso y vámonos. No lo hagas por ese gilipollas egocéntrico de Sterling, sino por Gracie. Hazlo por ella.

Dane y Beau se acercaron a Zack. Dane empujó con cuidado a Eliza como indicándole sutilmente que se retirara. Luego, ambos cogieron a Zack por los brazos y lo arrastraron hacia la puerta.

Zack no podía irse sin más como al parecer había hecho Gracie. No podía tirar la toalla, sin pelear, por la única persona que alguna vez había sido su mundo. La mujer por la que habría hecho cualquier cosa y sacrificado cualquier cosa, sin importar lo importante que fuera. La habría protegido con su vida. Habría pasado el resto de su existencia amándola y queriéndola, olvidándose de todo lo demás.

Sin embargo, su equipo no le daba opción a nada. Forcejeó, pero Isaac y Capshaw ejercieron más fuerza y de camino a la salida lo hicieron pasar junto a Sterling, que seguía intimidándolos a todos con la mirada mientras con un brazo sujetaba fuertemente a Gracie, que permanecía cobijada detrás de él, ya que su cuerpo era mucho más grande que el de ella.

Al final lograron reducirlo y sacarlo al aparcamiento, aunque para ello hizo falta la fuerza de todos los miembros del equipo a la vez.

Zack quería golpear a alguien. Tenía los puños apretados y su lenguaje corporal era claramente desafiante. Los demás lo sabían. Beau lo empujó contra la camioneta y se puso delante de él.

—No sé qué narices acaba de pasar ahí dentro, pero necesitas recapacitar sobre ello. Ese no eres tú, tío. No tratas a una mujer aterrada de la forma en la que lo has hecho. No fuerzas el tema cuando está fuera de sí por el miedo. Entiendo que esto es importante para ti, pero debes intentarlo de otro modo o terminarás en la cárcel por acoso.

Zack le devolvió el empujón y se puso delante de Beau, frente a frente.

—Si fuera Ari, ¿qué harías? Si alguien se interpusiera entre Ari y tú, y luego te

dicen que te marches. ¿Te irías sin más? —bramó Zack, pronunciando las dos últimas palabras con el desdén que se merecían.

Beau se quedó quieto un instante y pestañeó como si lo acabara de entender. Cerró los ojos durante un momento y suspiró.

—Joder. Entonces es eso.

Rabia, dolor, furia y una pena muy honda en el alma... todo eso envolvía a Zack y la desesperación lo engullía como un maremoto. Se le encorvaron los hombros y cerró los ojos, inclinándose sobre el vehículo para no ver a Beau, su amigo.

Eliza le puso la mano en el brazo y le dio un apretón para llamar su atención y rescatarlo de la oscuridad en la que estaba sumido.

Él la miró y reparó en la emoción de su mirada mientras se ponía entre él y Beau. Era casi como si conociera su historia, como si su oscuridad, sus pensamientos tormentosos se sucedieran en tiempo real y ella fuera capaz de ver dentro de su mente hecha añicos.

—Te ayudaré, Zack —dijo ella suavemente—. Solo tienes que decirme lo que necesito saber para tener un punto de partida. No hace falta que me lo cuentes todo, solo aquello con lo que te sientas cómodo. Te juro por mi vida que no pararé hasta que consideres que se ha resuelto. No tiraré la toalla. Te doy mi palabra.

No hacía falta decir que se podía confiar en la palabra de Eliza. Nunca prometía las cosas a la ligera ni rompía sus promesas cuando se comprometía.

Antes de que pudiera responder, Eliza lo abrazó, lo cual fue una proeza dada su desventaja en peso y tamaño. Sin embargo, fue un abrazo intenso, lleno de emoción, solidaridad y lealtad. Era la hermana que siempre había querido tener.

Zack era hijo único. Cuando era aún un niño, su madre los abandonó, a él y a su padre. Gracie provenía de un hogar desestructurado, su madre era alcohólica y la mayor parte del tiempo ni reparaba en su hija. ¿Su padre? Algún ligue de fin de semana de su madre. La madre no sabía tampoco quién era el padre de su hija y Gracie nunca mostró interés en conocerlo.

Tanto él como Gracie querían tener hijos, tantos como Dios quisiera. Querían llenar su hogar de amor y de un gran ambiente familiar. Todas esas cosas que les habían negado a ambos.

—¿Falta mucho? —preguntó en un tono apenas audible, tan tenso que se le quebró la voz al final.

No tuvo que explicar la pregunta. Eliza sabía perfectamente qué quería decir.

—Podemos acercarnos ahora a la oficina —respondió—, o si lo prefieres, recojo mi portátil y te veo en tu casa o vienes a la mía. Lo que te sea más cómodo.

Le estaba ofreciendo una salida para evitar que soltase toda la mierda delante de los otros, algo que agradecía porque no estaba seguro de cuánto más podría aguantar antes de derrumbarse totalmente.

Era como si le hubieran dado un mazazo. Aún se tambaleaba por el impacto de ver en carne y hueso a Gracie. Ya no era un fantasma de su pasado, sino que era real.

Estaba viva, ya no era una niña de dieciséis años, tenía doce años más y era más hermosa que nunca.

—Tu casa —consiguió decir—. Si te parece bien.

Era el único lugar en el que se sentía lo suficientemente cómodo para sincerarse. No quería mantener esa conversación delante de todos sus compañeros. Llevaba doce años ocultando su dolor al resto del mundo. Solo al empezar a trabajar para DSS comenzó a entablar lo más parecido a una amistad con los demás.

Lo acababan de ver en su momento más bajo, pero sabía que podía ir todavía a peor y no quería que supieran el tormento que había vivido durante tanto tiempo. Sabía que era patético, pero eso no significaba que quisiera más testigos de su debilidad. Además, ahora que había encontrado a Gracie ya no era un sueño imposible, sino que se había convertido en una dura realidad. No le importaba lo más mínimo lo patético que acababa de quedar al negarse a dejarlo pasar. Le importaba una mierda, vamos.

Ella volvió a darle un apretón tranquilizador en el brazo.

—En ese caso llévame a la oficina para que pueda coger el coche. Solo necesito entrar, coger el portátil y luego puedes seguirme hasta casa.

—Gracias, Eliza —respondió en un hilo de voz.

—No hace falta que me des las gracias —le contestó igual de bajito.

## Seis

Con el rostro hundido en la espalda de Wade, a Gracie le temblaba todo el cuerpo. No podía controlar los temblores... ni el frío. Dios, sentía un frío que le calaba hasta los huesos y el *temblor* no alcanzaba a expresar lo que había sentido al mirar a los ojos de un Zack Covington mayor pero irresistiblemente guapo. Ya no era un chico de aspecto juvenil, encantador y de sonrisa fácil. Ahora era un hombre de aire más duro y que parecía tan tocado como ella.

Pensaba que ya había tenido suficiente sufrimiento durante esos años, suficiente dolor y arrepentimiento. Creía que las cosas no podrían ir a peor.

Se equivocaba porque durante ese tiempo no había tenido que vérselas con Zack. No le veía desde aquella noche. Por mucho que hubiera imaginado o se hubiera preparado mentalmente, nada la habría ayudado a afrontar la situación, sobre todo porque se había cerciorado de que sus caminos nunca se volvieran a cruzar. Al parecer el destino no estaba de su parte, parecía que creyera que no había sufrido lo suficiente.

Wade se giró y la abrazó en un gesto de consuelo. La atrajo hacia él con firmeza y la estrechó mientras le decía palabras de consuelo en voz baja.

—Ya se ha ido, Anna-Grace. No puede hacerte daño. No dejaré que vuelva a hacerte daño.

Sus palabras lograron penetrar el torrente caótico de sus pensamientos y del entumecimiento de su cuerpo. Se apartó bruscamente de Wade, pero tuvo que buscar otro punto de apoyo para no volver a caer.

—Tengo que irme —balbució mientras buscaba desesperadamente una salida.

No podía salir por la puerta principal. ¿Y si la estaba esperando fuera? ¿Y si la había seguido? ¿Y si descubriría dónde vivía? ¿Y si ya lo sabía?

¡Dios! Ya debía de saber dónde se encontraba. ¿Cuán difícil podía haber sido encontrarla a pesar de las medidas que había tomado durante esos años para asegurar su privacidad y que nadie pudiera descubrirla?

—Tengo que salir de aquí, Wade. —La histeria se asomaba ya a su voz—. Por favor, tienes que ayudarme. Tengo que irme ahora. Pero ¿adónde? Tengo que dar con un lugar donde no pueda encontrarme. No puedo volver aquí. Tengo que marcharme. Tengo que irme esta misma noche, ¡antes de que aparezca por mi apartamento!

Sabía que lo que decía era un sinsentido. No le importaba. También sabía que se estaba dejando llevar por un miedo irracional. Sin embargo, su sentido de autoprotección había tomado el control y tenía la intención de hacer lo pertinente. No habría sobrevivido hasta la fecha sin él.

Wade le acarició los brazos y la sujetó con firmeza por los hombros para retenerla

y obligarla a que lo mirara a los ojos. Tenía el semblante serio y la rabia se asomaba a sus ojos oscuros. Tenía esa mirada peligrosa capaz de asustar al mismísimo diablo, pero sabía que pese a ello, a pesar de su aspecto —y de que había cosas de ella que no conocía, y prefería no conocer—, no suponía ninguna amenaza.

—Anna-Grace, mírame —dijo en un tono que no admitía réplica.

Pestañeó y levantó la mirada hasta encontrar la suya, tratando de mantener a raya el terror que la paralizaba.

Le enmarcó el rostro con ambas manos y con delicadeza le acarició el labio superior con el pulgar.

—No consientas que vuelva a tener el control de tu vida —la reprendió suavemente—. Has permitido que te controle durante demasiado tiempo. Eso ha terminado. Ya no puede hacerte daño. Nunca dejaré que te haga daño, te lo juro. ¿Confías en mí?

Ella se mordió el labio; no era una pregunta fácil de responder para alguien como ella, alguien que no confiaba en nadie, alguien sin motivos para confiar en la gente. Aun así, ya había reconocido que confiaba en él. Ya habían hablado de ello y ahora volvía a sacar el tema. Sin embargo, antes habían sido meras palabras y ahora esas palabras significaban algo de verdad.

A regañadientes, asintió con la cabeza y él se relajó un poco, aunque aún temía que huyera de él como había hecho con todo los últimos doce años de su vida.

—Ya no eres esa jovencita asustadiza —le dijo con suavidad—. Eres fuerte. Te has labrado tu vida y una carrera, una muy prometedora. Tienes talento, mucho más del que tienen ahora mismo las grandes estrellas del arte. Te has hecho un lugar en el mundo. ¿Piensas permitir que destruya todo eso?

Anna-Grace frunció el ceño, porque dicho de ese modo, a pesar de que no había tenido elección sobre lo que le había sucedido todos esos años atrás, ahora sí tenía una oportunidad. Era una persona distinta; era mayor y más inteligente. No era joven ni inocente, no era una ingenua. Y sí, tal como había dicho Wade, ahora era más fuerte.

Era casi irrisorio pensar que era fuerte, ya que llevaba tanto tiempo escondiéndose que tenía miedo hasta de su sombra. Pero lo era. Era tan fuerte como quisiera ser. Además, Wade tenía razón en que se había labrado su vida. Justo en ese momento, en la inauguración que tendría lugar dentro de una semana y podría impulsar toda su carrera.

Wade se inclinó y la besó en la frente en un gesto que parecía totalmente íntimo. Alguien que los observara podría pensar que eran amantes, una muestra clara de cariño entre ellos. Solo Anna-Grace y Wade sabían que no era así.

—Hazte valer, Anna-Grace —susurró—. No estás sola y nunca lo estarás. No permitas que tu pasado controle tu presente ni un día más. Este es tu momento para brillar, tu momento estelar. No permitas que nadie lo estropee.

Ella se cuadró y posó una mano sobre la de Wade, que aún reposaba en su mejilla.



Inclinó la cabeza sobre la palma de la mano y cerró los ojos durante un instante.

—Ya no soy esa niña de dieciséis años inocente e ingenua —tartamudeó. Sin embargo, habló con tono más alto conforme continuaba—. Nunca volveré a ser esa niña.

Levantó la mirada hacia Wade; sus ojos eran puro fuego.

—Ya me robó la vida una vez. No permitiré que lo vuelva a hacer. No pienso permitir que ni él ni nadie tengan esa fuerza sobre mí otra vez.

Wade sonrió.

—Esa es la Anna-Grace que conozco.

Ella inspiró hondo.

—Tengo miedo, Wade. No voy a mentir. Ya lo has escuchado, me creía muerta. ¿Y si se suponía que tenían que matarme?

Wade se puso muy serio, tanto que ella se estremeció por el peligro que reflejaban sus ojos oscuros. Le acarició el hoyuelo de la barbilla con el pulgar y luego subió hasta llegar a la comisura de sus labios.

—No permitiré que nada ni nadie te haga daño, Anna-Grace. Lo juro por mi vida.

## Siete

Zack paseó por el interior del salón de Eliza como un león, encerrado y listo para atacar y matar. Se pasó repetidamente una mano por el pelo, corto y de punta, hasta que quedó completamente despeinado y hecho un desastre.

Estaba sudando. Tenía la camisa empapada y le brillaba la frente por la humedad. Una gota de sudor se deslizaba por su espalda, lo que le irritaba y le ponía cada vez más nervioso.

—Zack, siéntate.

La voz de Eliza era suave, pero tenía un deje de autoridad.

Lo miró por encima de la pantalla de su ordenador portátil y le hizo un gesto para que tomara asiento al otro lado del sofá modular. El apartamento de Eliza era un estudio muy cómodo y estaba decorado en colores cálidos con un toque femenino, pero sin pasarse. No era excesivamente femenino. Era un lugar donde un hombre se sentiría bienvenido; un lugar al que podría llamar hogar.

Él había soñado con sorprender a Gracie con una casa grande, una mansión de dos pisos con al menos siete dormitorios y cuartos de baño compartidos en las habitaciones de los niños. Había querido cuatro varones y dos niñas. Seis de los dormitorios estarían conectados por un cuarto de baño para que solamente dos de los críos tuvieran que compartir uno. Y, por supuesto, habría querido que las niñas fueran las últimas en llegar para que tuvieran hermanos mayores que pudieran cuidarlas y mimarlas tanto o más que él.

A Gracie le encantaba la casa en la que Zack se había criado. Era el epítome del sueño americano: de dos plantas, blanca, con buhardilla, un porche enorme con columpios y una valla blanca de madera que rodeaba la casa. Era justo el tipo de casa con el que Gracie había soñado, aunque no volvió a llevarla tras el desastre ocurrido cuando la invitó a conocer a su padre. El recuerdo todavía lo enfurecía. Su padre la había humillado completamente, la había hecho sentir como una mierda. Joder, si hasta la llamó basura blanca. Le había dicho que hasta un *cámping* era demasiado para gente como ella. Dado que podía considerarse que Gracie no tenía hogar, había sido un golpe bajo. Una caravana habría sido gloria bendita para Gracie. Cualquier cosa que le ofreciera un techo.

Zack se alegró al enterarse de la muerte del tío de Gracie hasta que supo que no tenía ningún sitio donde vivir. Aun así, reconoció que estaba mucho mejor sin hogar que bajo la tutela de un familiar maltratador.

Le encontró un motel diminuto en el lado del lago más cercano a Dover y ella consiguió trabajo limpiando habitaciones. Si bien no le daba mucho dinero, le ofrecía un lugar en el que vivir —un dormitorio enano en la primera planta y junto a la

oficina— y le proporcionaba una comida al día; desayuno o cena, a su elección, en un restaurante de comida casera que pertenecía al motel. Zack le daba dinero para las otras dos comidas del día, y a menudo desayunaba y cenaba con ella para asegurarse de que no se las saltaba.

Cada mañana, se levantaba antes del amanecer para comenzar el día. Se iba a tiempo para llegar al instituto y poder continuar con su trabajo después.

Zack volvía a casa a cada oportunidad que tenía. A su padre le disgustaba que estuviera tan colgado de una tía, que estuviera mandando al garete lo que deberían haber sido los mejores años de su vida. No tuvo fiestas de fraternidad, ni una cola interminable de novias, ni tampoco vivió de su gran fama como *quarterback*. No, él asistía a clase e iba a todos los entrenamientos, pero siempre esperaba con ansia el final de la temporada de fútbol americano para poder volver con Gracie.

Nunca se quedaba en la universidad los fines de semana una vez terminada la temporada. En cuanto terminaba su última clase los viernes, se metía de inmediato en su camioneta —porque había hecho las maletas la noche anterior— y ponía rumbo a casa.

Aunque nunca le había faltado al respeto aprovechándose de ella sexualmente —él, al igual que ella, había querido esperar—, Zack había pasado casi todas las noches con Gracie; él dormía en el suelo mientras ella lo hacía en la cama, y hablaban durante horas.

Como odiaba verla tan cansada al día siguiente, que le costara levantarse y hacer sus obligaciones para la hora de entrada de los clientes, él la ayudaba muy a menudo. Los dos formaban un equipo formidable, trabajaban de un modo eficiente y dejaban las habitaciones impecables en veinte minutos. Eso lo contentaba porque significaba que Gracie sería suya el resto del día.

Para la mayoría de los jugadores de fútbol americano en el instituto, la noche favorita de la semana era la del viernes. El viernes era sinónimo de fútbol, de esos chutes de adrenalina que te daba el haber realizado una jugada imposible. La noche del viernes también era la preferida de Zack, pero no por el fútbol. Para él, el fútbol era un medio para alcanzar un fin, una forma de dar la seguridad a Gracie y a los niños que algún día tendrían todo lo que necesitaran.

Era su día favorito porque sabía que al acabarlo, Gracie estaría entre sus brazos con la cabeza apoyada sobre su hombro.

Hasta cuando regresó un día a casa y se la encontró vacía. Se había ido para siempre.

No lo entendió, tal vez nunca lo entendería, pero si algo tenía claro es que no iba a irse sin obtener alguna clase de explicación. Si no lo necesitaba, si no lo quería, ¿entonces por qué no lo había mirado a los ojos y se lo había dicho?

—¿Zack?

La voz preocupada de Eliza se filtró en sus pensamientos. Zack desvió su mirada hacia ella y vio que efectivamente había estado hablándole —o más bien, intentando

hablarle— y él no le había contestado.

—Perdona —murmuró—. Estaba pensando.

—Eso es evidente —dijo ella en voz baja—. ¿Quieres hablar de ello?

Zack cerró los ojos y suspiró.

—Vas a pensar que estoy para que me encierren. O sea, cuando me paro a pensar un segundo y miro la situación en perspectiva, si yo fuera cualquier otra persona, pensaría que soy gilipollas. Es decir, ¿quién cojones se queda colgado de una chica... de una mujer... durante doce años? Doy pena.

Hizo una mueca al darse cuenta de lo mucho que había reconocido en voz alta. Dejó escapar el aire de sus pulmones en un gesto largo y frustrado. ¿Y qué cojones importaba? Eliza iba a enterarse igualmente. No quería ocultarle información que pudiera permitirle localizar a Gracie, por patético que pudiera hacerle parecer.

—Yo diría que si alguien se queda tan prendado de una mujer durante tanto tiempo, es que debe de quererla de verdad —dijo Eliza con voz queda.

No había condena en sus ojos, ni lástima. Nada que no fuera total apoyo y amistad.

—Sí —murmuró Zack—. Lo hacía... lo hago. O al menos lo hice. Es difícil decir qué demonios siento ahora mismo.

—Dime qué pasó y por qué perdiste los nervios cuando la volviste a ver en la galería. Supongo que esa ha sido la primera vez que la has visto desde...

Él asintió y luego suspiró.

—En serio, no hay mucho que contar. Gracie y yo fuimos novios en el instituto. Digo instituto, pero yo era cuatro años mayor que ella, así que solo coincidimos en mi último año. Ella estaba en su primer año cuando nos conocimos. Yo ya tenía una beca completa para jugar al fútbol americano en la Universidad de Tennessee. Como *quarterback*.

—Llegaste a ser profesional, ¿verdad?

—Hasta que una lesión me dejó fuera de juego —comentó Zack.

—Podrías haber seguido jugando.

Zack no le preguntó cómo conocía su historia o parte de ella, al menos parte. La DSS habría investigado sus referencias antes de haberlo contratado.

Asintió.

—Sí. Podría haber hecho la rehabilitación. Habría perdido una temporada como mucho. Me habría matado a entrenarme entonces para volver al comienzo de la temporada siguiente. Los médicos pensaron que me recuperaría por completo si hacía una rehabilitación intensiva.

—Pero decidiste no hacerla.

De nuevo asintió. El dueño del equipo, el agente y los entrenadores se habían cabreado. Los hinchas también. Le colgaron la etiqueta de rajado, de fracasado, cuando durante mucho tiempo había sido totalmente lo opuesto: un ganador. Pero sin Gracie sentía como si no hubiera ganado una puta mierda. El fútbol no era suficiente

para sustentarlo cuando había perdido todo lo que significaba algo para él. El fútbol solo era un medio para proporcionar a Gracie la clase de vida con la que él había soñado. Sin ella, el fútbol no importaba un carajo.

—¿Por Gracie? —preguntó con tacto.

Zack vaciló durante un momento, pero luego volvió a mirarla.

—Sí. Por Gracie. Desapareció. Un día estaba allí. Y al otro, cuando volví, ya no. No dejó ninguna nota. Ni carta. Ni mensaje. Nada. Fue como si nunca hubiera existido. Solo que para mí, sí que lo hizo. Ella era mi mundo, joder. Las clases, el fútbol... Nada de eso importaba si no estaba allí conmigo para compartirlo. Por poco no voy a la liga profesional. A mi viejo casi le da una apoplejía. Y, al final, la única razón por la que sí fui es porque pensaba que si me convertía en alguien conocido, Gracie sabría dónde me encontraba. Que se pondría en contacto conmigo, incluso. Que acudiría a mí si tuviera problemas.

—¿Así que no tienes ni idea de lo que le pasó?

—Nada —contestó con voz neutra.

—¿Denunciaste su desaparición? ¿Se lo contaste a la policía?

Soltó una risa amarga.

—Mi padre era la policía. Era jefe de policía. No movió ni un dedo para encontrarla. Estaba demasiado ocupado celebrándolo. Joder, hasta sonrió cuando le dije que había desaparecido. Me dijo que era la mejor noticia que había oído en todo el año. Cuando le pedí que abriera un expediente de desaparición y que investigara su caso, me dijo que los recursos de su departamento tenían mejor uso cuando no se desperdiciaban con gente que no importaba.

Eliza frunció el ceño.

—Perdóname la observación, pero tu padre parece ser una joyita, vamos.

—No lo dulcifiques por mí —dijo Zack con la mandíbula apretada—. Es un cabrón. Un machista misógino y egoísta.

—Me perdonarás que no quiera conocerlo nunca —murmuró Eliza.

Zack levantó una de las comisuras de los labios y esbozó una media sonrisa.

—Le darías su merecido.

—Al menos en este caso de tal palo, no ha salido tal astilla —observó—. Y sí que le daría su merecido. Si me soltara esas cosas a mí, le cortarían los huevos de cuajo. Pero volvamos a Gracie. Por lo que me has dicho, puedo juntar más o menos las piezas del rompecabezas. O por lo menos ahora tiene sentido. Te lesionaste. Optaste por retirarte en vez de hacer rehabilitación. Te hiciste agente judicial y una organización gubernamental te reclutó hasta que Beau te contrató para su empresa. Me imagino que elegiste esta vida por Gracie.

Su mirada era demasiado perspicaz. Parecía como si se hubiera metido en su piel y ahora tuviera una vista privilegiada de todo lo que Zack había ocultado al mundo. Y no era una sensación muy agradable.

Asintió con la mandíbula tan apretada que rayaba la incomodidad.

—Quise encontrarla. La busqué en todas partes... la llevo buscando doce años. Y ahora veo a ese imbécil, tan calladito... Te lo juro, Lizzie, que me han entrado ganas de darle una paliza allí mismo.

—Sí, me he dado cuenta.

—Supe que él sabía algo antes incluso de que Gracie apareciera. Era demasiada coincidencia. La pintura retrataba un lugar que solo Gracie y yo conocíamos. No es que no haya otra gente que no lo haya visto, pero durante todos los años que quedábamos allí, nunca había nadie. Le encantaba dibujar y pintar. Era su sueño. ¿Y ahora, de repente, aparece en una galería un cuadro del mismo lugar exacto firmado por A. G.? ¿Y se titula *Sueños perdidos*? Y luego está todo ese rollo de que el artista no era importante a efectos de seguridad, que prefería el anonimato. Supongo que la razón ahora es más que evidente. Se está escondiendo de mí, pero ¿de quién más? ¿Y qué relación tiene exactamente con Sterling? Porque no ha sido la típica reacción de un galerista hacia un artista cualquiera del que va a sacar tajada.

—Entonces Anna-Grace es su verdadero nombre, pero tú la llamas Gracie. Zack asintió.

—Solo yo la llamaba así. Era mi nombre cariñoso para ella.

Eliza tecleaba a la vez que él hablaba, supuestamente para tomar nota de todo. Cuando terminó de escribir, volvió a levantar la mirada y la centró únicamente en Zack.

—Necesito que cojas una libreta y un bolígrafo de la mesita y escribas hasta el último detalle que se te ocurra y que pueda ayudarme a localizarla. Nombre completo. Cualquier familiar del que tengas conocimiento, aunque haya fallecido. Esto podría llevarnos un rato, así que, ¿por qué no pides algo de comer mientras hago unas cuantas búsquedas? Puede que la noche sea larga.

La esperanza alivió un poco la quemazón que sentía en el pecho. El pulso se le aceleró y tragó saliva unas cuantas veces para evitar que se le formara un nudo en la garganta.

—Gracias, Lizzie —dijo sinceramente y en voz baja—. No tienes ni idea de lo que esto significa para mí.

Eliza se encogió de hombros y por un momento Zack pudo jurar que vio un atisbo de dolor en sus preciosos ojos.

—Todos tenemos cosas con las que lidiar. Todos lo hacemos a nuestra manera. No quiero crearte falsas esperanzas, Zack. Puede que no encuentre nada, pero voy a intentarlo con todas mis fuerzas.

—Sterling tiene toda la información que necesito —soltó Zack—. Va a hablar. Me importa un carajo cómo, pero lo hará. Si no, acabaré con él.

—Ten cuidado —advirtió Eliza—. Tiene las manos llenas de muchas más cosas que simples galerías de arte. Las galerías son en su mayoría fachadas para sus otras «actividades».

Zack arqueó una ceja.

—¿Qué significa eso exactamente?

—La verificación preliminar que hace Quinn de las referencias de todo cliente potencial reveló unas cuantas discrepancias.

Frunció el ceño.

—¿Crees que está metido en algo turbio?

—No te lo puedo confirmar.

—¿Pero qué opinas tú?

—Que sí.

—¿Entonces por qué cojones vamos a reunirnos con él? —preguntó Zack—. Beau no trabaja así. Moriría antes de hacer nada que le recuerde a su padre.

La DSS no aceptaba clientes que podrían ensuciar mínimamente el nombre de la compañía. No tenían por qué. Podían elegir libremente, no les faltaban clientes precisamente.

—Quizá haya sido Caleb el que tomara la decisión. Puede que Beau ni siquiera haya visto el informe todavía —dijo Eliza—. Y como he dicho: no te puedo confirmar que esté metido en algo turbio. Solo es mi humilde opinión. Una que Dane no comparte, al menos por el momento. Soy muy crítica, ¿qué puedo decir? Dane es más tolerante. —Dijo esto último encogiéndose de hombros.

—Tus instintos son buenos, Lizzie. Nunca te has equivocado con nadie. Así que si lo crees, estoy más que dispuesto a creerlo también. Pero si es así, ¿qué relación tiene con Gracie? No te fijaste en su mirada cuando pronuncié su nombre. No es una simple artista anónima a la que da espacio en su galería para exhibir su trabajo. Además, se calló bastante rápido cuando empecé a preguntar sobre ella.

Eliza se ruborizó ligeramente y el cariño inundó su mirada ante la evaluación y la confianza que mostraba en sus habilidades. Lizzie, al igual que Beau y todo el mundo en la DSS, eran buenas personas. Todos se habían unido a él en algún punto crítico de su vida.

En vez de meterse de lleno en una carrera peligrosa como agente judicial, una que no estaba exenta de agotamiento, se había unido a una agencia de élite. Su trabajo le ofrecía desafíos y hacía que se centrara en otra cosa que no fueran los últimos años de su vida. Lo hacía sentir como si tuviera un propósito diferente al de seguir viviendo por inercia.

Qué irónico, justo hacía un par de días había pensado para sí, tras una noche particularmente mala, que quizá ya era hora de pasar página, pasar página de verdad, y seguir adelante con su vida. Vivirla en serio y hacer algo con ella.

Ya no tenía ese lujo. Porque ahora sabía que Gracie estaba por ahí. Cerca. Lo bastante cerca como para toparse con ella en el supermercado o en la gasolinera. Dios, ¿cuánto hacía que estaba tan cerca de él?

—La encontraremos, Zack —prometió Eliza—. Pero tienes que prepararte para la posibilidad de que salga huyendo. La exposición seguramente se cancele. Obviamente se siente amenazada por ti. Y, bueno, también tienes que prepararte para

el hecho de que... te abandonara. Voluntariamente. Porque, desde mi punto de vista, tiene pinta de eso.

Las palabras de Eliza se le clavaron en la piel e hirieron gravemente su corazón, donde Gracie vivía y siempre formaba parte de él, sin abandonarlo, aunque eso fuera exactamente lo que hubiera hecho.

Un tipo diferente de dolor se apoderó de su alma y lo asfixió como un remolino de nubes que se prepara para descargar una tormenta.

Nunca había pensado, ni siquiera una vez, en la posibilidad de que Gracie lo hubiera dejado por la simple razón de que ya no lo amara. Se había torturado más de una y mil veces con todas las razones posibles por las que hubo desaparecido, como si nunca hubiera existido. Quizá Zack hubiera sido la única persona que se había preocupado por ella, ¿entonces por qué lo rechazaría a él y todo lo que le había prometido?

¿Qué cosa más terrible había hecho para que dos vidas se separaran, se hicieran daño y nunca pudieran sanar?

Pero bueno, bien mirado, no parecía que Gracie hubiera vivido el mismo infierno que él durante esta última década. Por primera vez, el enfado, algo extraño para él hasta ahora, se agolpó en su pecho y le vertió ácido en el estómago.

No, ella había estado persiguiendo su sueño mientras él perseguía el suyo propio: a Gracie. Ella era su sueño, su preciosa y dulce Anna-Grace.

Los recuerdos de ella, que tan bien había guardado en su corazón por temor a que se desvanecieran con el tiempo, lo abandonaron por primera vez en doce larguísimos años.

No, él nunca se había cabreado con Gracie. Hasta ahora.

Se le había quedado un sabor de lo más amargo en la boca y sabía que lo tendría a partir de ahora ante la mera mención de su nombre. Porque ahora veía el futuro, el futuro de Gracie, y Zack no formaba parte de él.



## Ocho

Zack se encontraba fuera del Sunshine Art Studio, a unas cuantas calles del Joie de Vivre, con los puños fuertemente cerrados. Parecía que no podía respirar bien. Cada bocanada que daba era una tortura para su pecho y sus pulmones contraídos. ¿Tan cerca había estado todo este tiempo?

No se le escapaba la ironía del asunto. Tras haber pasado una década entera buscando a Gracie, ¿resulta que habían estado viviendo en la misma ciudad? ¿Y cuánto tiempo llevaría allí? ¿Ella ya vivía en Houston cuándo él se mudó para trabajar en la DSS? Tras años y años de andar en círculos, tenía su gracia habérsela encontrado por casualidad a través del trabajo.

Por muy buena que fuera Eliza, ni ella misma podía hacer aparecer información así como así. Había muy poca información de la solitaria artista. De chiripa había encontrado un artículo bastante ambiguo en una revista de arte que hablaba de unas clases en el Sunshine Art Studio a unas manzanas de distancia de Westheimer. Rotaban tres artistas que enseñaban a pintar a niños que ya prometían a tan temprana edad. Una de las artistas era la misteriosa A. G.

Y aquí estaba, con un nudo en la garganta y las manos sudorosas mientras miraba fijamente la puerta. Minutos antes el estudio se había quedado vacío. Varios niños sonrientes y risueños habían salido corriendo por la puerta hasta llegar a donde sus padres los estaban esperando en el aparcamiento.

Ahora todo permanecía en silencio. No había más vehículos aparcados, por lo que si Gracie estaba todavía allí, había venido caminando a la galería o con transporte público o... la había traído alguien. ¿Un novio? ¿Un amante? ¿Un marido? ¿Wade Sterling, quizá?

Pensar siquiera en que perteneciera a otro hombre y que nunca volvería a estar a su alcance le hizo rechinar los dientes de la tensión acumulada en la mandíbula.

Volvió a resoplar y se reprendió por comportarse de un modo tan cobarde. Lo que tenía que hacer era entrar por esa puñetera puerta. Solo una puerta lo separaba de Gracie.

¿Entonces por qué estaba paralizado y muerto de miedo? ¿No debería estar loco por enfrentarse a ella cara a cara y averiguar qué cojones había ocasionado ese lío de emociones en la galería cuando se vieron por primera vez desde que ella desapareciera de su vida?

O tal vez por fin se estaba haciendo a la idea de que si estaba vivita y coleando, trabajando como artista, probablemente fuera ella la que eligió abandonarlo por propia voluntad sin decirle ni una mísera palabra. Sin romper la relación. Sin un cierre. Mientras él había sido incapaz de pasar página, de superarlo, estaba claro que

ella no había vivido lo mismo.

Se pasó una mano por el pelo y luego soltó un taco en voz baja.

«Tranquilízate, imbécil. Has esperado doce dichosos años para esto. Abre la puerta y punto».

Se obligó a mover las piernas e hizo caso omiso del tembleque de sus rodillas. La puerta se fue acercando hasta que por fin apoyó la mano en el pomo. Lo único que tenía que hacer era... empujar, pero indignado por la vacilación que estaba demostrando ante la situación, lo que hizo fue darle un empujón.

Ya estaba dentro. Al instante, lo invadió una sensación de nostalgia. Todo lo que alguna vez había imaginado que tendría su casa y la de Gracie, estaba ahí. Los colores eran cálidos y relajantes, y también claros y espaciosos. Inhaló la fragancia floral de la estancia. A su alrededor había papeles esparcidos por varias mesas, otros estaban dispuestos en caballetes. Había pintura derramada sobre los trapos y los pupitres de los niños.

La melancolía le dio una punzada cuando recordó todas las veces que Gracie y él habían hablado de niños. Sus niños. ¿Tendría hijos ahora? No se creía capaz de ver a una Gracie en miniatura sabiendo que él no era su padre; que Gracie hubiera perseguido su sueño sin él.

Estuvo a punto de darse la vuelta y salir del estudio. No estaba seguro de si podría soportar enfrentarse a la verdad: que ella no había querido una vida con él. No obstante, se quedó plantado donde estaba cuando oyó una voz familiar en la distancia.

—¿Wade? ¿Eres tú? Me estoy limpiando un poco, pero salgo en un segundo. — Zack no se movió ni un milímetro cuando una risa, femenina y preciosa, llegó a sus oídos. Un escalofrío lo recorrió entero. Ahí tenía más pruebas de la relación que, sospechaba, tenía con Sterling—. ¡Los niños estaban eufóricos hoy, así que me temo que te voy a manchar el coche de pintura!

Gracie. Su Gracie.

Reconocería el sonido de su voz, de su risa, en cualquier parte. Un cambio de lo más agradable a las palabras llenas de miedo que pronunció medio ahogada y llorosa en su «reencuentro». De pie y paralizado, se quedó esperando a que saliera en vez de echar abajo la puerta de la habitación en la que estaba y exigirle respuestas a todas las preguntas que se sucedían sin control en su cabeza, que es lo que realmente quería hacer.

Estuvo tentado de darse la vuelta y alejarse de allí, prácticamente lo mismo que hizo ella doce años atrás. Pero a diferencia de ella, él necesitaba cerrar las cosas. Necesitaba ponerle fin a la tortura que había sufrido durante la última década pensando que estaba herida, muerta u otro centenar de posibilidades funestas. Irónicamente, ninguna de sus imaginaciones había sido buena. Y aun así parecía que la vida le iba bastante bien.

—Siento haberte hecho esperar —dijo Gracie sin aliento.

Y entonces apareció y él se embebió en su imagen cual hombre sediento en el

desierto.

Llevaba una bata llena de manchas de pintura que se estaba desabrochando cuando levantó la mirada y lo vio.

Tras su primer encuentro, tendría que haber estado preparado para su reacción, pero una pequeña parte de él esperaba que solo hubiera sido la impresión de haberlo visto tan de sopetón. Pero no estaba preparado y le dolió el alma al ver cómo lo miraba en ese momento.

Se quedó de piedra. Gracie se quedó tan quieta que no estaba seguro de si continuaba respirando. Y al igual que la otra vez, el miedo, un miedo atroz y sincero, se adueñó de sus ojos sorprendidos y abiertos como platos.

Retrocedió apresuradamente y echó el brazo hacia atrás para buscar la puerta por la que acababa de salir. Trastabilló justo antes de volver a erguirse y de ponerse a buscar el pomo como loca, como si estuviera desesperada por poner esa barrera entre ambos otra vez. Por encerrarse lejos de él.

Estaba aterrorizada.

¿De qué cojones iba todo esto?

—Gracie —dijo con voz ronca—. Soy yo, Zack. Por amor de Dios, no voy a hacerte daño. ¿Tienes idea de lo que supone para mí verte viva y bien?

La sorpresa inicial fue reemplazada rápidamente por enfado cuando todo empezó a acumularse dentro. Todo el miedo y el pesar con los que había vivido durante tanto tiempo. ¿Y ahora lo saludaba así? Como si no hubiera sido la parte más importante de su vida. Como si no la hubiera querido durante la mayor parte de su existencia. Como si ella no fuera la única mujer a la que hubiera amado nunca.

—Por dios, pensé que estabas muerta, herida o sufriendo en alguna parte. Que me necesitabas —espetó.

Joder, se sentía gilipollas por pensar que alguna vez lo había necesitado. ¿Qué había cambiado? Gracie lo había sido todo para él y pensaba que él también lo sería todo para ella. Tenía que saber por qué. ¿No se merecía por lo menos eso?

—Desapareciste de la faz de la tierra. ¿Qué se supone que debería pensar? ¿No me merecía por lo menos un adiós o un «Que te vaya bonito»? —Casi se atragantó con esa última parte—. ¿Ni siquiera un «Vete a la mierda» o un «Hasta pronto»? No, desapareciste y me dejaste pensando lo peor. Durante doce malditos años he pensado lo peor. Joder, llevo doce años yéndome a la cama cada noche con el corazón hecho trizas porque pensé que te había fallado en algo. Que no había estado ahí cuando me necesitabas y que algún cabrón enfermo te había hecho daño, secuestrado o asesinado. ¿Y todo este tiempo has estado más feliz que una perdiz, pintando y pasando página, mientras yo me he pasado los últimos doce años poniendo la tierra patas arriba buscándote?

Gracie estaba blanca como el papel y parecía que iba a ponerse a vomitar en cualquier momento. Buscaba sin parar vías de escape, pero asegurándose de que sus ojos nunca se encontraran con los suyos y... Zack no se creía capaz de volver a ver

cómo el miedo le nublaba la vista de nuevo.

¿Por qué cojones tenía miedo de él?

—Fuera —rugió Gracie con las lágrimas haciendo mella en su voz—. Joder... ¡Vete de aquí!

Las lágrimas le anegaron los ojos y se deslizaron en silencio por sus mejillas. Pese a toda la rabia e impotencia que sentía Zack, el corazón le dio un vuelco, porque no importaba que obviamente le hubiera dado la patada y hubiera pasado página, su primer instinto era siempre consolarla, porque, joder, no soportaba verla llorar. No soportaba verla sufrir.

¿Y por qué era él el causante de su aflicción?

—¿Qué narices pasa aquí?

Zack se giró hacia el rugido y vio a Wade Sterling dentro del estudio con una expresión mortífera en el rostro. Pero su mirada se desvió hacia Gracie, y la expresión inmediatamente se tornó en una de preocupación.

Pero lo que realmente le cabreó fue que Wade cruzó inmediatamente la estancia y se colocó entre Gracie y él con firmeza, y luego, sin apartar los ojos de Zack durante todo ese tiempo, la puso a su espalda, igual que había hecho en la galería. Una clara medida de protección, como si Gracie necesitara que la protegieran de Zack. ¿De él? ¿En serio?

La actitud de Sterling mientras lo miraba era agresiva, visiblemente preparado para pelear. Y Zack estaba deseando hacerlo. Nada le gustaría más que dar una paliza a ese cabrón para que le quitara las manos de encima a Gracie. Pero no podía permitirse perder los papeles una segunda vez porque era bastante probable que no tuviera una tercera oportunidad. Puede que Gracie hiciera lo que Eliza había predicho y huyera. No podía perderla otra vez. No tras haberla encontrado después de tanto tiempo. Una vez ya había sido desolador. ¿Dos? No sobreviviría. Esta vez, no. No en estas circunstancias.

—¿Por qué me tienes tantísimo miedo, Gracie? —preguntó Zack en voz baja—. Al menos me debes esa respuesta.

Gracie emitió un sonido estrangulado que solo sirvió para cabrear más a Sterling. Ni siquiera se separaba de su «protector» lo suficiente como para mirar a Zack, mucho menos para ofrecerle alguna explicación.

—¿Que te lo debo? —dijo con un sollozo—. Dios, déjame en paz. ¿No has tenido suficiente? ¿Crees que te debo algo después de lo que hiciste? ¡Me arruinaste la vida! Me traicionaste. No entiendo por qué te molestas en buscarme, a menos que una vez no fuera suficiente para ti. O quizás solo quieres terminar el trabajo.

Gracie perdió la compostura y se vino abajo por completo. Sterling se inclinó para rodearla con un brazo y ofrecerle consuelo, y cuando volvió a mirar a Zack, sus ojos estaban rebosantes de ira.

—Mira, ya lo pillo —soltó Zack con mordacidad—. Has pasado página. Tienes novio, amante o lo que sea. Pero tengo que decirte que tienes un concepto bastante

deplorable de cómo terminar las cosas con alguien por quien supuestamente te preocupabas.

Sterling cortó cualquier respuesta que Gracie pudiera haberle dado, aunque Zack dudaba de que lo hubiera hecho siquiera, porque estaba llorando a lágrima viva. Fue una puñalada directa a su corazón. De todas las formas que había imaginado de volver a verla, esta nunca se le había pasado por la cabeza.

—Gracie y yo no tenemos una relación amorosa, aunque esto no te incumbe — espetó Sterling—. Soy su amigo. Y, como amigo, cuido de ella. Tienes dos segundos para desaparecer de su vista. Y, te lo juro, como vuelvas a acercarte a menos de cien metros de ella, pediré una orden de alejamiento en menos que canta un gallo. Y como se te ocurra infringir esa orden, gastaré hasta el último dólar para asegurarme de que nunca vuelvas a ver la luz del día.

—¿Tú y cuántos más? —dijo Zack en un tono de voz grave y amenazador—. Si eres su amigo, entonces esto no te incumbe. Esto es entre Gracie y yo, nadie te ha dado vela en este entierro. No voy a hacerle daño. Por el amor de Dios, yo nunca le haría daño. La quería. La he querido siempre. —Se le quebró la voz al decir lo último y se calló para evitar la humillación que sentiría al derrumbarse frente a ambos.

—Me das asco —dijo Sterling con desprecio—. Está claro que no quiere tener nada que ver contigo, así que capta la indirecta y aléjate de ella.

—Preferiría oír lo que quiere Gracie de su propia boca. Me lo debe.

Por primera vez Gracie salió de su escondite y se colocó junto a Sterling con el rostro rojo y empapado de lágrimas. A Zack se le encogió el corazón y apretó los puños. Se la quedó mirando, mirándola de verdad, y absorbió cada detalle de ella.

Siempre había sido guapa, pero ahora lo era incluso más. Estaba más delgada. Su semblante había perdido el brillo de la juventud y sus ojos parecían mucho más adultos de lo que recordaba. Era como si hubiera pasado por un infierno y hubiera envejecido más de lo que debiera.

El pelo, que siempre lo había llevado a la altura de los hombros, a capas y con flequillo, ahora era mucho más largo, sin flequillo. Y conforme la escrutaba, más cuenta se daba de lo delgada que se había quedado. De ella emanaba una fragilidad y delicadeza que antes no tenía y eso que soportaba condiciones de vida horribles.

Entrecerró los ojos; donde antes había un halo a su alrededor, pese a las condiciones de vida antes mencionadas, y pese a lo risueña y a lo feliz que había sido siempre, ahora no se acercaba ni remotamente a eso. ¿Qué narices le había pasado? ¿Qué quería decir con todo ese rollo de que le había arruinado la vida? Las preguntas seguían agolpándose en su cabeza mientras procesaba lo que Gracie había dicho.

Ella estaba en silencio y con actitud sumisa, como si la luz que solía iluminar su interior se hubiera apagado. Parecía... triste. No era su Gracie de siempre.

¿Qué cojones había ido mal? ¿Qué estaba pensando y recordando? ¿Y por qué sentía que su corazón se rompía en mil pedazos? ¿Dónde se encontraba la ira que había sentido hacía unos segundos? ¿Por qué había desaparecido de repente y lo

había dejado con la sensación de que la verdad, fuera cual fuera, lo remataría y que quizá nunca se recuperara de la horrible revelación?

Gracie alzó la mirada casi como si tuviera que obligarse a ello. Había tantísimo dolor en los pozos de aquellos dos ojos marrones que se quedó sin aliento. Y pena. Tantas emociones negativas que las sintió como dagas en su corazón.

—Por favor, vete —le suplicó en voz baja—. No quiero volver a verte nunca más. Y eso lo digo yo, Zack. No Wade ni nadie más. Yo. Piensa lo que quieras, pero no me vuelvas a tocar.

¿Tocarla? No se había acercado lo suficiente para hacerlo. Podía llegar a entender lo de que no quería verlo ni hablar con él nunca más, pero ¿por qué le decía que no la tocara?

Algo iba muy mal y lo frustraba porque estaba claro que hoy no iba a poder hacer nada más. Por un lado estaba el perro guardián y sobreprotector que parecía morirse de ganas de darle una paliza. Como si ese pijo cabrón tuviera alguna posibilidad contra él en una pelea...

Luego estaba el hecho de que Gracie no podía mirarlo siquiera a la cara. Estaba blanca como un fantasma, alterada y visiblemente aterrorizada. ¡Por su culpa, joder!

Todo lo que le había dicho le sentó como una patada en los huevos. Que si le había arruinado la vida, le había hecho algo horrible y encima que si debía terminar el trabajo.

Las acusaciones que le había soltado seguían dando vueltas en su cabeza como si fueran abejas enfurecidas. Se obligó a mirarla con calma a los ojos y dio un paso hacia adelante, gesto que hizo que Sterling se cabreara.

—Léeme la mente, Gracie —dijo con suavidad—. Solo tienes que leerme la mente. Sea lo que sea que creas que he hecho, mira en mi cabeza. Conseguirás las respuestas que buscas, aunque está claro que no crees que las merezca.

Gracie cerró los ojos y las lágrimas comenzaron a surcar sus mejillas sin parar.

Cuando los volvió a abrir, estaban llenos de emoción.

—Aunque pudiera, no lo haría —dijo con la voz quebrada—. No quiero volver a leer la mente de nadie. Es lo único por lo que debo darte las gracias, porque también me arrebataste ese don.

Su respuesta lo pilló por sorpresa. ¿De qué iba todo eso? ¿Qué quería decir con que le había arrebatado su capacidad de leer las mentes? Tenía tantas preguntas que tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no irse por la tangente y exigirle las respuestas ipso facto.

Pero lo último que quería era que hubiera testigos de lo que estaba seguro sería una conversación vehemente. La paciencia no era precisamente una de sus virtudes y todo eso lo estaba frustrando a más no poder. Así que en vez de bombardearla con preguntas que apenas podía controlar, pronunció su siguiente declaración con firmeza para cerciorarse de que el pringado de Sterling captara bien el mensaje: no iba a descansar hasta averiguar qué pasó y qué se había torcido en el pasado.

—Tenemos que hablar, Gracie —dijo con seriedad—. Sin tu perro guardián. Di el sitio y el lugar. No me importa lo público que sea, si eso te hace sentir más segura conmigo. —Casi se atragantó con esas palabras. ¿Hacerle daño? ¿Querer que se sintiera segura con él?

»Traeré a la policía, incluso, si eso te hace sentir mejor. Pero sea lo que sea que creas que te hice, te garantizo que estás equivocada. Y aunque tarde la vida entera en conseguirlo, Gracie, tendremos esa conversación. No me rendiré. No me iré. No olvidaré. He esperado este momento durante doce años, y jamás me apartaré de ti como tú lo hiciste de mí.

## Nueve

Zack dobló la esquina de una calle a unas manzanas de distancia de su casa; el sudor le resbalaba por la espalda. Se había esforzado más de lo normal y su carrera diaria de tres kilómetros se había convertido en cinco. Hasta que vio el cartel de su banco no se percató de lo mucho que se había alejado de su carrera habitual.

No se tomó ni un solo momento para descansar o enfriarse; siguió avanzando e ignoró su debate interior hasta llegar a casa.

La noche anterior, tanto él como Eliza habían estado buscando pistas sobre el paradero de Gracie de forma exhaustiva, y resultaba que había estado delante de sus narices todo este tiempo. Luego, por segunda vez, su búsqueda sobre la verdad se había visto truncada cuando se enfrentó a ella en el estudio. Por la interferencia de Sterling, ya iban dos veces que tenía que esperar para obtener respuestas. Lo habían obligado a retirarse y a esperar una oportunidad mejor. Aunque ahora que Gracie estaba sobre aviso y no parecía agradecer mucho su presencia, se preguntaba si huiría con el rabo entre las piernas como, al parecer, ya había hecho anteriormente.

Ahora venía la espera. Más espera. Joder, estaba cansado de esperar. Llevaba doce años esperando este momento. Estaba muy frustrado porque el problema ya no era que no conociera su paradero. Estaba aquí. En esta ciudad. Tan cerca y a la vez tan lejos.

Nunca hubiera imaginado que su reencuentro si acontecía, fuera a ser como fue. Le había tenido miedo. No, no era miedo, le había tenido auténtico pavor.

Su mente seguía recordándole la expresión de su rostro. No era de impresión, ni de sorpresa. No había habido saludo alguno para el hombre que la había amado, y la había buscado, durante más de una década.

¿Por qué?

Sabía que le faltaba una pieza enorme del rompecabezas. Pero ojalá supiera dónde estaba. Ojalá estuviera dispuesta a hablar con él, a decirle algo por lo menos. Dios... ¿no se merecía más de lo que había obtenido? Se comportaba como si ella fuera la parte perjudicada de la situación, pero no fue él quien huyó y la dejó preguntándose durante doce malditos años si seguía vivo o no.

Él se lo había dado todo: su corazón, su alma. Le había prometido la eternidad y lo había hecho de verdad. No muchos universitarios sabían exactamente lo que querían para su futuro, pero él sí. Desde el primer momento en que Gracie entró en su vida, él había tenido clarísimo su porvenir. Había sabido que su vida giraría para siempre en torno a ella.

Bueno, sí que había tenido razón en eso. Porque incluso después de desaparecer, toda su vida había consistido en encontrarla de nuevo.



Había planeado su vida juntos por activa y por pasiva. Quería que ella tuviera todo lo que soñara y más. Aunque pensaba cuidarla y darle todo lo que necesitara siempre, sabía que tener formación era importante para Gracie porque se avergonzaba de su situación. Zack lo odiaba, odiaba no poder hacer desaparecer esa vergüenza. No le importaba si Gracie tenía una carrera o no. Sabía que podría ganar muchísimo dinero jugando profesionalmente a fútbol americano y que a ella y a sus hijos nunca les faltaría de nada.

Pero al mismo tiempo, quería que fuera feliz y por eso habían hablado de que fuera a la universidad después de graduarse en el instituto. Eran jóvenes. Tenían todo el tiempo del mundo... o eso creía entonces. No hacía falta acelerar las cosas. Quería que tuviera seguridad, de modo que iría a la universidad, estudiaría una carrera y después se plantearían tener hijos.

Sinceramente, esperar a tener hijos no suponía un problema para Zack. Sí, lo había tenido todo planeado, pero quería disfrutar con Gracie —y solo con ella— esos años antes de ampliar la familia.

Quizá había estado tan obcecado con el futuro que no había prestado demasiada atención al presente. Obviamente algo había ido fatal, algo de lo que él no había tenido conocimiento alguno porque no había podido preverlo. Nunca se olvidaría de la impresión que se llevó cuando no la encontró en casa, cuando desapareció. Y esa pregunta incesante que le había estado rondando la cabeza durante los siguientes doce años: ¿por qué?

Cuando entró en la urbanización donde vivía y se dirigió a la derecha, zona que conformaban casas adosadas de tres plantas, el crepúsculo dio paso a la noche. El aliento se condensaba al salir de la boca y la brisa nocturna le puso la piel de gallina cuando acarició el sudor que le caía por la espalda.

Ralentizó el paso hasta acabar caminando cuando se aproximó a la puerta que daba paso a su casa. Aunque las casas adosadas estaban conectadas entre ellas, los jardines delanteros y traseros estaban separados por vallas. Y la puerta situada al final de la calzada que daba a su porche se abría con un código de seguridad.

Frunció el ceño cuando vio que la pantalla estaba completamente apagada. Justo lo que necesitaba, quedarse encerrado fuera de su propia casa. La frustración le corrió por sus venas como una serpiente venenosa. Le dio un puñetazo a la puerta y lo acompañó de una maldición categórica.

Para su sorpresa, la puerta se bamboleó y se abrió unos centímetros. Zack frunció el ceño y se preguntó lo buenos que eran los dispositivos de seguridad de alta tecnología con esa bisagra. Bueno, no iba a ponerse muy tiquismiquis. Haber abierto la puerta le había salvado del engorro de tener que llamar al de mantenimiento para poder volver a entrar en su propia casa.

Las luces con sensor de movimiento habían sido claramente víctimas de lo que fuera que le pasara a la puerta. Un mal presentimiento se apoderó de él. Levantó la cabeza y dilató los orificios nasales a la vez que examinaba el oscuro exterior de la

vivienda. La luz estaba encendida en la salita de la segunda planta, pero la luz que alumbraba los escalones del porche, que él siempre dejaba encendida, estaba apagada.

Maldijo no llevar la pistola encima y se detuvo en el último escalón del porche. Por el rabillo del ojo atisbó una especie de figura negra. Movi6 la cabeza en esa direcci6n y tens6 todos los m6sculos del cuerpo como preparaci6n para defenderse.

Parpade6 para enfocar la vista y se dio cuenta de que estaba mirando a una persona inconsciente —¿o muerta?—, tirada en el suelo a medio metro de distancia del escal6n, y escondida de la calle tras unos arbustos. Parecía una mujer o un hombre muy peque6o. Lo único que se veía perfectamente eran dos pies descalzos.

El pulso se le aceler6 y se acerc6 corriendo al cuerpo, muerto de miedo, para darle la vuelta. La cabeza cay6 hacia atr6s mientras la giraba y la ponía de espaldas, y entonces se le cort6 la respiraci6n al ver qui6n era la persona. No. ¡Joder, no!

—¡Gracie!

Su nombre sali6 de la garganta con un grito ag6nico. El coraz6n casi le explotaba en el pecho. Solt6 una exhalaci6n larga y visiblemente densa. Sus ojos se anegaron en l6grimas, pero parpade6 deprisa; necesitaba ver cu6n herida estaba.

La hostia. La habían golpeado repetidamente. Tenía el semblante colorado y marcado por moratones. Tenía sangre seca en el ment6n y en el cuello. Peor a6n, tenía las manos atadas a la espalda. No había tenido forma alguna de defenderse, de resguardarse de los golpes que había recibido.

La bilis le subi6 por la garganta y tuvo que hacer acopio de toda su fuerza y m6s para no vomitar allí mismo. Los párpados le ardían por las l6grimas. La mano le temblaba mientras intentaba torpemente buscarle el pulso en la car6tida. Por favor, que est6 viva. Por favor, Dios, no dejes que la haya encontrado despu6s de doce largos a6os para volver a perderla de nuevo.

Con la otra mano, le apart6 suavemente el pelo de la cara e hizo una mueca de dolor cuando vio el gran tama6o de sus moratones. Uf, ¿d6nde podía tocarla? ¿Y si tenía heridas internas? Podría estar sangrando. ¡Todavía podía perderla!

Casi desfalleci6 de alivio cuando not6 el sonido leve y err6tico de su pulso. Fue entonces cuando dej6 a un lado la impresi6n y la confusi6n, y se puso en marcha. Sac6 de un tir6n el tel6fono m6vil y llam6 r6pidamente a emergencias.

Mientras hablaba con la operadora y le facilitaba su localizaci6n y el estado f6sico de Gracie, intentaba ponerla lo m6s c6moda posible sin moverla mucho. Lo útimo que quería era causarle m6s da6o por cometer alguna negligencia.

La llamada finaliz6 y tir6 el m6vil al suelo para poder centrarse con m6s cuidado en Gracie. Se agach6 y la estrech6 con suavidad entre sus brazos, esperando que su calor corporal la resguardara de la fría humedad. Tir6 de las cuerdas que le apretaban las muñecas. Luego frunci6 el ce6o cuando sintió las abrasiones ásperas sobre su piel.

Estaba muy quieta. F6cilmente se podría creer que estaba muerta. Sus respiraciones eran tan ligeras que apenas se le movía el pecho. Tambi6n eran

superficiales. Sabía que Gracie necesitaba oxígeno y en silencio rogó que la ambulancia llegara lo antes posible.

Cuando colocó su cabeza de manera que no estuviera en un ángulo tan extraño, se fijó en el resto de su cuerpo con el corazón en un puño. Nada parecía estar roto, pero ¿cómo iba a saberlo?

Entonces algo más llamó su atención, algo que le resultaba familiar. Se quedó completamente de piedra con la mirada fija en la etiqueta que le colgaba del dedo del pie. No. Joder, no. Ni de coña.

Un grito inarticulado de rabia resonó en su garganta a la vez que le pasaba la mano por la pierna para ver si tenía más heridas. Luego le quitó la etiqueta del dedo. Tuvo cuidado de no tocar más de lo necesario y seguidamente leyó las palabras garabateadas. Ver esa caligrafía conocida fue como si le echaran sal en plena herida: «Esto es lo que le pasa a la gente que se interpone en nuestro camino».

¡Hijo de puta! Habían ido a por Gracie por su culpa. ¡Él había llevado al enemigo hasta ella! Pero ¿cómo iba a saberlo?

Su cuerpo entró en combustión por la ira que sentía. Su piel y su corazón le quemaban de rabia.

Unos meses atrás, habían encontrado otro cuerpo con la misma etiqueta colgada de un dedo del pie: el padre biológico de Ari. Él no había sobrevivido a la paliza. ¿Lo haría Gracie?

Cerró los ojos, incapaz de plantearse siquiera la posibilidad. Tal vez sus peores miedos sobre lo que le había ocurrido hacía doce años se estuvieran haciendo realidad.

Habían subestimado al enemigo. Habían malinterpretado su silencio y paciencia pensando que se habían dado por vencidos. Ahora Zack se daba cuenta de que habían estado observando y esperando el momento oportuno para atacar. Para encontrar un blanco vulnerable, ya que llegar hasta Ramie y Ari, las dos mujeres casadas con los hermanos Caleb y Beau, iba a ser bastante complicado, dado que sus maridos hacían guardia muy cerca de las mujeres que amaban.

Zack se percató de que, al igual que había fallado a Gracie hacía doce años, también le había fallado ahora. Ni siquiera había considerado el riesgo que supondría ir a buscarla; no había hecho nada para encubrir sus pasos. Nunca se había imaginado hasta dónde llegaría este grupo fanático para no cejar en su empeño de devolverle el golpe a la DSS.

Esto mataría a Ari. Era tan bondadosa que la idea de que alguien hubiera salido tan gravemente herido por su culpa... Por supuesto, no era culpa suya, pero ella no lo vería así. Solo diría que hasta que ella apareció, su pasado no había interferido en la DSS y perjudicado a todas las personas relacionadas con la empresa.

Con otro taco se agachó para coger el móvil otra vez. ¿Dónde cojones estaba la ambulancia?

Marcó el número de Beau y deseó que contestara de inmediato. Necesitaba que

Beau pusiera sobre aviso a los demás. No estaban a salvo. Ninguno de ellos lo estaba. Beau y Caleb estarían furiosos y terminarían encerrando a sus mujeres para que ninguna de ellas fuera víctima otra vez de la violencia. Habían sufrido demasiado en su juventud. Habían visto más daño y dolor ellas solas que diez personas en toda su vida.

—Beau, tenemos un problema —dijo Zack seriamente cuando este respondió.

—Dime —solicitó Beau con el mismo tono de voz que Zack.

—Han llegado hasta Gracie —dijo casi atragantándose con las palabras—. Los hijos de puta le han dado una paliza.

—Espera, espera. ¿Qué?

Zack cerró los ojos de alivio cuando oyó el gemido distante de una sirena.

—Tengo que hacer esto rápido. La ambulancia ya casi está aquí. La misma gente que mató al padre biológico de Ari de una paliza ha llegado hasta Gracie. El mismo *modus operandi*. Encontré su cuerpo en el jardín de casa. Llevaba la etiqueta prendida del dedo del pie con el mismo mensaje.

Se hizo un silencio espantoso entre ellos y luego se oyó una retahíla de blasfemias al otro lado.

—¿Está viva? —preguntó.

—Por ahora sí —respondió. Estaba fuera de sí, lleno de preocupación y pesar—. Está mal, Beau. No sé cuánto exactamente, pero respira. Al menos por ahora. Oye, tengo que colgar, pero necesito que se lo cuentes a los demás. Y a Lizzie. Asegúrate de que se cubre las espaldas. Estuve con ella toda la noche de ayer. Está claro que nos andan observando de cerca, si no, ¿cómo iban a marcar a Gracie tan pronto desde que volví a verla? Llama a Dane. Cerciórate de que Lizzie está a salvo y de que se entera Caleb para que pueda proteger a Ramie.

Besó a Gracie en la frente y luego se puso de pie para poder guiar a los médicos hasta donde yacía inconsciente.

## Diez

Zack paseaba de un lado a otro justo fuera de la sala de pruebas donde habían llevado a Gracie. Se había negado a apartarse de su lado hasta que una de las enfermeras le indicó amablemente que podrían hacer su trabajo mucho más rápido y con más eficacia si no estaba en medio.

Entonces lo acompañó hasta la puerta y le dijo que podría volver en cuanto el médico terminara de reconocerla y viera los resultados de las pruebas y las radiografías.

Ni siquiera podía ver el interior, no tenía ni idea de qué estaba ocurriendo, y era una mierda. ¿Y si dejaba de respirar? ¿Y si moría sin nadie a su lado para decirle que la quería?

Se apoyó contra la pared, echó la cabeza hacia atrás para descansar un rato y se frotó la cara por tercera vez. Sentía los ojos como papel de lija y tenía un nudo en la garganta que se negaba a desaparecer. No era capaz de articular más de unas pocas palabras seguidas antes de que su voz se quebrara, se tornara incomprensible y llena de emoción.

—Zack.

Levantó la mirada y vio a Beau y a Caleb a unos metros más allá en el pasillo.

—¿Cómo está? —preguntó Beau preocupado mientras él y su hermano se acercaban.

Zack levantó las manos en un gesto de frustración.

—No lo sé, ¡joder! Me han echado de la habitación y me han dicho que esperara. Eso ha sido hará unos quince minutos.

Beau murmuró algo por lo bajo y Caleb arrugó el rostro, con una expresión intensa.

Al caer en la cuenta de que los dos hombres estaban aquí, frente a él, solos, hizo que levantara la cabeza de golpe.

—¿Dónde están Ramie y Ari?

—A salvo —espetó Caleb.

—Ari quería venir. Estaba horrorizada —dijo Beau, con el enfado grabado a fuego en el rostro y en el rictus de su boca—. Estaba llorando cuando me fui. Joder... no me puedo creer que esos cabrones le hayan dado una paliza a una mujer inocente para marcarse un tanto. Pero ¿qué tanto?

Caleb, asqueado, negó con la cabeza.

—No es culpa suya —dijo con fiereza—. Es mía y solo mía.

—Gilipolces —interrumpió Beau—. No es culpa suya ni tampoco tuya.

—En realidad no importa —comentó Caleb—. Tenemos que seguir adelante y

vamos a tener que adoptar una actitud mucho más agresiva con estos malditos cabrones. Yo, y todos, pensábamos que ya no eran un problema. No habían vuelto a asomar la cabeza desde lo que pasó con Ari. No debería haberlo relegado a un segundo plano, pero quería que fuéramos capaces de dejarlo atrás, sobre todo Ari. Pero ahora vamos a tener que cambiar de táctica y hacer que rueden cabezas.

—Ya te digo —instó Beau—. Tenemos que dar caza a esos cabrones y hacerles ver lo que se siente cuando te usan de saco de boxeo. Se me revuelve el estómago solo de pensar que han pegado por lo menos a dos mujeres. ¡Y a una de ellas la mataron!

Zack sintió un escalofrío y le temblaron las manos. Dobló los dedos hasta formar dos puños para aliviar el temblor, pero no pudo quitarse de la cabeza la imagen del cuerpo amoratado y magullado de Gracie.

—Ya he puesto a Dane a ello —continuó Caleb—. Todos los trabajadores de la DSS están en ello. El único foco de atención de la agencia será localizar y dismantelar a todas las personas implicadas en el asunto. Es nuestra única prioridad.

—Gracias —dijo Zack.

Beau vaciló y estudió la expresión de Zack en busca de... no tenía ni idea, pero la inseguridad apareció en su mirada solemne.

—¿Qué? —preguntó Zack.

—¿Pudiste arreglar las cosas? ¿Antes de...? —Beau se detuvo y levantó una mano en dirección a la puerta para referirse a Gracie.

—No —susurró Zack—. Salí a correr. Normalmente no me alejo tanto. Ojalá no lo hubiera hecho. Si hubiera llegado a casa antes, quizá habría pillado a esos cabrones. Y ella no se habría quedado allí tumbada con el frío que hacía Dios sabe durante cuánto tiempo.

—¿La encontraste en el suelo cuando volviste? —preguntó Caleb.

Zack asintió.

—El teclado de seguridad que tenía instalado en la puerta de entrada no funcionaba, pero la puerta estaba abierta. Las luces exteriores con sensor de movimiento tampoco funcionaban. Cuando llegué a los escalones, la vi en el suelo de reojo. ¡La dejaron allí para que muriera!

—¿La urbanización donde vives tiene cámaras de seguridad? —preguntó Beau.

Él asintió.

—Le diré a Dane que se acerque para que averigüe lo que pueda. Quizá una de las cámaras haya pillado a los cabrones y obtengamos una buena imagen —comentó Caleb.

—He metido la etiqueta en una bolsa de plástico —dijo Zack—. He intentado tocarla lo menos posible. Quizá podamos obtener una huella.

Beau asintió.

—¿Vamos a denunciarlo, no?

—Por supuesto —replicó Zack con rotundidad—. Toda la ayuda que pueda

conseguir, bienvenida sea. Quiero coger a esos hijos de puta, Beau. No me importa lo que tengamos que hacer para conseguirlo, pero quiero sangre.

—No te culpo —dijo Caleb con suavidad—. Si fuera Ramie... —Sacudió la cabeza.

La expresión de Beau se endureció y sus ojos brillaron de rabia.

—Fue Ari no hace mucho, y ahora es Gracie. A la mierda. Estoy contigo, Zack. Quiero sangre y haré lo que sea necesario para conseguirla, pero creo que deberíamos contar con Briggs y Ramírez. Puede que esto esté fuera de su jurisdicción, pero son los dos únicos policías en los que confío para esto y ya conocen la historia.

Zack asintió con la cabeza. Los dos agentes ya habían trabajado con ellos antes y estaban familiarizados con las peculiaridades que acompañaban los muchos trabajos de la DSS. No mostrarían escepticismo cuando les contaran la historia de un grupo de locos fanáticos que había pegado a alguien que consideraban una amenaza para su supuesta causa. Y vaya causa.

La puerta de la habitación de Gracie se abrió y Zack salió disparado con todos y cada uno de los músculos de su cuerpo tensos y contraídos. Aguantó la respiración y apenas fue capaz de pronunciar palabra.

—¿Cómo está? —exigió.

La enfermera sonrió.

—El médico saldrá en breve para comentarles su estado físico, pero se va a poner bien. No hay nada que amenace su vida.

Zack cerró los ojos. El alivio lo embargó y, por un momento, perdió el equilibrio de su cuerpo.

—Gracias a Dios —susurró.

—Tranquilo, hombre —murmuró Beau mientras agarraba a Zack del brazo para sujetarlo.

—¿Puedo verla ya? No quiero que esté sola cuando se despierte.

La mirada de la enfermera se suavizó.

—Por supuesto. En cuanto el médico salga y les comente su estado, podrá entrar. Está atontada y confusa, eso sí.

—¿Por qué? —exigió Zack al instante.

La enfermera levantó una mano.

—Era de esperar. Se ha despertado muy dolorida, así que le hemos administrado analgésicos por vía intravenosa para que esté más cómoda.

—Entonces, ¿no tiene ningún daño cerebral? —preguntó, vacilante.

—Es mejor que sea el médico quien les ponga al día. Ah, mire, aquí está.

Ella se alejó de la puerta para que el médico tuviera espacio para salir. Luego se fue tras prometer volver no mucho después para ver qué tal iba Gracie.

Los tres hombres se centraron detenidamente en el médico y parte de lo que estaban sintiendo debió reflejarse en sus rostros, porque el doctor vaciló y retrocedió con una expresión cautelosa.

—¿Cómo está? —preguntó Zack, ansioso.

—Sufre traumatismos graves en más del noventa por ciento de su cuerpo.

—Dios santo —murmuró Caleb.

Beau blasfemó y Zack apretó los puños.

—¿Cómo de mal está? —preguntó Zack en voz baja.

El doctor hizo una mueca.

—Tiene varias costillas rotas, pero afortunadamente no le han perforado el pulmón ni ningún otro órgano vital. Por raro que pueda sonar, parece que la paliza fue calculada. Como si el agresor intentara hacer tanto daño como pudiera, pero sin darle ningún golpe mortal. Porque como ya he dicho, presenta moratones en el noventa por ciento de su cuerpo, y aparte de las costillas, no tiene ningún otro hueso roto. No obstante, algunos de los traumatismos son profundos y requerirán atención mientras se esté recuperando. Tiene que hacer reposo absoluto en cama, es muy importante. Tiene que limitar los movimientos a los estrictamente necesarios. Alguien tiene que estar con ella cuando se duche o se bañe. Y tiene que tomarse la recuperación con calma y paciencia. No hay prisa ni atajos en estas situaciones. Su cuerpo necesita tiempo para curarse. Punto.

—No moverá ni un dedo —prometió Zack.

El médico carraspeó.

—Supongo que han avisado a las autoridades, ¿verdad? Por ley, tenemos que denunciar cualquier delito, sea una sospecha o esté confirmado.

—Ya están en camino —dijo Zack—. Mi prioridad ha sido traerla al hospital.

El médico asintió.

—Ha hecho bien.

—¿Puedo verla ya? —preguntó Zack, inquieto.

El médico volvió a asentir, pero cuando Zack fue a pasar por su lado, él lo detuvo un momento.

—Se tiene que tomar la recuperación en serio. No es algo que vaya a desaparecer de la noche a la mañana. Va a sentir mucho dolor durante los primeros días. Es imperativo que no sufra ningún malestar emotivo o físico mientras tanto. Y yo, si fuera usted, le buscaría terapia profesional. Tras una agresión, la reacción más común es entrar en fase de negación o querer olvidar para no tener que volver a pensar en ello. Eso no es sano y no funcionará. Puede que tenga que presionarla, ella no se lo agradecerá al principio, pero necesita aceptar y superar lo que le ha pasado.

—Lo entiendo —comentó Zack con voz queda—. Aprecio su esfuerzo, doctor. Y quédese tranquilo, no va a hacer nada que no sea descansar y ponerse bien.

—Me alegro de escuchar eso. Y de verdad espero que arresten inmediatamente a quien sea que le haya hecho esto.

La expresión en el rostro del médico se tornó hosca mientras decía eso último, y los ojos le brillaban de rabia.

—Soy médico desde hace veinte años y no importa las veces que me diga que ya



lo he visto todo y que no voy a volver a sorprenderme de nada de lo que pasa en urgencias, siempre hay algún caso que me deja patidifuso y preguntándome qué clase de mala gente se desahoga pegándole a una mujer inocente, como lo que le han hecho a la señorita Hill. No me cabe duda de que ha sido un ataque premeditado con vistas a hacer tanto daño como fuera posible, pero sin matarla.

—Lo sabemos —añadió Beau en tono violento—. Y los cabrones que le han hecho esto pagarán por ello. Puede estar del todo seguro.

—Bien —comentó el médico, empático—. Dejo que pasen a ver a la señorita Hill. Me gustaría dejarla al menos cuarenta y ocho horas en observación antes de darle el alta. La trasladarán a planta cuando la habitación esté lista y se haya hecho todo el papeleo. ¿Por casualidad tienen ustedes información de su seguro médico? La enfermera necesitará esos datos además de los suyos personales.

Zack vaciló porque no conocía nada de Gracie. Lo sabía todo y a la vez nada, o al menos del pasado. ¿Quién era Gracie ahora? Las últimas cuarenta y ocho horas habían hecho añicos cualquier ilusión que hubiera podido tener.

—Nos ocuparemos de ello —interrumpió Beau.

El médico asintió y luego se apartó de la puerta para dejar pasar a Zack.

Este respiró hondo, cuadró los hombros y se preparó mentalmente antes de entrar en la habitación.

Profirió un grito estrangulado cuando vio a Gracie tumbada en la cama, con los ojos cerrados, pero con la frente arrugada por el dolor, los rasgos endurecidos y los labios apretados en una fina línea blanca. Aunque descansaba, parecía estar sufriendo y sintiendo un dolor horrible.

Cuán asustada debió de estar. Si el médico estaba en lo cierto —y no le cabía duda de que era así— Gracie había sobrevivido a una paliza fría y calculada. No había pasado en un arrebato de rabia. No, había sido impersonal y premeditada. Gracie había sido un trabajo para alguien. Nada más.

Pero ella no lo sabía. ¿Cuánto tiempo había soportado el dolor? ¿Había temido que al final se aburrieran y decidieran matarla? ¿Había querido morir? Uf, esperaba que no.

Vacilante, se acercó a la cama y repasó con inquietud todos los monitores e instrumentos. Le estaban administrando oxígeno, pero no había ningún monitor cardíaco. Eso tenía que ser bueno, que no estuvieran preocupados porque fuera a morir. Por suerte, el médico había dicho que se pondría bien, que solo estaba dolorida y necesitaba tomárselo con calma. Zack tenía la intención de mantener la promesa que había hecho al médico.

Cuando le dieran el alta, Gracie se iría a casa con él, pero no a su vivienda actual. No mientras esos hijos de puta siguieran ahí fuera, cual buitres rondando a su presa. La paliza había sido un mensaje para él y para la DSS. Su mente iba ya a mil por hora. Haría que Beau buscara un lugar seguro al que llevar a Gracie. Y la seguridad sería de primera.

Se acercó al cabecero de la cama con cuidado para no despertarla. Se quedó allí de pie durante un buen rato, absorto en su frágil aspecto. Le dolía el corazón y se notaba el pecho tenso y tirante por el malestar.

Se inclinó y apoyó la mano sobre su frente, uno de los pocos lugares que sus agresores habían dejado intactos. Acarició suavemente el puente de su nariz con el pulgar e hizo una mueca cuando se percató del alcance de su traumatismo facial.

Joder, quería matar a esos hijos de puta por haberla tocado. Por haber puesto las manos encima de lo que era suyo. Gracie siempre le había pertenecido. Los últimos doce años ya no importaban. Ahora estaba aquí. Y si Zack se salía con la suya, nunca volvería a alejarse de él.

Bajó la cabeza para darle un beso en la frente. Cerró los ojos mientras su aliento la bañaba con su calidez.

—Lo siento mucho, Gracie —dijo desolado—. Lo siento mucho, de verdad.

Ella se movió ligeramente y él levantó la cabeza al instante, inquieto. Aguantó la respiración cuando Gracie parpadeó unas cuantas veces antes de abrir los ojos.

Volvió a parpadear y, confusa, contrajo el rostro. Entonces gimió e intentó levantar la cabeza de la almohada. Movié los brazos en un gesto de defensa y más sonidos de miedo y desesperación salieron de sus labios hinchados.

—Gracie. Gracie, cielo, estás bien. Soy yo, Zack.

Ella se quedó completamente quieta y palideció más aún bajo el morado de sus hematomas. Giró la cabeza para poder mirarlo a los ojos.

El pavor cruzó su mirada. Abría y cerraba la boca como si el miedo la hubiera dejado muda.

Zack recorrió el brazo de Gracie ligeramente con su mano hasta donde llevaba la vía intravenosa en la muñeca. Se encogió de dolor cuando ella apartó el brazo tan rápido que se hizo daño. Profirió un grito mudo y el dolor se hizo evidente en sus ojos.

¿Qué cojones?

Se las apañó para no fruncir el ceño. Tuvo que esforzarse para seguir estoico y aceptar su respuesta. Si solo hubiera sido ahora, lo podía comprender. Era comprensible que una mujer que había sido agredida tuviera respuestas instintivas de defensa, que tuviera miedo. Pero no solo era ahora. No era porque la hubieran atacado, había reaccionado del mismo modo las otras dos ocasiones en las que habían entrado en contacto. Como si él fuera alguna especie de monstruo. No se había mostrado meramente sorprendida o asustada. Había sentido auténtico terror. ¡Por él!

—¿Recuerdas lo que ha pasado? —preguntó suavemente e ignorando, por ahora, el miedo que le profesaba.

Ella emitió un leve quejido de derrota. Ese sonido casi lo mata. Alargó el brazo hacia atrás para acercar la única silla de la habitación a la cama y poder sentarse. Para no estar inclinado sobre ella y asustarla más todavía.

Ella tragó saliva y luego se relamió los labios.

—¿Quieres agua?

Por un momento se lo quedó mirando con ojos asustados y abiertos como platos. Luego asintió lentamente. Mantuvo la mirada fija en él mientras se levantaba, iba al lavabo y llenaba de agua uno de los vasos.

Volvió a la cama sujetando el vaso con una mano. El otro brazo se lo pasó por debajo del cuello y lo levantó lo suficiente como para que Gracie pudiera beber sin tirarse todo el líquido encima.

Dio varios largos sorbos y luego se separó y tosió. Su rostro se contrajo de agónico dolor y de forma instintiva llevó un brazo hasta su vientre, hasta sus costillas rotas, y las sostuvo mientras sofocaba la tos.

—Cuidado —murmuró colocándole de nuevo la cabeza sobre la almohada.

Mientras se giraba, vio que Gracie apretaba los puños y tenía los nudillos completamente blancos de la presión.

Cuando se volvió a acomodar en la silla, alargó el brazo para coger el puño que tenía a su lado y lo deshizo antes de darle la mano.

—¿Por qué me tienes tanto miedo, Gracie? No lo entiendo. Dios, hay tanto que no entiendo. Pero empezaremos con esto, con lo más importante. ¿Sabes que yo nunca te haría daño? ¿Que mataría, mataré, a cualquiera que lo haga?

Las lágrimas anegaron sus ojos y cayeron en silencio por su sien hasta desaparecer en su pelo. Gracie fijó su mirada en el techo mientras esos brillantes riachuelos continuaban derramándose.

—Por favor, habla conmigo, Gracie. Dime qué pasa. ¿Por qué me tienes tantísimo miedo?

—No te quiero aquí —dijo atragantándose con las palabras.

Se llevó la mano libre hasta la garganta y se la acarició como si le doliera hablar. La rabia ardió en su interior. Por supuesto que le dolía la garganta. Había marcas visibles de estrangulamiento en su delgado cuello, como si esos hijos de perra la hubieran intentado estrangular en repetidas ocasiones.

Esas palabras, esas simples cuatro palabras, le calaron hondo.

—¿Por qué? —preguntó de golpe—. ¿Por qué me odias tanto, Gracie? Te quería. Siempre te he querido. Y te fuiste. ¿Te haces idea de lo mal que lo he pasado preguntándome qué te pasó hace doce años? Sin saber si estabas viva o muerta. O herida en algún lugar. Pidiendo ayuda. ¿No me merecía algo más que lo que me diste? Ni siquiera un adiós. O un «Vete a la mierda». No cortaste siquiera conmigo. Simplemente... desapareciste.

—Cómo te atreves —escupió ella, mordaz—. Cómo te atreves a ir de víctima después de lo que hiciste.

Una señal de alarma se encendió en su mente. Por fin estaban llegando a algún lado.

—¿Qué hice? —exigió—. Dímelo, Gracie, porque no tengo ni puta idea. Si me amabas, me habrías dado al menos la oportunidad de explicarme. Me habrías dicho

qué iba mal y me habrías ofrecido la posibilidad de, al menos, arreglar las cosas. Yo te quería. Habría movido cielo y tierra para hacerte feliz.

Ella parecía estar completamente aterrorizada. Las lágrimas empapaban sus ojos y los volvían brillantes.

—¡Tú no me querías! ¡Tu idea del amor es enfermiza! Es retorcida. No te debo nada, pero tú sí me debes a mí más de lo que podrás pagarme nunca. Escúchame bien, Zack. No hay nada, nada, que puedas hacer o decirme para que te perdone. Que te lo plantees siquiera, que vengas aquí y hagas como si fuese yo la que te debe algo a ti, es tan horripilante y retorcido que no me cabe en la cabeza cómo puedes tener tanto cinismo.

—¿Qué... fue... lo... que... hice? —le preguntó haciendo énfasis en cada una de las palabras.

Se le estaba acabando la paciencia a una velocidad vertiginosa. Quería atravesar la pared con el puño, quería desahogar toda la rabia y dolor que lo corroía por dentro.

Gracie se llevó una mano a la boca y tuvo una arcada justo antes de atragantarse y toser.

—¡Ay, voy a vomitar! —gritó.

Él se puso de pie al instante y le levantó la cabeza otra vez mientras agarraba de un tirón la cuña que había sobre la mesita junto a la cama. La volteó a tiempo para que lo echara todo dentro mientras se convulsionaba debido al esfuerzo.

El sonido agónico que soltó atravesó a Zack como si de un cuchillo de sierra se tratara. Pulsó rápidamente el botón para llamar a la enfermera y luego gritó lo bastante fuerte como para que, con suerte, Beau o Caleb lo oyeran.

La puerta se abrió de inmediato y Beau apareció en el umbral.

—¿Qué pasa? —exigió Beau.

—Llama a la enfermera. ¡Ya!

Beau desapareció y volvió a los pocos segundos acompañado de una enfermera.

Esta frunció el ceño y se precipitó hasta la cama.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Le han entrado náuseas —contestó Zack, constatando lo obvio. Odiaba cuando la gente preguntaba lo evidente—. Y vuelve a dolerle por culpa de las arcadas. ¿Puede administrarle algo más? No creo que la última dosis de analgésicos haya hecho mucho que digamos.

—Vuelvo enseguida —dijo la enfermera, apresurándose hacia la puerta.

Beau se echó a un lado con una expresión de preocupación en el rostro y esperaron a que la enfermera regresara. Caleb, en silencio tras su hermano, se quedó esperando junto a Beau, que se había colocado al pie de la cama.

Gracie ya no respiraba con tanta dificultad y dedicó una mirada temerosa en dirección a Beau, y luego centró su atención en Caleb. Su rostro se contrajo como si ahora mismo acabara de darse cuenta de que había tres hombres en su habitación. Tres posibles amenazas se encontraban con ella en su habitación. Sus ojos se

movieron de forma intermitente entre los dos hermanos, como si temiera que uno o ambos le fueran a hacer daño. Zack iba a explotar como no obtuviera respuestas pronto.

Por fin regresó la enfermera con dos jeringuillas en la mano. Con gran eficacia, se acercó a la cama y levantó el brazo que tenía la vía intravenosa insertada. Acarició el brazo de Gracie con un gesto de tranquilidad.

—Todo irá bien, cielo —dijo la enfermera con voz dulce—. Te voy a dar algo para el dolor y también para las náuseas. Debería hacerte efecto al instante, pero volveré en quince minutos a ver qué tal. Si en ese momento te doliese todavía, llamaré al médico para ver si podemos subir la dosis de analgésicos.

Gracie descansó la cabeza sobre la almohada con lágrimas cayéndole sin parar por los rabillos de los ojos. Sus gimoteos silenciosos estaban haciendo añicos, trocito a trocito, el alma de Zack. Nunca se había sentido tan impotente. ¿Cómo iba a arreglar lo que no conocía? Fuera lo que fuera que supuestamente hubiera hecho en el pasado, parecía ser una catástrofe. ¿Qué podría haber sembrado tanto miedo y tanta repulsión en su mirada, y tanto odio en su voz?

Esta no era la Gracie dulce y encantadora que conocía y que había amado la mayor parte de su vida.

—Intenta descansar un poco —dijo la enfermera con voz queda—. Te subiremos a planta en una hora o así.

Gracie emitió un sonido de protesta cuando la enfermera hizo el gesto de marcharse. La enfermera frunció el ceño y lanzó a Zack una rápida mirada inquisitoria.

—Está asustada —comentó Zack con sinceridad—. ¿No lo estaría usted?

La enfermera hizo una mueca.

—No se preocupe, señorita Hill. Está a salvo aquí. Nadie puede hacerle daño.

Los ojos de Gracie se abrieron como platos aún más y miró con pavor a Zack. Pero la enfermera no se percató porque se había vuelto a girar hacia la puerta una vez más.

—Eh... Caleb y yo esperaremos fuera —dijo Beau.

El ambiente de la habitación estaba cortado por la crispación, el miedo y toda una escala entera de pavor. Casi era tangible el sabor que se había apoderado de las papilas gustativas de Zack. Él ya debería estar familiarizado con ello, porque había saboreado el miedo más veces de las que podía contar desde que perdió a Gracie tantos años atrás.

—¿Quién eres? —preguntó Gracie con voz ronca.

Parece que había tenido un debate interno para ver a qué hermano Devereaux se dirigía. Como estaba claro que no tenía intención alguna de hablar con Zack, había valorado qué Devereaux le supondría una amenaza menor. No es que ninguno de los dos tuviera un aspecto inofensivo, pero como se encontraba de frente a Beau y no había reparado mucho en Caleb, era evidente que la pregunta iba dirigida a Beau y

que era él al que había considerado una amenaza menor.

Zack no podía culparla por haber elegido a Beau antes que a Caleb. Beau podía intimidar, pero tenía sentido del humor y siempre era consciente de cómo sus actos, palabras y actitud a menudo marcaban la diferencia en lo que a ganarse la confianza de un cliente se refería. Caleb hasta en su mejor día era intenso y portaba una apariencia amenazante. Rara vez sonreía, salvo cuando estaba con Ramie o Tori Devereaux, la más joven de todos los hermanos y la única hermana con la que poder meterse.

Pero bueno, en realidad, todos tenían cuidado de proteger a la todavía frágil y vulnerable Tori, para que nunca tuviera miedo de las personas que la querían y la protegían con su vida. Actualmente vivía con Caleb y con Ramie, y por lo poco que había visto a Tori, dudaba de que ese arreglo cambiara en un futuro cercano. Según Beau, Tori había progresado y estaba intentando valerse por sí misma sin la ayuda de sus dos hermanos mayores, y ahora también de la de sus dos cuñadas. Por desgracia para Tori, tenía tres de los hermanos menos protectores que una chica pudiera desear. Algunos hermanos amenazaban a gente —normalmente a los chicos— cuando se trataba de sus hermanas pequeñas. Pero los hermanos mayores de Tori no amenazaban. Era una pérdida de tiempo, útil solamente para los cobardes que no tenían intención de respaldar sus amenazas.

Beau pareció sorprendido ante la pregunta de Gracie, y por un momento, Zack también, dado que sus pensamientos y foco principal no estaban donde deberían. Aquí, con Gracie.

Pese a su reacción inicial al ver cómo Gracie se dirigía a él directamente, relajó la expresión hasta llegar a sonreír y dio un paso hacia el pie de la cama para que pudiera verlo mejor. Cuando habló, fue en tono suave y tranquilizador.

—Soy Beau Devereaux. Trabajo con Zack. Llevo una empresa de seguridad junto a mi hermano Caleb. No quiero que vuelvas a preocuparte. Vamos a dedicar el ciento por ciento de nuestro tiempo y esfuerzo a garantizar tu seguridad y encontrar a los cabrones que te han hecho esto. Lo juro por mi vida.

Ella pareció confundida ante la declaración tan pasional de Beau. Pestañeó y luego centró la mirada en Zack. Parecía confusa, como si estuviera intentando encontrarle sentido a la situación.

—¿Pero quién va a protegerme de él? —susurró señalando con la mirada directamente a Zack.

## Once

—¿Qué vas a hacer? —susurró Beau.

Zack, inquieto y cansado, se pasó una mano por el pelo.

Los dos hombres se encontraban justo fuera de la puerta abierta de la habitación a la que habían trasladado a Gracie. Zack se apoyaba contra la pared; el cansancio de dos noches en vela le estaba pasando factura.

Después de que Gracie soltara la pregunta bomba para la que Beau no había tenido respuesta, se había quedado dormida por los medicamentos y, una hora más tarde, la habían trasladado a una habitación privada de la sexta planta.

—No tengo ni idea —dijo Zack—. ¿Qué leches se supone que debo hacer? Me odia. Me tiene miedo y no sé por qué. No deja de mencionar eso «horrible» que hice. Me ha dicho que era imperdonable.

—¡Vaya!

—Sí, ¡vaya! Es algo bastante serio, Beau. Tuvo la misma reacción en la galería y en el estudio. No puede haber fingido esa clase de miedo. Pero ¿por qué? No lo pillo. La quería, tío. Era el amor de mi vida. Sí, suena al típico cliché del que tantos hombres, sobre todo del tipo como nosotros, se avergüenzan y ponen los ojos en blanco. Pero yo no. Era la mujer de mi vida. Y por mucho tiempo que pase, no volverá a haber ninguna otra para mí.

»Tenía todo nuestro futuro planeado. La casa, la esposa, los niños. El sueño americano. Jugaría a fútbol profesional durante unos diez años si todo iba bien. Ahorraría dinero, luego me retiraría y me pasaría los días mimando y malcriando a mi mujer y a mis niños. Tendríamos un pequeño equipo de fútbol si tuviéramos la suerte de tener varios hijos. Y a ella le parecía perfecto. Me dijo que me quería, y era de verdad. Nadie puede ser tan buena actriz. Y estoy segurísimo de que no me estaba usando. Si ese fuera el caso, se habría quedado y me habría sacado hasta el último centavo. No, se echó para atrás antes de que siquiera tuviera beneficios. Volví a casa un día y había desaparecido. Me dejó pensando lo peor.

Suspiró y cerró los ojos del cansancio.

—Esto me está matando, tío. Piensa en cómo te sentirías si volvieras a casa y Ari hubiera... desaparecido. Si no volvieras a saber nada de ella. Y, doce años después, la encuentras y está aterrorizada cuando te ve, te acusa de no sé qué traición horrible y te odia.

—No, gracias —murmuró Beau—. Menuda mierda tienes encima, tío.

—Dímelo a mí.

Zack volvió a mirar el interior de la habitación para controlar el estado de Gracie, pero ella parecía estar descansando cómodamente, sin las pesadillas que sabía con

certeza que la atormentaban.

También era alentador que la tensión alrededor de sus ojos y en la frente hubiera disminuido tras la última inyección de analgésicos que le habían administrado.

Pero por mucho que supiera que Gracie necesitaba tanto descanso como pudiera, también se sentía impaciente por que despertara. Tal vez, cuando no le doliera mucho y, quizás, cuando el horror de lo que había tenido que vivir no estuviera presente en su subconsciente, hablara por fin. Con él. Solo con él, sin nadie que los interrumpiera. Sin nadie que viniera en su ayuda cuando ya se encontraba en el lugar más seguro habido y por haber. Y una vez le dieran el alta, se la llevaría a un lugar todavía más seguro para darle tiempo a curarse. Solo esperaba que en ese lapso pudieran hablar del pasado, algo que él sabía que le provocaría tanto dolor a ella como él había soportado todos estos años.

«Por favor, Dios, muéstrame el camino para ayudarla a que supere esto. Concédenos a ambos el valor para enfrentarnos a nuestro pasado. Y para que ambos podamos cicatrizar nuestras heridas. Juntos. Para que podamos por fin vivir el sueño que tanto queríamos en vez de esta pesadilla de doce años».

Ojalá la paliza de hace unas pocas horas fuera lo único que la atemorizaba. Aunque se despertara con mejor predisposición para comprender y separar la agresión del lugar donde se encontraba ahora mismo, todavía estaba el problema que atañía a Zack y al miedo que ella sentía hacia él, que era superior al que profería hacia esos cabrones que le habían pegado esa brutal paliza. Si eso no era suficiente para hacer que vomitara en la primera papelera que viera, no sabía qué lo sería.

—Sé que es arriesgado, pero...

La frase inacabada de Beau bastó para interrumpir el miedo agobiante y la letanía de «y si...» que se reproducía en su mente; levantó la vista para ver qué era lo que su colega iba a decir.

Beau permaneció en silencio con la mirada insegura. No era una persona indecisa, no era muy común que vacilara. Zack arqueó una ceja y se preparó mentalmente mientras esperaba a que su compañero continuara.

—¿Qué es arriesgado? —lo animó cuando vio que Beau no iba a proseguir.

—Solo me preguntaba si podría ayudar que Ramie y Ari estuvieran aquí. Me refiero a que la hagan sentir más cómoda —añadió—. Tiene que haber sido un tanto desconcertante despertarse en un hospital y encontrarse a un puñado de tíos gruñones y cabreados en la habitación.

—Ni hablar —repuso con rotundidad—. Ni de coña. No voy a ponerlas en peligro de esa manera. No me puedo creer que hayas sugerido siquiera algo así. Caleb se pondría como loco.

—Tú escúchame —insistió Beau levantando las manos—. Por supuesto tendríamos una buena seguridad. Además, esos hijos de perra son unos putos cobardes. No van a aparecer en público o a plena luz del día. Hacen sus trabajillos en la sombra y sin testigos. Y si sirve de ayuda para que deje de tener miedo y para



convencerla de que no vas a asesinarla mientras duerme, entonces merecerá la pena, ¿no crees?

—Creo que es mala idea. —Zack seguía en sus trece—. Y aunque quisiéramos hacerlo, Caleb nunca daría su consentimiento. Joder, ¿te imaginas que Ramie tocara a Gracie por accidente? ¿O que Gracie la tocara a ella, sin saber qué pasaría? Entonces no solo Gracie habrá pasado por un infierno, Ramie también lo sufriría.

—Cierto —admitió Beau a regañadientes—. No había pensado en eso. Aun así, debe de haber algo que podamos hacer. Cuando le den el alta a Gracie, no va a querer que la ayudes, y es un objetivo claro. Pues a no ser que la secuestres, no sé qué más puedes hacer.

—Secuestrar, la secuestraré —replicó Zack con fiereza—. Ya me odia. Si asegurarme de que permanece con vida hasta que acabemos con esos cabrones implica que me odie más, pues perfecto, pero solo si sigue viva para hacerlo.

Beau se pasó la mano por la nuca y suspiró.

—Está bien, entonces no traemos a las chicas, pero sigo pensando que es buena idea que conozcan a Gracie en cuanto sea posible. Esta situación tiene toda la pinta de acabar en desastre.

Zack se quedó pensativo un momento y volvió a mirar desde el umbral de la puerta, hacia Gracie, para cerciorarse de que seguía descansando tranquilamente.

—También está lo de Sterling —comentó Zack con mal sabor de boca ante la mera mención de su nombre—. Dudo que el tipo se mantenga al margen. Mantienen una relación, aunque él dice que no son pareja. En cualquier caso, parece que la sigue de cerca, o al menos es más que un simple conocido, así que imagino que aparecerá antes de que le den el alta.

—Haré que vigilen sus movimientos. Al menos sabrás de antemano si viene hacia aquí.

—Lizzie está trabajando en buscarme otro sitio donde quedarme. No voy a volver a casa. La seguridad allí es una mierda. Ramie y Ari pueden venir cuando hayamos tomado medidas de seguridad.

Beau asintió.

—Buena idea. Avísame cuando Eliza te haya encontrado algo. Me encargaré de que esté amueblado y tenga reservas de comida, y de reforzar la seguridad hasta tal punto que sepas hasta cuándo una hormiga se tire un pedo en el edificio.

Oyeron un sonido suave procedente de la cama de Gracie. Zack se inclinó y la vio moverse. Volvió a arrugar la frente y la tensión reapareció en su rostro antes de girarse con inquietud y de suspirar a través de sus labios hinchados.

El dolor se abrió paso en el pecho de Zack. Él debería estar ahí junto a su cama, tranquilizándola. Tocándola y abrazándola. No en la otra punta de la habitación porque no soportaba ver tanto miedo reflejado en sus ojos cuando lo miraba. Si es que lo miraba, claro. Hasta ahora había evitado su mirada salvo en contadas ocasiones. Era como si no soportara mirarlo.

—Me voy —dijo Beau en voz baja—. Pero te iré preguntando de vez en cuando. Envíame un mensaje o llámame si surge algún problema o si necesitas algo. Te mandaré a Eliza con la cena, para ti y para Gracie, en caso de que se sienta con ganas de comer. Quizá la presencia de Eliza disuada algunos de sus miedos.

—Buena idea —dijo Zack—. Debería haber pensado en ella cuando sugeriste traer a Ramie y a Ari. Pero asegúrate de que no venga sola. No estoy dudando de ella ni de sus habilidades, pero no quiero que vaya sola mientras estos tíos estén detrás de nosotros.

—No, estoy completamente de acuerdo. Preferiría que ninguno de nosotros fuera a la suya. Está claro que tienen un interés especial por cualquiera que esté remotamente relacionado con la DSS, así que la suerte está echada y me atrevería a decir que nadie está a salvo.

—Quiero a estos tíos, Beau —declaró Zack con un tono de voz bajo y fiero—. Quiero su sangre.

—Si de mí depende, la tendrás —juró Beau—. Tengo reservadas unas cuantas cositas por lo que intentaron hacer a Ari.

—Encárgate de que no se siga culpando —comentó Zack.

Beau asintió y luego le dio una palmada a Zack en el hombro.

—Bueno, me voy ya. Ver a Gracie hace que quiera volver con Ari y cerciorarme de que está bien. Todo esto me asusta, Zack —admitió Beau—. Si le pasara algo a Ari...

—Lo entiendo —respondió Zack—. Lo digo en serio. Por cierto, hazme un favor. Cuando llames a Eliza por lo de la cena, pídele que me llame cuando esté de camino para poder hablar con ella fuera.

—Lo haré —dijo Beau. Soltó una larga exhalación—. Me sabe muy mal todo esto, tío. Todo. Imagino que debe de ser una mierda. Ojalá hubiera algo que pudiera hacer... algún modo de ayudar.

—Puedes. Ayudándome a acabar con las personas que le hicieron esto. No descansaré hasta que el último de ellos esté a dos metros bajo tierra. Y preferiblemente a cachitos.

Beau asintió y se marchó en silencio. Zack se giró para entrar en la habitación y volver junto a Gracie; por un lado, ansioso, pero por otro, reacio a que volviera a despertarse. Quizá esta vez obtuviera algunas respuestas. Soportaba muchas cosas, pero esta se lo estaba comiendo vivo.

## Doce

De pie en el umbral de la habitación de Gracie, Zack esperaba a que apareciera Eliza. Después de preguntar a la enfermera si Gracie seguía alguna dieta específica, le había pedido a Eliza que trajera sopa. La enfermera le había dicho que aunque no había motivo alguno para que no comiera, tal vez le doliera al masticar y no se encontrara lo bastante bien para digerir.

Se sentaría junto a su cama y le daría de comer él mismo si eso era lo que necesitaba. Odiaba pensar que estuviera incómoda por algo. No podía deshacerse del dolor que le provocaban las heridas, pero al menos podría calmarle el hambre.

Y, con suerte, la idea de Beau de que otra mujer pudiera hacerla sentir más cómoda era acertada y Eliza lograba cumplir su misión. Nadie podía resistirse al encanto amable de Eliza. Era tan genuina como la que más y hacía sentir cómodo a cualquiera.

Solo esperaba que hoy no fuera su primer fracaso.

Al cabo de un rato la vio doblar la esquina del pasillo y dirigirse diligentemente hacia él. Cuando se acercó, bolsas en mano, lo abrazó sin más.

—¿Cómo lo llevas? —preguntó con amabilidad mientras se separaba.

—No muy bien —contestó él.

No tenía sentido mentirle. Hasta un idiota se daría cuenta de que no estaba bien.

Ella hizo una mueca en señal de solidaridad y luego le tendió una bolsa de plástico con comida.

—Te he traído la sopa que me pediste y un bocata completo, y también hay una botella con té recién hecho para ti.

Él le sonrió.

—Gracias, Lizzie. Eres la mejor.

—Beau me ha puesto al día, así que no hace falta que me digas nada. Espero poder ser de ayuda, Zack. Sé que esto debe de ser horrible para ti; no saber qué la ha molestado tanto para que te odie así. Ni siquiera me imagino qué te debe de estar pasando por la cabeza ahora mismo o por lo que debes de estar pasando. Pero escúchame, sabes que si me llamas, vengo. Si necesitas algo, y me refiero a cualquier cosa, llámame, ¿entendido? Día o noche. Me importa un rábano la hora que sea.

Zack estiró los brazos y la envolvió en otro abrazo de oso. Por triste que pudiera sonar, necesitaba otro de sus abrazos. Eran los mejores.

Lo besó en la mejilla antes de acariciársela suavemente y de separarse de él.

—Vamos, entonces. Vayamos a ver a Gracie.

—Lleva durmiendo prácticamente todo el tiempo desde que se fue Beau. Se despertó una vez, pero sentía tanto dolor que tuve que llamar a la enfermera para que

le diera más analgésicos. Probablemente no deba despertarla. Estoy seguro de que necesita descansar. Pero me sentiría mejor si tuviera algo en el estómago... y tú también estás aquí, así que te seré sincero: estoy desesperado. Estoy dispuesto a intentar cualquier cosa con tal de conseguir que lo entienda.

—Lo haré lo mejor que pueda.

—Lo sé, Lizzie. Lo sé. Te quiero con locura. A ti y a Beau. Los otros... Vosotros sois los únicos amigos que tengo. Todavía tengo contacto con algunos colegas del instituto, pero nos vemos una vez al año, y ni eso, porque no los he visto en los últimos dos.

—No te vas a poder deshacer de mí —dijo jovialmente mientras dejaba sobre la mesita las bolsas que llevaba—. Si eres amigo, lo eres para siempre.

Eliza se giró hacia la cama y la examinó durante un momento.

—Supongo que la cama es ajustable; podrías subirle un poco la espalda. Le será más fácil comer.

—Sí. Solo tengo que tener cuidado de que el movimiento no le provoque más dolor. El médico dice que tenía varias costillas rotas. No creo que sea muy agradable notar presión en el abdomen.

Eliza se quedó pensativa durante un momento.

—En realidad, estar tumbada así, con la espalda tan poco elevada, sea probablemente menos cómodo que si está más incorporada. Me operaron del abdomen hace varios años y la semana siguiente solo pude dormir bien en el sillón reclinable. Estar en la cama era horrible.

Zack frunció el ceño.

—Joder. No había pensado en eso. Espero que no haya estado incómoda todo este tiempo.

—¿Quieres despertarla o prefieres que lo haga yo? —preguntó Eliza con voz queda.

Él vaciló y se quedó mirando los ojos cerrados de Gracie durante un buen rato. Luego asintió lentamente.

—Sí, intentémoslo. A lo mejor, si eres tú la primera persona que ve cuando despierte, no se asustará tanto.

—Lo siento mucho, Zack. Sé que esto tiene que dolerte.

Él no lo negó, pero tampoco respondió.

—Está bien. Vamos, échate para atrás y prepara la sopa. Veré si consigo que Gracie se despierte.

Zack se colocó junto al lavabo, donde no se encontraba directamente en el campo de visión de Gracie, pero él sí podía verla a ella y a Eliza. Contuvo la respiración cuando Eliza se inclinó hacia Gracie y la agarró de la mano.

—Gracie. Gracie, cariño, ¿puedes abrir los ojos?

Eliza fue infinitamente paciente y mantuvo un tono de voz bajo y suave en todo momento.

—Gracie. Te he traído sopa. Seguramente tendrás muchísima hambre y podrías comerte un caballo, pero apuesto a que la mandíbula te duele horrores. Por no hablar de esa pobre boca...

A Zack se le aceleró el pulso cuando Gracie parpadeó y giró lentamente la cabeza en dirección a la voz de Eliza. Esta le sonrió y le apartó un mechón de pelo que le caía por la cara y le oscurecía parcialmente la visión.

—Eh, estás ahí —dijo Eliza con afecto.

Para cualquiera que las estuviera mirando, parecía que Eliza y Gracie se conocieran, que tuvieran una relación estrecha. Esa era la magia que obraba Eliza.

Gracie contrajo el rostro, confundida. Pestañeó de nuevo y movió ligeramente la cabeza hacia un lado, como si intentara reconocer a Eliza.

—¿Te conozco? —preguntó con la voz ronca y cansada.

Probablemente tuviera la garganta hinchada por los golpes recibidos y le doliera horrores tragar. Se alegró doblemente de haberle dicho a Eliza que trajera sopa. Masticar y tragar debía de ser un calvario.

Eliza sonrió aún más.

—No, o al menos no hasta ahora. Me llamo Eliza Cummings. ¿Cómo estás? Bueno, mejor no respondas a eso. Ha sido una pregunta tonta, lo sé. Por supuesto que estás mal. Y cielo, no te ofendas, pero parece que un camión te haya atropellado unas cuantas veces.

Gracie se quedó desconcertada un instante antes de relajarse visiblemente y de soltar una risotada que acabó en un golpe de tos y un quejido.

—¿Crees que podrás digerir bien la sopa? Está buena y calentita, aunque no quema. Seguro que tienes los labios sensibles. Ha tenido tiempo de enfriarse un poco por el camino.

Gracie asintió.

—Suenan bien. Gracias.

—Zack —lo llamó Eliza con voz suave—. ¿Puedes acercarme la sopa?

La mirada de Gracie recorrió de inmediato la habitación y esta se quedó paralizada cuando localizó a Zack. El dolor y la confusión se adueñaron de sus ojos y miró a Eliza como si la hubiera traicionado.

—Cielo, no me mires así —dijo Eliza—. Zack es un tío genial. Me ha pedido que viniera. Creía que te sentirías mejor con otra mujer presente. Y, oye, hay que equilibrar la balanza cada vez que podamos, ¿no te parece?

—¿Eres su mujer? —preguntó Gracie, que volvió a mirar a Zack.

Fue la mirada más larga que le había dedicado hasta ahora. Parecía estar estudiándolo fríamente, casi como si lo estuviera analizando. Lo que lo dejó perplejo, no obstante, fue la mirada de pena que lanzó a Eliza cuando le preguntó si era su esposa. Dios, ¿qué clase de mala persona se pensaba que era?

Eliza soltó una carcajada.

—¿Mujer? No, por Dios, no. Lo adoro a más no poder, pero nos mataríamos el

uno al otro en las primeras veinticuatro horas. Trabajamos juntos desde hace ya mucho tiempo.

Su expresión volvió a tornarse confusa. Veía cómo se asomaban las preguntas a sus ojos, pero apretó los labios y les giró la cara a ambos.

Con un suspiro Zack le tendió el tazón de sopa a Eliza, y cuando ella lo agarró, se fue hasta el otro lado de la cama para que Gracie quedara entre ellos. Esta miró al techo como si quisiera ignorarlos a ambos.

Eliza arqueó una ceja y le dedicó una mirada precipitada a Zack que claramente decía: «¿Y ahora qué?».

Zack acercó la otra silla que había en la habitación y se sentó tan cerca de la cama que pudo apoyar el brazo en la barra de esta.

—Come, Gracie. Eliza no muerde. Es la persona más buena del mundo. Aunque no opines lo mismo de mí, al menos concédele a ella el beneficio de la duda.

Pero primero necesitaba incorporarle la cama para que no se tirara la comida encima. Toqueteó los botones a un lado de la cama hasta que dio con el que elevaba la parte delantera.

—Voy a levantarte un poco para que puedas comer —anunció—. Dime cuándo paro y si te provoca más dolor.

Sin esperar una respuesta por su parte, presionó el botón y un zumbido comenzó a sonar en la habitación a la vez que el cabezal de la cama se alzaba poco a poco. Al primer movimiento, Gracie se aferró a la barandilla como si necesitara recuperar el equilibrio. Luego se relajó más, esperó un momento y dijo:

—Ya está bien.

Se hundió contra la almohada e inspiró varias veces.

—¿Te duele? —preguntó Zack.

Ella negó con la cabeza.

—No. Estoy... mejor, en realidad.

Había tenido que hacer un gran esfuerzo para hablarle directamente. Había mejorado desde aquella ocasión en que le gritó o lo acusó de no sé qué narices; pero bueno, era mejor que le gritara a seguir con este silencio glacial que existía entre ambos.

En silencio, Zack le suplicaba que hablara con él, que le dijera qué fue lo que salió tan horriblemente mal en su relación.

—¿Crees que puedes tomártela tú sola o quieres que te la vaya dando yo? —preguntó Eliza con ternura.

Un color rosado tiñó las mejillas de Gracie, o al menos los pocos lugares que no estaban morados. Bajó la mirada como si se avergonzara de la situación en la que se encontraba. Luego volvió a alzarla y alargó los brazos lentamente hacia el tazón.

—Puedo hacerlo yo —dijo en voz baja.

Se movió un poquito para colocarse bien sobre la cama antes de sujetar el cuenco por sí sola. Luego se volvió a hundir en el colchón como si aquella pequeña tarea la

hubiera dejado exhausta.

Zack iba a seguir al dedillo las instrucciones que le había dado el médico. Y aprovecharía todo ese tiempo de recuperación para eliminar cualquier demonio que la perturbara. Sin mencionar los suyos propios, ya que estaba claro que él mismo era el de Gracie.

Tragaba cada cucharada lenta y dolorosamente. La mano que sostenía la cuchara tembló y un poco de sopa salpicó sobre la sábana que cubría su regazo.

Eliza se levantó de inmediato y fue corriendo al cuarto de baño para coger una toalla. Luego la colocó sobre los muslos de Gracie para que, pasara lo que pasara, no le manchara las sábanas.

—¿Quieres hablar de lo que pasó? —preguntó Eliza tras un largo rato de silencio.

Gracie se sobresaltó tanto por la pregunta que se le cayó la cuchara. Menos mal que ya se había tragado el contenido e iba de camino otra cucharada.

—La policía ya ha pasado por aquí —interrumpió Zack—. Me han pedido que los llame en cuanto se despertara para poder tomarle declaración.

Gracie cerró los ojos y le resbaló un reguero de lágrimas por las mejillas amoratadas.

Eliza al momento le sujetó la mano con la que sostenía la cuchara y le dio un apretón, pero no la soltó. En cambio, apoyó sus manos unidas sobre el colchón junto al costado de Gracie.

—¿Prefieres esperar entonces hasta que lleguen para no tener que repetirlo? —preguntó Eliza.

—No sé nada —contestó Gracie con voz desalentadora—. Un momento estaba allí. Sola. Y al otro, con ellos. No recuerdo siquiera la mayor parte de lo que ocurrió después. Solo el miedo atroz de que pudiera volver a ocurrir.

Zack se puso tenso de inmediato.

—Que pudiera ocurrir de nuevo, ¿el qué?

Gracie cerró los ojos y apretujó la mano de Eliza hasta que la suya se puso blanca del esfuerzo. Eliza no se encogió de dolor; ni se inmutó.

Se quedó pálida y tenía toda la pinta de devolver. Eliza se había dado cuenta también, porque alargó el brazo hacia la palangana que había junto a la cama.

La deslizó sobre el regazo de Gracie y apartó el cuenco que todavía seguía medio lleno.

—¿Gracie? —la alentó Zack—. ¿Qué podría volver a ocurrir?

—Ni en mis peores pensamientos te creí capaz de hacer las cosas que has hecho, pero sentarme aquí y actuar como si no lo supieras, como si fueras inocente...

Fijó sus ojos marrón chocolate en él; eran unos ojos rebosantes de emoción y de lágrimas no vertidas.

—¿Por qué, Zack? ¿Tanto me odiabas? ¿No podrías haber roto conmigo sin más? ¿Tenías miedo de que me convirtiera en una especie de psicópata acosadora? ¿O te preocupaba que te hiciera quedar mal cuando entraras en el fútbol americano

profesional? A saber lo que pensaste de mí...

Volvió a girarse, esta vez con ríos interminables de lágrimas que surcaban su rostro. Zack se había quedado tan patidifuso tras las preguntas que no podía formar siquiera una sola frase coherente. Eliza buscó al momento la mirada de Zack con un claro interrogante que no vocalizó. ¿Quería que se marchara?

Por mucho que quisiera que lo hiciera para que él y Gracie pudieran aclararlo todo, sabía que si precipitaba la situación, saldría perdiendo. Tenía que ganarse su confianza de alguna manera, costara lo que costara.

Zack sacudió ligeramente la cabeza, pero ancló la mirada en Gracie y en su rostro amoratado y lleno de lágrimas.

—Gracie, mírame, por favor —pidió Eliza con un tono de voz firme pero amable.

Con aparente reticencia, ella le hizo caso. Eliza volvió a darle otro apretón en la mano.

—Escúchame, cielo. No sé lo que te pasó. Solo tú lo sabes. Pero lo que sí sé es que Zack te ha estado buscando... y ha pensado en ti todos los días de estos últimos doce años. Es un buen hombre. El mejor. Y lleva preocupado por ti desde hace muchísimo tiempo. ¿Hablarás con él por lo menos?

—Solo quiero olvidarlo todo. Todo —tartamudeó Gracie.

Zack tenía el corazón en un puño. Le daba igual saber que no había hecho nada malo. Gracie pensaba que sí y estaba plenamente convencida. Tenía el alma hecha pedazos. ¿Cuán horrible debió de haber sido para que doce años atrás no hubiera querido hablar con él? Y ahora ni siquiera tenía las fuerzas para hablar de ello. Lo odiaba. No quería tener nada que ver con él.

De pronto, Zack se levantó de la silla y se acercó a los pies de la cama con una mano en la nuca. Cerró los ojos con total frustración y desesperación. No llegaría a ninguna parte. Nunca había querido algo tanto en la vida como su confianza y su amor. ¿Cómo se suponía que iba a recuperar ambas cosas si estaba más que claro que ella ni confiaba en él ni lo quería?

—Estoy cansada —susurró Gracie—. Y me duele todo. ¿Puedes darle al botón?

La pregunta iba dirigida a Eliza, evidentemente. En ningún momento lo miró a él. Aun así, este se inclinó y presionó el botón.

Durante el más breve de los instantes, se miraron cuando él volvió a erguirse. A Gracie le temblaron los labios; sus ojos seguían anegados en lágrimas. La expresión de derrota en su rostro casi lo desquició y le rompió el corazón al mismo tiempo.

—Escúchame, Gracie —dijo con voz queda y firme.

Esperó hasta que por fin levantara la mirada hasta la suya, y se encogió de dolor ante la expresión vacua de sus ojos. Estaban vacíos; eran como un desierto.

—Necesito que hables conmigo, pero entiendo que ahora mismo estés molesta y dolida. Pero no pienso irme. No hasta que hayamos solucionado esto, sea lo que sea. No voy a permitir que te vuelvas a alejar de mí, no cuando te he buscado durante tantísimo tiempo. Lo haremos así: mientras estés aquí, en este hospital, yo o alguien



que trabaje conmigo estará contigo en todo momento. Y cuando te den el alta, te vendrás a casa conmigo.

Ella soltó una especie de queja entrecortada y él le acarició suavemente los labios hinchados con la yema de un dedo.

—Calla y escúchame.

Ella se calló y él apartó el dedo de sus labios en vez de acariciarlos e imaginarse a qué sabían, si seguirían sabiendo igual de dulces que la última vez que la había besado. Solo que él no había sabido que iba a ser la última vez. Ojalá pudiera retroceder hasta ese momento.

—Los hombres que te atacaron fueron tras de ti por mi culpa... por culpa de la gente con la que trabajo. Y no estarás segura mientras sigan ahí fuera, en busca de su próxima víctima. No pienso permitir que te pongas en peligro. Tendrán que pasar por encima de mi cadáver si quieren llegar hasta ti. Ahora bien, podemos hacer esto por las buenas, que es que accedas a venir conmigo. O por las malas, que es que te saque yo mismo de aquí.

—¿Para qué clase de gente trabajas? —preguntó Gracie con el miedo chisporroteando en los ojos.

—La mejor, Gracie. Son lo mejor de lo mejor. Eliza trabaja conmigo. —Señaló con la cabeza a Eliza—. Trabajo para la Devereaux Security Services. Protegemos a la gente. Proporcionamos seguridad. Hacemos cualquier trabajo que requiera músculo y alta tecnología.

—Qué irónico —soltó mordazmente, con una mirada iracunda por primera vez.

Bueno, cualquier cosa era mejor que el miedo y la total desolación que parecían constantes en sus conmovedores ojos marrones.

Gracie alzó el mentón un poco más y lo miró directamente a los ojos.

—¿Esta es tu forma de resarcirte? —preguntó suavemente.

Él blasfemó con rabia, apenas capaz de morderse la lengua para evitar que los violentos improperios salieran por su boca. Respiró por la nariz durante unos momentos a la vez que intentaba mantener a raya su cabreo.

Nunca se había enfadado con Gracie porque nunca había tenido motivos. No estaba del todo seguro de que ahora los hubiera, pero el cabreo seguía ahí igualmente.

—Dime qué cojones hice, según tú —le exigió—. ¡Es difícil defenderme de algo si no tengo ni idea de qué es!

—¿Me lo dices en serio? —preguntó, incrédula.

Eliza se inclinó hacia delante e interrumpió el tenso intercambio. Apretó la mano de Gracie para tranquilizarla, pero parecía estar igual de furiosa que él. De nuevo, prefería eso mil veces que la derrota y la pena.

—Gracie, para poder expiar nuestros pecados, es necesario conocer qué pecado se ha cometido —comentó Eliza con voz queda—. Tú y Zack claramente tenéis puntos de vista muy distintos sobre lo que pasó hace doce años. Habla con él. Dile por qué estás enfadada. Si después no sale nada de ahí, mándalo a freír espárragos, pero al

menos dale la oportunidad de defenderse. Es lo mínimo que se merece, estoy segura.

—¿Merecerse?

La voz de Gracie se resquebrajó bajo el peso de la emoción y sus ojos se anegaron en lágrimas una vez más.

—Merecerse... Tiene guasa la cosa... ¡no tengo palabras siquiera! —dijo Gracie con lágrimas en los ojos—. Yo sí que no me merecía lo que me hizo... Lo que hizo. Ni siquiera puedo pensar en esa noche sin vomitar.

Como si quisiera demostrar lo que acababa de decir, señaló la palangana y Eliza se la puso sobre la bandeja en el momento justo en que vaciaba todo el contenido del estómago.

## Trece

Una vez más habían echado a Zack de la habitación de Gracie mientras la enfermera evaluaba a la paciente y la ponía más cómoda. Eliza permaneció a su lado, observando los movimientos de la mujer a través del panel de cristal que había por encima del pomo de la puerta.

Negó con la cabeza con los ojos llenos de compasión.

—No sé qué decir ahora mismo —murmuró—. No puedo ni imaginármelo. Lo siento mucho, Zack. Esto debe de ser un calvario para ti.

—Es evidente que para ella también —dijo Zack desoladoramente.

Se pasó la mano por el rostro en un gesto de cansancio; la falta de sueño le estaba causando estragos. Quizá no pudiera volver a dormir. ¿Cómo iba a hacerlo cuando todo lo que veía al cerrar los ojos era el miedo atroz que se asomaba a su mirada? Las ojeras. Lo absolutamente frágil y quebradiza que era.

Frágil.

No, no era del todo exacto. Ya estaba rota. Cualquier persona con ojos en la cara podría darse cuenta de ello.

Lo acongojaba verla en ese estado. ¿Qué narices había pasado doce años atrás? Se estaba cansando de las vueltas que le estaban dando al asunto y de la negativa de Gracie a desvelarle ese gran secreto. Sobre todo cuando parecía ser él la única persona que no sabía una puta mierda de lo que estaba pasando.

—Quizá deberías llamar a una psicóloga —dijo Eliza en voz baja, asegurándose de que no se la oyera al otro lado de la puerta—. Parece tan... frágil.

—He usado esa misma palabra para describirla más de una vez desde que la vi en el estudio.

—Está claro que está acojonada. Sea lo que sea lo que cree que hiciste, para ella es tan real como tú y como yo.

—Me lo dices o me lo cuentas —murmuró él. Luego volvió a llevarse la mano hasta la nuca y hundió los dedos en los doloridos músculos—. ¿Puedes hacer una búsqueda? Ya sabes de dónde soy. De dónde somos. ¿Puedes retroceder doce años o por ahí, antes y después de la última vez que la viera y ver si descubres algo? ¿Cualquier cosa que te parezca importante? Si ocurrió en nuestro pueblucho, te garantizo que la noticia estaría por todos sitios.

—Lo intentaré, pero ya investigué por allí esta mañana cuando saliste del apartamento y, hasta ahora, solo me he encontrado con callejones sin salida.

Que era justamente como él se sentía, solo que en este caso, lo sentía más como si se estuviera dándose de bruces contra el muro del callejón literalmente. Y ya estaba empezando a notar el dolor en lo más profundo de su alma.

—Ah, ya sale —dijo Eliza al tiempo que se apartaba del umbral de la puerta.

Zack se centró al instante y se rascó la barba de varios días. Necesitaba adecantarse. Tenía el aspecto —y el olor— de un chivo. Le sorprendía que las enfermeras no lo hubieran echado del hospital, o al menos lo hubieran llevado hasta la ducha más cercana.

La enfermera cerró la puerta suavemente al salir al pasillo junto a Eliza y Zack.

—¿Cómo está? —preguntó Zack con urgencia.

El bonito rostro de la mujer se contrajo en una mueca.

—Agotada. Dolorida. Asustada. Está a punto de desfallecer. Todo esto podría aplicarse a su situación.

Zack suprimió un taco.

—Le he dado un sedante para ayudarla a relajarse. Debería dormir sin problemas durante las próximas horas. Váyanse a casa. Refrésquense. Hoy ya no pueden hacer nada más.

—No pienso dejarla —enfaticó Zack.

La enfermera vaciló y luego soltó un profundo suspiro.

—No quiere visitas. Al menos, hoy no. Así que deberían marcharse. Déjenla descansar y descansen ustedes también.

Eliza le dio un codazo en las costillas y se lo quedó mirando fijamente desde la barba hasta su descuidado vestuario.

—Déjeme que le aclare algo —dijo Zack, obligándose a mantener la calma, aunque fuera lo último que sentía en ese momento—. Gracie no tiene a nadie. Reitero, a nadie. Está completamente sola en el mundo; solo me tiene a mí. ¿De verdad cree que es buena idea dejar a una mujer que acaba de pasar por un suceso horrible y traumático, completamente sola? ¿Y si se despierta cuando no estoy? ¿Quién narices va a estar aquí para tranquilizarla y decirle que esos hijos de puta ya no pueden hacerle daño?

La expresión de la enfermera se suavizó al instante y alargó el brazo para darle un pequeño apretón a Zack en el suyo.

—Si no tiene a nadie más, entonces tiene suerte de tenerlo. Y no estará sola. Le doy mi palabra. Está en constante supervisión y seguirá siendo así toda la noche. Quedarse aquí junto a su cama mientras duerme no va a hacer ningún bien a nadie. Váyase a casa. Dúchese y coma algo. Intente dormir si puede, aunque sea unas pocas horas. Y luego, cuando vuelva mañana, todos estaremos más despejados.

Zack negó con la cabeza.

—No lo entiende. La paliza brutal que le han dado a Gracie fue producto de un plan meticuloso y metódico. Y usted quiere que la deje sola. Desprotegida. Cualquiera podría entrar en su habitación y matarla. Dios santo, podrían secuestrarla. ¿Quién en esta planta sería capaz de detenerlos? Y le garantizo que vendrán armados. No tienen reparo alguno en usar la violencia para lograr sus fines. Ya ha visto lo que hacen a mujeres indefensas. Ya torturaron y mataron a otra joven que acababa de dar

a luz. Así que aunque le agradezco su preocupación por Gracie y por su salud mental, ahora mismo me preocupa más su integridad física.

La enfermera palideció y tragó saliva con nerviosismo.

—¿Por qué no se nos ha comunicado todo esto? ¡Nadie nos lo ha dicho!

Su voz fue aumentando de volumen hasta llegar al límite de la histeria. Zack levantó una mano para reducir su miedo.

—No voy a permitir que hagan daño a nadie. La policía vendrá cuando Gracie se despierte. Mientras tanto, alguien de mi empresa de seguridad permanecerá aquí a todas horas, y nadie que no sea empleado del hospital o de la DSS tendrá permitido el acceso a la habitación. Habrá alguien apostado en la puerta en todo momento.

—Comprendo sus prioridades, señor —dijo la enfermera con un tono sincero—. Pero al igual que usted tiene en cuenta todo lo mejor para ella para que usted pueda realizar su trabajo con efectividad, yo también debo priorizar su bienestar, tanto emotivo como físico, mientras continúe siendo paciente en esta planta. Y ha sido bastante rotunda: no quiere más visitas hoy. Así que si alguien hace guardia, y me parece perfecto porque así los empleados nos sentiremos mucho más seguros, debe hacerlo fuera de la habitación.

—Uy —exclamó Eliza aguantando la risa—. Te acaban de dar una lección.

Zack la fulminó con la mirada. No estaba de humor para sus gracias. Necesitaba veinticuatro horas de sueño, una ducha caliente, una cafetera llena y echar el guante a los cabrones que habían hecho daño a Gracie, antes de poder tranquilizarse.

—No era mi intención ser grosera —intervino de nuevo la enfermera.

—Oh, no, no lo ha sido —negó Eliza con una mirada divertida—. Para nada. De vez en cuando viene bien que bajen los humos a los hombres de la DSS. Así mantenemos a raya sus egos.

La enfermera sonrió.

—¿Tan grandes son? Déjeme adivinar. Usted es la única mujer entre sus filas.

—Correcto —dijo Eliza sonriendo de oreja a oreja.

—Soy Jacquie —añadió la enfermera a la vez que extendía el brazo hacia Eliza.

—Hola, Jacquie —respondió ella—. Me llamo Eliza y este gruñón de aquí es Zack. Ambos trabajamos para Devereaux Security.

A Zack estaba a punto de explotarle la cabeza. Fue a preguntar a Eliza si se había fumado o metido algo. ¿Cómo podía estar charlando, bromeando, de guasa, cuando Gracie yacía al otro lado de la puerta, echa un ovillo y habiendo llorado a mares hasta que la enfermera le administró la medicación y por fin cerró los ojos?

Jacquie lo repasó con la mirada. Se lo quedó mirando tan atentamente que el calor comenzó a subirle por las mejillas. Odiaba ser objeto de escrutinio.

—¿Sabes, Zack? —Le tuteó puesto que Eliza ya le había facilitado su nombre—. Mi turno empezó hace una hora, así que todavía me quedan otras once. Tú y Eliza, marchaos a casa, cambiaos de ropa, comed algo. Llamaré a seguridad y diré que monten guardia en la puerta y también me quedaré en este lado de la planta para

echarle un ojo a su habitación hasta que volváis.

La hostia. Eliza era un genio y ahora tenía a las enfermeras comiendo de su mano. Gimió en silencio cuando esta le sonrió con petulancia. Él le enseñó el dedo cuando Jacquie la estaba mirando a ella y a su sonrisa descarada y victoriosa. Él sacudió la cabeza. Sería lista la tía.

—Bueno, ya has oído a la enfermera. Estamos estorbando y entorpeciendo su territorio —dijo Eliza—. Pero nosotras las mujeres no nos volvemos locas como vosotros los hombres, que empezáis a mearos en cada esquina para marcar el vuestro.

Jacquie se rio. Zack simplemente puso los ojos en blanco. Que alguien me ayude con estas mujeres incorregibles, pensó.

Zack no desperdició ni un segundo cuando llegó a su apartamento. Eliza había insistido en acompañarlo para no dejarlo con el culo al aire, ya que habían abierto una brecha en su sistema de seguridad. Aun así, no perdió el tiempo porque no quería exponer a Eliza, ni a sí mismo, a más peligro del necesario. Si Gracie no formara parte de la ecuación, entonces cojonudo. Montaría una trampa y Beau y él vigilarían las veinticuatro horas del día hasta que los hijos de puta mordieran el anzuelo. Pero sí formaba parte, y ella lo necesitaba aunque no quisiera admitirlo ni aceptarlo, por mucho que se negara verbalmente.

Solo pensaba en volver junto a Gracie. Podía ser implacable. No, ya lo era. No había llegado tan lejos haciendo el imbécil. Había que ser inflexible para que las cosas salieran bien. Si alguien lo hubiera creído salvaje y duro de mollera, centrado en un solo objetivo, entonces sabrían que se empecinaría en su propósito y nada lo detendría hasta que por fin cruzara la línea de gol.

«Un pase largo. Ahí viene el choque. Se escapa hacia el extremo más ancho. Busca... Está buscando. ¡Ha salvado el balón! Corre hacia el interior. ¡Vuelve a regatear! ¡Esperad! ¡Acaba de traspasar la defensa! Chicos, ¿este muchacho se mueve o se teletransporta? ¡Consigue librarse del placaje! Corre... corre... ¡Señoras y señores! Podría conseguirlo. ¡Podría llegar! ¡*Touchdown*! Quedan solo veintiocho segundos de partido, ¡y Zack Covington acaba de marcar el que será muy posiblemente el *touchdown* de la victoria!»

Recuerdos de esa noche. La primera ronda de *playoffs*. Lo suyo había sido de cuento de hadas desde el arranque de la temporada. Nadie esperaba que llegaran hasta los *playoffs*. Estaban reconstruyendo el equipo. Llenando vacantes clave que habían dejado libres los transferidos, los exjugadores y los lesionados.

Hasta el entrenador había reconocido que habían sobrepasado cualquier sueño que hubiera podido llegar a tener. Con una mayoría de novatos y unos pocos experimentados irremplazables en el equipo, se habían lanzado a por la temporada y

no habían mirado atrás ni una sola vez. Dieciséis victorias, cero derrotas. El comienzo de una temporada perfecta. La primera ronda pasó volando. Victoria en la segunda ronda de *playoffs*. Una semana más antes del gran partido.

Había sido una noche apoteósica. Quizá la mejor de su vida, de su antigua vida, claro. Ya no era el chico optimista e idealista que fue una vez. Y el breve respiro que había conseguido del hielo y del frío que envolvía su corazón había sido glorioso. Había durado unos dos minutos, dos maravillosos minutos que no pasó sumido en su atontamiento habitual.

Entonces vio que algunos compañeros miraban hacia las gradas. Uno de ellos apretó los puños y se golpeó el pecho antes de llevárselo a los labios y luego al cielo, justo en la dirección donde la esposa del jugador y su bebé se encontraban sentados entre la marabunta de seguidores.

Zack no tardó más que un segundo en volver a la tierra. No había nadie a su lado con quien compartir esa felicidad. Gracie no estaba.

Esta vez no se le escaparía su sueño. Esta vez, para variar, quería algo para sí mismo.

Quería que no lo mirara como si fuera una especie de monstruo. Quería que el miedo reflejado en sus ojos pasara a ser risa y felicidad. Quería amarla y que ella lo amara a él.

Terminó de meter la ropa que necesitaba en una bolsa y luego cogió unos cuantos productos de aseo del baño. Tenía que comprarle cosas a Gracie cuando le dieran el alta en el hospital. Aunque tal vez Eliza estuviera dispuesta a hacerlo por él.

Volvió corriendo a la cocina, donde Eliza se había apostado para tener una vista perfecta de la puerta principal.

—¿Lista? —preguntó.

Ella asintió.

—Pero Jacquie tiene razón. Tienes que comer algo; tienes un aspecto horrible.

Él refunfuñó.

—Vaya, gracias.

Eliza se encogió de hombros.

—Solo te digo las cosas como son.

—Pillaré algo en el hospital cuando abra la cafetería. Gracie seguramente quiera algo también, en caso de que pueda comer.

—Tenía la garganta bastante magullada. Por ahora seguiría con sopas y calditos. Seguro que es lo que el hospital le dará de comer.

—En alerta, Lizzie —murmuró mientras salían del apartamento.

—Siempre —repuso ella en voz baja.

Sus pisadas eran ligeras y casi inaudibles en la acera. Zack le dio un empujoncito a la puerta y se cabreó al oír cómo chirriaba. Los capullos la habían roto cuando entraron para dejar a Gracie.

Ya casi habían llegado al todoterreno de Zack cuando una sombra oscura apareció

a pocos metros frente a ellos.

—¡Al suelo! —gritó Eliza tirando de Zack.

Se lanzó al suelo y rodó. Antes de volver a ponerse en pie, sintió el choque de algo que bien podría haber sido un camión lleno de cemento. Soltó un sonido gutural y se quedó tendido en el suelo.

Su atacante trastabilló sorprendido por el peso muerto e incapaz de aguantarlo. Zack se aprovechó y embistió el abdomen del individuo con el hombro antes de tirarlo sin miramientos sobre la acera.

Zack estaba muy cabreado y había tenido que reprimir su furia durante todo el maldito día, conque soltó al león de su jaula con un gruñido, que se oyó en todo el aparcamiento. Su atacante cayó al suelo con Zack encima. Este sentía el aliento asfixiado del otro hombre en el cuello; se giró y se lió a darle puñetazos con saña y brutalidad.

Retrocedió durante un segundo cuando uno de los puños de su agresor le dio en todo el mentón. Joder.

Zack rodó por el suelo y permaneció en movimiento para no ser un blanco demasiado fácil.

Lo embistieron y de repente ese movimiento cesó. Y entonces, antes de que nadie pudiera volver a lanzar otro golpe, la orden de Eliza se oyó en la noche.

—¡Las manos donde pueda verlas, gilipollas! Dame una razón para disparar. Vamos, hostia. Me alegrarás la semana —rugió.

El hombre lo soltó y retrocedió lentamente. Zack se puso en pie de golpe y no tardó ni medio segundo en lanzarse a por el tío. Lo agarró por un brazo y se lo retorció en la espalda antes de obligarlo a girarse. El impulso hizo que el movimiento fuera más sencillo y finalmente lo dejó inmóvil con el brazo pegado en alto a la espalda.

—Ve a por una linterna, Lizzie.

Un segundo después, una luz se encendió y alumbró primero el cuerpo del agresor, y después su rostro.

—¿Pero qué cojones? —exclamó Zack—. ¿Sterling? ¿Qué narices crees que estás haciendo?



## Catorce

La sangre chorreaba por la nariz de Sterling y sus ojos ardían de furia, según pudieron ver gracias a la linterna con la que Eliza lo estaba cegando.

—¿Qué problema tienes? —rugió Zack—. ¿Y si presento cargos por agresión tras haberte dado una paliza?

Los labios de Sterling se curvaron con desprecio y desdén.

—Eres un maldito rajado. No has podido conmigo en una pelea. Eres demasiado marica para ensuciarte las manos. No, tú haces que otros peguen a mujeres por ti.

Zack le arreó un puñetazo en la mandíbula que logró que el otro hombre tuviera que retroceder. Sterling recuperó el equilibrio y se lanzó a por Zack, lo que consiguió que ambos hombres cayeran en el aparcamiento.

El sonido de un disparo se oyó en plena noche y Zack se puso en pie de inmediato. Sterling reaccionó de igual modo con velocidad; Zack vio que el hombre estaba bien entrenado. Sus instintos eran demasiado buenos y tenía buenos reflejos. Esa fachada pulcra, educada y rica tras la que se ocultaba escondía a un hombre bárbaro y astuto.

—¿Pero qué haces, Lizzie? —rugió Zack—. ¿Quieres matarme?

Eliza resopló con exasperación.

—Mira, no tenemos tiempo para tonterías. Estamos al descubierto y eso no nos beneficia nada. Estás llamando la atención, que tampoco es bueno. ¿Hace falta que siga?

—¿Y tú no acabas de lanzar un maldito disparo al cielo? —preguntó Zack, incrédulo.

—Alguien tenía que hacer algo —puntualizó—. Ahora, ¿qué decís si mantenemos esta conversación en otro lugar que no sea en mitad de un aparcamiento público?

—Ya hemos acabado —dijo Zack en tono neutro.

No sabía qué problema tenía Sterling, pero ¿que hubiera insinuado que Zack estaba detrás del atentado contra Gracie? ¿Qué cojones? Ni siquiera veía con claridad; tenía la vista completamente nublada por la rabia.

—Y una mierda —dijo Sterling—. ¿Dónde está Anna-Grace? ¿Qué le has hecho?

Zack miró a Sterling como si a este último le hubiera salido una segunda cabeza.

—¿De qué narices estás hablando?

—Ha desaparecido, pero eso no debería suponer ninguna novedad para ti. Da la casualidad de que desaparece un día después de que te presentaras en mi estudio, de que la acosaras y le dieras un susto de muerte. No hace falta ser muy inteligente para sumar dos más dos, pero esta vez la has cagado, Covington. Quizá entonces no tuviera a nadie que se preocupara por ella. Pero ahora, sí. Es importante para mí y la

protegeré aunque eso signifique que tenga que quitarte de en medio para siempre.

El pitido que se había instalado en los oídos de Zack era casi ensordecedor. Estaba cansado de las insinuaciones de Gracie —y ahora de Sterling— sobre esa cosa del pasado que tan horrible fue. Estaba cansado de que le declararan culpable por algo que sabía perfectamente que no había hecho.

¿Que había acosado a Gracie? ¿Desde cuándo querer saber si la mujer que más amabas en el mundo estaba bien se consideraba acoso?

¿Y ahora iba a amenazarlo este cabrón remilgado y finolis? ¿Quitarlo de en medio? ¿Qué cojones?

—Ya he tenido más que suficiente de este juegucito de evasivas —gruñó Zack—. Alguien va a decirme qué puñetas se supone que le hice a Gracie hace doce años. Porque desde mi punto de vista, fue ella quien me dio puerta. Y no solo me dio puerta, sino que ni siquiera tuvo la cortesía de decirme adiós o un «Que te vaya bonito». Ni siquiera un «Vete a la mierda, no quiero volver a verte». Nada. Así que durante doce años... doce malditos años, pensé lo peor. Y créeme cuando digo que tengo una imaginación un tanto vivaz. Luego, por fin la localizo y ella está perfectamente. No necesita nada. Está feliz. Ha empezado una nueva vida. ¿Y cuál es la guinda? Que actúa como si yo fuera una especie de monstruo. Lo peor de lo peor. Como si fuera a hacerle daño cuando ella sabe perfectamente que eso sería lo último que haría. Le habría dado el mundo entero, joder, pero mandó todo eso a la mierda cuando desapareció y me dejó creyendo que le había pasado lo peor, hostia.

Sterling se movió, inquieto, y parecía que fuera a empezar otra pelea. Zack se enfureció y se le tensaron todos los músculos del cuerpo. Sterling pedía guerra e iba a dársela.

—¡Ya vale! —exclamó Eliza—. Juro por Dios que el próximo que lance un puñetazo va a recibir un disparo. Ni siquiera me procesarían, pensarían que le he ahorrado al mundo un par de idiotas.

—No ayudas, Eliza —masculló Zack.

—Escuchadme bien, porque no tenemos mucho tiempo —vociferó. Señaló a Sterling con el dedo que no tenía en el gatillo, con la irritación evidente en sus ojos y palabras—. Tú te vienes con nosotros.

—¡No...!

Ambos hombres negaron al unísono de forma automática. Zack lo fulminó con la mirada y luego la miró a ella, que era un grano en el culo en ese momento.

—Tienes razón. No tenemos mucho tiempo, por eso no lo voy a desperdiciar en este desgraciado —dijo él señalando a Sterling.

—El único sitio al que iré contigo es al infierno —espetó Sterling—. Solo para asegurarme de que te quedas allí.

—¡Callaos! Madre mía, y luego dicen que las mujeres nunca nos callamos —gruñó Eliza—. Ahora subid al coche. ¡Los dos!

Con la pistola les indicó a Zack y a Sterling que entraran en el todoterreno de

Zack.

—Tú conduces, Zack. Me la suda adónde. Pero lo bastante lejos como para poder tener una pequeña charla con nuestro amiguito y poder seguir apuntándolo con la pistola en caso de que piense hacer alguna gilipollez, como cabrearme todavía más de lo que estoy.

—¿Lo dices en serio? —preguntó él claramente asombrado.

—¿Crees que estoy de coña?

A Sterling le hizo la misma poca gracia que a Zack, pero estaba claro que la pistola que sostenía le producía respeto.

Eliza abrió la puerta trasera del coche y apuntó a Sterling con el arma, luego la movió horizontalmente para indicarle que subiera al vehículo.

Sterling profirió una sarta de maldiciones y Zack juraría que lo oyó murmurar algo sobre mujeres locas con pistolas. Si el momento no fuera de lo más retorcido, Zack se estaría partiendo de risa ante el atolondramiento del tío. Siempre era divertido ver cómo la gente se daba cuenta de que Eliza no era una gatita inofensiva y adorable. Siempre la subestimaban, algo que, según le había contado a Zack, la había beneficiado en más de una ocasión.

Zack negó con la cabeza, él también tenía sus ideas con respecto a las mujeres — a una sola mujer en particular— con armas, antes de sentarse en el asiento del conductor y encender el motor.

—¿Adónde vamos, Lizzie? —preguntó Zack, resignado.

Creía de veras que dispararía a cualquiera de los dos. No los mataría, pero sí que les provocaría algún daño menor. Era la hostia de buena apuntando y podría acertar a un objetivo del tamaño de una moneda de diez centavos justo en el centro. Así que si decidía jugar un poco con las partes nobles de los hombres, Zack sabía que era más que capaz de llevarlo a cabo.

—No me importa —murmuró, claramente exasperada—. Necesito unos minutos y luego puedes soltarlo por aquí cerca y dejar que vaya caminando hasta su coche. Para entonces casi seguro que la pasma ande ya por aquí.

—¿Y se supone que debo explicar cómo he llegado a pie a un complejo de apartamentos en el cual no vivo, porque mi vehículo está aparcado allí? —espetó Sterling.

—Ese es tu problema, no el mío —dijo Eliza con dulzura—. Me imagino que no tendrás interés en hablar con la policía, en vista de que has agredido a uno de los inquilinos. Una noche en el calabozo te vendría muy bien, aunque te soltarían en menos de una hora, estoy segura.

—Treinta minutos —gruñó Sterling—. Y que sea lo que Dios quiera, zorra. Esto no ha acabado, ni tampoco lo voy a olvidar.

—Me aburro —dijo arrastrando las palabras como si bostezara.

—Habla, Lizzie —apresuró Zack impaciente—. No tenemos toda la noche.

Se hizo una pausa. El silencio se apoderó del interior del vehículo y luego Eliza

por fin habló.

—Zack está ya hasta los cojones de esas insinuaciones sobre un suceso misterioso que ocurrió hace doce años. Hasta yo estoy hasta las narices, pero estoy segura de que él se ha estado comiendo la cabeza muchas más veces.

Esa era la pura verdad. Y entonces Zack se percató de lo que Eliza estaba haciendo. Joder, estaba tan centrado en entrar y salir del apartamento, que no captó la referencia que había hecho Sterling sobre lo que pasó hace doce años y no le había dicho nada.

Apretó el volante con fuerza y se le pusieron blancos los nudillos. Llevó cuidado para no hacer ningún ruido. Hasta controló la respiración para intentar escuchar todo lo que Sterling tuviera que decir.

—¿Estás de coña, no? —preguntó Sterling sin dar crédito.

—¿Te lo parece? —replicó Eliza rechinando los dientes—. Empieza a hablar, Sterling. O eso, o empiezo a disparar, y en este espacio tan reducido, no te garantizo que no le dé a ninguna parte vital, aunque preferiría no tener que limpiar tu sangre de la tapicería del coche. La sangre me da náuseas.

—Increíble —murmuró él—. Me pregunto cómo ha hecho para que os traguéis toda esa actuación de víctima inocente. ¿Se supone que debes sentirte mal por este cabrón? ¿Os ha estado diciendo que Anna-Grace lo abandonó sin explicación alguna, sin decir ni mu y que nunca la volvió a ver?

—Quiero escuchar tu versión de la historia —insistió ella—. Ya conocemos la de Zack. Ahora queremos la tuya. O lo que dices que pasó realmente. Desembucha.

Zack se quedó completamente en silencio. Con suerte, Sterling dejaría a un lado sus problemas con Zack el tiempo suficiente para que les diera la información que tanto anhelaba... que necesitaba tener. Pero al mismo tiempo se preparó mentalmente y aguantó la respiración, porque debía de ser malo.

Por instinto, supo que no era ninguna banalidad. Debió de haber sido algo tremendo para que Gracie saliera huyendo de él. ¿Y doce años de silencio? ¿De pensar que la había traicionado? Zack siempre había dejado claro que Gracie podía acudir a él para cualquier cosa. Él pensaba que lo hacía. Pero, al parecer, cuando más lo necesitaba, se había dado media vuelta y lo había abandonado sin decir ni una palabra.

—Joder —murmuró Sterling.

—Dilo ya, por el amor de Dios —presionó Eliza.

Zack conocía ese tono. Sabía que se le estaba agotando la paciencia y si Sterling no empezaba a hablar pronto, perdería los papeles y empezaría a hacerle daño.

—Hizo que la violaran —dijo Sterling con disgusto.

Zack pisó los frenos con tanta fuerza que el todoterreno derrapó, viró a la izquierda y luego a la derecha antes de agarrar el volante con bastante firmeza como para dejar inmóvil el coche en la cuneta de la autovía. Se giró en el asiento al tiempo que su cinturón, tras haberlo desabrochado, salía volando.

La ira se apoderó de él y atacó a Sterling con toda la fuerza de sus palabras.

—¿De qué cojones estás hablando? Por tu bien, suelta todo lo que tengas que decir y será mejor que tengas una muy buena razón para sugerir siquiera tal cosa. Yo la amaba. La adoraba, joder. ¡Era toda mi vida! Besaba el suelo por donde pisaba. Habría matado al cabrón hijo de puta que le puso las manos encima. Dime que no es verdad. Dime que no la violaron.

Sterling frunció el ceño y miró a Zack lleno de confusión. Su mirada parpadeó mientras seguía escrutando al hombre enfurecido. Se palpaba la tensión dentro del todoterreno. Nunca antes había querido con tantas ganas despedazar a alguien con sus propias manos.

¿Decía la verdad Sterling? ¿Habían violado a Gracie? ¿Y qué narices era eso de que había sido él quien lo había orquestado? Estaba a punto de explotar y Eliza debió de haberlo notado, porque intervino rápidamente y colocó una mano sobre la suya, que agarraba la parte trasera de su asiento, para darle un apretón.

—Suelta todo lo que tengas que decir —insistió él con la mandíbula en tensión—. Y te lo advierto, como me estés mintiendo, te haré pasar las de Caín.

Sterling siguió mirándolo fijamente y Zack vio cómo los engranajes giraban y trabajan en su cabeza. Estaba empezando a angustiarse mirándolo; era como si Sterling estuviera juzgándolo. A la mierda. No necesitaba la aprobación de este pijo cabrón, ni su convicción. Se la sudaba lo que pensara Sterling. La única persona que necesitaba que le creyera era Gracie.

—Joder —soltó Sterling en voz baja. Por fin respondía tras tal intenso análisis—. No lo hiciste, ¿verdad?

—¿Que no hice el qué? —gritó Zack—. ¡Nadie me dice qué narices pasó! Estoy harto de que todo el mundo hable en clave. Dime ya qué es lo que supuestamente hice hace doce años.

Sterling se pasó una mano por el rostro y se hundió contra el asiento.

—Dios —murmuró Sterling—. Anna-Grace está convencida de que la traicionaste. No se trata de una mera sospecha. Está completamente segura de que orquestaste todo ese lío tan sórdido.

—¿Y por qué ya no crees que haya sido así? —preguntó Eliza con curiosidad.

—Nadie es capaz de fingir esa clase de reacción —dijo Sterling en voz baja—. Esa clase de asombro y sorpresa. Joder. Ni siquiera lo sabías. ¿Estoy en lo cierto, Covington?

Zack asintió levemente.

—Pero tú sí sabes qué ocurrió —presionó Eliza—. Te confió esa información.

—Al final, sí —admitió Sterling—. Tardó muchísimo. Yo sabía que algo malo le había sucedido. Era tan frágil. Estaba tan triste... Había tanto dolor y pesar en sus ojos que a veces hasta me dolía mirarla.

—La virgen —dijo Zack medio ahogado por el nudo que se le había formado en la garganta—. ¿Ella cree que fui yo? ¿Que lo planeé todo?

Su mente no concebía siquiera esa situación. ¿Qué narices podría haberle hecho para que Gracie pensara siquiera que él podría hacer tal cosa?

—¿Te dijo por qué cree que Zack estuvo detrás de lo sucedido? —preguntó Eliza llena de curiosidad.

Sterling negó con la cabeza.

—Le pregunté. Por cómo describía vuestra relación hasta a mí me parecía difícil de creer, pero se mostraba firme y tajante. Dijo que sabía sin ninguna duda que tú la habías traicionado del peor modo posible. Y después de esa vez, ya nunca volvió a hablar del tema. Se negó en redondo. Diría que todavía le duele aunque hayan pasado doce años.

—No me digas —murmuró Eliza—. Las mujeres no nos recuperamos de esas cosas de la noche a la mañana.

—¡Pero si no hice nada! —exclamó Zack—. No pensarás que he hecho algo parecido, ¿verdad, Lizzie?

Ella volvió a darle un apretón.

—No, para nada, Zack. Pero ella sí, y es el factor más importante en la ecuación. No importa lo que yo piense. Ella es la que está convencida de que la cagaste a base de bien. Hasta que no puedas convencerla de lo contrario, nada va a cambiar.

—Tengo que volver con ella —dijo Zack con resolución.

Desvió la mirada hacia Sterling.

—Lo dejamos en su coche y luego nos vamos.

—Eh, eh... espera un segundo. Entonces sí que la tienes tú —dijo Sterling, frunciendo el ceño.

Zack suspiró y lo puso rápidamente al día de los acontecimientos ocurridos en las últimas veinticuatro horas. No estaba seguro de cuándo dejaría de ver a Sterling como un enemigo, o como si fuera la competencia, pero estaba claro que ese tío se preocupaba por Gracie. Ella le había confiado algo que con total seguridad no había contado a nadie más. Así que le gustara o no, Sterling era una figura importante en la vida de Gracie. Quizá su único amigo y aliado.

—¡Hijo de puta! —escupió Sterling—. ¿Quién cojones le pega una paliza a una mujer inocente solo para enviar un mensaje?

—Cobardes. Unos putos cobardes —terció Eliza al tiempo que contraía el rostro.

—¿Cómo está? Me gustaría verla.

Zack vaciló. Lo último que quería era que Sterling tuviera acceso a Gracie. Pero bueno, a lo mejor si lo permitía, la situación ayudaría a reconstruir la confianza que una vez ella tuvo en él.

—¿Exactamente qué hay entre Gracie y tú? —preguntó Zack con pies de plomo.

No iba a acceder a nada hasta que no tuviera una idea más clara de cuál era la relación entre ambos.

Sterling se lo quedó mirando durante un buen rato.

—No es lo que piensas. Soy su amigo, su único amigo. Me preocupo mucho por

ella. Es como una hermana pequeña para mí.

Zack entrecerró los ojos, incrédulo. Gracie no era el tipo de mujer que la mayoría de los hombres veía como a una hermana. Era preciosa. Tan guapa que dolía mirarla.

Sterling soltó un suspiro de exasperación.

—De acuerdo, sí, al principio me mostré interesado. Pero tras conocerla, noté que lo último que necesitaba era una relación. Pero lo que sí le hacía falta era un amigo, alguien en quien confiar. Y tardé bastante tiempo en conseguir que confiara en mí.

Zack no estaba muy entusiasmado con este tío. Al parecer le había venido bien a Gracie. Había estado ahí cuando necesitaba a alguien. Pero le quemaba por dentro, en su mente y en su corazón, no haber sido él mismo en quien ella se hubiera apoyado. No había sido su roca, su amigo, su amante. No había sido... nada. Mientras ella lo había sido todo para él, Gracie pensaba que la había traicionado del peor modo posible.

Quería vomitar.

—Necesito saberlo todo —dijo en voz queda—. Te dejaremos junto a tu coche para que puedas seguirnos hasta el hospital y podrás ver a Gracie. Quizá la tranquilice ver una cara conocida y así entienda que no voy a... hacerle daño.

Casi se ahogó al pronunciar lo último. Como si pudiera hacerle daño alguna vez. Claro que ella no pensaba lo mismo; creía que ya se lo había hecho.

—Está bien, pero en realidad no sé tanto. Lo siento. No estuvo muy abierta a dar detalles. Lo único que dijo fue que el hombre que amaba le había tendido una trampa y quería deshacerse de ella. Luego me dijo que habías hecho que la violaran...

Se detuvo y miró a Zack con cautela, como si tuviera miedo de su inminente estallido.

—Dilo ya —masculló Zack.

¿Qué podía ser peor que lo que Sterling ya les había relatado?

Debería haber sabido que la cosa podía ir a peor. Siempre podía ir a peor.

—La violaron tres de tus amigos —murmuró Sterling.

Zack abrió la boca y seguidamente la cerró. Se había quedado literalmente sin habla. Su mente era una gran masa de rabia y furia. No podía ni respirar. No pensaba que nada fuera a ser peor que violaran a Gracie y que esta creyera que había sido por su culpa, pero no había sido una simple violación. Lo habían hecho entre varios. ¡Gente en la que confiaba! ¿Gente a la que llamaba amigos? Estaba a un respiro de perder el control por completo y de poner a todo el mundo a buscar a los cabrones hijos de puta que habían violado a Gracie del modo más inhumano y degradante posible.

—¿Qué amigos? —exigió saber con voz ronca y desesperada.

—No lo sé. Te lo juro —dijo Sterling—. No entró en tantos detalles. Solo dijo que tres de tus amigos la violaron por petición tuya. Que querías deshacerte de ella de una vez. Se ve que ocurrió mientras estabas en la universidad, el día antes de que volvieras a casa. Dijo que querías que lo hicieran y que ella desapareciera antes de

que volvieras.

Lágrimas de ira y angustia anegaron sus ojos de una forma caótica. Era de locos. Parecía sacado de alguna historia de ficción o una película de bajo presupuesto. Estas cosas no pasaban en la vida real, ¿no?

¿Sus amigos habían violado a la mujer que amaba? ¿Supuestamente bajo sus órdenes? ¿Y ella se lo había creído?

¿Cómo pudo haber tenido tan poca fe en él? Debería haber acudido a él de inmediato. Los habría matado a todos. Habría hecho lo que fuera por protegerla, por tranquilizarla. Habría pasado felizmente el resto de su vida en la cárcel si con ello hacía justicia por el horrible delito que se había cometido contra ella. No habría escatimado en arrepentimiento y se encargaría de que Gracie pudiera vivir cómodamente durante toda su vida. De que tuviera lo que necesitara. Y habría sabido sin duda alguna que Zack la amaba con cada pedacito de su alma.

¿Qué amigos serían? ¿Alguien en quien había confiado había violado a la mujer que amaba? No era ningún secreto que Zack estaba totalmente enamorado de Gracie. Que había planeado toda su vida alrededor de ella. Todo el mundo lo sabía. Incluso el cabrón de su padre. Hasta su padre se había resignado a que Gracie no iba a desaparecer de su vida. Que siempre formaría parte de ella. Que para Zack todo radicaba en ella y en su felicidad. No había nada que no hiciera, que no sacrificara por su amor y felicidad.

—Aparte de que mis amigos la violaron supuestamente porque yo lo pedí, ¿sabes algo más?

Apenas podía pronunciar las palabras. Lo ahogaban. Tenía un sabor tan amargo en la boca que le entró una arcada.

Esto no podía estar ocurriendo. Tras doce años sin ella, había soñado con este momento, el momento en que volvieran a estar juntos. Quizá se lo había imaginado de una forma demasiado optimista. Quizá hubiera pensado realmente que podrían superar cualquier malentendido que los hubiera separado con unas pocas palabras, y que finalmente todo iría bien. Que continuarían con su vida juntos y vivirían felices para siempre.

¿Cómo narices iban a ser capaces de superar todo esto? No sabía siquiera por dónde empezar.

¿Por qué la violarían sus amigos? ¿Por qué intentarían separarlos? Bueno, estaba claro que no lo habían intentado. Lo habían hecho. Pero todo volvía a lo mismo... ¿Por qué? ¿Tanto la habían odiado? ¿Tanto lo habían odiado a él? ¿Fue por celos? ¿Resentimientos por su vida perfecta? ¿Cómo podía hacer alguien algo tan asqueroso?

Rebuscó en su memoria e intentó recordar cómo habían actuado con Gracie. Por descontado, no había estado en su presencia muy a menudo. Zack no había querido compartirla con sus amigos, ni con nadie más. Era extremadamente posesivo con Gracie y muy celoso del tiempo que pasaba a solas con ella. ¿Estaban resentidos al



verse reducidos a un segundo plano por una mera chica? ¿Se habían propuesto arruinar no solo la vida de ella, sino también la suya propia? No lograba concebirlo siquiera.

Pero no recordaba ninguna animosidad. Su grupo de amigos había sido educado y respetuoso. Los chicos habían bromeado y tonteado con ella en un esfuerzo para que se sintiera más cómoda. Gracie era increíblemente tímida porque no tenía autoestima ni seguridad en sí misma precisamente. Él había aprovechado cada oportunidad para remediar eso. Para que se sintiera segura sabiendo que era perfecta para él. Que la amaba y que siempre la amaría.

La única persona que se había comportado de un modo hostil con ella abiertamente y que nunca había hecho el esfuerzo por enmascarar su aversión había sido su padre. Pero tras aquella primera vez que la llevó a casa para que lo conociera, se había encargado de que los dos no volvieran a encontrarse cara a cara.

No se le ocurría a nadie, de su enorme grupo de amigos, que fuese capaz de algo tan vil. Y aun así, Sterling había dicho que la habían violado tres hombres.

Era inconcebible. La bilis subió por su garganta y amenazó con vomitar. La habían violado tres hombres. Uno ya era malo de por sí para cualquier mujer, pero ¿tres? No podía ni pensarlo. Estaba desolado; tan destrozado que no sabía siquiera qué hacer, qué decir. ¿Cómo podría borrar algo así? Gracie se pasaría el resto de su vida reviviendo la escena y su consiguiente trauma, y no había nada que él pudiera hacer para mejorar esa situación.

¿Había gritado cuando la sujetaron? ¿Lo había llamado? ¿Le había suplicado que la salvara? ¿Qué había sentido cuando estuvo segura de que había sido él quien lo había orquestado todo? ¿Y qué narices podría haberla llevado a pensar tal cosa?

Iba a perder los papeles. Le temblaban las manos al volante mientras volvía a incorporarse a la carretera. Su corazón latía desbocado en su pecho, en su cuello, en sus sienes. La carretera se empañó y se alargó frente a sus ojos. Las lágrimas le quemaban en los párpados y Zack se las limpió con uno de sus brazos.

Tenía que mantenerse sereno. No podría enfrentarse a Gracie así. No cuando quería arrasar el mundo, romper algo. Quería los nombres de los hombres que le habían hecho esto, porque no descansaría hasta que todos ellos hubieran pagado por hacer daño a Gracie. Los destruiría a todos y cada uno de ellos. No descansaría hasta que se hubiera hecho justicia.

La dulce, preciosa e inocente Gracie. ¿Qué clase de monstruos le harían eso y la convencerían de que Zack había estado detrás de todo? ¿Que quería quitársela de en medio de la peor forma posible?

Era tan retorcido y enfermizo que no era capaz de concebir tal maldad. De sus amigos, de tíos a los que había llamado amigos, vaya. No creía que fueran a aprovecharse de una chica indefensa y a atormentarla sin reparo alguno. A degradarla y destruirla y a alejarla de Zack para siempre.

¿Cómo narices había conseguido sobrevivir sola? Sin estudios, sin preparación.

Sin habilidades o destrezas. Sola sin nadie en quien apoyarse a tan temprana edad. Joder, quería echarse a llorar como un niño pequeño.

¿Cuántas noches se habría hinchado a llorar Gracie? ¿Cuán duro había sido para ella superar tal desolación sin nadie que la ayudara, que la quisiera, que la apoyara? Él había sido su única fuente de apoyo. Todos los demás habían pasado tres pueblos de ella, y con toda su juventud y optimismo, Zack se había convencido de que era todo lo que ella necesitaba. Que podría darle todo lo que le hiciera falta y no necesitaría a nadie más, ni él tampoco.

Dios, qué equivocado había estado.

Gracie no tenía a nadie. Pensaba que el hombre que había prometido amarla le había hecho pasar por una atrocidad que ninguna mujer debería experimentar nunca.

Pensaba que el hombre que la había amado le había mentido. Que había jugado con ella; que la había manipulado, traicionado, y arrojado como si no fuera más que un puñado de basura. Nada importante. Como si no fuese nadie. Como si fuera una molestia y un estorbo en la vida de Zack.

—Zack —dijo Eliza con suavidad, y sus tortuosos pensamientos se vieron interrumpidos—. ¿Estás bien?

—No —contestó con una voz cargada de sentimiento—. Joder, pues claro que no estoy bien. Nunca estaré bien. ¿Cómo podría después de escuchar eso? Gracie piensa que hice que la violaran tres de mis amigos, Lizzie. Piensa que me deshice de ella como si fuese basura. ¿Cómo se supone que voy a superar eso? ¿Cómo se supone que voy a conseguir que vuelva a confiar en mí, y mucho menos, quererme?

Eliza suspiró.

—Lo siento, Zack. No sé qué decir. Es una situación jodida. ¿Alguna idea de qué amigos podrían haber sido?

—No. Pero lo averiguaré —dijo con una voz fría que prometía venganza como nunca antes se hubiera manifestado—. Y ya pueden ir rezando a Dios porque cuando averigüe quién la tocó, quién le hizo daño, quién le puso sus asquerosas manos encima, les arrancaré las entrañas y se las haré tragar.

—Nada me gustaría más que ayudarte —dijo Sterling con moderación—. No ando escaso de recursos, y quizá, ya que no soy tú y los tres cabrones en cuestión se sentirían comprensiblemente más precavidos contigo, yo pueda tener más suerte y averiguar lo que necesitamos saber.

—Puede que te tome la palabra —dijo Zack.

—Llámame cuando quieras. Gracie es mi amiga. Sí, hubo una vez que pensé que me habría gustado que fuera más que eso, pero era evidente que lo que ella más necesitaba era un amigo, así que ocupé ese puesto. Y ahora de verdad que la veo como una hermana pequeña, así que no tienes que preocuparte porque pueda influir en ella.

Qué irónico era: hace un día le habría partido la cara a Sterling por el mero hecho de pronunciar el nombre de Gracie y ahora los dos estaban uniendo fuerzas. Pero si

todo lo que Sterling le había dicho era cierto, entonces tendría que estarle agradecido por haber estado ahí para Gracie cuando necesitaba a alguien. Cuando no había tenido a nadie más en el mundo.

Eso ya se había acabado.

Tal vez Gracie no lo quisiera ya, pero lo tenía a su lado. Era suyo.

Y juraba por Dios que antes de que todo acabara, los hijos de puta que le habían hecho daño pagarían por ello, independientemente de si ella podría perdonarlo alguna vez por lo que creía que le había hecho.

No descansaría hasta que sus «amigos» hubieran recibido su ración de justicia.

## Quince

—Madre mía —dijo Sterling con expresión horrorizada mientras miraba a Grace, que todavía dormía.

Levantó la vista hacia Zack, que se encontraba al otro lado de la cama y cuyos ojos reflejaban asombro e incredulidad.

—¿Qué clase de animal le hace esto a una mujer indefensa?

El tono incrédulo de su voz coincidía con el de Zack. No lo entendía. Quizá no lo hiciera nunca. Por su trabajo, veía violencia y locuras extremas todos los días. ¿Pero esto? ¿Darle una paliza con alevosía y sin miramientos por el mero propósito de enviar un mensaje? ¿Dónde se han quedado las cartas? O las llamadas telefónicas, por el amor de Dios. O mejor aún, el no ser un maldito cobarde y pelear con alguien de su misma talla y que pudiera defenderse ante un ataque tan brutal.

Había que ir directamente a la fuente, que la pelea fuese a él: se moría por dar unas cuantas raciones de hostias.

—Son unos cobardes —dijo Zack. Las palabras le salieron de lo más hondo del alma.

Sterling, con preocupación manifiesta en su rostro, se inclinó hacia ella y acarició su rostro, desde la frente hasta su mentón, con un dedo. A Zack no le hacía mucha gracia la relación que tenían Sterling y Gracie, pero al menos parecía preocuparse por ella de verdad, así que no podía culparlo por ser un apoyo para ella cuando más lo necesitaba. Aunque le consumieran los celos porque Sterling tuviera lo que él no: una relación con Gracie, aunque no fuera romántica.

Era obvio que Gracie confiaba en Sterling, aunque era bastante probable que Zack nunca volviera a ganarse esa misma confianza. Ese pensamiento hacía que se le formara un nudo en el estómago. Su amor por Gracie no había disminuido en los doce años que habían pasado, como habría sido el caso en la mayoría de la gente. No había podido pasar página, aunque fuera bastante improbable que volviera a verla. Que volviera a tocarla, besarla, o simplemente abrazarla.

Su mayor lamento era no haberle hecho el amor. Ella se habría entregado a él, le habría regalado su virginidad, pero él había querido esperar al santo matrimonio. Matrimonio que no llegó.

Zack nunca le habría faltado el respeto aprovechándose de ella. Él tenía veinte años, cuatro años más que ella, que entonces tenía dieciséis. Había creído que tenían todo el tiempo del mundo y que cuando hicieran el amor, sería como marido y mujer. Su virginidad sería el más preciado de los regalos. Y ahora, saber que se lo habían arrebatado, sin cuidado, sin consideración, sin toda esa ternura que él había planeado para ella, lo hacía sentirse tan mal por dentro que sabía que esa herida nunca volvería

a sanar. Ni para ella, ni para él.

—Zack.

Eliza lo llamó con voz queda desde la puerta, él alzó el mentón y desvió la atención de Gracie y Sterling.

—Han venido los policías —murmuró—. Ya es la segunda vez que vienen y no van a irse con las manos vacías esta vez. Quieren interrogar a Gracie.

Zack suspiró. No quería molestar a Gracie, pero los agentes tenían que interrogarla si querían que se hiciera algo. Aunque dudaba seriamente de que los policías averiguaran algo sobre los hombres que le habían hecho esto. En realidad no importaba, y, de hecho, casi deseaba que no encontraran a los cabrones. Preferiría ser él quien hiciera justicia y quitara de en medio a cada persona involucrada en los abusos hacia Ari y Gracie. Les ahorraría tiempo y dinero a los contribuyentes.

—Diles que entren —murmuró—. Sterling está aquí, así que puede que eso haga que Gracie se sienta más cómoda. Parece que al menos confía en él.

Eliza hizo un gesto de dolor en solidaridad.

—La cosa está muy jodida.

—¿Me lo dices o me lo cuentas?

Eliza salió de la habitación y un momento después regresó con los agentes Briggs y Ramírez. Saludaron a Zack en silencio y se presentaron a Sterling cuando este se apartó de la cama para saludarlos.

—Es mejor que la despiertes tú —dijo Zack casi ahogándose con las palabras—. Y quédate con ella mientras la interrogan. Yo estaré aquí, pero probablemente esté más cómoda si te ve directamente en su campo de visión.

Sterling asintió y luego acompañó a los agentes hasta la cama. Lanzó una mirada interrogante a Zack y este último asintió para indicar a Sterling que la despertara ya.

Eliza se acercó a donde estaba Zack en el umbral de la puerta. Estaba apoyado contra la pared, donde tenía una buena panorámica. Eliza le rodeó la cintura con un brazo y le dio un fuerte abrazo.

—Sé que esto debe de ser duro para ti, Zack —murmuró.

Él la estrechó contra sí y la besó en la cabeza. Por un momento, simplemente la abrazó. Necesitaba ese contacto personal. El hecho de no estar solos era la única razón por la que no había perdido la compostura por completo. La realidad era que estaba aferrándose a la cordura con el más fino de los hilos.

Tenía que ser fuerte por Gracie. No le beneficiaría si se comportaba como un energúmeno irracional e iracundo. Sin mencionar que la acojonaría más de lo que ya lo estaba.

El pecho le dolía y el corazón le escocía. Quería estar solo para poder llorar por todo lo que había descubierto —y perdido— en las últimas veinticuatro horas. Pero no podía hacer nada de todo eso porque el tiempo era oro y no se atrevía a dar a Gracie la oportunidad de desaparecer y no volver a verla otra vez. Era evidente que se había propuesto que sus caminos no volvieran a juntarse. Zack se habría pasado el

resto de su vida sin saber qué le había pasado de no ser por la casualidad de haber reconocido el paisaje en su cuadro.

—¿Y si me odia para siempre? —susurró Zack, confiándole su miedo más profundo y desolador.

Eliza le dio un achuchón tranquilizador.

—Shhh, no te tortures más. No hace falta que te pongas en el peor de los casos. Vas a tener que ser paciente e ir minuto a minuto, hora tras hora y día tras día. Es frágil. No solo tiene muy frescos los sucesos del pasado, sino que ahora también tiene que lidiar con lo que le ha pasado en el presente. Una vez basta para quebrar a cualquier mujer, pero sufrir dos agresiones y estar completamente indefensa... —añadió sacudiendo la cabeza.

—Sí, lo sé —replicó en voz baja—. Joder, Lizzie. ¡No sé qué hacer! ¿Cómo voy a convencerla de que no tuve nada que ver con la violación? —Se pasó una mano por el pelo, abatido—. Ni siquiera sé qué supuestos amigos le hicieron aquello, ni por qué. Por qué, por el amor de Dios. Ella nunca le ha hecho nada a nadie. Siempre era dulce, cariñosa y amable. Me repugna pensar en lo que le pasó. Y no estuve allí —dijo en tono angustiado—. No estuve allí para protegerla. Juré que nunca dejaría que nada ni nadie le hiciera daño. ¡Y le fallé, joder!

—No podías saberlo, Zack. Sobre todo si fueron tus amigos. ¿Cómo podrías haberlo sabido? Tú no ves capaces a las personas, y mucho menos a las que son tus amigos, de hacer algo tan deplorable. No puedes culparte por lo que pasó.

Zack se quedó inmóvil, se irguió y centró la atención en la cama de Gracie al tiempo que Sterling se inclinaba hacia ella y comenzaba a moverla suavemente para despertarla. Los dos policías permanecieron al otro lado de Gracie con expresión seria mientras examinaban su rostro amoratado y magullado.

El mundo de Gracie era un haz de confusión e inquietud. Se había sumido en una especie de trance inducido por los analgésicos donde el dolor y el miedo desaparecían y los sustituía una falsa sensación de seguridad. Era capaz de bloquear su realidad y de evitarla. Las cosas que había jurado que dejaría atrás habían invadido su vida en el momento en que lo había visto de nuevo.

No creía que volvería a sentir tanto dolor. Pensaba que se había vuelto inmune a cualquier cosa relacionada con Zack Covington. Creía que había dejado atrás su traición, que ya no podría volver a hacerle daño. Pero algunas heridas simplemente no sanaban. Algunas heridas seguían sangrando sin importar el tiempo que hubiera pasado. Y lo peor de todo es que ahora se daba cuenta de que había estado negándose todos estos años. Ahora era como si le hubieran arrancado de un tirón el vendaje y la herida hubiera vuelto a abrirse.

Había estado equivocada. No había estado ni remotamente preparada para la ola de angustia que la había consumido cuando se había encontrado cara a cara con el

hombre que había amado con cada pedacito de su alma y de su corazón. El hombre que la había traicionado tan vilmente y al que seguía sin comprender.

Aquello la había dejado paralizada y sin aliento. La había avergonzado, la había hecho creer que era tan debilucha, que el día que se había presentado en su estudio se había quedado completamente impotente, incapaz de decir o hacer nada debido a la parálisis que le había provocado el miedo. Si Wade no hubiera aparecido, no sabía qué habría hecho. Qué habría hecho Zack. Un hombre al que nunca habría imaginado tener que temer. Un hombre al que nunca habría creído capaz de tal... maldad.

¿Y ahora? El pasado se había repetido. ¿Qué tenían en común los dos acontecimientos?

Zack.

¿Por qué la odiaba tanto? ¿Qué le había hecho para que la despreciara así? ¿Qué clase de persona llegaba hasta esos extremos para mandar un mensaje? ¿Y qué mensaje? Si ya no la quería, si ya no la amaba, ¿entonces por qué no romper con ella y ya está? ¿Por qué castigarla por cosas de las que no sabía nada? ¡Pecados que no había cometido!

Por favor, por favor, Dios, que no esté cuando me vuelva a despertar. No podría hacerlo otra vez. No podría enfrentarse a él, no después de doce años. Había trabajado mucho para dejar el pasado atrás, para recuperarse de algo que no había estado muy segura de poder superar. Pero lo había hecho y había sobrevivido. Había tardado varios años, pero había vuelto a juntar las piezas. Ahora tenía una vida. No obstante, en el momento en que su pasado decidía volver a torturarla, su mundo se llenaba de dolor y violencia y... desamor. Otra vez.

—Anna-Grace. Vamos, cielo. Necesito que abras los ojos por mí. Han venido unas personas a hablar contigo.

Frunció el ceño, confundida. No quería abandonar ese cálido refugio que le proporcionaban los analgésicos. Aquí estaba segura. No sentía nada. Solo un vacío lleno de luz cálida y relajante.

Se desvaneció una vez más para ignorar la voz que había penetrado la niebla que la rodeaba.

Pero era persistente. Alguien la volvía a llamar. Más fuerte esta vez. Frunció el ceño y negó con la cabeza antes de poner una mueca debido a los latigazos de dolor que había sentido en el cráneo por culpa del movimiento. ¿Por qué no la dejaban en paz? Eso era lo único que pedía, que la dejaran tranquila. Había estado sola durante muchísimo tiempo. Era lo único que conocía, la única vida que había tenido. No se atrevía a confiar en nadie y menos después de la traición de Zack.

Zack había sido su mundo entero. Su amor, su esperanza y su confianza habían estado firmemente en su poder. Si no podía confiar en él, ¿entonces en quién? En nadie. Y esa era la política a la que se había adherido durante la última década. Excepto...

Wade se había convertido en su amigo pese a sus constantes intentos por

mantenerlo alejado. Había sido persistente y no la había dejado mostrarse indiferente a él. Pero lo triste era que esperaba ese momento en que la traicionara también. Hasta en su sencilla amistad, Gracie era precavida y estaba convencida —porque se lo habían enseñado a la fuerza— de que la traición era inevitable.

—Anna-Grace, tienes que despertarte. Ya has dormido suficiente.

¿Wade?

Se sintió profundamente aliviada. Gracias a Dios, Wade estaba aquí. Él no le haría daño, ¿verdad? ¿Era tonta por confiar en un hombre?

Le había llevado bastante tiempo relajarse estando con él. Se había mostrado recelosa, como era natural. Sin embargo, él la había esperado pacientemente y había ido destruyendo sus defensas poco a poco, con mucho cuidado, hasta que por fin lo dejó entrar.

Pero aun así, Anna-Grace no había confiado en él hasta hacía muy poco. Algunas heridas eran demasiado privadas, demasiado dolorosas. Contárselo no había supuesto un alivio, como cuando nos quitamos un apósito de un tirón. Había sido lo más difícil, lo más desgarrador que había hecho nunca. Y después no había sido capaz de hablar con él durante días. Se había escondido, avergonzada y mortificada por lo que le había confiado.

Solo cuando él forzó el enfrentamiento y se mostró inflexible con que nada había cambiado entre ellos, con que seguía siendo su amigo, por fin actuó de forma racional y aceptó su ofrecimiento de... amistad.

No era tonta. Sabía que el interés de Wade había sido más personal cuando se conocieron, pero después de haberle confiado su terrible pasado, nunca más había vuelto a sugerir nada más que una cercana amistad.

De ahí en adelante se convirtió en su gran apoyo, en su mejor amigo. Aunque se reprendía por permitir que alguien se acercara a ella, por confiar de nuevo en alguien, no pudo reprimirse porque necesitaba contacto humano. Doce años de aislamiento la habían agotado, abatido y aislado de la humanidad. Wade se negó a permitir que continuara escondiéndose. La había alentado y animado, y no le había dado la oportunidad de apartarlo de su vida.

Volvió a llamarla.

Parpadeó varias veces antes de abrir los ojos y frunció el ceño ante el esfuerzo que aquello le había conllevado. Toda la habitación la veía borrosa y por un momento olvidó dónde estaba. Volvió la cabeza a un lado en busca de Wade, y el dolor que le perforó la cabeza le recordó exactamente dónde se encontraba. Y por qué.

Las lágrimas inundaron sus ojos. Levantó la mano sin muchas fuerzas hacia un lado en un intento de agarrar el brazo de Wade. Luego notó su mano cálida sobre la suya y al instante le insufló su fuerza y apoyo.

—Gracias a Dios —susurró con voz ronca.

Frunció el ceño todavía más cuando se oyó la voz rasposa. Inmediatamente se tocó la garganta para masajear de forma distraída los músculos doloridos. Se la



notaba completamente hinchada. Recordó las enormes manos que la habían rodeado, apretado y casi asfixiado una y otra vez, y entendió por qué le dolía tanto ahora.

Su agresor había querido que creyera que se estaba muriendo. La había desprovisto de aire hasta que casi se desmayó, momento en que dejó de asfixiarla para que pudiera aspirar más aire. Luego lo había vuelto a hacer tantas veces que había perdido la cuenta y había deseado con todas sus fuerzas perder la consciencia para poder escapar de aquel infierno.

—¿Wade? —graznó.

Él se inclinó y le dio un beso en la frente.

—Sí, Anna-Grace, soy yo. Estás a salvo. Te lo juro por mi vida.

Las lágrimas surcaron sus mejillas y ella ahogó un sollozo delator.

—La policía está aquí, cielo. Tienen que hablar contigo. Hacerte unas preguntas. Sé que estás dolorida. Sé que estás cansada. Pero es importante que capturemos a los cabrones que te han hecho esto. Si te ayudo a incorporarte, ¿podrás intentar al menos responder unas cuantas preguntas?

Su corazón latió desbocado y se le secó la boca. ¿Policía? ¿Preguntas?

Grace desvió la mirada hacia el otro lado y se dio de bruces con dos hombres altos y de apariencia seria. Ambos llevaban el pelo tan corto que parecían militares y no agentes sin uniforme.

—Señorita Hill —dijo educadamente uno de los agentes—. Soy el agente Briggs y este es mi compañero, el agente Ramírez. Nos gustaría hablar con usted sobre la agresión que sufrió. ¿Se siente con fuerzas para responder unas cuantas preguntas?

Estuvo a punto de decir que no y de tomar el camino más cobarde. Pero los ojos de los policías reflejaban determinación y tuvo la impresión de que aunque les dijera que no, no se darían por vencidos tan fácilmente.

Así que asintió vacilante.

—No estoy segura de poder ser de mucha ayuda —murmuró—. Todo ocurrió muy rápido. Es decir, por un lado me pareció que duró una eternidad. Creí que iban a matarme, que iba a morir. Quería morir —añadía con dolor, al tiempo que cerraba los ojos por la vergüenza.

A su lado, Wade profirió una maldición y ella juró que acababa de oír lo mismo desde algún otro punto distinto de la habitación.

—Cuando intento recordar, todo es una gran nebulosa. No sé quiénes eran ni qué querían.

Tenía en la punta de la lengua acusar a Zack. Quería pedirles que lo interrogaran a él, pero tenía demasiado miedo de la represalia. Tenía que irse de la ciudad. Ya no estaba a salvo aquí. Él sabía dónde estaba. Había dicho que la había buscado. ¿Por qué? ¿No tenía tantas ganas de deshacerse de ella? Quizá los hombres que la habían violado tendrían que haberla matado y acallarla para siempre. ¿Y por qué? ¿Por amarlo? ¿Qué había hecho tan mal para que quisiera hacerle algo tan horrible?

Cerró los ojos y más lágrimas surcaron sus mejillas. Wade le atrapó la mano y le

dio un apretón tranquilizador. Luego bajó el brazo por la espalda y la ayudó a incorporarse mientras decía a uno de los agentes que elevara la parte delantera de la cama.

Se escuchó un zumbido en la habitación y enseguida estuvo lo bastante erguida como para poder sentarse sin sentir demasiado dolor ni incomodidad.

Pero justo entonces pudo ver la habitación por completo. Dirigió su mirada hacia las dos personas que se encontraban al fondo, cerca de la puerta y se quedó paralizada. El miedo le inmovilizó todos y cada uno de los músculos de su cuerpo.

Completamente afectada, se quedó mirando, impotente, al monstruo que tanto la había atormentado en sueños. Estaba junto a una mujer que le resultaba vagamente familiar. Soltó un leve gemido de terror y, desesperada, se aferró a la mano de Wade, su única ancla en este mar de locura.

Su pesadilla hecha realidad se encontraba al pie de su cama, mirándola atentamente.

El hombre al que había amado con cada fibra de su ser. El hombre al que le había entregado su alma y su corazón. El hombre para el que se había reservado. Había jurado no estar nunca con ningún otro, pero ese preciado regalo se lo habían arrebatado en un acto violento, espantoso y horrible.

Zack.

## Dieciséis

Zack se sentía como si le hubieran dado un puñetazo en la boca del estómago. Se le cortó la respiración, el dolor se le instaló en el pecho —en el corazón— y se lo notó hasta en las terminaciones nerviosas. Cuando la mirada de Gracie lo encontró, adoptó una expresión de miedo... y luego de un asco tremendo.

Joder, no podía soportar que pensara... Ni siquiera podía repetirlo. La sola idea de orquestar su violación, o la de cualquier mujer, era tan repulsiva que se notó la bilis en la garganta y tuvo una arcada. ¿Qué clase de tarado haría algo así?

Y entonces reparó en que personas que él conocía, personas en las que confiaba y que consideraba amigos suyos, habían abusado de ella. De algún modo él era responsable porque le había presentado a esos «amigos». La había expuesto a ellos. ¿Qué amenaza debió de ser para que tomaran semejantes medidas contra ella? ¿Se había equivocado estrepitosamente al juzgar a esos depravados?

No soportaba ver cómo lo miraba, con esa expresión de horror en el rostro, y en cómo le apretaba la mano a Sterling como si buscara su... protección.

—¡Echadlo... de aquí! —gritó ella con la voz entrecortada por el esfuerzo. Las palabras se le quedaron atoradas y le entró la tos.

Los inspectores se dieron la vuelta como si esperaran ver a otra persona en la sala. Se quedaron perplejos cuando vieron que solo estaban Zack y Eliza. El inspector Brigg los miró inquisitivamente y luego volvió a mirar a Gracie, lívida por el miedo, y otra vez a Zack, con rictus serio.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Ramírez.

Gracie temblaba como una hoja: el pánico daba paso a un ataque de ansiedad. Se llevó a la boca la otra mano; le temblaba tanto que repiqueteaba los labios.

—¡Haced que se vaya! —gritó cada vez más histérica.

—Shhh, Anna-Grace —le dijo Sterling para tranquilizarla, o para intentarlo al menos, pero estaba hecha un manojo de nervios. Tenía tanta angustia dentro que le partía el corazón.

Ella negó con la cabeza; los dientes le castañeteaban tanto que cuando quiso hablar, las palabras le salieron enredadas entre sí.

Sterling miró a Zack con una expresión de pesar.

—Será mejor que te vayas —murmuró—. Por lo menos de momento, hasta que Anna-Grace responda a las preguntas de los inspectores.

—¿Por qué le tiene tanto miedo, señorita Hill? —le preguntó el inspector Briggs, que seguía fulminando a Zack con la mirada.

Cualquier otro momento, Zack hubiera agradecido y elogiado su diligencia y su atención a los detalles, pero ahora mismo solo quería que preguntaran lo que

quisieran preguntar y se largaran de allí. Tenían que arrestar a unos cabrones que no le incluían a él.

Para su sorpresa, Sterling levantó la vista y miró al inspector mientras seguía tratando de tranquilizar a Gracie con una mano y le dijo:

—Como es natural, ahora mismo tiene muchísimo miedo a los hombres. ¿Quién puede culparla? Han abusado de ella y estoy seguro de que quiere que esto termine lo antes posible. Así que, por favor, pregúntenle lo que sea y déjenla descansar.

Ramírez frunció el ceño, pero no insistió. Zack todavía contenía el aliento mientras los policías se centraban de nuevo en Gracie. Sterling miró a Zack y levantó la barbilla para indicarle que se fuera.

Joder, odiaba no poder quedarse a escuchar a Gracie contar lo que le había pasado, pero no quería alterarla más.

Eliza lo empujó hacia la puerta abierta y a regañadientes salió al pasillo. Cuando ya se hubieron alejado lo suficiente, le dio un puñetazo a la pared y emitió un sonido de rabia que llevaba conteniendo demasiado tiempo.

Empezó a llorar; las lágrimas le resbalaban por las mejillas y le dejaban marcada la piel. Tras tres puñetazos consecutivos, cuarteó la pintura y apoyó la frente en la pared.

Eliza le puso una mano en la espalda y se quedó así un rato en un gesto de apoyo. Al final, cuando ya pudo hablar, tragó saliva para aliviar el nudo de la garganta y se dio la vuelta para mirarla.

—¿Qué voy a hacer, Lizzie? —preguntó entrecortadamente—. Joder, no sé qué dicen las leyes de Tennessee sobre la agresión sexual con agravantes. ¿Y si decide llevar el caso a los tribunales? A ver, quiero que lo haga y me gustaría ver cómo esos cabronazos se pudren en la cárcel por lo que le hicieron, pero cree que lo maquiné yo. Podría hundirme con ellos.

—No se podría probar —dijo Eliza seriamente.

—¿Se supone que eso tiene que hacerme sentir mejor? Quiero justicia para ella, pero no voy a responsabilizarme de algo que nunca podría... que no haría en la vida, vaya. Pero ¿cómo puedo convencerla de mi inocencia? Se ha pasado los últimos doce años pensando que le tendí una trampa. ¡Eso es casi la mitad de su vida! Lleva más de una década creyendo que la traicioné de la peor forma posible. ¿Cómo podría pensar algo así si ellos no se lo hubieran hecho creer? En definitiva, me traicionaron aquellos a los que llamaba amigos. No doy crédito a que ninguno de mis colegas hiciera algo tan retorcido y tan asqueroso. Fue una emboscada. Es una locura, es como algo sacado de un culebrón. Este tipo de mierdas no pasan en la vida real. Pero sí, me está pasando a mí y a Gracie.

Eliza resopló.

—No sé qué decirte. Ojalá lo supiera y pudiera arreglarlo.

—Solo quiero hablar con ella y explicárselo; tener la oportunidad de que vuelva a confiar en mí. —Se quedó callado y dudó un momento antes de decir lo último—:

Que vuelva a quererme —susurró. Miró a Eliza otra vez—. Soy idiota. Va, dilo. ¿Qué clase de imbécil sigue enamorado de su novia del instituto y universidad después de doce años?

—En el amor no hay reglas —repuso en voz baja—. Por desgracia no siempre escogemos de quién nos enamoramos o durante cuánto tiempo. El amor es... inexplicable. Te cala hasta los huesos y te revuelve por dentro, o eso dice la gente. No puedo decir que haya tenido el placer... o la desgracia. Parece que querer a alguien sea abrirse a todo tipo de dolor. No, gracias.

Eliza arrugó la nariz en señal de asco y en ese momento Zack estuvo de acuerdo. El amor era una mierda. El amor te volvía demasiado vulnerable y daba demasiado poder a la otra persona sobre uno mismo.

A Zack le sonó el teléfono y bajó la vista, al tiempo que se lo sacaba del bolsillo y veía el nombre y el número de Beau en la pantalla LCD.

—Hola, tío —saludó sin mucha convicción, a sabiendas de que se le notaba que lo último que quería ahora era hablar por teléfono.

—Ya lo tengo todo listo para Gracie y para ti. Es una residencia no rastreable. Está completamente amueblada y protegida con un sistema de seguridad. En cuanto os establezcáis, dos de nuestros hombres harán guardia en la parcela y un tercero se pasará periódicamente. También le he pedido el favor a la policía de Houston y pasarán a patrullar de forma rutinaria.

—No creo que quieran hacerme este favor mucho tiempo —murmuró él.

Si Gracie acusaba a Zack delante de los dos inspectores, podría verse entre rejas y extraditado a Tennessee, donde había empezado todo este sórdido asunto.

—¿Qué has dicho? —preguntó Beau.

—Nada. Sigue con lo tuyo, voy a volver con Gracie —mintió.

—¿Sabes cuándo le dan el alta?

De repente le entró el pánico. No estaba preparado para que le dieran el alta. Le daría un ataque sabiendo que debía irse a casa con él, aunque al mismo tiempo eso era precisamente lo que Zack necesitaba: tiempo a solas con ella para convencerla de su inocencia. Eso si no empezaba a gritarle y terminaban arrestándolo por secuestro.

Tal vez debería pensárselo y que Eliza fuera a vivir con ellos o bien llevar a Gracie a casa de esta. Suspiró y cerró los ojos.

—No, no creo que le den el alta antes de mañana por la tarde. Está muy magullada y tiene un aspecto horrible.

—Vamos lo más rápido que podemos —dijo Beau con un tono serio—. No nos dejamos ni un rincón por mirar. Atraparemos a esos hijos de puta cueste lo que cueste.

—Gracias, tío. Te lo agradezco.

Dudó antes de contarle lo que le rondaba por la cabeza. No es que confiara a ciegas en Beau, pero era una persona íntegra y responsable. Era lo más parecido a un amigo que tenía tras una vida de soledad y autoexilio. Llevaba años apesadumbrado

por Gracie y se había apartado de los demás. No había permitido que se le acercara nadie, no hasta que empezó a trabajar para los Devereaux. Y, bueno, Eliza ya lo sabía, así que era de recibo que los demás también estuvieran al corriente, aunque dudaba que ella traicionara su confianza.

—Necesito que me ayudes con otra cosa.

—Lo que sea, colega. Ya lo sabes, solo tienes que decírmelo.

Zack se frotó la nuca y miró a Eliza, que lo miró como apoyándolo, como si supiera exactamente de qué iba a hablarle.

—Necesito una investigación discreta sobre algunas personas de Tennessee. Viejos... viejos amigos míos.

Casi se atragantó al decirlo; el odio lo estaba consumiendo. Nunca antes había sentido lo que era odiar tanto a alguien como odiaba ahora mismo a los que le habían hecho esto a Gracie. Se estremecía de la rabia y apenas podía ver bien porque la ira le nublabla la vista.

—De acuerdo. ¿Qué quieres que busque? —preguntó él con un deje sombrío, como si notara la importancia de lo que le estaba pidiendo.

Rezando para que no se cortara la línea, le explicó todo lo que Sterling le había contado antes.

Al final se hizo un largo silencio. Zack se lo imaginaba boquiabierto mientras trataba de ordenar la información que acababa de recibir. Tras la pausa, Beau dijo en voz más alta:

—¿Pero qué narices?

Al otro lado de la línea, casi lo veía echando humo y muy enfadado.

—¡Es una locura! —farfulló él antes de que Zack pudiera decir nada más—. Joder, eso es... ¡es una locura! ¿En serio cree eso? ¿De verdad se cree esa mierda?

Zack volvió a cerrar los ojos del agotamiento y del alivio, también. Era un descanso tener la confianza incondicional de sus compañeros de trabajo; no solo compañeros, sino amigos. Sus únicos amigos desde que se distanciara del grupo de «amigos» del pueblo. El mismo grupo de tíos de los que aún tenía noticias de vez en cuando. Los mismos cabronazos que le habían destrozado la vida a Gracie y a él. Los mismos que habían abusado de la mujer a la que amaba.

—Sí, se lo cree, sí —susurró—. Se pone histérica cada vez que me ve.

—Mierda, lo siento muchísimo, tío. Tiene que ser una putada. ¿Y qué vas a hacer?

—Pues intentar convencerla de que no tuve nada que ver con la violación —repuso bajito—. Es lo único que puedo hacer. Mientras, haré lo que esté en mi mano por descubrir la verdad y conseguir justicia para Gracie, para mí. Para... los dos. Y por todo el tiempo que hemos perdido.

## Diecisiete

Zack deambulaba nerviosamente de un lado a otro del pasillo delante de la puerta de Gracie. Miró el reloj por sexta vez y resopló. Hacía una hora que habían llegado los agentes para interrogarla. ¿Por qué tardaban tanto? Odiaba estar allí, al margen de todo, como si no fuera nadie en la vida de Gracie.

Puede que ella no quisiera que estuviera al corriente, pero no pensaba quedarse de brazos cruzados y aún menos alejarse de ella, aunque fuera eso lo que pedía una y otra vez. Quizá eso le convirtiera en un capullo. Quizá debería obedecerla y desaparecer ya que era evidente que su presencia le causaba un gran estrés emocional. Pero no podía hacerlo. No podía renunciar a ella sin luchar. Tenía que encontrar la manera de hacer que creyera que él no había hecho nada. Ojalá pudiera leerle la mente.

Dejó de caminar y se quedó inmóvil.

Eliza reparó en el súbito cambio de humor porque se le acercó con una mirada de preocupación.

—¿Qué pasa, Zack?

Él resopló al recordar la diatriba emocional de Gracie: que ya no podía leer mentes y que no quería aunque pudiera. Le había dicho que eso también se lo había arrebatado. ¿Qué leches había querido decir con eso? Era la solución más simple. Si quisiera leerle la mente sabría lo mal que lo había pasado estos últimos doce años. Sabría que se había pasado más de una década buscando respuestas y buscándola a ella. Y se convencería de que él no había tenido nada que ver con su violación, que moriría antes de hacerle daño.

—¿Te acuerdas cuando pasó lo de Ari, que dije que conocía a alguien que leía mentes? —le preguntó en voz baja.

Eliza frunció el ceño, pensativa, y se quedó callada un rato como si intentara recordar. Entonces se le iluminó la mirada al recordarlo.

—Sí, me acuerdo, pero no dijiste nada más. Para serte sincera, ya lo había olvidado.

—Pues hablaba de Gracie. Ella sabía leer mentes. Sé que parece una locura, pero seguramente no tendréis problema en creerme viendo el don de Ramie y Ari, y todos los trabajos raros que hemos tenido.

Ella contrajo el rostro, confundida.

—Pero, Zack, si puede leer mentes, entonces podrá...

—Sí, lo sé —la interrumpió a media frase—. La segunda vez que la vi, en el estudio de arte, cuando perdió los estribos y le dio un ataque, se lo pedí. Me tenía un miedo atroz e insinuó que había hecho algo horrible, y entonces le pedí que me leyera

la mente. Le dije que lo hiciera si dudaba de mí, que así sabría la verdad y que vería que no había hecho lo que fuera que creía que le había hecho.

Ella seguía igual de confundida.

—¿Y accedió? Tienes razón; si de verdad tiene esa habilidad, sería una solución sencilla. En ese caso no estaría al otro lado de esta puerta muerta de miedo y alterada por estar en la misma habituación que tú. Está claro que no lo hizo, o no pudo, porque ya lo sabría, ¿no? ¿Por qué no lo hizo? ¿No querría saber la verdad?

Zack se pasó una mano por el pelo.

—Me dijo que no podía, que aunque quisiera no lo haría. Me dijo que eso también se lo había quitado yo y que era lo único que me agradecía. No sé qué querría decir con lo de que no podía. Mencionó que no quería leer la mente de nadie nunca más. Dijo que la gente era mala.

Eliza lo miró con preocupación.

—Sea lo que sea, no suena bien. Creo que deberías empezar por ahí y averiguar cómo o por qué perdió esa habilidad. ¿Y estás seguro de que no te mintió? Es decir, ¿es algo que ella decía o sabes seguro que tenía ese don?

—No, no mentía. Era auténtica —repuso en voz baja—. Lo ocultó a todo el mundo salvo a mí. Tenía muchísimo miedo de lo que podría pasarle si la gente se enteraba. Decía que la tratarían como a un bicho raro y que sería una paria social. Es comprensible, Gracie no tenía seguridad en sí misma. Era muy tímida y no tenía la autoestima por las nubes precisamente. Su capacidad de leer mentes fue lo que la convenció de que mis sentimientos por ella eran de verdad.

Se echó a reír.

—¿Increíble, verdad? Me leía como si fuera un libro abierto. Lo sabía, creía firmemente que la quería, que lo que sentía era cierto. Gracias a su don comprobó que no jugaba ni trataba de acostarme con ella sin más. Además, esperamos; nunca hicimos el amor. Era demasiado joven y creí que tendríamos todo el tiempo del mundo. Se hubiera entregado a mí. Me quería y estaba segura de que la amaba, pero yo quise esperar. No quería que pensara siquiera que yo, con veinte años ya, quería aprovecharme de una chiquilla de dieciséis, así que decidí esperar. Quería que nuestra noche de bodas fuera especial. Para mí era importante ser el primero... y el único; ser el único que le hiciera el amor.

Se quedó callado y se cubrió el rostro con las manos.

—Mierda —dijo en un tono amortiguado por sus manos—. Su primera vez fue horrible, violenta y dolorosa. No era para nada lo que yo había planificado. Quería que hiciéramos el amor con dulzura, con ternura; que fuera la máxima expresión de mi amor por ella. En lugar de eso, unos putos animales le arrebataron la virginidad.

Eliza le rodeó la cintura con los brazos y apoyó la cabeza en su pecho. Se quedó así, abrazándolo, mientras él se estremecía de la emoción. Quería llorar como un niño; llorar por lo que había perdido, lo que Gracie había tenido que vivir... y lo que había perdido. Y por lo que nunca podrían recuperar.



—Entonces podía leer mentes, la tuya por lo menos, ¿y ahora no puede?

Eliza parecía escéptica y a él también le resultaba difícil de creer. Tal vez se negara a abrirse por si le hacían más daño. Quizá tenía miedo de que se confirmaran sus acusaciones y no ser capaz de soportarlo.

No, no podía ser. Gracie siempre había podido leer e interpretar sus sentimientos más profundos. Sabía lo que había en su corazón, siempre lo había sabido, así como que su amor era sincero. Alguna vez le había dicho que poder ver su amor por ella era el mejor regalo de todos. Que nunca lo dudaría porque podía leerle la mente y su amor, su mente y su alma la colmarían.

Y a pesar de eso, de ser testigo de sus pensamientos más profundos y de la sinceridad de sus sentimientos, sabiendo que él la quería con todo su ser, ¿en serio pensaba que había tenido que ver con algo tan horrendo? ¿Que era capaz de hacer algo así a una mujer, y mucho menos a una chica a la que adoraba...? ¿Cómo podía pensar en algo así ni aunque fuera un momento?

Cada vez estaba más enfadado. Se había quedado estupefacto, hecho polvo y completamente descolocado. Se había quedado destrozado al descubrir la impactante verdad, pero ahora, después de digerirlo todo, tras pasar el entumecimiento, estaba enfadado. No, enfadado no, cabreado.

Se lo había dado todo. Su corazón, su alma. Ella sabía cuánto la quería. ¿Cómo leches podía creer, aunque fuera un solo minuto, que él hubiera mandado a tres amigos a violarla de esa forma tan horrenda?

¿Qué clase de tarado enfermo se pensaba que era? ¿Y cómo...? ¿Cómo podía decir que lo había querido si estaba tan dispuesta a creer, a aceptar, que él le hubiera hecho algo tan horrible?

Se sentía tan traicionado como ella. No tenía ni pies ni cabeza.

—Estoy muy cabreado, Lizzie. Que Dios me ayude. Sé que es un sinsentido, pero estoy tan cabreado que me entran ganas de dar un puñetazo a la pared. ¿Cómo puede creerse algo así? ¿Cómo puede tener tan poca fe en mí para creerse que le haya hecho esto?

—Lo entiendo —murmuró Eliza—. Ojalá pudiera decirte que hay algo, lo que sea, que pueda hacer para ayudarte. Esto es demasiado retorcido y asqueroso. Nunca me he enfrentado a algo como esto y créeme cuando te digo que lo he visto casi todo.

Zack la estrechó entre sus brazos.

—Gracias. Me siento muy culpable por estar enfadado, pero es que... ¡joder! Todo se reduce a cómo puede ser que crea que yo fuera capaz de hacer algo así si me conoce mejor que nadie.

Eliza lo miró con una expresión seria.

—Aquí hay algo que no encaja, Zack. Hay algo de lo que aún no somos conscientes. Algo grande. Hasta que sepas cuál es esta pieza del rompecabezas que falta, nada tendrá sentido. Esperemos que se sincere contigo para que los dos podáis hablar y hacer las paces con el pasado. Ninguno de los dos podrá pasar página hasta

que todo salga a la luz.

—Ojalá supiera qué es —murmuró Zack—. No me ha dado mucha información. Y de no ser por Sterling, no me habría enterado de lo que le había pasado. Creo que Gracie nunca me lo hubiera contado. Y ahora no sé qué hacer. ¿Finjo que no sé qué ha pasado? ¿Me hago el loco y espero a que decida confiar en mí, si es que lo hace? ¿O le cuento directamente lo que ya sé y le pregunto por qué está tan convencida de que tuve algo que ver?

—Eso es difícil —reconoció Eliza—. No sé qué decirte. Quizá deberías dejar que se enfríen los ánimos, al menos un tiempo. Consigue que te crea y confíe en ti, y retómalo desde ahí. Pero si sigue cerrándose en banda y no quiere hablar contigo, entonces aborda la situación con la información que te dio Sterling. El problema es que aunque confió en él, tampoco le contó gran cosa. El hombre no sabe mucho más salvo que la violaron tres amigos tuyos a instancia tuya. No le contó cómo ni por qué sabe que tú estabas en el ajo. Me parece que ella le ha contado muy poco sobre el asunto.

Zack hizo una mueca.

—Si la presiono, seré un capullo. Si lo dejo pasar, nunca sabré la verdad, así que haga lo que haga, salgo perdiendo.

—Quizá no —murmuró Eliza—. No será fácil, pero si le demuestras que eres de fiar, si estás a su lado cada día, al final se relajará y bajará la guardia. Y si no confía en ti relativamente pronto, entonces creo que lo mejor es que le cuentes lo que sabes. Tal vez eso será el impulso que necesita para contarte toda la historia y no la versión abreviada que le dio a Wade. En algún momento tiene que soltarlo todo. Lleva guardándolo dentro doce años y en todo este tiempo, si no se lo ha confiado a nadie ni ha luchado con los demonios de su pasado, tarde o temprano va a estallar y no va a ser agradable. Entonces te va a necesitar más que nunca.

—Si me salgo con la mía, nunca volverá a estar sola —dijo Zack en voz baja.

La puerta se abrió y los dos inspectores salieron al pasillo, mirando alrededor como si buscaran a Zack. Él se les acercó corriendo con una expresión interrogativa.

—¿Os ha dado alguna pista? —preguntó. El inspector Briggs frunció el ceño.

—No. Me temo que no tenemos gran cosa. Creo que tú nos serás de más ayuda que la señorita Hill. Todo parece que se trata de una mujer inocente que estaba en el lugar y momento equivocados. Fue un delito de oportunidad.

Zack trató de reprimir la mirada asesina, pero le costó.

—Una oportunidad que no volverán a tener —masculló.

—¿Podemos bajar a la cafetería a tomar un café? —preguntó Ramírez—. Mi compañero y yo tenemos muchas preguntas que haceros a ti y a la señorita Cummings. Asintió con la cabeza en un gesto de reconocimiento hacia Eliza.

—Sí, la hemos cagado —resopló ella como si le doliera reconocer los fallos de la DSS—. Después de lo último, estos capullos desaparecieron del mapa y Beau y Ari se alegraron de dejar el tema. Cuando acabamos con sus instalaciones y Ari se cargó

a la mayoría de sus hombres, supusimos equivocadamente que ya no serían un problema. Pero obviamente están ahí esperando y observándonos; quieren vengarse.

Briggs asintió.

—Vayamos a un sitio más tranquilo para hablar. Necesitaré una hora de vuestro tiempo.

Zack dudó. Miró hacia la habitación, pero Sterling aún no había salido.

—¿Cómo estaba Gracie al salir? —preguntó a los dos inspectores en voz baja.

—Alterada —dijo Ramírez—, enfadada, confundida. Ha llamado a la enfermera nada más terminar. Estaba bastante dolorida.

—Dadme un minuto —murmuró—. Solo quiero ver cómo está antes de bajar a la cafetería. Quiero asegurarme de que Sterling pueda quedarse con ella para que no esté sola hasta que Eliza y yo volvamos.

Los inspectores asintieron y Zack se apartó del grupo. Abrió la puerta con cuidado y echó un vistazo a la cama donde estaba Gracie; Sterling seguía a su lado.

El hombre levantó la vista y se dio la vuelta hacia la puerta cuando oyó que se abría. Zack le miró de forma inquisitiva como preguntándole cómo estaba. Sterling hizo una mueca y negó con la cabeza indicándole que lo mejor era que no entrara.

—Ya me quedo —vocalizó Sterling, pero sin voz.

Zack se quedó allí plantado, decidiendo qué iba a hacer. Al final, asintió y salió de la habitación cerrando la puerta tras él.

Mañana, mandarían a Gracie a casa. Pronto se verían en una proximidad forzosa. Hasta que pudiera llevarla a casa, donde, a efectos prácticos, la tendría de oyente, se esforzaría por ser paciente. Esto era lo más importante que haría en su vida y no podía permitirse una cagada y perderla para siempre.

## Dieciocho

Anna-Grace gimió levemente mientras intentaba sentarse en la cama. Tardó una vida en bajar las piernas para poder pisar el suelo e incorporarse.

Cuando consiguió esa gran hazaña, se quedó de pie unos segundos aferrada a la barandilla de la cama porque se tambaleaba. Cuando dejó de notar que todo se movía a su alrededor, soltó la baranda y comprobó su equilibrio.

A pesar de las molestias que se notaba en los músculos agarrotados y las costillas fracturadas, se aguantaba bastante bien.

Dio un paso al frente e hizo una mueca por el esfuerzo que tuvo que hacer. Luego dio otro paso. A este ritmo tardaría un día entero en salir de allí. ¿Cómo conseguiría dar esquinazo a las personas encargadas de su vigilancia? Aunque no podrían obligarla a que se quedara, ¿verdad? Seguro que no era legal.

Lo único que sabía era que si se quedaba, Zack la secuestraría del hospital y se la llevaría a casa con él. Ya le había dicho que eso sería lo que iba a pasar. ¿Y para qué? ¿Para que pudiera protegerla de los animales que la habían atacado? ¿Cómo leches la iba a proteger de sí mismo?

La idea de estar a solas con él la aterrorizaba. Debería aterrorizarla al menos. Pero, a pesar de todo, pasaba algo. Era algo que no lograba descubrir. Tal vez se debiera a esa expresión genuina de confusión que le vio en el rostro cuando le habló del pasado.

Sacudió la cabeza, no quería ahondar en eso, y al instante se arrepintió de haberlo hecho. La habitación empezó a girar a su alrededor y le pareció que el suelo subía y se la tragaba. Cerró los ojos e inspiró hondo varias veces por la nariz.

—Gracie, ¿qué puñetas crees que estás haciendo?

Abrió los ojos y vio a Zack justo delante de ella, mirándola con preocupación. Se puso tensa cuando fue a tocarla, pero lo hizo con mucha suavidad.

Con ternura, Zack la acompañó de nuevo a la cama, pero ella se plantó y levantó una mano para detenerlo.

Él frunció el ceño, pero fue más por preocupación que por enfado. La miró atentamente para captar hasta el último detalle, cada herida y cada moratón.

—Necesito ir al baño —dijo ella con voz queda y algo avergonzada.

Era verdad. Sí, se había planteado marcharse, pero no antes de hacer una pequeña incursión en el lavabo. Además, en retrospectiva, había sido una estupidez pensar que podía escapar sola. Sería mejor esperar y pedir ayuda a Wade. Joder, ¿dónde estaba? ¿Por qué no estaba aquí?

La expresión de Zack se suavizó y luego le pasó un brazo por la cintura y la atrajo hacia él.

—Ven, agárrate a mí. Yo te ayudo. ¿Por qué no has avisado a la enfermera?

De repente se sintió culpable y se sonrojó. Se dio asco a sí misma. ¿Por qué debería sentirse culpable? ¿Y qué pasaba si se había planteado marcharse sin decirle nada? Sí, pensaba desaparecer y, si fuera posible, sin tener que volverlo a ver. Le dolía demasiado mirarlo y pensar en todo lo que nunca pudo ser; lo que solía ser y perdió.

Entonces le embargó otra sensación: el dolor. Era un dolor más fuerte y punzante que las heridas y magulladuras que había sufrido. Durante mucho tiempo se cerró en banda; se cerró al dolor, a la traición, a sentir en general. Su vida había transcurrido hueca, sin emociones, porque sentir era abrirse a una vida de sufrimiento y pesar.

En el pecho, y en lo más hondo de su alma, notó cómo empezaba un sollozo que se apresuró a reprimir para que volviera la nada de la que no quería salir. No podía permitirse ni una sola fisura. No quería que la atormentaran traiciones antiguas.

Era mejor no sentir nada.

—¿Gracie? ¿Estás bien?

La voz preocupada y nerviosa de Zack la sacó del ensimismamiento, de la batalla que libraba consigo misma. Pestañeó al ver que ambos estaban ya en el baño.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó con dulzura.

Se le encendieron las mejillas; estaba mortificada. Negó con la cabeza al tiempo que lo apartaba.

—Estoy bien —dijo tajante.

Zack la miró, dudoso, pero no insistió, gracias a Dios. Ni le pidió tampoco que dejara la puerta abierta.

—Te espero fuera. Si necesitas algo, avisa —añadió en voz baja.

Prefería morir a pedirle nada.

Mientras hacía sus necesidades lentamente y con dolor, estuvo pensando en cómo deshacerse de él. Pediría ayuda a Wade, era su amigo... su único amigo. Aunque quizá había sido boba al confiar en él. Era la primera persona de la que se fiaba o permitía que se le acercara desde... Zack.

Ojalá hubiera estado despierta cuando Wade se fue porque podría haberse ido inmediatamente antes de que Zack regresara. Tendría que habérselo imaginado. Además de Zack, debía contar con la presencia constante del personal de su empresa de seguridad, por no hablar de los guardias del hospital y la policía.

Le darían el alta por la mañana y entonces Zack la llevaría a vete a saber dónde y no tenía ni idea de qué posibilidades tendría de escapar. ¿Cuánto tiempo pretendía tenerla encerrada, prisionera, donde fuera que la llevara?

Que la obligaran a estar con él, sola, durante un período de tiempo indeterminado era el más cruel de los castigos. ¿Qué había hecho para merecer algo semejante?

Las lágrimas le ardían como si fueran ácido puro. Se las secó, furiosa, en un intento de eliminar las pruebas que delataran que había estado llorando. Pero la mirada sagaz de Zack no lo pasaría por alto y este se daría cuenta de inmediato.

No, no lloraría; se negaba a que la hiciera llorar otra vez. Se había pasado semanas y meses llorando sin parar, lamentando la pérdida de algo mágico. No era más que una niña; tenía dieciséis años y no sabía nada. Ahora, con veintiocho, sabía lo que había más allá de un enamoramiento infantil y no soñaba con un «felicidad para siempre». Al final había aprendido, y no precisamente por las buenas, que eso no existía.

Bajó la tapa del inodoro y se sentó encorvada con la cabeza entre las manos. Tal vez pudiera quedarse ahí hasta que Wade volviera y no tener que estar a solas con Zack. Si eso la convertía en una cobarde, le daba igual. Ni siquiera podía mirarlo sin venirse abajo. Ella que pensaba que había dejado el pasado atrás... hasta que Zack se presentó en la galería y luego en el estudio. En cuestión de segundos, los recuerdos de todo lo que había hecho para sobrevivir los últimos doce años volvieron para atormentarla.

Habían sido doce años de volverse insensible al dolor desgarrador, a la melancolía y a la pena. Porque aunque odiaba a Zack por lo que le había hecho, le dolía esa chiquilla de apenas dieciséis años que creía en el amor para siempre. Había lamentado profundamente la pérdida de la inocencia y de creer que había bondad en el mundo.

Irónicamente, su horrible infancia no la había destrozado, a pesar de no conocer a su padre, tener una madre alcohólica que no recordaba que existía la mayoría de las veces y aun menos que fuera hija suya.

Anna-Grace debería de estar acostumbrada a que la gente la abandonara y la traicionara. Pero ni siquiera que su madre la dejara en la estacada y se la endilgara a su hermano, también alcohólico, que abusaba física y verbalmente de ella, había podido hundirla.

Cuando murió su tío y se quedó sin hogar, vino Zack y se la llevó. Quería que se mudara con él, pero sabía que su padre la odiaba. Parecía que a nadie le importaba si vivía o moría... salvo a Zack.

Incluso, para que no estuviera sola, quiso mudarse a la pequeña habitación de motel que le había buscado, pero su padre lo amenazó con retirarle el apoyo financiero, lo que le impediría ir a la universidad de Tennessee.

Una vez más, a Zack no le importó. Amenazó con no ir a la universidad, lo que hizo enfadar más a su padre. Zack acabó capitulando a regañadientes, pero solo porque ella le rogó que se quedara en su casa, hiciera las paces con su padre y fuera a la universidad.

Él detestaba que estuviera sola, que viviera sola sin nadie que la cuidara. Trató de buscar la forma de que se mudara con él a Knoxville para tenerla cerca de la facultad y no tener que volver a casa los fines de semana o en vacaciones.

Pero encontrar un lugar que pudieran permitirse fue imposible y ella no tendría forma de ir al instituto a menos que Zack la llevara y la recogiera, algo imposible con sus entrenamientos de fútbol americano.

A Anna-Grace no le importó la soledad de vivir en el motel con la única compañía de los conserjes, una pareja de ancianos. Como era una trabajadora eficiente y cumplidora, la pareja tenía la amabilidad de llevarla en coche al instituto cada día.

Lo mejor era cuando Zack volvía del campus. No salían demasiado. La ayudaba a limpiar las habitaciones para que terminara antes y se pasaban tarde y noche en su cuarto viendo la tele y acurrucados en la cama individual. Soñaban con el futuro y hacían planes para cuando ella acabara el instituto y Zack jugara con los profesionales.

Le había prometido el mundo, pero ella solo quería una cosa: a él. Su amor. Y al final nada había sido real.

Por mucho que se esforzaba, una lágrima le resbaló por la mejilla. En lugar de secársela, subió los pies al retrete, se abrazó las piernas y hundió el rostro entre los muslos mientras lloraba.

Debería odiarlo, pero por mucho que lo repitiera y a pesar de que debería detestarlo con todas sus fuerzas, seguía enamorada del chico que antaño conoció. Lamentaba la pérdida de ese sueño como si él hubiera muerto. Y de algún modo estaba muerto, porque el muchacho al que amaba como nunca amaría a otro, nunca le hubiera hecho algo tan espantoso.

¿Qué le había pasado para volverse en su contra? ¿Habría conocido a alguien en la facultad?

¡Lo que había hecho era de locos! La mayoría de la gente cortaba con la novia y seguía con su vida sin pensárselo dos veces, sin arrepentimiento. Sus actos implicaban un odio profundo e insidioso, como si quisiera que pagara por un pecado imperdonable.

¿Qué habría hecho para que la odiara tanto y hubiera llegado a ese extremo para vengarse?

¿Y por qué había negado tan rotundamente que hubiera hecho algo malo y se había hecho el inocente? ¿Tal vez por miedo a las represalias? ¿O acaso quería debilitarla y hacerla parecer una pirada?

¿Cómo podía parecer tan... sincero al decirle que llevaba doce años buscándola? Ay, Dios, ¿no querría perdón? ¿Buscaba la redención de sus pecados? ¿Se sentía culpable por lo que había hecho?

La mera idea de que él pensara que podría perdonar semejante traición le revolvió el estómago y la bilis, que le quemó la garganta al volver a bajar.

Pero parecía tan... atormentado. Nadie podía fingir el dolor que había visto en su mirada ni las sombras que intuía detrás. Era como si ella le hubiera hecho daño a él. Y parecía muy sincero.

Negó con la cabeza. Era un actor consumado, ¿no se lo había demostrado ya? No podía permitir que la atrajese a su mundo retorcido. Si alguna vez volvía a dudar de cómo era en realidad, lo único que tenía que hacer era recordar ese fatídico día en que

la atacaron, la violaron y la dejaron tirada como si fuera una mierda.

Las lágrimas seguían cayendo aunque cerrara los ojos con fuerza por el dolor que le causaban esos dolorosos recuerdos. Se habían reído de ella. Le habían dicho que daba pena y que alguien como ella nunca sería lo bastante buena para Zack.

Y cuando sus palabras la machacaron, cuando ya la habían consumido del todo, se enteró de la horrible y asoladora verdad: Zack había sido el instigador.

Un golpe fuerte en la puerta la sobresaltó tanto que estuvo a punto de caer del retrete.

—¿Gracie? Gracie, ¿estás bien? ¿Qué haces ahí dentro? ¿Necesitas ayuda?

Se frotó la cara rápidamente y antes de que pudiera responder, Zack apareció en el umbral con una expresión seria y preocupada. Entonces vio lo que se había esforzado tanto en esconder y sus facciones se suavizaron.

Se arrodilló junto a ella en ese espacio tan reducido y le cogió las manos.

—Oye, ¿estás bien? —le preguntó con suavidad—. ¿Te duele algo? ¿Necesitas que te ayude a volver a la cama?

Ella cerró los ojos de nuevo para dejar de verlo. Había envejecido bien, aunque le habían cambiado los ojos. Parecían cansados, vacíos, como si hubiera pasado por un suplicio. Como si hubiera estado afligido... y aún tuviera ese dolor. Pero ¿por qué?

Le dolía la cabeza y tenía malestar general, pero nada que ver con las heridas y magulladuras. Algunas heridas iban más allá de lo físico. Algunas calaban hondo y hacían más daño que el que le habían hecho los atacantes.

Esas heridas se curarían y desaparecerían como si nunca hubieran ocurrido. Pero las que le había provocado Zack no se esfumarían, no dejarían de dolerle y nunca se recuperaría de ellas.

—Gracie, dime algo.

Abrió los ojos y vio como él entrecerraba los suyos con una expresión preocupada. Dios, no podía hacer nada; no había forma de evitarle.

—Estoy... bien —tartamudeó.

—Pues no lo parece —murmuró él.

—Mira, Zack, esto es difícil para mí. ¿Crees que la culpa es mía? ¿Después de lo que hiciste? ¿Cómo puedes plantarte aquí, mirarme y esperar que haga como si nada de eso hubiera pasado? Joder, ¿eres un psicópata o algo así?

Le dijo eso último con dificultad y luego se secó las lágrimas que le resbalaban por las mejillas. Joder, odiaba ser tan vulnerable delante de él y que este la viera tan débil. Odiaba que se hubieran vuelto a abrir esas antiguas heridas como si nunca hubieran sanado. Suponía que nunca se habían cerrado y que nunca lo harían. Podía mentirse a sí misma, negarlo todo, incluso, pero nada había cambiado. Nunca recuperaría todo lo que había perdido.

Apretó los labios y vio como a él se le tensaba la mandíbula. La rabia se asomaba a su mirada y parecía que quisiera decir algo, pero guardó silencio. Entonces se incorporó, se agachó y la cogió entre sus brazos. Haciendo caso omiso a sus



protestas, salieron a la habitación y la tendió en la cama. Luego colocó bien las almohadas y las ahuecó, y alisó las sábanas como si el incidente en el baño no hubiera ocurrido. Cuando terminó, le apartó el pelo del rostro y la frente con unos dedos reacios a alejarse de su piel. Su expresión se volvió triste y distante, le pareció ver el destello de las lágrimas, pero seguramente se lo estaba imaginando.

Le acarició la mejilla como si no pudiera resistirse a tocarla de alguna manera. Debería apartarse, debería sentir asco, a pesar de eso cerró los ojos e intentó reprimir las lágrimas. ¿No había llorado ya bastante? ¿En qué momento su pasado dejaría de hacerla llorar?

Sus caricias la transportaban a otra época; una época más dulce y feliz en la que estaban juntos y ella seguía convencida de que no se separarían jamás. Antes de perder todo lo que importaba. Antes de que le destrozaran la vida y la dejaran sola recogiendo los fragmentos de todo lo que se había roto.

Él se inclinó y la besó en la frente: eso fue la gota que colmó el vaso. Apartó la cara y las lágrimas empezaron a brotar. Zack emitió un sonido de dolor como si fuera él el herido. Ella quiso echarse a reír, o llorar aún más, por esa ironía. Él no había sufrido como ella.

—Lo solucionaremos, Gracie —dijo en voz baja y angustiada—. Ahora que por fin te he encontrado, no pienso soltarte. Me da igual pasarme el resto de la vida tratando que lo entiendas.

¿Entender el qué? Tenía la pregunta en los labios, pero los apretó fuerte para que no se le escaparan las palabras. No quería entender por qué había hecho lo impensable. Solo quería que se marchara y no volver a verlo nunca más.

¿Era pedir demasiado?

## Diecinueve

Anna-Grace por fin se había quedado dormida después de una noche en vela cuando, de repente, un ruido la despertó. Había sido imposible dormir con Zack sentado en un rincón porque notaba cómo la observaba incluso cuando no lo miraba.

Hablar con Wade había sido imposible, así que en la habitación reinó un silencio incómodo hasta que los dos hombres se quedaron dormidos. Ella se había pasado la noche entera dándole vueltas a la situación y preguntándose si había salida.

Con los ojos entrecerrados vio como Zack se frotaba la cara y salía de la habitación. Se le aceleró el corazón y con la mirada buscó rápidamente a Wade, que estaba despierto tecleando en su ordenador junto a la cama.

—Wade —dijo en voz baja.

Este levantó la cabeza y la miró con preocupación.

—¿Estás bien, Anna-Grace? ¿Necesitas algo?

—Necesito que me ayudes —susurró.

Él frunció el ceño, se levantó, se acercó a la cama y se sentó en el borde para poder mirarla de frente. Le cogió una mano, que sostuvo para tranquilizarla.

—Sabes que haré todo lo que pueda —contestó.

Ella se lamió los labios y miró nerviosamente a la puerta para cerciorarse de que Zack no hubiera vuelto y oyerla la conversación.

—Necesito salir de aquí. Ahora, me refiero, antes de que me den el alta. Insiste en que me marche con él, que viva con él. —Ni siquiera podía pronunciar el nombre de Zack y le resultaba difícil hablar de él. Wade contrajo el rostro en una expresión consternada y suspiró mientras le apretaba la mano.

—Deberías ir con él, Anna-Grace —dijo en voz baja, sorprendiéndola con la respuesta. Ella se quedó boquiabierta, pero antes de poder responder, porque no sabía qué decir, él prosiguió—: Estás en peligro. Hasta que cojan a los animales que te atacaron, no deberías estar sola. Zack puede protegerte. Es lo que hacen él y sus asociados. Tienen los recursos necesarios para procurar tu seguridad.

Tuvo que esforzarse por respirar. Inconscientemente había estado conteniendo la respiración y empezaba a notarse algo mareada. Vio cómo el rostro de Wade se movía y se volvía borroso, su cara se estiraba y su boca se abría como la de un espectro.

—¿Has olvidado lo que me hizo? —preguntó con un tono incrédulo—. ¿De verdad crees que puedo soportar estar en la misma habitación con él? Y aún menos a solas con él vete a saber dónde y durante cuánto tiempo. ¿Quién dice que no le tengo más miedo a él que a los hombres que me hicieron esto? —Se señaló los moratones de la cara con nerviosismo—. Podría hacerme cualquier cosa, ¿y quién lo sabría? Eres la única persona que conozco, el único amigo que tengo. Podría desaparecer

para siempre y nadie se dignaría siquiera a buscarme.

El pecho le subía y bajaba con esfuerzo por el nerviosismo y su voz era tan aguda que casi resultaba estridente.

—Cálmate, cielo —dijo Wade en un tono tranquilizador. Le cogió la mano y le acarició los nudillos con el pulgar en un intento de aplacar su creciente histeria. Ya, como si eso bastara.

Podría reconocer que ahora mismo no se sentía amenazada por Zack. O, por lo menos, no notaba nada que indicara peligro. La había tratado con... delicadeza, como el hombre que había sido cuando estaban juntos. Eso era lo peor porque era como jugar con algo que nunca volvería a suceder. Pero su actitud actual no importaba; no podía permitirse el lujo de confiar en sus instintos porque nunca habría pensado que doce años antes, pudiera ser capaz de orquestar un crimen tan horrendo. Y sin embargo, después de lo que había hecho, ¿había escogido hacer carrera en el ámbito de la seguridad? ¿Proteger a los demás del tipo de gente que él mismo había convencido para hacerle el trabajo sucio?

Tenía que ser una broma. Semejante ironía era ridícula. Tal vez se arrepintiera de sus actos, quizá esto fuera una forma de redención, pero para ella ya era demasiado tarde. Que buscara la forma de perdonarse y de aliviar su sentimiento de culpa él solito. Ella no pensaba ser el instrumento gracias al cual Zack pudiera hacer las paces consigo mismo. Algunos pecados eran perdonables; este no lo era.

—Quiero que me escuches —dijo Wade con firmeza—. Sabes que me importas y que nunca haría nada para hacerte daño, ¿verdad?

Inspiró hondo con los labios temblorosos; temía lo que iba a decirle. Pero asintió y estuvo de acuerdo en que él nunca le haría daño, aunque le resultara difícil confiar en nadie. Estaba claro que no podía confiar en sus instintos. Y de ninguna manera se permitiría ser aquella chiquilla inocente de dieciséis años que miraba a Zack con adoración. Una chica que pensaba que él la miraba del mismo modo. Seguro que sus amigos se desternillaron mientras ella lloraba. Lo realmente humillante no fue que la hubieran violado en repetidas ocasiones, no. Lo que la avergonzaba más era lo mucho que le dolió la traición de Zack y saber que su amor no era correspondido.

—Creo que deberías ir con Zack.

Estuvo a punto de protestar inmediatamente y de negarse, pero él le puso un dedo en los labios para hacerla callar.

—Deja que termine —la reprendió—. También creo que deberías escucharlo, Anna-Grace. Puede que te sorprenda lo que tenga que decirte. Deberías hacerle frente, hablar con él, contárselo todo y luego escucharlo; escuchar de verdad lo que tiene que contarte.

Se quedó boquiabierta mientras lo miraba estupefacta. ¿Qué leches estaba pasando? Estaba furioso cuando le contó lo que había sucedido. Wade estuvo a punto de darle una paliza a Zack cuando lo vio en el estudio con ella. ¿Y ahora de repente se apuntaba a su causa? ¿El mundo se había vuelto loco? ¿O tal vez se trataría de un

código de honor entre hombres, que daban la cara en pos de la fraternidad masculina?

—Wade, ya sabes lo que pasó —dijo ella—. ¿Cómo puedes insinuar siquiera que escuche nada de lo que tenga que decirme? No hay excusa, ni disculpa, ni perdón por lo que hizo. ¿Tienes la más mínima idea de lo mucho que me asusta estar encerrada en algún lugar con él?

Estaba temblando con fuerza y se notaba la piel sudada y pegajosa; reconoció las señales de un inminente ataque de ansiedad. El corazón le latía con frenesí en el pecho, que le apretaba y le cerraba la tráquea dificultándole la respiración.

Intentó inspirar hondo para tranquilizarse, para tratar de aliviar el pánico que sentía. Hacía ocho años que no sufría unos ataques de pánico tan intensos. Había tardado cuatro años después del traumático incidente en controlar los ataques y aprender a evitarlos.

Wade blasfemó y se inclinó hacia delante para enmarcarle el rostro con las manos.

—Mírame, Anna-Grace —le ordenó, tajante.

Al captar la autoridad de su tono, lo miró y se fijó en sus facciones.

—Tienes que calmarte. Estás respirando demasiado deprisa. Mírame y respira conmigo.

Él se quedó callado y de manera algo exagerada inspiró por la nariz, aguantó el aire un momento y luego espiró por la boca. Le acarició la mejilla con el pulgar y le pasó el otro brazo por la espalda, que le frotó para ofrecerle calidez y alivio.

—Intenta relajarte —murmuró en un tono más tranquilo—. Estás muy tensa. Solo empeorará el dolor de tus magulladuras.

Se le llenaron los ojos de lágrimas y los cerró; odiaba esa debilidad, odiaba no poder controlar sus emociones. Después de tanto tiempo viviendo en un vacío, tras tantos años negándose a sentir algo y viviendo cada día como un robot, con el piloto automático puesto y sin querer acercarse a nadie hasta que conoció a Wade, fue como si el hielo hubiera cedido bajo sus pies y se precipitara de nuevo, permitiendo que el dolor y el pesar la consumieran otra vez.

Y ahora volvía a notar la punzada de la traición. Una vez más la abandonaba alguien en quien confiaba. ¿Qué tenía de malo para que esto ocurriera una y otra vez?

—Cielo, no me mires así —dijo él con la expresión apesadumbrada.

—¿Por qué haces esto? —susurró ella—. ¿Por qué te niegas a ayudarme? ¿Por qué me animas a que escuche lo que sea que tenga que decirme?

Notaba cómo se le escapaban las riendas del control. La pena la consumía por perder a alguien en quien confiaba. Otra vez. Cerró los ojos mientras las lágrimas seguían resbalándole por las mejillas.

—Me rompes el corazón, Anna-Grace. Te juro que no te estoy abandonando. Quiero que estés a salvo y Zack puede garantizarlo. Si pensara por un momento que pudiera hacerte daño de alguna manera, no permitiría siquiera que se te acercara. ¿Lo entiendes?

Le levantó la barbilla para que lo mirara a los ojos.

—Mírame, Anna-Grace. ¿Lo entiendes? ¿Escuchas lo que te estoy diciendo?

La seriedad de ese tono la dejó inmóvil y entrecerró los ojos, confundida.

—Hay cosas de las que debes hablar con Zack. Son cosas que te están carcomiendo. Las has estado evitando y llevas demasiado tiempo negándote a enfrentarte a ellas. No puedes seguir así. No es sano. Lo que más quiero en la vida es que seas feliz y no lo eres. No has sido feliz durante todo este tiempo que nos conocemos y me duele verte tan triste. Sigues siendo una mujer joven con toda la vida por delante. ¿Por qué te niegas el derecho a estar en paz? Siempre seré tu amigo y me tendrás a tu lado con solo una llamada. No quiero que te enfades solo por animarte a que hables con Zack porque te estoy animando a hacer lo que es mejor para ti.

Ella se lo quedó mirando, asombrada. Su intuición la hacía sentirse expuesta, desnuda, como si pudiera leerle la mente y sus recuerdos. Le temblaba la barbilla y él la observó, comprensivo. ¿Por qué no podía corresponder el afecto de Wade? Era un buen hombre y esta vez no se equivocaba. Como con Zack, con quien tampoco se equivocaba. Sin embargo, en muchos aspectos seguía siendo esa jovencita enamorada y nunca se había sentido atraída hacia él. Zack debió de haberle fastidiado eso también, con lo que le esperaba una vida de soledad, sin amor, compañía, familia o hijos.

—Habla con él, Anna-Grace —le dijo con firmeza—. Prométeme que lo harás. No lo hagas por mí sino por ti. Si quieres estar en paz, reconciliarte con tu pasado y poder pasar página, tienes que dar carpetazo a todo.

Le secó una lágrima con el pulgar y ella le rodeó los labios con una mano, aferrándose a su fuerza y a la tranquilidad que le inspiraba.

Un ruido la alertó de la presencia de Zack y se volvió para mirarlo, temerosa y preocupada por el tiempo que llevaría allí y lo que habría oído.

Tenía la expresión seria y se le cayó el alma a los pies. Seguramente había oído toda, o casi toda, la conversación con Wade. Si albergaba la esperanza de que, por lo menos, fingiría no haberlo oído, se equivocaba una vez más.

—Te ha dado un buen consejo, Gracie —dijo él con la mandíbula tensa—. Espero que le hagas caso.

Tragó saliva y Wade bajó la mano. Ella lo contempló, suplicante.

—No me dejes —susurró entrecortadamente—. Por favor.

Zack se pasó una mano por el pelo y suspiró. Parecía desesperado, como si hubiera perdido... ¿el qué? ¿Qué podría haber perdido? Era ella quien lo había perdido todo. ¿Cómo se atrevía a hacerse la víctima?

—Si Wade se queda con nosotros, ¿accederás a venirte a casa conmigo? —preguntó, cansado.

Este lo miró, sobresaltado, como si fuera lo último que podía esperar.

—Si él está de acuerdo, vaya —añadió—. Pero si te hace sentir mejor, no tengo ningún problema. Ahora bien eso significará que te vendrás a casa y te quedarás,

nada de escapar y verte expuesta a más peligros. Puede que te maten la próxima vez solo por enviar otro mensaje.

A Gracie le palpitaba el corazón con fuerza. Se lo estaba poniendo difícil para librarse de esa situación imposible. Wade ya se había puesto de su lado por motivos que desconocía. Veía como sus posibilidades se iban quedando en nada y se sintió indefensa. Odiaba esa sensación de impotencia.

—Me quedaré si es lo que ella quiere —dijo Wade a Zack, aunque no apartó la vista de Anna-Grace en ningún momento. Después habló como si Zack no estuviera en la habitación—. Me quedaré, pero con una condición.

Ella arqueó una ceja; sabía que esa condición no le haría gracia. Claro que, ¿cómo iba a rechazarla y acabar sola con Zack durante un plazo indefinido?

—Tienes que prometerme que hablarás con él y se lo contarás todo. No te dejes nada. Tienes que hacer las paces con lo que te pasó. Puede que te sorprenda el resultado. Después de sincerarte con él, y él contigo, si quieres irte, tomaré las medidas necesarias para sacarte de allí y proporcionarte seguridad yo mismo.

—Pero si puedes proporcionármela, ¿por qué tengo que irme con él? —Volvió a sentir pánico al darse cuenta de que estaba atrapada y no había manera de salir de la situación—. ¿Por qué me obligas a irme con él?

Parecía que estuviera implorando, que estuviera al límite de sus fuerzas y tal vez así fuera. Quizá tuviera razón y al suprimirlo durante tanto tiempo en lugar de enfrentarse a ello se creara una tormenta inevitable cuando la situación estallara.

—Porque tú... y él... lo necesitáis —apuntó con dulzura—. Puede que no lo creas ahora y sé que tienes miedo, pero estaré contigo y te prometo que nadie te hará daño.

—Eso me prometía él siempre —dijo afligida.

Vio cómo Zack contraía el rostro de dolor y palidecía como si le hubiera dado una bofetada.

—Soy tu amigo —volvió a recordarle Wade—. Siempre seré tu amigo y te prometo por lo que más quieras que nadie te hará daño esta vez.

—Supongo que no tengo elección —dijo en un tono monótono.

Él se inclinó y la besó en la frente.

—Esto es lo mejor, Anna-Grace. Tal vez no lo creas ahora, pero pronto te darás cuenta. Te lo prometo. Ahora bien, si voy a ir a algún sitio desconocido contigo y con Zack, necesito pasar por casa y por la oficina para gestionar este tiempo que voy a estar fuera.

—¿Cuánto vas a tardar? —preguntó, temerosa.

—Una hora. Quizá hora y media.

—Esperaremos —terció Zack—. No nos iremos del hospital hasta que vuelvas. Un compañero va a prepararnos el transporte y nos escoltará discretamente para que podamos salir con sigilo y controlar si nos sigue alguien.

—Seguro que Anna-Grace necesita ropa y artículos personales.

Gracie se ruborizó mientras aquellos hombres hablaban de ella como si no

estuviera presente.

—Eliza está en ello. Tiene buen ojo para las tallas y le está comprando ropa, zapatos y todos los accesorios femeninos que pueda necesitar. Llegará aquí dentro de una hora —anunció Zack—. La exposición de Gracie tiene que ser muy limitada y de ninguna manera pienso dejar que pase por su casa. Estoy seguro de que aquellos cabrones la tienen vigilada.

—Saben dónde vivo —susurró ella—. Allí me atacaron. No puedo regresar.

Volvieron los dolorosos recuerdos y cerró los ojos. Eran cosas que se había esforzado mucho por quitarse de la cabeza, igual que cuando quiso borrar ese ataque hacía ya doce años. Sin embargo, estos recuerdos volvían a hostigarla como si ambos incidentes se hubieran fundido en uno. Las imágenes de su violación que le venían a la cabeza eran tan claras como si hubiera ocurrido ayer. La nitidez de esos recuerdos le desgarraba el alma de nuevo.

Zack soltó un taco que la hizo estremecer y cuando abrió los ojos, vio la furia que se asomaba a los suyos. Se lo quedó mirando, estupefacta por su reacción. Ya nada tenía sentido y le dolía la cabeza de intentar comprenderlo.

—Pediré que empaqueten lo que hay en tu piso, Anna-Grace —le aseguró Wade—. Cuando todo esto acabe, te ayudaré a encontrar otro piso. —Miró a Zack y luego añadió—: Si es que aún lo necesitas.

## Veinte

Anna-Grace suspiró aliviada cuando Zack tomó el largo y serpenteante camino que llevaba a una casa grande a lo alto de una colina. El trayecto había sido interminable y lo había soportado tensa y con la postura envarada, lo que no ayudaba nada a sus músculos agarrotados y doloridos.

Cuando insistió en ir con Wade a donde fuera que se dirigieran, ambos hombres fingieron no haberla oído. O tal vez simplemente la ignoraron. Wade se fue a buscar su coche mientras Zack la ayudaba a subir al todoterreno que había aparcado justo delante del hospital para que no tuviera que andar mucho.

Era un detalle por su parte y debía reconocerlo, aunque de mala gana. En realidad se había mostrado solícito en todo momento desde que reapareció en su vida. Era un completo misterio, y tratar de reflexionar sobre la razón de todo la dejaba mentalmente agotada.

Para evitar situaciones incómodas —aunque había fracasado estrepitosamente en ese aspecto—, apoyó la cabeza en el reposacabezas del asiento y cerró los ojos, fingiendo que dormía. Por lo menos así Zack no intentaría mantener una conversación, aunque dudaba mucho que creyera que dormía de verdad. Quizá era que ya estaba bastante satisfecho por haberse salido con la suya y que ella obedeciera. Lo más sensato era escoger bien las batallas, y al parecer Zack era partidario del mismo lema.

Lo estuvo mirando con los ojos entrecerrados y le pareció que estaba serio y completamente centrado durante todo el viaje. Iba mirando a todos los retrovisores como si esperara que alguien los siguiera y tuviera que echarlo de la carretera.

A decir verdad, Zack parecía ser bueno en su trabajo, pero si él y la empresa para la que trabajaba como expertos en seguridad eran tan buenos, ¿por qué los «enemigos» de los que hablaba pudieron llegar hasta ella en cuanto la encontró? De momento no parecía muy impresionada con sus habilidades.

No entendía por qué estaban tan paranoicos o por qué Zack y sus compañeros temían que volvieran a por ella o la mataran. No tenía sentido. Si querían matarla, ¿por qué no lo habían hecho ya? Tuvieron una ocasión de oro en el momento de la paliza. Le parecía más arriesgado que la apalearan, la soltaran y luego volvieran para matarla, cuando habría gente custodiándola. ¿Y para qué? Era muy arriesgado por no decir ineficiente. Aunque tal vez hubiera un motivo ulterior en protegerla; tal vez fuera la única forma que tenía Zack de estar cerca de ella. Le había dicho que la habían usado para enviar un mensaje a la gente con la que él trabajaba. Así pues, había sido un crimen de oportunidad, ya que todo el mundo relacionado con la empresa de seguridad iba escoltado o protegido. Ni siquiera había sido algo personal,



gracias a Dios. Al mismo tiempo, tendría que dar las gracias a Zack, puesto que él había establecido esa relación al visitarla en la galería y el estudio. Si no se le hubiera acercado, seguramente no hubiera pasado los últimos dos días en el hospital.

Reprimió las ganas de arrugar la nariz cuando Zack detuvo el vehículo. Detestaba parecer tan amargada y tan cínica, pero la vida no le había enseñado otra cosa. No conocía el odio antes de que la violaran. No había odiado a su padre por abandonarlas a ella y a su madre. No había odiado a su madre alcohólica y negligente. Tampoco odiaba al maltratador de su tío. Tuvo que traicionarla alguien a quien amaba, la única persona a quien amó, para que odiara por primera vez en su vida.

¿El odio lo había arrasado todo? ¿Era así ahora? Recelosa, retraída, abatida, temerosa... Estaba cansada de vivir con ese odio y ese miedo dentro. Tal vez el perdón no fuera para la persona que había cometido semejante pecado contra ella, sino para ella misma, para poder avanzar sin el peso y la opresión de tantos años que el odio había provocado.

Había tardado en caer en esa revelación, pero era necesaria. Después de tanto tiempo encadenada a su pasado y en pos de alcanzar la paz, tenía que procurársela ella misma. Nadie podía hacerlo en su lugar.

—Gracie, ya hemos llegado —dijo Zack, tocándole el brazo con suavidad.

Se había quedado tan ensimismada que parecía que se hubiera quedado dormida y estuviera a kilómetros de allí. Abrió los ojos y pestañeó varias veces para recobrar la compostura. Wade aparcó justo detrás de donde habían parado ellos y salió al tiempo que se quitaba las gafas de sol de diseño.

Se lo quedó mirando un buen rato antes de suspirar con tristeza. Entonces se dio cuenta de que sabía por qué había permitido que Wade se le acercara tanto. Como no se sentía atraída hacia él de ninguna manera, lo consideraba inofensivo, incapaz de hacerle daño como le había pasado antes.

Incluso a pesar de todo lo que había hecho Zack, cada vez estaba más claro que nunca habría otro para ella. No solo se reducía a una cuestión de confianza, sino que se veía incapaz de mirar a un hombre y sentir deseo o felicidad; de ver su futuro en los ojos de otro hombre. Solo Zack le había provocado esas sensaciones. Lo maldecía por arruinarle la vida y sus sueños. Y su única oportunidad de ser feliz.

—¿Gracie? ¿Te encuentras bien?

La pregunta de Zack, en un tono suave, la sacó de ese ensimismamiento taciturno. Alargó la mano torpemente para abrir la puerta, cuando se percató de que Wade había intentado abrirla desde fuera, pero no había podido. Se había quedado medio traspuesta y ni siquiera se había dado cuenta.

—Estoy bien —murmuró. Estaba claro que mentía y Zack lo sabía, pero lo pasó por alto.

Tiró más fuerte de la puerta y la abrió. Wade le tendió la mano para ayudarla a salir. Tuvo mucho cuidado porque ya había descubierto al salir del hospital, cuando se levantó de la silla para subirse al todoterreno, que tenía problemas de equilibrio.

Las magulladuras se hacían notar y se le escapó un gemido —en parte por el dolor y también por la frustración de no poder moverse bien— que no alcanzó a reprimir. Zack apareció inmediatamente detrás de Wade con una expresión preocupada en el rostro.

Frunció el ceño al mirarlo. Su preocupación era real; no la fingía. Era sincero en su preocupación y la intrigaba sobremanera. Seguía jurando que se preocupaba y a pesar de todo no se había tragado esa mentira hasta... ahora.

Era como si en este momento abriera los ojos de verdad y viera la verdad. O quizá antes no estaba receptiva a la verdad. Y no tenía ni idea de lo que debía hacer con esta revelación en particular.

Reacia a pensar en esas perplejidades, dio un paso al frente y se centró en Wade en lugar de analizar la sinceridad de Zack. Su sinceridad actual no podría compensar las traiciones del pasado.

Con Wade a su lado y un brazo alrededor de su cintura, se dirigió al portón del garaje arrastrando los pies y entró por la puerta que conectaba con la casa. Ese breve trayecto se le antojó interminable, pero por fin accedió a la calidez de su interior y suspiró complacida cuando una corriente de aire le acarició el rostro y la ayudó a disipar el escalofrío que le había subido por la espalda al salir del vehículo.

—¿Te encuentras lo bastante bien como para comer, Gracie? —preguntó Zack, que seguía frunciendo el ceño—. Tienes que comer algo. Llevas dos días sin apenas comer nada.

Quería distanciarse de la incomodidad de su compañía y del tira y afloja de sus emociones que cada vez era más común al pensar en él. Qué fácil sería volver a la rutina de antes. Que Zack la cuidara y estuviera pendiente de ella, que la quisiera, y ella lo quisiera a él.

El dolor no tenía nada que ver con sus heridas. Nunca pensó que esto la afectara tanto, no después de tanto tiempo. Sin embargo, justo después del dolor aparecía la pena; la pena por lo que podría haber sido y no fue.

—¿Anna-Grace? —dijo Wade de repente—. ¿Qué te pasa?

Ella sacudió la cabeza y cerró brevemente los ojos.

—Nada. Estoy bien, en serio.

Él apretó los labios con aire de desaprobación, pero no quiso ahondar en la mentira. Entonces, para su asombro, se excusó para ir a ducharse y colocar sus cosas después de preguntar a Zack en qué habitación podía instalarse.

Se quedó plantada, inmóvil, sin saber qué hacer. Estaba en la cocina y se hizo un silencio incómodo, como en el coche durante el trayecto a casa.

Zack la cogió por el codo y, como había hecho Wade, la rodeó por la cintura con el otro brazo y la acompañó hasta la mesa del desayuno que había en un rincón frente a una ventana en saliente desde la que se veía un jardín cuidado meticulosamente.

—Siéntate aquí y descansa. Veré qué tenemos por aquí y prepararé algo en un periquete.

Le puso una mano en la coronilla y por un breve instante creyó que iba a intentar besarla, pero al final apartó la mano no sin antes acariciarle los largos mechones hasta las puntas. Apretó los puños y flexionó la mano como si tuviera que reprimirse para no volver a tocarle el pelo. Luego se dio la vuelta y se fue a la cocina y la dejó allí, con un ligero hormigueo en los labios como si la hubiera besado de verdad.

Se llevó la mano a la boca y se frotó los labios para quitarse esa sensación de encima. Estaba perdiendo la cabeza. ¿Cómo se le había ocurrido siquiera? Peor aún, si hubiera intentado besarla, no hubiera hecho nada para pararle los pies. Eso la convertía en la peor persona del mundo, y el sentimiento de culpa y de odio la carcomía por dentro. Igual que el deseo de besarlo, que achacó a recordar la dulzura de sus besos antes de que todo se fuera al garete.

Zack fue el único hombre que la había besado. Él era el único al que había amado. Y que amaría, aunque esa emoción ya estuviera muerta en su interior. Aun así podía recordar lo maravilloso que era sentirse joven y enamorada, tener el mundo entero a sus pies y soñar con cosas bonitas juntos.

Él había sido su sueño. Y luego se transformó en pesadilla.

Varios minutos después, que transcurrieron mirando la mesa que tenía delante como si estuviera en trance, Zack volvió con dos platos. Ni siquiera se había fijado en que estaba cocinando, así que no tenía ni idea de lo que había preparado.

Olía divinamente y su estómago protestó después de que lo hubiera descuidado durante tanto tiempo.

Él le puso el plato delante y una mano en el hombro, dándole un apretón cariñoso antes de sentarse justo frente a ella. Su cuerpo, atontado, reaccionó como si nunca hubiera tenido conocimiento de su traición, como desprovisto de su tacto y sus caricias después de tanto tiempo. Se le erizó el vello en el brazo y notó una oleada de calor en el pecho que le bajó hasta el vientre. Estaba tan asqueada que no sabía si podría comer.

Las lágrimas, que aparecieron de la nada, la quemaban como si fueran ácido. Era un desastre de emociones, tan indecisa y con tantos sentimientos encontrados que parecía trastornada.

—Gracie.

Ella no quiso levantar la cabeza, avergonzada como estaba porque la viera llorar. Debería haber sabido que él se daría cuenta de todos modos.

—Mírame, anda —le espetó.

Cerró los ojos, levantó un poco la barbilla y después de inspirar hondo varias veces, los volvió a abrir y lo miró a través de una pantalla borrosa.

Parecía furioso, pero también tan asqueado como ella se sentía. No podía más. No sobreviviría a esa proximidad sin venirse abajo. Si supiera seguro que no caería de bruces al levantarse, se echaría a correr.

—Tenemos que hablar. —Estaba muy enfadado. Pero ¿cómo podía haber al mismo tiempo tanta furia y tanta pena en sus ojos?—. Esto se ha alargado demasiado

y considero que ya es suficiente. He intentado esperar, he tratado de ser paciente. Esperaba que hablaras conmigo, pero ya veo que eso no va a pasar. Parece que vayas a derrumbarte y a partirte en mil pedazos de un momento a otro, y yo ya estoy en ese punto. Torturarte a ti, a mí... a los dos, mierda, no nos hace ningún bien, así que ya basta. En cuanto hayas comido, tú y yo vamos a tener una larga charla y no pienso dejarte escapar hasta que hablemos.

Ella se lo quedó mirando. Estaba cabreado, sí, pero curiosamente no con ella. Sus palabras y su tono decían una cosa, pero sus ojos le comunicaban algo completamente distinto. El dolor, un profundo pesar, nadaba en sus profundidades. Y también había arrepentimiento. ¿Estaba preocupado por ella? Quizás se lo estuviera imaginando todo, pero siempre había sido bastante intuitiva con Zack. Suponía que se debía a que podía leerle la mente, pero ahora ya no tenía esa habilidad y aun así podía sentir sus emociones.

Sabía lo que le pasaba por la cabeza, y no porque le leyera el pensamiento, sino porque sus ojos y su expresión lo reproducían con una claridad pasmosa. Estaba increíblemente confundida porque le pareció muy sincero. Si se olvidaba del enfado y la amargura durante un instante, podía ver que él se preocupaba de verdad. Quizá incluso la amaba.

Estuvo a punto de escapársele un grito ahogado, pero apretó los labios para que no reparara en esa reacción. Se le pasaban tantas emociones por la cabeza que empezaba a marearse.

Decir que estaba confusa era quedarse corta. Miró hacia abajo porque le resultaba incómodo ver la emoción reflejada en sus facciones y en sus ojos. Los ojos eran el espejo del alma, o así rezaba el dicho popular. Los ojos no mentían. Si todo eso era verdad, se hallaba delante de una enorme contradicción, porque si todo esto que estaba viendo era cierto, entonces quería decir que él se preocupaba y mucho.

Tenía la cabeza hecha un lío mientras reproducía mentalmente la secuencia de acontecimientos que se habían producido desde que Zack entrara en su vida. Cada palabra que había dicho, cada expresión y hasta la mirada en sus ojos. Y todo decía lo mismo, todo apuntaba a lo mismo, pero ¿podía creerlo? ¿O quizá se tratara de una farsa muy elaborada?

Frunció los labios, consternada. Tendría que ser muy buen actor para que todo esto le quedara tan convincente, y no era actor. Siempre había sido muy directo, incapaz de esconder sus pensamientos o sus sentimientos. No hacía falta jugar a las adivinanzas con él: si tenías alguna duda, lo único que tenías que hacer era preguntarle. Nunca respondía con evasivas y siempre daba su opinión sincera, aun a riesgo de herir los sentimientos de alguien.

Le dolía muchísimo la cabeza y se notaba el pulso en las sienes. Asimilar esto era demasiado. Se sentía al borde del precipicio, como si aferrarse con los dedos fuera lo único que evitaba que se precipitara al vacío. Un mal movimiento y caería. No estaba segura de cuánto más podría aguantar.

Se arriesgó a mirarlo de nuevo y vio la preocupación en su mirada. Sin embargo, su expresión era firme y decidida. No cedería. Lo conocía lo suficiente para saber que no había manera de convencerlo cuando se le metía algo entre ceja y ceja.

Eso significaba que estaban a punto de tener una conversación muy seria y por segunda vez desde aquella pesadilla horrible de hacía doce años, iba a contarle a alguien lo que le había pasado con pelos y señales.

Necesitaba hacer acopio de fuerzas, porque dudaba que pudiera sobrevivir a enfrentarse al hombre responsable de su destrucción y contarle detalladamente todo el dolor, el pesar y la humillación que había sufrido por su culpa.

## Veintiuno

El corazón le latía con fuerza. Después de la declaración forzosa, Gracie y él terminaron de comer en silencio. Notaba que le tenía miedo, era algo casi tangible que la embargaba a ella y le desgarraba el corazón a él.

Nunca habría imaginado que Gracie le tendría miedo. Era la última persona a la que debería temer. Siempre la había protegido y tratado con el máximo respeto y cuidado.

La había puesto en un pedestal y había besado el suelo que pisaba. No había nada en el mundo que no estuviera dispuesto a hacer por ella, y se cercioró de decírselo todos los días. No dejó pasar ni un solo momento en que ella no estuviera segura de su amor y devoción absolutos. Para él era lo más valioso del mundo... y seguía siéndolo.

Pero Gracie no era la única que tenía miedo; él estaba aterrado. Era el momento más importante de su vida. Todo dependía de él; del aquí y del ahora. Si Gracie no confiaba en él... Dios, pero para empezar ¿cómo pudo haberse creído todo aquello? Era tan desconcertante y no lograba comprenderlo.

Estos supuestos amigos que la habían violado, ¿le habían dicho que se lo había pedido él? ¿Quién narices le pide a alguien que viole a una persona como favor? Le daba un asco tremendo. Era tan abominable que sintió náuseas de solo pensarlo. ¿Qué clase de tarado pensaba que era si se creía esa mierda?

Se frotó la cara con la mano y se quedó mirando los platos que había puesto en el fregadero. En cuanto terminaron de comer, Zack rompió el silencio para decir a Gracie que era hora de hablar, de hablar de verdad. Al instante ella puso cara de pánico: fue como recibir un puñetazo en el estómago.

La acompañó al salón y volvió para recoger la mesa. Era una tontería, pero necesitaba tiempo para recomponerse y prepararse para la revelación de los demonios que atormentaban el pasado de Gracie... y su presente. Se preparaba para que le dijera que era el diablo en persona.

Se devanó los sesos pensando en quién de sus amigos del pueblo podría haber hecho algo tan despreciable, pero no daba con nadie. Gracie era un amor y solía caer bien enseguida. Lo sabía bien porque él mismo se había quedado prendado de su sonrisa y su risa contagiosa. En aquel momento supo sin lugar a dudas que era perfecta para él, a partir de entonces hizo lo necesario para conseguirla.

Pero, volviendo al tema, ¿quién y por qué querría hacer daño a Gracie? ¿Y por qué lo culparon? No tenía ni pies ni cabeza. Ya nada tenía sentido. En esta situación de mierda, no entendía nada de nada.

Cerró los ojos, apoyó las manos en el fregadero e inspiró hondo varios segundos

para hacer acopio de valor en vistas de lo que le aguardaba. Sterling se quedó en su habitación; estaba ocupado haciendo llamadas de negocios, a petición de Zack. Había planificado que hablarían del pasado en cuanto Gracie estuviera en un lugar seguro. No le había hecho ninguna gracia que Sterling se quedara en la misma casa que ellos, pero si con eso conseguía la ayuda de Gracie, lo aceptaría sin chistar. Ahora bien, se había cerciorado de que se mantuviera alejado de ellos la mayor parte del tiempo.

Zack miró hacia el salón; Gracie estaba sentada en el sofá, hierática como una estatua de hielo. Sabía que estaba retrasando lo inevitable por muy frustrado que se sintiera ante la falta de información.

Se pasó una mano por el vientre e hizo una mueca. Lo que acababa de comer se le revolvió en el estómago como una lavadora centrifugando y estaba de los nervios. De esta conversación dependían muchas cosas, como que ella creyera en su inocencia. Si llevaba doce años convencida de su culpabilidad, ¿qué probabilidades tenía de que cambiara de parecer?

«Tío, sobreponete ya y deja de ser tan moñas».

Suspiró por la reprimenda, pero hizo caso de todos modos. Se dio la vuelta y volvió al salón donde Gracie permanecía sentada en un extremo del sofá, apoyada en los cojines que la rodeaban, que hacían las veces de barrera o muro de contención.

Él le dio el espacio que necesitaba; se sentó en el otro sofá de enfrente para poder mirarla a la cara, con una separación entre ambos. Iba contra su instinto no estar cerca de ella y tocarla, abrazarla, ofrecerle consuelo, algo que sin duda necesitaría al relatar esa experiencia traumática. Y no era la única que necesitaría consuelo, aunque dudaba que él lograra encontrarlo.

La miró a los ojos y reparó en cómo flexionaba los dedos con nerviosismo. Le dolía el pecho por lo que estaba a punto de revelarle. Aún seguía recuperándose de la bomba que Sterling le había lanzado antes. Tenía un nubarrón de pesar por encima de la cabeza y no había dejado de torturarse, imaginándose en manos de tres hombres que la habían violado sin piedad. Hombres que, al parecer, conocía.

—Cuéntame lo que pasó, Gracie —le pidió en voz baja.

Incluso sabiendo ya la historia, quería —o mejor dicho, necesitaba— oírla de sus labios. No quería delatar a Sterling y a hacerle daño a ella al mencionarle que alguien en el que confiaba la había traicionado. Necesitaba personas en las que poder confiar y él quería ser una de ellas.

Estaba pálida y era evidente que estaba haciendo un esfuerzo. Tenía la mirada cansada y llena de dolor, como si estuviera reviviendo un infierno. Lo asaltó el sentimiento de culpa. No quería que tuviera que volver a explicar el horror de lo que había tenido que vivir, pero ahora mismo lo más importante era que supiera que él no había tenido nada que ver.

Era la única oportunidad que tenía de conseguir que volviera a creerlo. Y él quería, necesitaba, su amor. Si alguna vez se cuestionó sus sentimientos por ella, si creyó que disminuirían con el paso del tiempo y la distancia, porque él era mayor y

muy distinto al universitario idealista que pensaba que lo tenía todo, todas esas dudas habían desaparecido ya. En cuanto la volvió a ver, a pesar del miedo que ella manifestó y que lo dejó desconcertado, supo que nunca volvería a haber ninguna otra mujer en su vida. No podía perderla, no después de haber pasado tanto tiempo buscándola. La primera vez que la perdió estuvo a punto de no sobrevivir. Si volviera a suceder, lo destrozaría.

Observó con atención las dificultades que tenía por encontrar las palabras. Parecía muy perdida y desolada, así que, aunque se moría de la impaciencia, no le metió prisa. Sin embargo, no soportaba esa distancia que los separaba, de modo que se le acercó en el sofá, preparado para su rechazo, pero resuelto a demostrarle que no era ningún monstruo.

Fue a cogerle la mano y ella se acobardó e intentó zafarse. Él no dejó que la apartara y con mucho cuidado para no hacerle daño, se la apretó.

Gracie se estremeció; la vergüenza se asomaba a sus delicadas facciones.

—No me toques —rogó en un hilo de voz y los ojos llenos de lágrimas—. Por favor, no me toques.

Esa súplica le rompió el corazón.

—¿Por qué, Gracie?

Ella cerró los ojos y cuando los volvió a abrir tenía las pestañas mojadas por las lágrimas.

—Porque... no.

Se frotó el brazo con la mano que tenía libre como si quisiera quitarse una mancha invisible. Como si estar tan cerca de él la hiciera sentir sucia.

—¿Te hago sentir sucia? —le preguntó con voz ronca.

Aunque ya conocía la respuesta, tenía que oírla. De alguna manera tendrían que sortear todo ese dolor y traición, y debía convencerla de su inocencia. Toda su vida dependía de que ella recuperara la confianza en él. Podía esperar hasta que volviera a quererlo. Esperaría para siempre si fuera necesario, pero sabía que no tendría ninguna oportunidad si no conseguía desenmarañar este misterio y convencerla de que él no había tenido nada que ver.

—Tú no... Me refiero a que ahora mismo no. Ellos... Joder...

Se atragantó con lo último y pareció que estuviera a punto de devolver. Temblaba sin parar de pies a cabeza como si tuviera mucho frío, y apretaba los labios con fuerza. Era como si agonizara con cada palabra; parecía exhausta y eso que acababan de empezar y aún les quedaba mucho por delante.

—¿Ellos, quién? Dime qué pasó, Gracie. ¿Te hicieron daño?

No pudo evitar el tono furioso de su pregunta aunque ya supiera la respuesta. Ni siquiera podía pensar en lo que le habían hecho sin que lo consumiera la rabia. Tuvo que obligarse a estirar los dedos para no apretar los puños; no quería mostrar ninguna señal de enfado. No quería que le tuviera más miedo del que ya le tenía. Ella esperaba dolor y violencia por su parte cuando, de hecho, moriría antes de hacerle daño o



permitir que se lo hicieran.

Ella contrajo el rostro por el desasosiego y no intentó ocultar las lágrimas; sollozó y ese sonido le desgarró el corazón por la desesperación. Se giró hacia él con una mirada de nuevo salvaje, embargada por la rabia y el malestar.

—¿Cómo puedes estar ahí y preguntarme eso? Me hiciste daño —espetó—. ¡Tú! ¿Cómo te atreves a fingir que no sabes lo que ocurrió? ¿Te hace gracia ver el resultado de tu trabajo? ¿O tal vez no es suficiente y quieres hurgar más en la herida?

Él le asió la otra mano cuando quiso secarse las lágrimas de dolor... y de rabia. A él también le temblaban las manos y, aunque le resultaba difícil, la miró a los ojos. Era horrible ver la agonía reflejada en su mirada. Hubiera dado cualquier cosa para retroceder. No la hubiera dejado nunca sola. Ojalá pudiera volver a ese momento en que la vio por última vez. Ojalá. Había demasiados arrepentimientos, demasiados errores. El peor había sido no llevarla consigo a la universidad o simplemente no quedarse con ella hasta que terminara el instituto.

—Nunca te hubiera hecho daño, Gracie, nunca. Te quería, te he querido siempre. Cuéntame qué pasó. Tenemos que hablar de esto o las cosas nunca se resolverán entre nosotros. Y quiero solucionarlo. No pienso aceptar una negativa —dijo tajante.

Ella lo miró con incredulidad; le ardían los ojos de rabia.

—¿De verdad crees que lograré superar alguna vez que ordenases mi violación? ¿Crees que eso puede resolverse? —le preguntó casi a gritos. Se le encendieron las mejillas y el pecho le subía y bajaba por el esfuerzo.

Las palabras lo cortaban como si fueran cuchillos. Le vinieron a la mente unas imágenes horribles de Gracie indefensa mientras la atacaban. Y que pensara todo este tiempo que él había sido el responsable... Le escocían los ojos como si le hubieran echado ácido, pero estaba decidido a no perder el control. Ella lo necesitaba fuerte ahora mismo; tenía que serlo por los dos.

Aun habiendo escuchado partes de esa historia, oír cómo lo contaba ella, ver esa mirada acusadora y de dolor lo destrozaba. Se quedó pálido.

Seguía temblando, y se notaba las manos torpes mientras levantaba las de ella. Entonces volvió a mirarla a los ojos, rezando para que ella viera la sinceridad y la realidad en los suyos.

—No sé de qué estás hablando, Gracie, pero quiero que me escuches con atención. Eras mi mundo entero, lo mejor que había en él. Nunca haría nada para hacerte daño y acabaría con cualquiera que se atreviera a hacerlo. No tengo ni idea de dónde sacaste esa idea tan retorcida. Joder, ¿tan poca fe tenías en mí entonces? —preguntó, incapaz de mantener a raya el deje de dolor en su voz.

Lo intentaba. Intentaba con todas sus fuerzas que no se le notara el dolor y la traición, pero seguía sin entender por qué ella lo creyó capaz de una atrocidad semejante. No era la única que se sentía traicionada en esta situación.

—Confiaba en ti más que en nadie —dijo con la voz temblorosa y algo áspera después de estallar—. Si no hubiera tenido una prueba irrefutable, nunca me hubiera

planteado que hubieras tenido algo que ver.

—¿Una prueba irrefutable? —La incredulidad era evidente en sus palabras—. ¿Qué tipo de prueba?

Estaba cansado de andarse por las ramas. La frustración que llevaba fraguándose durante días estaba alcanzando ya una cota muy alta y se notaba a punto de explotar.

—Cuéntame qué pasó. Dime quién te hizo esto y qué tipo de prueba te hace creer que yo participaría en la violación de una mujer. Y aún menos de la chica a la que amaba. Una chica con la que quería casarme y que quería que fuera la madre de mis hijos. La chica con la que quería pasar el resto de mi vida. Entiendo que me odies, Gracie, pero por el amor de Dios, lo mínimo que puedes hacer es contarme lo que pasó. ¿Quién te puso las manos encima? ¿Quién te hizo daño? ¿Quién te violó?

Apretaba los dientes con fuerza y tenía el pulso acelerado. A pesar de lo mucho que se esforzaba por mantener la calma y controlar sus emociones, era como una bomba de relojería a punto de estallar.

No imaginaba que nada pudiera hacerle más daño que cuando regresó a casa y descubrió que Gracie se había ido, que había desaparecido como si nunca hubiera sido la parte más importante de su vida. Pensó que nada podría hacerle sentir peor que esa tristeza instalada en su alma durante los últimos doce años, cuando, por mucho que lo intentara, la buscaba y no obtenía resultados.

Pero esto... Esto tenía visos de volverlo a destruir. Que pensara esas cosas de él, que hubiera creído que él la había traicionado durante todo este tiempo. Joder, ahora eso tan críptico que dijo en el hospital sobre terminar el trabajo por fin tenía sentido. Gracie pensaba que él había pedido que le dieran una paliza, además de violarla hacía doce años. ¿Qué tipo de cabronazo enfermo y tarado se creía que era?

—¡Ahora no te hagas el dolido! —gritó mientras las lágrimas le resbalaban por las mejillas sin parar—. Tú no eres la víctima aquí. ¿Te crees que me saqué de la manga la conclusión de que lo habías orquestado todo? Tus amigos me violaron, Zack. Tus amigos. Y no, no me dijeron que se lo hubieras pedido. No dijeron nada. Estaban demasiado ocupados riéndose mientras yo lloraba, pero sus pensamientos estaban tan claros como el agua. Era como leer el guion de una película de terror. Los tres tenían exactamente el mismo recuerdo: aparecías tú y les pedías un pequeño favor. Como si yo fuera una pequeña molestia de la que querías deshacerte. ¿No podrías haber roto conmigo como hace la gente normal? ¿No podrías haberme dicho que ya no me querías?

Zack se incorporó de inmediato y le cogió las manos mientras la observaba, estupefacto. La habitación empezaba a dar vueltas a su alrededor. Oía un zumbido que lo iba a dejar sordo. Buscó en sus facciones alguna señal de que la había entendido mal. Pero no, las palabras se le quedaron grabadas en la mente con una claridad pasmosa. Era una pesadilla de la que no podía despertar. En ese momento quiso morir.

—¿Qué amigos? —preguntó, horrorizado.

Apenas podía hablar porque tenía un nudo en el pecho que le impedía respirar. Estaba paralizado, incapaz de moverse, de pensar, de procesar esa verdad tan horrible.

Ella se recostó en el sofá y fue como si le hubieran absorbido la vida, dejándola agotada y casi inerte. Tenía tal expresión de desesperanza e indefensión que lo mataba verla así.

—Kevin, Stuart y Bryan —contestó.

Zack se quedó inmóvil de la impresión. No, joder, no. Esto tenía que ser una broma. Ni siquiera podía pensar con coherencia para seguir preguntándole. ¿Kevin, Stuart y Bryan? No eran solo amigos, eran sus mejores amigos. Los conocía desde párvulos. Además, seguía viéndolos una vez al año. Había estado en sus casas y había conocido a sus mujeres e hijos.

Y no solo habían aterrorizado y violado a una chica que sabían que adoraba, sino que encima le habían implicado en sus pensamientos. Joder, estaba a punto de devolver. Había llorado sobre sus hombros cuando Gracie desapareció. Incluso lo habían ayudado a buscarla. Nadie más se interesó, y la mayoría de la gente del pueblo ni siquiera sabía quién era. Su padre se echó a reír cuando acudió a él, desesperado y aterrorizado. Le había dicho que era muy probable que se hubiera ido como su madre y que estaba mucho mejor sin ella.

Joder, no le extrañaba que sus amigos se interesaran por ella. No le extrañaba que creyeran que estuviera viva cuando la mayoría de la gente insinuaba que tal vez estuviera muerta y nunca sabría lo que le había pasado. Cada vez que quedó con ellos en los años posteriores, siempre le preguntaban si la había encontrado. Interiormente debían de alegrarse, ya que de lo contrario se hubiera sabido la verdad. Igual que ahora había salido todo a la luz. Entonces él sabría hasta el último detalle de lo que habían hecho, y sobre todo que le habían implicado en el crimen. Se oyó un terrible gemido de dolor e hizo una mueca, pero se dio cuenta de que había sido él.

—No —susurró—. Joder, no. ¡No!

Cerró los ojos y apretó los puños. Se estaba desmoronando poco a poco; estaba a punto de estallar.

Se tambaleó porque parecía que sus piernas ya no podían sostenerlo. Se arrodilló en el suelo y se tapó la cara con las manos mientras empezaba a sollozar. Las lágrimas le volvían la visión borrosa y se las frotó con rabia, decidido a no perder la compostura por Gracie, por los dos. Si aún tenía alguna posibilidad, si aún tenía la opción de recuperar su confianza, tenía que recobrar la compostura.

Sabiendo que no podría mantenerse en pie, gateó hasta el sofá donde estaba Gracie, con la mirada de desesperación que reflejaba.

Se notaba tal presión en el pecho que sintió que iba a explotar y se le hizo un nudo en la garganta que le impedía respirar. Y, sin embargo, esto era importante, era el momento más importante al que debería enfrentarse nunca. Era su vida, su amor y su felicidad. Y la mujer que tenía todas esas cosas en sus delicadas manos pensaba

que él había hecho algo horrible.

## Veintidós

Anna-Grace estaba conmocionada mientras observaba el rostro de Zack consumido por el pesar. En su mente no había más que confusión y se sentía como en el hospital después de que le administrasen medicación contra el dolor. ¿Estaba teniendo psicosis a los medicamentos? ¿Era una especie de pesadilla rara y seguía en el hospital en realidad? ¿Se había imaginado toda la cadena de acontecimientos hasta ahora?

Pero no, esto era real. Su tacto era real y le acariciaba las manos de tal manera que quiso hacer una mueca. Sin embargo, reprimió la reacción porque no quería que supiera que le había hecho daño. Menudo desastre. ¿No debería querer hacerle daño? ¿Que sangrara como había sangrado su corazón cada vez que pensaba en tiempos más felices: cuando estaba contenta y se creía amada?

Algo aturdida, vio como él acercaba sus manos a la boca, cerraba los ojos y agachaba ligeramente la cabeza para besarle los nudillos. El gesto era tan tierno, tan lleno de emoción, que se le cortó la respiración hasta que tuvo que tomar aire de nuevo porque empezaba a dolerle el pecho por la falta de oxígeno.

Nada tenía sentido. No se había equivocado. Los pensamientos, los recuerdos de sus agresores eran idénticos. Zack les había dicho que callaran y se deshicieran de ella, que era un peso muerto con el que ya no quería cargar. Las palabras y las imágenes le dolieron más que el dolor físico y la humillación que le hicieron sentir. Había llorado, pero no por el dolor. Estaba tan aturdida por la impresión y la pena que se cerró al horror de la violación. Las lágrimas eran por Zack y por lo que había perdido. Lo que nunca había tenido porque todo había sido una gran mentira.

Nunca la había amado. No sabía qué era amar. Y tal vez a los dieciséis años ella tampoco lo había sabido, pero sí sabía lo que no era. El amor no era vergonzoso ni degradante. No era tirarla como la basura después de reducirla a ese nivel.

Todavía se sentía tan sucia como cuando se quedó allí tirada en el suelo sollozando y rezando para morir. Pensaba en después, al llegar a rastras a su habitación del motel, y en cómo se estuvo frotando horas y horas bajo la ducha hasta que no salió más agua caliente. Pero el agua fría no era nada comparada con el frío que le congelaba el alma.

Nunca olvidaría ese momento de estar sentada en la cama, desnuda y tiritando, con la piel enrojecida y en carne viva por haberse pasado tanto tiempo frotándola, y pensando —queriendo— lo que solamente alguien sin esperanza se plantearía. Y peor aún, en ese momento tan oscuro, estuvo a punto de entregarse a la tentación que le susurraba cosas al oído a través de su mente dividida.

Y ahora le pedía no su perdón, porque algunas cosas eran imperdonables, sino

que creyera algo que contradecía lo que su don le permitía ver y saber.

La reacción de Zack no era de vergüenza, remordimiento, culpa ni angustia porque lo hubieran descubierto. Tenía delante a un hombre completamente... destrozado. La desesperación y la congoja eran evidentes en sus facciones. Sus ojos expresaban tanta aflicción que le dolía mirarlo.

Empezó a estremecerse y acabó temblando como si el fuego se hubiese propagado en su interior. Se notaba la garganta tan cerrada que cada respiración era un suplicio. Tardó un rato en darse cuenta de que el zumbido incesante en los oídos era su respiración o, mejor dicho, sus intentos de respirar.

Zack abrió los ojos y el zumbido se hizo más pronunciado. Durante un rato dejó de centrarse en respirar porque estaba más pendiente de su reacción.

Enseguida vio sus lágrimas y no hizo amago de esconder su pesar; era una angustia terrible. Nunca había visto una emoción tan descarnada reflejada en los ojos de otra persona. Era desgarrador. Era como ver su propio dolor en ellos, como una ventana a su alma y a su sufrimiento. El sufrimiento del que él era responsable.

—Gracie —dijo con la voz tomada por todas las emociones que se asomaban a su mirada—. Tienes que creerme, cielo. Por favor.

Le bajó las manos al regazo y se inclinó hacia delante con unos dedos tan temblorosos como los suyos. Llevó las manos a su rostro y vaciló un momento como si tuviera miedo de que se acobardara, y le acarició las mejillas.

—Me da igual lo que leíste o lo que crees que leíste en las mentes enfermas de esos cabronazos. No importa. No tuve nada que ver con que te hicieran daño, ¡te lo juro por mi vida! Nunca haría nada que pudiera hacerte daño. Me entran ganas de matarlos por lo que te hicieron. Lo haré aunque sea lo último que haga.

Su voz se volvió ronca por la vehemencia que imprimía a cada palabra. Puso unos ojos como platos porque le estaba suplicando y él no suplicaba nunca a nadie. Era demasiado orgulloso y obstinado. Ni siquiera comprendía qué le estaba suplicando. ¿Lo estaba negando todo? ¿Estaba loco? ¿O le estaba diciendo que la loca era ella?

—Te quería. Nunca he querido y nunca querré a nadie como te he querido a ti. ¿Sabes qué fue llegar a casa y ver que te habías ido? —preguntó con la mirada encendida—. Desapareciste sin más. Sin dejar rastro de dónde habías ido. Y te busqué, te busqué por todos sitios. De hecho, nunca he dejado de buscarte.

Su expresión se volvió más salvaje, más sincera. Tenía una mirada penetrante, como si quisiera que lo entendiera, que creyera en él.

—No sé qué pasó ese día o por qué, pero lo descubriré, Gracie. Porque esos hijos de puta no solo te pusieron las manos encima... —Se le quebró la voz, se estremecía visiblemente y tuvo que respirar varias veces para recobrar la compostura—. Te violaron y te separaron de mí. Sabían que te quería. Sabían que pensaba pasar el resto de mi vida contigo.

Terminó esa súplica tan apasionada y se quedó en silencio, estudiando su rostro. Sabía que lo que veía no era bueno: seguro que estaba pálida y tendría los ojos

enormes de la impresión. Seguía temblando como una hoja y esforzándose por respirar.

—¿Gracie? —susurró con indecisión.

Le imploraba con la mirada, le pedía en silencio que confiara en su ruego. Volvió a acariciarle suavemente las mejillas, con sumo cuidado para no rozar los moratones. Con los pulgares le secó las lágrimas que no se había dado cuenta pero había empezado a derramar.

—Por favor, di que me crees.

Cerró los ojos y notó que cedía, que estaba a punto de perder los nervios. Intentó responder pero no podía respirar, y aún menos dar voz a esos pensamientos enfrentados.

Los volvió a abrir, asustada, cuando notó una opresión en el pecho que le impedía respirar. Empezó a agitar los brazos y a quitarse de encima las manos de Zack, con las que aún le acariciaba el rostro.

Oyó cómo blasfemaba en la distancia, pero no pudo distinguir gran cosa porque el zumbido se había vuelto ensordecedor, sonaba como un tren que fuera a atropellarla.

Entonces hizo algo que juró que nunca volvería a hacer. Miró con ansias a Zack para que la ayudara y consiguió decir su nombre antes de que la habitación se fundiera a negro a su alrededor.

Lo último que vio fue la expresión seria y preocupada de Zack, y cómo la estrechó entre sus brazos.

Su olor tan familiar, que no había cambiado en doce años, la embargó. Estar en sus brazos la hizo sentir como... en casa.

Y no había nada más dulce que eso.

## Veintitrés

Zack tenía a Gracie entre sus brazos y se deleitaba en este momento de quietud en la penumbra de la habitación. Se había cerciorado de dejar la luz de la habitación encendida y la puerta abierta para que en caso de despertarse, no le entrara el pánico al encontrarse acurrucada con él. Era algo que llevaba deseando ya tantas noches de las que podía contar y por fin sus plegarias habían sido escuchadas, aunque a los dos aún les quedaba un buen trecho hasta encontrarse el uno al otro.

No obstante, se aferraba a la esperanza. Tenía que hacerlo o la poca cordura que le quedaba desaparecería y se vería abocado al oscuro mundo de la desesperación.

Hundió la nariz en su pelo e inhaló su olor; luego, le mesó los cabellos. Le vinieron a la mente aquellas noches que habían pasado así, con Gracie entre sus brazos, hecha un ovillo junto a él. Había tenido muchas ganas de que hubiera mil más así cuando estuvieran casados y le hubiera hecho el amor por primera vez.

Volvió a sobrevenirle un sentimiento de pena otra vez por lo que había perdido ella... y él. Fue una chiquilla de dieciséis años a la que habían violado hombres en los que confiaba, personas a quienes consideraba sus amigos. No, no había tenido nada que ver con ese crimen, pero de alguna forma era culpable porque Gracie nunca los habría conocido de no haber sido por él.

Tenía la cabeza apoyada sobre su hombro y dormía profundamente. Esperaba que no tuviera pesadillas ni recuerdos de su pasado. Al obligarla a relatar lo que había vivido, había vuelto a ese horrible día, la había empujado al horror de su peor pesadilla. Y al imaginarla, la había vivido con ella. Parte de su alma había muerto y no volvería a recuperarla. Viviría el resto de su vida creyendo que él se lo había hecho. No podía pensarlo siquiera sin venirse abajo.

No sabía si hacerle revivir esa experiencia le había provocado el ataque de pánico que le cortó la respiración hasta el punto de desmayarse o si fue el defender su inocencia lo que la había llevado al límite.

Nunca había sentido tal falta de esperanza en su vida, salvo cuando tuvo que enfrentarse a que Gracie había desaparecido y no volvería. No sobreviviría a perderla una segunda vez. Si no quería creerlo, si salía corriendo lo más lejos de él que pudiera, nunca volvería a sentirse completo. Sería como una cáscara vacía que vaga sin rumbo ni objetivo, sin esperanza. Sin la felicidad que Gracie podría brindarle.

Pero antes de poder pensar en recobrar el valiosísimo regalo de su confianza y su aceptación, que creyera en su negativa, había otros asuntos importantes de los que ocuparse.

Se le tensó la mandíbula y dejó la mano quieta en su espalda. El odio lo consumía, le nublaba la mente y le formaba una neblina rojiza en los ojos. Mientras



los capullos de sus amigos disfrutaban de la vida, sus esposas y sus hijos, Gracie había estado sola, dolida y llena de heridas invisibles y permanentes. A Zack le habían negado las mismas cosas que sus amigos daban por sentadas, porque estos se habían asegurado de que Gracie y él no tuvieran nada del futuro que Zack había planificado.

¿Por qué? ¿Por qué, joder? Era tan raro y tan jodido todo que no podía concebirlo. ¿Para qué querían hacerle algo tan horrible? ¿Por celos? ¿Estaban resentidos porque dedicaba su tiempo a Gracie y a la universidad y no lo tenía para nada más? Y en ese caso, ¿quién llegaba a esos extremos por celos? Era una locura.

No, no tenía las respuestas. Aún no, pero las conseguiría.

No quería dejarla, era lo último que quería, pero hasta que tuviera delante a los tíos que habían destrozado a una muchacha inocente, Gracie y él no tendrían ninguna oportunidad. Ella no lo creería solo porque se lo dijera. Descubriría la verdad por mucho que costara. Haría que sangraran, como habían hecho ellos con Gracie; les haría daño, igual que le habían hecho a ella. Pronto sabrían con quién se la jugaban al enfrentarse a un hombre de su tamaño en lugar de abusar de una chica más pequeña y delicada.

Le entraban ganas de vomitar. Los hombres que la habían violado tenían veinte años: cuatro años más que ella. Habían violado a una menor, por el amor de Dios.

Respiraba tan entrecortadamente que parecía que sollozaba.

Ella iba a perder la virginidad con él. No harían el amor hasta llegar a la noche de bodas porque quería darle el respeto que merecía y no quería precipitarse. Quería que su primera vez fuera especial, una noche que ambos recordarían durante el resto de sus vidas.

Quería darle tiempo para que creciera y madurara, que floreciera y se convirtiera en la mujer que iba a ser. Y como ella llegaría al matrimonio sin que otro hombre la hubiera tocado, él también quería honrarla entregándose solamente a ella.

Se mostraba muy tímida cuando hablaban de hacer el amor, lo mencionaban muy a menudo al hablar de sus sueños y esperanzas. Él susurraba lo feliz que era al saber que sería el único que le hiciera el amor y que él honraría ese regalo asegurándole que también sería la única. Sería la única con quien hiciera el amor.

La noche que perdió la virginidad, su primer año como deportista profesional, lo hizo con una mujer cuyo nombre ni siquiera recordaba y no se había sentido tan asqueado en la vida. Se quedó mirando al techo y los ojos le escocían como si se los hubieran frotado con papel de lija; lloraba la pérdida de Gracie otra vez. Salió de la cama y llegó al lavabo a duras penas para vomitar en el retrete.

No había vuelto a acostarse con nadie hasta que dejó el fútbol americano y trabajaba de policía. Con el tiempo se volvió más fácil y al final consiguió disfrutar del sexo, al menos físicamente. Sin embargo, nunca se había implicado sentimentalmente, nunca había experimentado la euforia y la satisfacción mental de hacer el amor con alguien que le importara, alguien a quien amara.

¿Habría conseguido Gracie tener una relación sana con otro hombre después de una experiencia tan traumática? La idea de que otro hombre la abrazara, la tocara, la besara, la amara y se introdujera en su cuerpo tan suave y dulce... Notó una opresión en el pecho que llegó a la incomodidad y lo embargó de una envidia malsana por este amante hipotético.

Reconoció la hipocresía de su reacción y, en realidad, a pesar de desear con toda su alma haber sido él quien la consolara, la amara, le diera placer, y le enseñara la belleza de hacer el amor de una forma que consiguiera borrar los horribles recuerdos de dolor, degradación y violación, esperaba de verdad que hubiera encontrado a alguien que se preocupara lo suficiente por ella para hacer de esa experiencia algo bonito y placentero.

La idea de que ella se cerrara en banda a cualquier tipo de intimidad, y viviera sola, temerosa y reacia a confiar en alguien por su traición, le desgarraba el corazón.

A pesar de su esperanza de que hubiera podido superar esa experiencia traumática a los dieciséis años, una etapa frágil e impresionable para cualquier chiquilla, tenía la preocupante sensación de que nunca había dejado que nadie se le acercara lo suficiente para establecer el tipo de confianza necesaria para permitir dicha intimidad.

Aunque no había tenido una impresión muy favorable de Sterling cuando se conocieron, se equivocaba. Parecía que era un buen hombre y que la había tratado bien. Pero Sterling había dejado muy claro que Gracie y él no eran más que amigos. Él había reconocido que había querido algo más, pero ella lo había rechazado y a pesar de todo se habían hecho amigos.

Al parecer ella confiaba en él, pero no había querido algo más allá de una amistad, lo que quería decir que seguramente no había llegado a más con nadie.

Eso tendría que haberle dado cierta satisfacción, pero solo sentía pesar y arrepentimiento porque nunca hubiera tenido nadie que la enseñara, que le diera ternura y... amor.

Él quería ser ese hombre. Lo deseaba con más ahínco de lo que ansiaba respirar, pero aunque pudiera enseñarle pruebas tangibles de su inocencia y no solo su palabra, en el fondo de su corazón sabía que volvería a perderla.

Al reparar en eso se quedó inmóvil y apretó la mandíbula hasta el punto de creer que se rompería los dientes. No podía... no pensaba permitir que eso pasara otra vez. La rabia empezó a borbotear en su interior y en su mente solo pensaba en la venganza, en justicia para Gracie. Pensaba también en conseguir la verdad para él mismo y libertad para ambos, para que tal vez pudieran pasar página juntos.

Los suaves mechones de pelo que él tenía alrededor de los dedos resbalaron al apretar los puños. Sabía lo que tenía que hacer. Quería vengarse por Gracie, por los dos. Solo podía pensar en violencia, en que los cabronazos que le habían hecho daño lo pagaran con la muerte.

Haría que confesaran hasta el último sórdido detalle de su ataque a una chica que legalmente era una menor de edad por aquel entonces. Y luego sus esposas deberían

decidir si querían seguir casadas con estos violadores o siquiera confiarles a sus hijas.

Se notaba el pulso en las sienes y se obligó a tranquilizarse, a controlar sus pensamientos sobre venganza, por lo menos de momento. Apoyó la mejilla en su cabeza y la atrajo un poquito más hacia sí.

—Te quiero, Gracie —susurró—. Si tengo esperanzas de que me quieras de nuevo, hay algo que tengo que hacer. Debo dejarte un tiempo, pero te juro que volveré.

Apartó la mejilla y acarició el contorno de su pelo lo suficiente para poder besarle la frente. Cerró los ojos e inspiró hondo para captar su esencia, tan suave, cálida, preciosa.

No borraría este recuerdo de tenerla en los brazos; un momento exquisito en que todo iba bien y era perfecto. Sería lo que le daría ánimo cuando por fin se hiciera justicia y volviera con ella con las respuestas que ambos necesitaban... y merecían. Porque aunque Gracie era la mayor víctima de esta tragedia, ambos eran víctimas de algo que les había cambiado la vida por completo. Tardarían tiempo y necesitarían grandes dosis de comprensión para poder corregir lo malo y dejar atrás el pasado que los atormentaría el resto de la vida.

## Veinticuatro

Gracie se despertó con un fuerte letargo. Se notaba las extremidades pesadas y flácidas, y le costó darse la vuelta en la cama. Estaba exhausta, como si le corriera plomo por las venas; se notaba embotada y lenta de reflejos. Era como si la hubieran drogado o estuviera sedada.

Arrugó la nariz tratando de recordar si había tomado la medicación que el doctor le había recetado cuando le dieron el alta, pero no, no había tenido la oportunidad. En cuanto Zack y ella llegaron a su casa, todo se había precipitado.

Se quedó inmóvil cuando empezaron a venirle todos los recuerdos, como si fueran las piezas de un rompecabezas. Encajaban unas con otras a una velocidad que la dejó momentáneamente desorientada. Y entonces parte del embotamiento desapareció, la neblina se esfumó, y lo que había pasado la noche anterior quedó expuesto con una claridad dolorosa.

Alargó la mano con indecisión al tiempo que se daba la vuelta, preguntándose si Zack seguía a su lado en la cama. No recordaba que la hubiera acostado después de su ataque de pánico, pero en algún momento de la noche se había desvelado brevemente y se había visto acurrucada entre sus brazos, que la rodeaban como si fueran un mundo protector. Se había sentido bien. Por primera vez en muchos años, se había sentido a salvo. ¿No era una locura? No se había resuelto nada, nada había cambiado, ¿o sí?

Su mano encontró un espacio vacío. No había rastro de que él hubiera estado allí o que indicara que acababa de dejar la cama. Frunció el ceño y al momento sintió cierta decepción al ver que se había ido. Lo único que quería era estar a su lado, entre sus brazos, vivir, aunque fuera un momento, la seguridad de que nada podría volver a hacerle daño.

Pero había sido él quien le había hecho más daño.

No podía dejarse engañar por sus palabras, por muy convincentes que hubieran sido. Pero... ¿y si...? No, no quería pensar en eso. Su don era infalible, bueno, cuando aún tenía la habilidad de leer mentes. Sin embargo, esa habilidad desapareció junto con su inocencia y la creencia en la bondad de las personas.

No se había equivocado. No podía ser que los tres violadores tuvieran recuerdos idénticos de ese mismo momento.

Y, a pesar de todo, Zack había quedado completamente destrozado ante la revelación. Nadie podía fingir ese tipo de reacción. Parecía muy asqueado y no se podían fingir esas lágrimas ni su aflicción. Nunca había visto semejante agonía en otra persona.

Se volvería loca tratando de encontrar sentido a lo que no lo tenía. No valía la

pena intentarlo siquiera, pero sí podría asegurarse de no verse nunca más en la tesitura de que la traicionara alguien en quien confiaba. La solución era muy fácil.

No darle a él, ni a nadie, esa oportunidad no era forma de vivir. No permitirse acercarse a alguien, no tener amigos de verdad, ni compartir su vida con alguien que le importara. ¿No había desperdiciado ya bastante su vida? Había existido en un vacío autoimpuesto, viviendo cada día de forma mecánica sin soñar en un futuro. Sin atreverse a soñar en general.

De nuevo esa idea la embargó de tristeza y se dio asco al verse debilitada por su influencia al cabo de tan solo cuarenta y ocho horas. Retiró las sábanas, se sentó y dejó las piernas colgando del borde de la cama.

Con cuidado, puso los pies en el suelo, apoyándose en el cabecero para no acabar de bruces. Su cuerpo protestó por el esfuerzo. El calor se apoderó de su cuerpo y el dolor y la rigidez la hicieron jadear mientras se aventuraba por la habitación como si fuera una universitaria ebria. Se detuvo un momento para recobrar la compostura, y después de enderezarse lo bastante para saber que no caería, dio un paso decidida y se alegró de no tambalearse.

Aún llevaba la ropa que se había puesto el día anterior. Arrugó de nuevo la nariz y se fue derecha al armario. Zack había dicho que Eliza había ido a comprarle ropa y tenía curiosidad por ver qué había escogido.

Descubrió que no tenía de qué preocuparse. La ropa era la mar de cómoda. Había unos vaqueros suaves doblados con cuidado y colocados en un estante. Había varias camisetas entre las que escoger, además de zapatos, calcetines y, para su vergüenza, también un buen surtido de braguitas y sujetadores. Parecía que Eliza lo había pensado todo al detalle.

Dejó los vaqueros a un lado porque no tenía ganas de forcejear con los tejanos, de modo que optó por unos pantalones de chándal y una de las camisetas que parecían más cómodas.

Mataría por un baño caliente y por pasarse un par de horas en remojo, pero sabía que luego no sería capaz de levantarse de la bañera, y no pensaba pedir ayuda a Zack. Más tarde intentaría darse una ducha y esperaba estar lo bastante fuerte para no resbalar y caer.

Después de lavarse los dientes y recogerse el pelo en una coleta, se atrevió a salir del dormitorio y fue hacia el salón. Para su sorpresa, vio a Wade y a Eliza, pero no a Zack. ¿Dónde estaba? En los últimos días, no había podido dar un paso siquiera sin tenerlo a un metro de distancia.

Eliza estaba preparando el café, y Wade... bueno, no parecía muy cómodo con ella por ahí. Se preguntaba de qué iba todo eso ya que el hombre no era inmune a una mujer hermosa y Eliza era muy atractiva, por no hablar de lo capaz y lo autosuficiente que era. Todas esas cosas que ella deseaba poder ser.

Wade rechazó el café que ella acababa de ofrecerle y, encogiéndose de hombros, Eliza se sentó en el sofá con la taza entre las manos como si fuera pura ambrosía. La

expresión de felicidad de su rostro era cómica.

Entonces levantó la vista y la vio en el umbral. Inmediatamente se puso de pie y dejó el café en la mesita frente al sofá y se fue corriendo hacia ella.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Eliza.

Le puso una mano en el codo para acompañarla al salón y entonces la ayudó a sentarse en una de las butacas.

—¿Te apetece un poco de café? Acabo de hacerlo, así que está calentito, y aunque está mal que yo lo diga, el café me sale de vicio.

Wade también se acercó a Anna-Grace con una expresión preocupada.

—¿Estás bien, Anna-Grace? —preguntó en voz baja—. ¿Tienes hambre? ¿Quieres que te prepare algo?

Para su sorpresa, sí, tenía hambre. Después de varios días tomando cuatro cucharadas de sopa, el estómago había empezado a protestar.

—Pues un café y algo para desayunar suena genial —dijo casi sin aliento.

Eliza irradiaba felicidad.

—Qué bien; eso es señal de que estás mejorando.

Wade se volvió hacia Eliza y le preguntó de mala gana:

—¿Quieres comer algo también?

A ella le brillaron los ojos, casi como si supiera que lo molestaba, y no le importaba un pimiento. Sonrió con una inocencia exagerada.

—Vaya, muchas gracias, Wade. Me apetece mucho comer algo. Gracie y yo podemos comer juntas.

—Se llama Anna-Grace —gruñó él.

Eliza la miró de inmediato con aire de disculpa.

—Lo siento. Es que Zack siempre te ha llamado Gracie y es el nombre al que me he acostumbrado. ¿Prefieres que te llame Anna-Grace?

Ella esbozó una sonrisa tranquilizadora. La otra mujer era muy amable y lo último que quería era hacerla sentir como si hubiera hecho algo malo.

—Puedes llamarme como quieras, de verdad. No me importa. Zack es el único que me llama Gracie. Era su mote cariñoso para mí.

No pudo controlar la punzada de dolor que le hizo contraer el rostro al hablar de Zack, y se acordó del placer que sentía cuando él utilizaba ese apelativo cariñoso.

Eliza la miró, compasiva, y le dio un apretón cariñoso en la mano.

—¿Dónde... dónde está Zack? —preguntó titubeante.

No quería que se le notara mucho interés, pero después de pasar con él todo el día desde su agresión, le parecía raro que no estuviera en ningún sitio. ¿Acaso la revelación de la noche anterior lo había sacado de quicio? ¿Habría dejado de fingir su inocencia y por eso se había ido?

Sin embargo, se había mostrado tan reacio; parecía tan tajante en lo de que no había hecho nada. Además, siempre había sido muy terco. No se lo imaginaba tirando la toalla y marchándose de allí.

Eliza y Wade se miraron incómodos, y luego fingieron no haberlo hecho.

Anna-Grace, no obstante, no pasó por alto esa mirada. Frunció el ceño y fulminó a Wade con la suya, ya que seguramente Eliza sería más leal a Zack y no le contaría qué estaba pasando.

Wade suspiró y se pasó una mano por el pelo, que sorprendentemente ni siquiera se movió de sitio. Pero así era él, tan impecable y elegante. Anna-Grace no tenía ni idea de cómo lo conseguía, pero su aspecto, al igual que todo lo demás en su vida, era pulcro y ordenado; no había nada fuera de lugar.

—Se ha ido —titubeó él.

Se quedó estupefacta, pero más desconcertante fue que se sentía... ¿molesta? ¿Decepcionada? Después de lo acontecido la noche anterior, no se lo imaginaba marchándose sin más, aunque tal vez no debería sorprenderse.

—Por el amor de Dios —dijo Eliza, exasperada—. Los hombres siempre acabáis metiendo la pata con las explicaciones.

Wade la fulminó con la mirada y ella hizo lo mismo. La animosidad entre ambos era tangible, y la tenía completamente desconcertada. Había sido odio a primera vista, aunque ya habían tenido contacto antes de que ella entrara en la ecuación, así que quizá había ocurrido algo entre los dos de lo que no tenía constancia. Fuera lo que fuera, tuvo que ser bastante serio como para desencadenar esa reacción tan intensa.

—Ven, Gracie —dijo ella mientras la cogía de la mano y la acompañaba a la mesa del desayuno.

Eliza lanzó a Wade una mirada imperiosa.

—Haz algo útil y prepara algo de comer a Gracie mientras le pongo el café y se lo cuento todo.

Al hombre no le hizo mucha gracia que ella le diera órdenes, porque habitualmente era él quien las daba. Sin embargo, no discutió y empezó a sacar cosas de la nevera y a mover cazos y ollas hasta que sacó un par de sartenes.

Eliza puso una taza de café humeante delante de Anna-Grace y entonces se sentó enfrente con la suya.

—Lo primero y más importante es que no estarás sin protección en ningún momento —enfaticó ella—. Wade y yo nos quedaremos aquí contigo, y algunos miembros de mi equipo irán rotando para que siempre haya un tercero presente en la casa. Y bueno, además, porque Wade es civil y en realidad tampoco cuenta.

El hombre dio un golpe en la encimera con una de las sartenes y se dio la vuelta frunciendo el ceño.

—Mira, guapa, seguro que le doy mil vueltas a cualquiera de esos agentes de tres al cuarto —le espetó fríamente—. Y estoy seguro de que puedo protegerla mejor que tú. No eres mucho más grande que ella, por el amor de Dios. ¿Qué se supone que vas hacer si te encuentras a dos o a tres hombres mucho más grandes y fuertes que tú y que no se van a amedrentar porque seas una mujer? ¿Acaso quieres que te maten?

Anna-Grace arqueó las cejas porque tenía la sensación de que no solo estaba

irritado, sino que estaba hasta preocupado por ella, por Eliza.

—Mira, esto no es un concurso para ver quién la tiene más grande —repuso Eliza con tono seco—. Y tampoco estoy diciendo que seas un blando sin pelotas.

Anna-Grace tosió para reprimir la risa y acabó estornudando cuando el café se le fue por el otro lado.

—Solo insinuaba que con lo refinado y elegante que eres, seguramente no estés acostumbrado a lo que mis compañeros y yo tenemos que enfrentarnos a diario.

A Wade le brillaban los ojos y su expresión se volvió seria, lo que de repente le dio a Anna-Grace la impresión de que a pesar de su aspecto, era alguien distinto en el interior. Y lo que dijo a continuación confirmó esa idea.

—No te dejes engañar por la fachada, Eliza —dijo él con un tono que sonaba... letal. Y peligroso.

Anna-Grace se estremeció porque, de repente, le pareció alguien a quien era mejor no contrariar.

—Puede que te sorprenda de lo que soy capaz. No he llegado donde estoy con mi encanto o mi buena planta.

Eliza no se inmutó por su declaración.

—Y puede que tú te sorprendas por lo que sé sobre ti y tus prácticas empresariales —añadió ella alegremente—. Así que, en ese aspecto, no, dudo que me sorprenda nada de ti. Y menudo ego tienes, amigo. ¿Quién te ha dicho que seas encantador o tengas buena planta? Personalmente, a mí me pareces un grano en el culo.

El hombre entrecerró los ojos al oír el insulto.

—¿Qué cojones significa eso? ¿Exactamente, qué sabes de mí? Además, hay muchas mujeres que seguramente no estarán de acuerdo contigo —dijo en tono burlón.

Eliza se echó a reír e hizo caso omiso al comentario acerca de otras mujeres; Anna-Grace estaba segura de que habría miles. Seguía sin entender por qué Wade nunca se había interesado por ella a nivel más personal y no solo de amistad.

—Se me da genial descubrir información sobre la gente, información que no quiere que se sepa. Me es muy útil en mi trabajo. A mi jefe, un informático friki, le frustra que se me dé mejor la tecnología que a él, y lo sabe aunque no lo reconozca.

Él frunció aún más el ceño.

—No quiero ni saberlo —murmuró, y luego volvió a centrarse en la vitrocerámica, murmurando algo sobre que las mujeres eran unas sabihondas y unas metomentodo.

Cuando volvió a mirar a Anna-Grace, Eliza tenía una mirada divertida.

—Ahora que hemos controlado un poco los egos, seguiré contándote lo de Zack.

Tuvo la impresión de que a Eliza le gustaba picar a Wade y, lo que era aún más interesante, que a este le hacía cierta gracia, aunque fingiera que nada lo afectaba. Era la tranquilidad en persona y no lo había visto nunca alterado por nada.



La expresión de Eliza se serenó un poco y puso una mano sobre la suya. Le dio un apretón como dándole ánimos.

—Zack me ha pedido... me ha ordenado, mejor dicho, que te protejamos las veinticuatro horas, y que no salgas de aquí a ser posible. Y solo si fuese absolutamente necesario, que lleves seguridad contigo. También me ha pedido que te diga que tenía que hacer cosas, asuntos de los que tenía que encargarse, y que volvería lo antes posible. Pero, y con esto sí ha sido muy firme, me ha dicho que te diga que va a volver, que volverá a tu lado pase lo que pase.

Eliza dudó; la preocupación era evidente en su rostro. De repente, Anna-Grace terminó de asimilar lo que acababa de decir y le entró miedo porque sabía lo que significaba. No podía ser... No podía hacerlo. Sin embargo, él estaba muy enfadado... Furioso.

—Gracie, ¿tienes idea de dónde puede haber ido? Estoy muy preocupada por él. No imagino qué puede ser tan importante para irse solo cuando lo principal eres, y siempre has sido, tú. No ha dicho nada, solo que tenía que hacer una cosa. No ha pedido ayuda ni refuerzos y nosotros no hacemos nada sin refuerzos. Así es como trabajamos en la DSS, lo que me dice que esto es algo muy personal y que no ha querido comentárselo a nadie.

Anna-Grace cerró los ojos; la vergüenza la embargaba por completo. ¿Cómo podía contarle a Eliza, alguien que evidentemente se preocupaba mucho por Zack y le respetaba, lo que sospechaba que iba a hacer?

—¿Gracie?

Abrió los ojos y se fijó en la mirada suplicante de Eliza; sus ojos lo decían todo.

—Puedes contármelo —dijo ella en voz baja—. Sé que no me conoces y que te resulta difícil confiar en la gente, pero puedes contarme lo que sea, que no te voy a juzgar. No traicionaré tu confianza. Pero Zack es muy importante para mí, para todos los de la empresa, y si está en peligro, queremos ayudarlo. Igual que haremos cualquier cosa para ayudarte a ti. Eres importante para Zack, así que eso te hace importante para nosotros.

Las lágrimas se asomaron a sus ojos y bajó la vista un momento; estaba indecisa. Entonces inspiró hondo y miró a Wade.

—Si quieres que hablemos en privado, puedo pedirle que se vaya —dijo Eliza en voz muy baja para que este no la oyera.

—No —contestó ella igual de bajito—. Ya conoce parte de la historia y ahora necesita saber el resto, o por lo menos lo que le he contado a Zack. Odia a Zack por lo que le dije hace un tiempo, y ahora...

—¿Ahora qué? —insistió.

Ella volvió a levantar la cabeza y la miró a los ojos. Por fin reconocía lo que la había estado carcomiendo desde que viera la reacción de Zack la noche anterior.

—Ahora no estoy tan segura de tener razón. Quizá... tal vez me equivocara. —Las lágrimas salieron desbocadas de sus ojos y le resbalaron por las mejillas—. Y si

me equivoqué... Ay, Dios, Eliza. Si me equivoqué, he cometido un error imperdonable. Si me equivoqué, he estado castigando a Zack por un pecado que no cometió. Ya no sé qué creer.

—Ay, cariño —dijo Eliza con un deje compasivo en la voz.

—Me odiará —susurró ella—. Igual que lo he odiado yo los últimos doce años.

## Veinticinco

Zack aparcó bruscamente el coche de alquiler, bajó y se encaminó, decidido, a la casa de Stuart. Stuart era el eslabón débil de la cadena. Al que nunca se le ocurría una sola idea original y siempre estaba de acuerdo con todo lo que el grupo hiciera. Y aun así Zack se preguntaba cuánta persuasión de Kevin y Bryan habría hecho falta para que participara en la violación de Gracie.

Se le revolvió el estómago de nuevo, y tuvo que hacer un esfuerzo hercúleo para contener la reacción visceral a lo que le habían hecho a una niña inocente de dieciséis años tres hombres a los que solía llamar amigos, o perdería el poco control que le quedaba sobre su cordura.

Si albergaba alguna esperanza de conseguir una confesión de los tres —y se la sacaría a hostias si fuera necesario— tenía que empezar por él. En realidad se deleitaba con la idea de imponer un castigo y de vengarse a sangre fría. De conseguir justicia para Gracie y para sí mismo, pero sobre todo para Gracie, que era quien más había sufrido. Lo había perdido todo, igual que él.

Le palpitaban las manos, ansiosas, cuando golpeó la puerta con un puño. Jamás en la vida había experimentado tal necesidad de sangre. Y más que nada, quería saber por qué. ¿Qué podría haber motivado a esos hombres, a quienes él nunca había creído capaces de tal depravación, a agredir de esa forma tan horrible y degradante a una chica indefensa?

La puerta se abrió y se le nubló la vista de rabia al ver a Stuart ahí parado mirándolo confuso. Seguidamente, para su sorpresa, sus ojos se vaciaron y se desinfló como un globo. La culpa y la resignación eran absolutas, y ahí se quedó: quieto, mudo. Casi como si supiera perfectamente lo que iba a suceder a continuación.

La furia de Zack alcanzó su punto álgido y estampó el puño en la mandíbula de Stuart y le aplastó la nariz con los nudillos. Stuart salió disparado hacia atrás y aterrizó en el suelo, cubriéndose la nariz llena de sangre. Y allí se quedó, devolviéndole la mirada con tanta culpa y arrepentimiento que a Zack se le revolvió todo.

—Levántate, hijo de la gran puta —masculló.

Con un suspiro derrotado, Stuart se puso de pie despacio y se tambaleó al erguirse del todo. La sangre le cubría la nariz y la boca, pero no hizo nada por limpiársela; simplemente se lo quedó mirando, cual hombre condenado que espera su ejecución.

Luego cerró los ojos y cuando los volvió a abrir, las lágrimas refulgían ya en su mirada.

—Sabía que este día llegaría —dijo Stuart con voz cansada.

La vergüenza era evidente en cada una de sus facciones. Tenía toda la pinta de

que iba a vomitar. Bueno, ya eran dos. El cabreo de Zack era tan grande que ni siquiera era capaz de formular las palabras que quería escupir a su antiguo amigo.

—¿Por qué? —masculló—. Joder, ¿por qué?

—No te haces una idea de lo arrepentido que estoy —susurró Stuart—. La culpa me carcome hace años. Todavía hoy en día. A veces no puedo ni comer y soy incapaz de dormir. Lo único que veo son sus lágrimas; solo oigo sus sollozos y a ella preguntándonos «¿Por qué?» una y otra vez. Dios, voy a vomitar.

Zack volvió a pegarle y se quedó de pie junto a su cuerpo con los puños apretados mientras lo desollaban centímetro a centímetro todas y cada una de las palabras que había pronunciado Stuart.

—Cabrón. Maldito hijo de la gran puta —siseó—. ¿Disfrutaste forzando a una niña de dieciséis años? ¿Te corriste mientras la veías sufrir y la escuchabas llorar? ¿Cuántas veces te pidió que pararas y dónde cojones estaba tu conciencia entonces, eh?

—Mátame. Me lo merezco —dijo Stuart con voz sombría—. De todas formas, ya no me queda nada por lo que vivir. Mi mujer me dejó y se llevó a los niños. Le conté lo que hice. Dios, tenía que hacerlo; me carcomía. No podía seguir viviendo una mentira. Nunca me perdonará. Y tampoco espero que tú lo hagas.

—¿Y nunca se te ocurrió contarme lo que habías hecho? —vociferó Zack—. Sabías que ella era mi vida. ¡Mi mundo entero! Y sabías perfectamente lo fatal que lo pasé cuando desapareció. La busqué durante años. ¡Nunca he dejado de buscarla! ¿Y tú te preocupas porque tu mujer y yo te perdonemos, cuando la persona a la que deberías estar pidiéndole disculpas es a la mujer a la que destrozaste la vida?

Stuart se volvió a poner en pie con dificultad y se sentó en el sofá antes de cubrirse el rostro ensangrentado con las manos. Le temblaban los hombros al llorar; Zack no creía que su aversión pudiera agravarse más. ¿Se suponía que debía sentir pena por este malnacido por haber perdido a su mujer y a sus hijos? ¿Y la familia que él y Gracie habían perdido? Los hijos a los que Gracie nunca había abrazado. La esposa y los hijos que Zack habría tenido ahora mismo de no ser por la intromisión de este maldito cabrón tarado.

—Me pones enfermo —dijo Zack con la voz apenas controlada.

Estaba muy a punto de perder la compostura y de romperse en pedacitos. Tantas vidas destrozadas ¿para qué?

Se puso a la altura de Stuart y lo agarró de la camisa con una mano antes de tirar de él hacia arriba para tenerlo cara a cara.

—Me lo vas a contar todo con pelos y señales. Me vas a decir por qué narices estuvisteis pensando los tres que fui yo quien os mandó violar a Gracie mientras lo hacíais, y cómo cojones supisteis que Gracie tenía la habilidad de leer la mente. Porque fue una trampa. Es de cajón. Es demasiada coincidencia. Lo planeasteis para que Gracie pensara que yo había estado detrás de todo para así deshaceros de ella y hacerle creer que yo ya no quería saber nada más de ella. ¿Por qué haríais algo así?

¿Tanto me odiabais? ¿Sentíais envidia de que tuviera una chica genial y futuro en el fútbol americano profesional? ¿Qué hostias os pasa?

El rostro de Stuart estaba macilento e hinchado y lleno de moratones a medio formar por los puñetazos que le había propinado.

—Es muy retorcido, tío. No te haces una idea de cuánto.

Zack le soltó la camisa y le dio un empujón hacia atrás. Stuart aterrizó contra el respaldo del sofá dándose un golpe, y le rebotó la cabeza.

—Entonces, ¿qué tal si me lo cuentas? —gruñó.

—Fue tu viejo —murmuró él—. Dios... estaba obsesionado perdido con deshacerse de Gracie.

Zack se quedó de piedra; se le quedaron bloqueadas las rodillas, y el impacto y la sorpresa le hicieron sentir un escalofrío por la espalda. Negó con la cabeza; estaba convencido de no haberlo oído bien. Luego se le acercó, preparado para partirla otra vez la cara por habersele ocurrido esa excusa barata para quitarse responsabilidad.

Stuart alzó las manos para protegerse de Zack y empezó a hablar con rapidez.

—Escúchame, Zack. Espera un momento, deja que te explique, ¿vale? No tengo razón alguna para mentirte, Dios. Soy culpable como el que más, pero no te miento sobre lo de tu padre. Si me das la oportunidad de explicarme, te contaré toda la historia.

—Más te vale no estar jugándomela, porque, si no, te arrancaré los huevos y te los haré tragar —le dijo con voz grave y peligrosa.

Stuart estaba visiblemente nervioso y pálido, temblaba como un drogadicto con el mono y sudaba profusamente. Se relamió los labios en un gesto ansioso y sus pupilas se encontraban dilatadas y desenfocadas.

—Le cabreaba que estuvieras tan obsesionado con esa «basura blanca», según sus palabras, no las mías. Te veía como su billete a la vida fácil y ya lo tenía todo planeado. Iba a convencerte para que le dejaras ser tu agente y tu representante. Cuando jugaras como profesional, se jubilaría y viviría la vida padre gracias a tu dinero y fama. Cuando Gracie entró en tu vida, tus prioridades cambiaron por completo y solo te preocupabas por ella, por tu futuro con ella, y de repente tu padre se vio como un mero espectador.

Hasta ahora Zack entendía perfectamente a lo que Stuart se refería. Coincidió de pleno con los actos y palabras de su padre. Pero ¿de eso a sugerir que él tuvo algo que ver en la violación de Gracie? Pese a sus errores, seguía siendo policía. Ser un cabrón no iba en contra de la ley, y su padre para la ley era muy estricto.

—Se volvió más intranquilo y, bueno, se le fue la olla del todo. Empezó a hacernos a mí, a Bryan y a Kevin todo tipo de preguntas. Quería saber si tú y Gracie os peleabais alguna vez, si Gracie te estaba manipulando o si alguna vez mencionaste que ibas a cortar con ella. Y cuando le dijimos que ibas completamente en serio con ella, perdió los cabales.

»Y luego, joder, nos dijo unas cosas... Que Gracie sabía leer la mente, pero que

era casi un secreto de estado y que ella no sabía que él lo sabía. Te escuchó a hurtadillas cuando hablabas con Gracie por teléfono o algo así. Y se le ocurrió ese plan descabellado.

Zack se quedó lívido y se le hizo un nudo en el estómago, un enorme nudo marinero. Ni de coña. Era demasiado... descabellado. Tan rebuscado que nadie se lo tragaría.

—Nos dijo que Gracie te cortaría las pelotas y que ya te tenía bien pillado por la polla. Que ni siquiera lo habías hecho con ella porque se estaba reservando para la luna de miel. Nos dijo que te estaba manipulando y que lo que quería era atraparte en un matrimonio. Era tan convincente con sus ejemplos... ejemplos que todos habíamos vivido en primera persona, que empezamos a preguntarnos si tenía razón. Y luego...

Stuart cerró los ojos y se tapó la cara con las manos.

—¿Luego qué? —espetó Zack, aunque lo sabía. Lo sabía y le dolía en lo más profundo, pero tenía que oírlo. Tenía que oírlo en voz alta, tenía que escuchar lo cabrón y retorcido que era su padre.

—Luego nos tendió una trampa y nos chantajeó —dijo Stuart, muy serio.

—¿Cómo? —gritó Zack.

Estaba asombrado; la cabeza le daba vueltas sin parar. Su vida había sido una farsa. Lo único real en su vida había sido Gracie, y la había perdido. La había perdido del modo más horrible, repulsivo y desgarrador posible. Estaba completamente destrozado y el dolor que sentía era arrollador. Nunca se recuperaría de esto. ¿Cómo iba a hacerlo?

—Nos hizo parar en un control de tráfico falso y nos endosó la suficiente droga para acusarnos de posesión con intención de traficar, un delito grave. Nos encerró y nos dijo que nos echaría toda la caballería encima, a menos que le hiciéramos un «favor». Luego nos explicó exactamente lo que quería que hiciéramos. Zack, estaba loco como una cabra. Estaba desquiciado y solo decía incoherencias. No dejaba de murmurar cómo esa zorra iba a arruinarle la vida. Se le fue la pinza, y me refiero a que perdió el norte y la noción de la realidad. Nos dijo que nos iba a arruinar la vida como ella había hecho con la suya.

»Dios, la de cosas que nos soltó. Al principio pensamos que deliraba y estaba paranoico, pero iba completamente en serio cuando dijo que Gracie podía leer la mente de la gente. Bueno, imagínate lo nerviosos que nos puso eso. Joder, estábamos flipando. Entonces nos dijo que tenía un plan y que de nosotros dependía ser lo bastante convincentes como para que ella se lo creyera.

—Y vosotros aceptasteis sin más —soltó Zack, mordaz—. Violasteis brutalmente a una muchacha, ¿y para qué? ¿No se os ocurrió venir a mí y contarme lo que mi padre estaba planeando? ¿No pensasteis que podría ayudaros a pararlo?

—Nos enfrentábamos a cargos por un delito grave y a años y años de cárcel —le reprendió Stuart con agotamiento—. Éramos jóvenes y estábamos asustados.

Teníamos toda la vida por delante.

—¿Y no os acojonaba que si Gracie hubiera presentado cargos, habríais ido a la cárcel por violación de una menor? —preguntó Zack, incrédulo.

Stuart le dedicó una mirada llena de intranquilidad.

—Tu padre nos dijo que no nos preocupáramos por eso, que nos proporcionaría una coartada. Declararía que estábamos todos en su casa la noche en cuestión y que nadie creería a una niñata de un parque de caravanas en vez de al jefe de la policía. Lo dijo con mucha petulancia. Se dio palmaditas en la espalda por habersele ocurrido aquel plan infalible.

—Y vosotros lo hicisteis sin más —repitió Zack con una rabia patente en cada respiración—. Los tres la violasteis. Y obviamente manipulasteis vuestros pensamientos para que cuando ella mirara dentro de vuestras mentes retorcidas y perversas, me viera a mí. Le hicisteis creer que yo os obligué a llevar a cabo un acto imperdonable y reprobable de violencia.

—No pude hacerlo —dijo Stuart con pesar—. Es decir, lo intenté. Pero no pude... Dios, me asqueaba. No pude acabar.

El estómago le dio un vuelco y cerró los ojos a la vez que respiraba hondo en un intento de estabilizar sus nervios incontrolados.

—¿Y crees que eso te convierte en mejor persona? —preguntó Zack con voz ronca—. ¿Se supone que me tiene que hacer sentir mejor que no pudieras llegar a correrte mientras violabas a la chica que amaba? Espero que te pudras en el infierno, Stuart, que es a donde perteneces.

La expresión de Stuart era sombría.

—Mi vida ya es un infierno.

Zack no pudo formar ningún pensamiento coherente. Le temblaban las manos, todavía se notaba la tensión en las rodillas y tuvo que hacer acopio de concentración y fuerza para mantenerse erguido. Se había quedado pasmado ante la revelación de que su padre había sido el que lo había orquestado todo. Dios, el esmero con que había tejido el plan era alucinante. ¿Y cómo cojones se había enterado de la habilidad de Gracie de leer mentes?

Debió de haberlo escuchado a escondidas alguna vez mientras Zack hablaba por teléfono con ella, pero siempre había llevado tantísimo cuidado al guardar su secreto, que lo ponía enfermo haberle fallado. Había facilitado a su padre los medios para atacarla de un modo creíble, capaz de destruirla por completo, que fue lo que consiguió. Normal que pensara lo peor. Normal que estuviera tan convencida de la culpa de Zack. Las pruebas eran tan claras que no decantaban la balanza a su favor precisamente.

Ya ni siquiera soportaba seguir mirando a ese hijo de puta al que solía llamar amigo. Era asqueroso. Todo este lío sórdido era repugnante.

—Espero que te vayas a dormir por las noches con las lágrimas de Gracie en la cabeza —añadió Zack con voz ronca—. Espero que te acuestes pensando en la

expresión de asco de tu mujer y sabiendo que nunca volverás a recuperarla, ni a ella ni a tus hijos. Y espero que cuando mueras, el infierno te esté esperando con los brazos abiertos.



## Veintiséis

Zack fijó la mirada en el horizonte del lago Kentucky con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, dando vueltas a la cabeza sin parar. El paisaje había cambiado mucho desde que Gracie y él solieran ir allí tantos años atrás. Donde antes estuvo su árbol, ahora solo quedaba un tocón podrido. Un lugar en que pasaron infinidad de noches mirando las estrellas y soñando con su futuro. Sueños de futuro que nunca se hicieron realidad.

Los estragos irrevocables que había sufrido el paisaje eran, en muchos aspectos, una analogía de sus sueños rotos.

Se sacó del bolsillo la pequeña grabadora que contenía la confesión que había soltado Stuart. Menos mal que se le había ocurrido grabar la conversación, ¿porque quién se iba a creer los sucesos extraños e impensables que había confesado? Joder, ni él mismo creería a nadie con esa clase de historia. No le cabía en la cabeza que alguien pudiera ser tan diabólico. ¿Y que su propio padre, pese a las muchas diferencias que había entre ambos, hubiera llegado hasta tal punto para destrozarse el futuro de su hijo? ¿Para su propio beneficio?

Desafiaba toda lógica. Su padre era un psicópata en el sentido clínico de la palabra.

En la distancia, los focos de un vehículo brillaron y oyó el leve sonido de un motor; luego se apagó, seguido de las luces. Zack se puso tenso y la ira le corrió por las venas al mismo tiempo que se preparaba mentalmente para la confrontación inminente que iba a protagonizar con su padre.

Se negó a volver a la casa en la que se crió. No quería dejar ninguna prueba física de haber estado allí. En vez de eso, había llamado a su padre y le había dicho que se reuniera con él allí. No había respondido a sus preguntas: cuándo había vuelto al pueblo y por qué. Solo le había dicho que tenía algo importante que hablar con él y había colgado, así podría hacer las cábalas que quisiera. Zack ni siquiera sabía si su padre iría o no.

La curiosidad debió de haberlo vencido. Y tal y como rezaba el antiguo dicho, la curiosidad mató al gato.

Un momento después, su padre salió del coche arrastrando los pies; era una sombra en la oscuridad del cielo sobre el lago.

—¿Zack? —lo llamó.

—Aquí —contestó Zack sombríamente.

El haz de una linterna osciló de forma errática sobre el suelo y luego su padre entró en su campo de visión. Su aspecto era chocante. No aparentaba la edad que tenía, sino mayor. Tenía una barriga cervecera que sobresalía bastante por encima de

su cinturón apretado, y una mirada de alcohólico empedernido. Ahora tenía bastante menos pelo, una calva en la coronilla y era completamente blanco.

Los años no le habían hecho ningún bien, con lo que Zack se deleitó con total satisfacción.

Arrugas prominentes cubrían el rostro de su padre; además, tenía el aspecto ojeroso de alguien que no dormía por las noches. Quizá sus demonios, y la culpa, lo atormentaban en sueños. Zack solo podía rezar para que pasara por el mismo infierno que Gracie había sufrido, aunque dudaba de que su padre fuera capaz de sentir culpa o remordimiento alguno.

—¿Qué cojones pasa, hijo? ¿Por qué me has pedido que venga hasta aquí, Dios? Podrías haber venido a casa, nos habríamos tomado una cerveza y nos habríamos puesto al día. Han pasado tres años desde la última vez que te vi. No me has llamado ni una vez desde entonces. Ni en Navidades, ni por mi cumpleaños. ¿Así tratas a tu padre?

Zack echaba humo. Reunió toda su fuerza de voluntad, y más, para no darle su merecido en ese preciso instante.

—Sé lo que hiciste, maldito cabrón —le espetó con un gruñido—. Y ni se te ocurra quedarte ahí, mirándome a los ojos, y negarlo todo. Porque te juro por Dios que te sacaré a hostias la verdad, cabrón. Desvelaré cada mentira que hayas contado, cada ley que hayas infringido y cada pecado que hayas cometido. Y cuando termine, no te quedará nada y no serás nada.

El rostro de su padre enrojeció de ira. Sus mejillas se motearon de enfado y sus ojos sobresalieron de sus cuencas con evidente inquietud.

—Malditos niñatos de mierda —bramó su padre de tal manera que la saliva empezaba a amontonarse en sus labios—. ¿Quién te lo ha contado? Apuesto a que ha sido Stuart. Debería de haber sabido que el idiota no tenía suficiente estómago. Probablemente esa fuera la razón por la que su mujer lo dejó hace un tiempo. El gilipollas no pudo vivir con aquello sobre su conciencia y se lo largó todo. Qué vergüenza de hombre.

Zack se quedó mirando a su padre con aversión y con completa incredulidad. Dios, ni siquiera iba a negarlo. No sentía remordimientos ni culpa, solo ira por haberse visto desenmascarado. ¿Y él decía que Stuart era una vergüenza de hombre? ¿Qué clase de hombre maquina la violación de una adolescente? Una niña que bien podría haber sido su hija. La chica de la que su propio hijo estaba enamorado y con la que pensaba casarse.

Zack sintió como si estuviera inmerso en una extraña pesadilla de la que era incapaz de despertar.

—¿Ni siquiera lo niegas? —preguntó con voz ronca—. ¿Cómo puedes ser tan cabrón? Estás loco. ¿Cómo pudiste hacerle eso a una niña? ¡Era virgen, por amor de Dios, y su primera vez fue una violación múltiple que tú planeaste! Un hombre adulto, hecho y derecho. Un jefe de policía que juró defender la ley y proteger a los

ciudadanos de su pueblo. ¿O esa protección solo se extendía a aquellos que considerabas dignos?

Su padre resopló, incrédulo; ignoraba la indignación de Zack y el asunto en cuestión.

—¿Esperas que me crea que no te habías metido ya en sus bragas o que no se abría de piernas para quien mirara dos veces en su dirección? Eres gilipollas si te crees esa trola.

Zack perdió los nervios y le atizó un gancho en la mandíbula. Su padre cayó al suelo con un golpetazo y se quedó allí frotándose el mentón con expresión de incredulidad en el rostro. Como si no pudiera creer que Zack estuviera cabreado o no supiera por qué. ¿Se suponía que Zack debía darle las gracias por haber arruinado por cuenta propia la vida de una muchacha inocente y de un chaval, su hijo, al que supuestamente quería?

—¿De verdad defiendes a esa puta? ¿Qué cojones te pasa? ¿No te basta con que haya arruinado tu carrera? Ahora mismo podrías estar jugando al fútbol americano. ¡Podrías haber ganado una *Super Bowl*, joder! Llevaste a un equipo de mierda hasta los *playoffs* durante los dos primeros años que jugaste como *quarterback* para ellos, y abandonaste sin más. Si no hubieras estado tan encoñado y hubieras tenido la cabeza centrada en los partidos, nunca te habrías lesionado, para empezar.

La furia de Zack explotó; lo levantó del suelo de un tirón antes de hundirle el puño en el abdomen y mandarlo hacia atrás de nuevo con otro golpe, esta vez en la nariz. Un crujido nauseabundo y un reguero de sangre fueron señal de que probablemente le había partido la nariz, pero en aquel momento bien podría matarlo sin sentir remordimiento alguno.

La ira y la furia se habían apoderado de él. Bullía como si de un volcán se tratara; doce años de preocupación, de dolor e ira se desataron en un violento tornado de puro odio hacia el hombre que lo había concebido. Dios, daría cualquier cosa por eliminar cualquier rastro de parentesco con su padre. Deseaba con todo su corazón no estar biológicamente relacionado con él. Nunca sería como su padre. Moriría antes.

—Te hundiré por esto —resolló su padre mientras retrocedía, receloso y tambaleante—. Te denunciaré por agresión a un agente de policía. No me importa un carajo que seas mi hijo.

—Hazlo —escupió Zack—. Pero date cuenta de que vas a perder mucho más que yo. Ya no me queda nada más que perder porque ya perdí todo lo que significaba algo para mí gracias a ti. Me lo has arrebatado todo. Pero si caigo, que así sea, porque tú caerás conmigo y no sentiré ni una pizca de arrepentimiento. Me aseguraré de que pases el resto de tu vida entre rejas. Eso sin mencionar que el pueblo entero sabrá lo cabrón y tarado que estás, y ya te puedes ir despidiendo de tu reputación, de tu carrera y de la pensión que recibes.

—No puedes demostrar un carajo —repuso él en un tono petulante que lo enfureció todavía más.

—¿Ah, no? —preguntó Zack con suavidad.

Las dos palabras y el subsiguiente silencio inquietaron visiblemente a su padre. La preocupación se reflejó en sus ojos y los nervios comenzaron a hacer mella en él; su anterior bravuconería había desaparecido ante la confianza con la que Zack hablaba.

—El delito por violación no ha prescrito —continuó Zack. Sacó la pequeña grabadora de su bolsillo y le dio a la tecla de *play*. La confesión de Stuart llenó el silencio de la noche—. Si crees que los demás no te delatarán sin dudarlo, piénsalo otra vez. Los chantajeaste con denunciarlos por cometer un delito despreciable, y al fiscal le interesará mucho más llevarse por delante al *poli* corrupto que a tres fracasados que no han llegado a nada en la vida. Piensa lo que supondrá eso para su carrera. Desenmascarar a un agente de policía corrupto, el jefe de policía de un pequeño pueblo será una historia sensacionalista y se extenderá como la pólvora por todas las agencias de noticias. Dentro de unos días, no podrás salir a ningún lado porque todo el mundo sabrá lo que hiciste. Me aseguraré de ello. Aunque sea lo último que haga en la vida, te haré sufrir igual que Gracie y yo hemos estado sufriendo estos últimos doce años. Y te juro por Dios, que lo pagarás —dijo Zack, furioso—. Pagarás.

—Vas de farol —aseguró su padre. Pero era evidente que la promesa de Zack fue convincente porque su fanfarronería anterior había desaparecido y tenía pinta de estar cagado de miedo.

—¿Eso crees? Ya deberías conocerme lo suficiente para saber que no me van los faroles. Pero si no te crees que vaya en serio, ponme a prueba.

Su voz desafiante era inequívoca; sabía que su padre acabaría amilanándose por la amenaza que acababa de soltarle. Y así sucedió.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó este con el pánico apoderándose de su voz—. Haré lo que quieras, pero no puedes hacerlo público. Me arruinará la vida y no es que tenga mucho para vivir. Solo la pensión y, si esto sale a la luz, también la perderé: no me quedará nada. No me puedes hacer esto, hijo.

Zack estalló.

—No te atrevas a llamarme hijo. No soy tu hijo. Y tampoco te considero como parte de mi sangre. —Y luego se rio, una risa frágil y quebradiza, como el hielo—. ¿Te crees que me importas una mierda? Yo sí que no te he importado nada. Todo lo que fui para ti fue un billete directo a la buena vida. Contabas con ser el padre de un jugador de fútbol americano profesional y con manejar todo el cotarro para hacerte con todo el dinero que pudieras. Cómo debió de joderte que me apartara de esa carrera multimillonaria, porque viste la vida que habías previsto para ti desaparecer frente a tus ojos. Pero nunca te importó una mierda la vida que yo quería, y nunca te perdonaré por ello. Reza para que vivas una vida muy larga, porque cuando mueras, voy a bailar sobre tu tumba, y allí estará Satán para saludarte y escoltarte hasta las entrañas del infierno.

Su padre palideció y luego empezó a suplicar. Perdió toda muestra de control y comenzó a lloriquear como un bebé, imploraba a Zack que tuviera piedad. Y todo en lo que Zack podía pensar era en Gracie suplicando lo mismo. Que no le hicieran daño. Y se lo hicieron igualmente. Su corazón gritó con la necesidad punzante de venganza, de hacerle tanto daño a todas y cada una de las personas involucradas en su violación como ella había sufrido. Y de cerciorarse de que no tuvieran un solo día de paz en sus vidas.

—Vas a confesarlo todo para que lo grabe —dijo Zack con frialdad—. Todos los sórdidos detalles y por qué lo hiciste. Si te dejas algo fuera, te delataré y te destrozaré. Reconocerás que conocías la habilidad de Gracie para leer mentes y cómo manipulaste la situación para que pareciera que yo estaba detrás de la violación. Y cuando termines, no quiero volver a ver tu cara, ni escuchar tu nombre. Nada. No eres nada para mí. No eres mi padre.

—¿Qué... qué vas a... a ha... hacer con la con... confesión? —tartamudeó su padre con ojos frenéticos y rebosantes de miedo.

—Voy a dársela a Gracie para que sepa lo hijo de puta que eres.

—¿Y si decide presentar cargos?

Ahora su padre sudaba y se palpaba el hedor de su miedo en el aire. Estaba lloriqueando, lo cual ponía enfermo a Zack y lo avergonzaba aún más por compartir ADN con el pedazo de escoria que tenía frente a él a punto de mearse en los pantalones.

—Eso será decisión suya —dijo Zack—. Y espero por Dios que lo haga, pero no la obligaré a nada que le cause más daño y perjuicios, aunque sí que la apoyaré al cien por cien si decide buscar justicia por los delitos que tú y otros habéis cometido contra ella. Y no te confundas. Tú eres igual de culpable y responsable, o más si cabe, que los hombres que la violaron después. Tu futuro está completamente en manos de la mujer a la que heriste de un modo irrevocable y de la que abusaste sin remordimiento alguno y cuyo único delito fue quererme.

Las mejillas de su padre se inflaron y este explotó de ira.

—¡Yo solo quise lo mejor para ti! Como querría cualquier padre para su único hijo.

—¡Y una mierda! ¡Ningún padre hace que violen a la novia de su hijo, ni le hace creer que su novio es el que estuvo detrás de todo! ¡Lo mejor para mí era ella! —gritó Zack—. Y lo que es mejor para mí ahora es olvidarme de que una vez formaste parte de mi vida y de que, simple y llanamente, no eres más que un donante de esperma. Odiaba a mi madre por dejarnos, pero ahora que sé lo hijo de puta que eres, no la culpo.

—Así que así acaba todo. Vas a dejar las cosas así y me vas a echar de tu vida —dijo su padre en tono mordaz.

Zack avanzó y apuntó al rostro de su padre con un dedo.

—Tú lo has hecho. Lo hiciste hace doce años cuando planeaste una agresión

brutal contra una muchacha inocente para tu propio beneficio. Ojalá nunca hubieras formado parte de mi vida y hubieras sido tú el que se marchara en vez de mi madre, o que se me hubiera llevado con ella. Porque probablemente hayas sido lo peor que le ocurriera en la vida; sé de buena tinta que eres lo peor que me ha ocurrido en la mía.

—¿Por qué has tardado tanto en llamar? —exigió Beau cuando descolgó la llamada de Zack—. ¿Te haces una idea de lo preocupados que hemos estado? Eso no se hace, tío. No te vas, solo y sin plan alguno, en plan justiciero.

Zack suspiró.

—Lo sé. Lo pillo, ¿vale? Pero tenía que hacerlo y no quería que ninguno de vosotros se viera envuelto en mi mierda.

—Gilipollecés —dijo Beau con brusquedad—. Soy tu amigo, no solo tu colega. Debes saber que te habría cubierto las espaldas fuera cual fuese la situación.

—Lo sé —comentó Zack con voz queda—. Pero algunas cosas son privadas, tío. Y como he dicho, era algo que tenía que hacer. Que tenía que hacerse.

Hubo una larga pausa.

—¿Y ya lo has solucionado?

Zack suspiró, agotado.

—Sí. No. Joder, no se solucionará nunca, pero he conseguido las respuestas que quería. Pero si Gracie no las acepta o no me perdona, entonces habrá sido en balde.

—¿Hay algo que pueda... que podamos hacer? —murmuró Beau.

—Solo mantén a Gracie a salvo hasta que vuelva con ella —dijo Zack con suavidad—. No puedo perderla, Beau. Y sé que ha sido una estupidez alejarme de ella cuando le acaban de dar una paliza hasta casi matarla, pero... tenía que hacerlo o nunca tendré la oportunidad de recuperarla.

—No te preocupes por Gracie —dijo Beau con rotundidad—. Tiene que volver al médico para que pueda ver qué tal va su recuperación: necesita nuevas recetas médicas para los calmantes. Es muy cabezona y ha estado negándose a tomar la medicación, pero Lizzie y Sterling han estado encima de ella, asegurándose de que se toma lo que necesita. Ha estado sintiendo mucho dolor, pero bueno, ¿quién no lo haría después de la paliza que le dieron? Así que no solo se van a asegurar de que se tome la medicina, sino también de que se la tome correctamente.

El miedo se apoderó de las entrañas de Zack ante la idea de que Gracie tuviera que abandonar los confines del refugio donde la habían instalado, aunque fuera un mal necesario.

—Aseguraos de que está protegida. Esos capullos están ahí fuera, esperando y buscando una nueva oportunidad para atacar. Joder, si han esperado meses tras toda la mierda que ocurrió con Ari, no van a darse por vencidos. Lo han dejado muy claro.

—Tendrá toda la seguridad posible —lo tranquilizó Beau—. Es una clínica privada. Necesita que vuelvan a hacerle radiografías y analíticas, de no ser por eso,

habríamos hecho que el médico viniera a ella.

Zack imprecó.

—¿Cuándo es la cita?

—Mañana por la mañana. Antes de que abra la clínica.

Mierda. No iba a poder llegar a tiempo para acompañarla. Y, bueno, tampoco quería que su primer encuentro cara a cara después de su escapadita fuera en público o con gente presente. Tampoco quería someterla al mal trago de tener que escuchar a la gente que había abusado de ella tan cruelmente admitir tal atrocidad en voz alta.

—Llegaré mañana por la tarde. Cuida de ella por mí. Es mi vida entera.

—Sabes que lo haré. Diste la cara por Ari, y nunca lo olvidaré. Sé cómo te sientes. Ari también es mi vida entera y no sobreviviría si algo le pasara.

Zack colgó de mala gana, frustrado por todo el tiempo que le llevaría volver hasta Gracie. Tuvo la tentación de alquilar un maldito coche y conducir toda la noche para volver con ella, pero aun así seguiría perdiéndose la cita, y él no estaría en condiciones físicas ni mentales para hacerle revivir todo el infierno. No es que él estuviera preparado para sumergirse en las profundidades del infierno tampoco, pero uno de los dos tenía que ser fuerte y no esperaba que Gracie lo fuera cuando había sido la más damnificada por los sucesos del pasado.

Necesitaba dormir para poder coger el vuelo a Houston mañana temprano, pero ya sabía que no sería tarea fácil. No volvería a ser capaz de dormir hasta que Gracie no estuviera para siempre entre sus brazos.

## Veintisiete

Anna-Grace se sentó en la casi vacía sala de espera del médico al que la habían redirigido para su seguimiento médico. Le habían asegurado que la DSS se servía de este médico porque era totalmente discreto y a menudo hacía visitas a domicilio, o, como era el caso ahora, programaba citas para cuando la clínica estaba cerrada o no había abierto aún al público, si se requería equipamiento médico. Y, bueno, por lo que Beau Devereaux le había dicho, la mayoría de sus pacientes necesitaban total anonimato, así que no atendía a pacientes «normales». A juzgar por la sala de espera, decorada por todo lo alto y con apariencia pija, no parecía estar pasando por una mala racha económica.

Por muy vacía que estuviera de pacientes, el lugar rebosaba de gente, con Eliza, Wade, Dane, Isaac y Coop. Había otras dos personas que le habían presentado, pero no recordaba cómo se llamaban.

Y luego había otro hombre en la sala de espera, que había supuesto que formaba parte de su enorme brigada de seguridad. Bueno, y por estúpido que pudiera sonar, estar rodeada por montañas de testosterona —excluyendo a Eliza, por supuesto, ¡aunque era más dura que muchos hombres!— sí que la hacía sentirse más segura. Sobre todo sin Zack cerca.

Pero el hombre se había ganado miradas llenas de sospecha y cejas arqueadas por parte de su cuerpo de seguridad, como si no les hiciera demasiada gracia su presencia.

No obstante, él parecía no advertirlas y no prestaba atención al enorme contingente de hombres de apariencia fiera que lo rodeaba.

«Zorra arrogante. Se piensan que son invencibles».

Anna-Grace levantó la cabeza de golpe y abrió la boca, sorprendida, ante el sonido proveniente de la nada, pero nadie en la sala reaccionó de forma alguna a las sucintas palabras. De hecho, actuaban como si no las hubieran oído.

«Tan engreídos. Creen que pueden con nosotros. No tienen ni idea de los recursos que tenemos, ni de lo que somos capaces. Y la zorra que trabaja para ellos necesita que le bajen los humos un poco».

Oyó un sonido de regocijo que acompañó la siguiente declaración.

«Pronto averiguará que no es tan invencible como se piensa que es. Una lección que me muero por darle».

Gracie barrió a todos los ocupantes de la sala de espera con la mirada; estaba convencida de que alguien estaba manteniendo una conversación telefónica y no le preocupaba lo más mínimo que los demás la escucharan. Pero no vio nada que indicara que alguien estuviera usando el móvil. Ni siquiera el manos libres.



Entonces posó la mirada al otro lado de la sala, donde el hombre que había estado observando no había cambiado de posición. Miraba fijamente a Eliza con un tic nervioso en la mandíbula, mientras todos los demás se mostraban inexpresivos y parecían aburridos.

¿Se estaría volviendo loca? ¿Se había vuelto ultraparanoica tras el ataque y la traumática serie de acontecimientos de los últimos días? ¿Había alcanzado su límite emotivo?

Era casi como si... Negó con la cabeza. No, eso sonaba peor, incluso. Había perdido la habilidad para leer mentes hacía doce años y no la había echado de menos en lo más mínimo. Claramente se lo estaba imaginando todo.

Todo se quedó en silencio en su mente y se convenció a sí misma de que eran imaginaciones suyas. Pero entonces la asaltaron un montón de imágenes mentales, imágenes horribles de Eliza tumbada de espaldas con una especie de prenda sobre la cara y alguien que le echaba agua encima.

No pudo ocultar el asco de su expresión y Dane al instante se percató del cambio en su comportamiento. Él era quien estaba sentado más cerca de ella, así que se inclinó hacia ella con preocupación en la mirada.

—¿Qué pasa, Gracie? ¿Te duele?

Ella negó con la cabeza, incapaz de formular las palabras que explicaran su reacción. ¿Cómo podría? En vez de eso, levantó la mano para restarle importancia y modificó la expresión sobre su rostro para hacerle saber que estaba bien.

Para su completo alivio, la puerta se abrió y una enfermera de apariencia alegre indicó a Anna-Grace que la siguiera. Se puso de pie tan rápido que casi se cae, y lo habría hecho de no ser por Dane, que la rodeó con un brazo para sujetarla.

—Con cuidado —murmuró—. Ve despacio y con calma.

Eliza se puso al otro lado de Anna-Grace.

—¿Quieres que vaya contigo?

Tácita quedaba la pregunta de si iba a sentirse más cómoda con otra mujer dentro de la sala con ella, en vez de con un hombre o varios que apenas conocía.

Asintió, porque de repente la asedió el deseo de mantener a Eliza cerca, no porque tuviera miedo, sino porque por culpa de esas horribles imágenes que había tenido sobre Eliza, ahora temía por ella.

Dane frunció el ceño.

—Por supuesto que no iremos dentro contigo, Gracie, y sí, me parece buena idea que Lizzie esté allí contigo, pero alguien se quedará vigilando fuera, en la puerta, al igual que en todos los puntos de acceso.

—Me parece bien —dijo Anna-Grace con voz casi inaudible—. Ya puedes soltarme, Dane. Estoy bien. De verdad. Solo que me he levantado demasiado rápido. Puedo andar sola.

Dane pareció vacilar, pero aflojó su agarre y lanzó a Eliza una mirada que claramente decía «ayúdala».

Eliza rodeó la cintura de Gracie amablemente y la ayudó a llegar hasta el umbral de la puerta, donde se encontraba la enfermera. En cuanto cruzaron, la enfermera se dispuso a cerrar la puerta, pero no antes de que Dane y Wade entraran también, para sobresalto de la enfermera.

Entonces Dane se giró y cerró el pestillo para que nadie pudiera tener acceso a la sala.

La enfermera fue a abrir la boca para protestar, pero la mirada distante de Dane la acalló.

—Ella no va a ningún lado sin nosotros. Nos quedaremos fuera de la sala de pruebas. ¿Confío en que no hay ventanas ni puntos de acceso alternativos desde la habitación en la que estará?

La enfermera negó vehementemente con la cabeza y tartamudeó una negativa.

Dane asintió.

—Perfecto, entonces. Lleve a Gracie a la habitación para que podamos acabar de una vez con esto y llevarla de vuelta a casa para que descanse y siga recuperándose.

El médico, rápido y eficaz, la escrudiñó y anunció que estaba recuperándose perfectamente con solo unos moratones como única prueba de su dura experiencia. Lo dijo en un tono que sugería que Gracie había tenido suerte. Que la perdonaran, pero ella no sentía que tuviera mucha suerte tras haber recibido tal paliza brutal a mano de unos matones, fuera su intención matarla o no.

Quince minutos después, salieron y Gracie buscó con ansiedad al hombre que había estado con ellos en la sala de espera. Pero no lo vio por ninguna parte. ¿Lo habría llevado la enfermera a otra sala después de haberla llamado a ella?

No pudo deshacerse de la sensación de intranquilidad, ni de la huella que esas voces —pensamientos— habían dejado en su mente. Todavía se escuchaban fuertes en la sala de espera y Gracie tiritó de forma involuntaria, lo cual solo consiguió que Dane frunciera el ceño todavía más.

—¿Le han mirado si tiene fiebre? —quiso saber Dane, aunque la pregunta iba dirigida a Eliza, no a Gracie.

—Le han hecho un examen físico completo —respondió Eliza con un deje de diversión en la voz.

Miró a Gracie con una mirada llena de comprensión que solo las mujeres compartían cuando se enfrentaban a un hombre contundente y dominante. Luego puso los ojos en blanco y Gracie tuvo que contener la risa.

Dane arrugó el ceño.

—Entonces, ¿por qué narices está tiritando? Parece estar helada de frío.

—Bueno —comentó Eliza arrastrando la palabra—. Podría ser el tiempo. Hace fresco hoy. O será porque hace poco le dieron una paliza, de sentirse no solo dolorida, sino también muerta de miedo por estar al descubierto y no en un lugar más seguro.

Eliza se encogió de hombros.

—O quizá es que tiene miedo de ti y de esas expresiones solemnes que pones.

Elige.

Gracie se mordió el labio inferior y se preguntó cómo podía encontrar humor en una situación tan macabra como la suya. Y confiar en las últimas personas de las que habría aceptado ayuda alguna. Los amigos de Zack —conocidos, compañeros de trabajo o como sea que los considerara— que tuvieran una mínima relación con él deberían haberla hecho salir por piernas tras su primer encuentro.

Pero Wade la había convencido; siempre tan sereno y razonable. Y peligroso. No obstante, de no haber visto la luz y de haberse dado cuenta de que Wade tenía razón en que necesitaba dejar de huir y abrazar la vida que se había construido para sí, la habría ayudado igual si hubiera querido mudarse de verdad a otro lugar. Todo lo que habría tenido que hacer era pedirselo.

Quizá se debía a su cabezonería. Y... bueno... los acontecimientos recientes habían hecho que empezara a cuestionar todo lo que había creído desde hacía doce años. Zack se había mostrado tan completamente destrozado y enfurecido, que en aquel momento de verdad tuvo miedo de él. No porque fuera a hacerle daño. Un pensamiento de lo más descabellado después de lo que le hizo. No, temía que matara a todos y cada uno de los hombres que formaron parte de su violación. Y eso no la alegraba. No le daba ningún sentido de justicia. Porque significaba que Zack tendría que pagar el precio, igual que ella había tenido que hacerlo durante más de una década: aquello no se lo desearía ni a su peor enemigo. La hubiera traicionado o no.

Abrió la boca para formular una pregunta y se quedó de piedra al ver que su voz sonaba demasiado... ansiosa. Quería permanecer indiferente. Como si nada de esto importara. Particularmente Zack. Se conocía lo suficiente como para saber que nunca volvería a amar a otro hombre como lo había hecho con Zack. Tuviera dieciséis años o no, había sabido que él era su amor verdadero. Cada vez que lo miraba, veía el «para siempre» en sus ojos, e igual pasaba con su mente cuando leía sus pensamientos. Dios, ambos rebosaban amor. Amor y orgullo. Y posesión.

Ella le había pertenecido. La única persona a la que había pertenecido de verdad. Y él le pertenecía a ella.

Entonces, ¿qué había pasado? ¡Nada tenía sentido!

Era imposible que el dolor y el arrepentimiento que había visto en el rostro de Zack cuando le contó lo que pasó fuera fingido. No había sido capaz de hablar, cuando lo hizo, las lágrimas cayeron por sus mejillas. Se acercó a ella a gatas; no fue capaz de tenerse en pie. Un hombre arrogante, orgulloso y dominante había gateado ante ella para poder tocarle el rostro con delicadeza. Para poder disculparse y suplicar perdón por algo que le había jurado que no había hecho.

Nada tenía sentido en este mundo sinsentido. La única pregunta que destacaba en todo este lío era...

¿Y si no lo había hecho? ¿Y si, por haber huido de él hacía doce años sin escuchar su versión de los hechos, ahora la odiaba igual que ella lo había odiado a él?

Cerró los ojos y dejó que las cálidas lágrimas se deslizaran en silencio por sus

mejillas. Una sola palabra tenía mucho significado. Capitulación. Rendición. Admisión de pecados. Dios, ¿se había vuelto loca?

Había dicho que lo había odiado. En pasado. Como si ya no fuera ese el caso y todavía lo amara. ¿Lo quería? ¿Había dejado realmente de amarlo alguna vez, incluso en sus peores momentos de desesperación y dolor? Era una pregunta que la incomodaba en muchos sentidos.

Pero lo único que seguía apoderándose de su conciencia, pese a los esfuerzos que ponía para mantenerlo a raya, era que Zack se mostrase tan vehemente al negar haber tenido algo que ver con su violación. La verdad es que había parecido tan sincero. ¿Y si había estado equivocada durante todos estos años?

Las náuseas y la inquietud se arremolinaron en su estómago.

—¿Gracie?

La voz suave de Eliza interrumpió su mezcla de pensamientos.

—Sé que estás molesta, pero por favor, dale una oportunidad a Zack. Llegará a casa dentro de unas horas. Han retrasado su vuelo y se ha cabreado porque quería haber llegado para tu cita con el médico. Pero va a venir.

Los pensamientos de Gracie se desplazaron hacia Eliza al mismo tiempo que un miedo y una ansiedad abrumadores la barrieron de pies a cabeza. ¿Debería contar a Eliza lo que había «oído»? Aunque, ¿había oído algo más aparte de su incoherente imaginación?

Se mordió el labio; no sabía qué hacer. Se preguntaba si estaría perdiendo la cabeza después de tanto tiempo intentando mantenerse cuerda y sobrevivir.

—¿Gracie?

Esta vez fue Wade quien había pronunciado su nombre con suavidad. Había preocupación y un deje de inquietud en dicha suavidad. Levantó la mirada y vio que sus ojos agudos analizaban cada mínimo detalle de su aspecto, casi como si le leyera la mente.

Pero no le hacía falta tener su don para leer a la gente. Era muy perspicaz y tenía un extraño truco para hacerlo. Conocer sus intenciones. Saber si eran una amenaza o no. Y dado que ella era la única persona a quien él había dejado acercarse tanto, supuso que de alguna forma debió de haber pasado su escrutinio.

Varias cosas le vinieron de golpe. Voces. Ecos al azar. La abrumó de tal manera, que se llevó las manos a los oídos como si así pudiera bloquear la barrera de pensamientos que la rodeaba. Ay, Dios. No estaba loca. Todo volvía.

Cerró los ojos con fuerza, porque de haber podido elegir entre las dos, habría preferido estar loca.

## Veintiocho

Gracie paseó por el interior del refugio; la tensión cada vez era más difícil de soportar. Tenía las manos sudorosas, el pulso acelerado y daba respiraciones cortas y superficiales que lograban marearla.

¿Dónde se había metido Eliza?

Se habían separado hacía varias horas, cuando salieron de la clínica. Les había dicho que tenía que volver a casa para recoger su portátil y pasar por la oficina para hacer unas cuantas investigaciones y que volvería para su turno de guardia en el refugio. Había calculado, más o menos, una hora y media; dos, como mucho. De eso hacía cuatro horas.

Gracie tenía el mal presentimiento de que no estaba loca. De que había recuperado parte de sus poderes y que todo lo que había «escuchado» en la consulta iba realmente dirigido a Eliza.

Miró en dirección a Isaac, que había estado haciendo guardia en ausencia de Eliza. No parecía nada preocupado o intranquilo. Wade, no obstante, tenía una expresión seria y parecía absorto en sus pensamientos. ¿Estaba igual de preocupado que Gracie? ¿O pensaba en algo completamente diferente?

Había por lo menos otro agente más de la DSS fuera de la casa. Dónde exactamente, no tenía ni idea. Pero sabía que vigilaba el refugio muy de cerca. Eso debería darle seguridad, pero no conseguía deshacerse de ese mal presentimiento que le decía que ella ya no era un objetivo y que ahora la atención estaba toda puesta en Eliza.

¿Y si ya se encontraba en manos de la gente que había secuestrado y golpeado a Gracie, y que además había herido de gravedad a Ari, la mujer de Beau Devereaux?

Aceleró el paso y comenzó a dar pequeñas vueltas por la habitación mientras intentaba pensar en alguna posible solución. Si soltara sin más a Isaac que antes solía ser capaz de leer mentes, pero que después no... pero, ah, espera, que ahora de repente parecía estar recuperando ese poder y... oh, por cierto, que creía que Eliza se encontraba en peligro, pensaría que estaba loca de atar.

Eso sin mencionar que si hacía que los demás se enfadaran, se preocuparan y se centraran en Eliza y luego algo pasaba de verdad, Gracie sería la responsable.

Aun así el miedo se negaba a abandonarla. Solo crecía y crecía hasta oprimir su diafragma: apenas podía respirar. Las imágenes de Eliza la habían horrorizado. ¿Estarían haciéndole eso ahora?

Negó con la cabeza. No podía... No iba a dejarlo correr sin más. Eliza había sido amable con ella, había puesto su vida en peligro para proteger a alguien que ni siquiera conocía. Era leal a Gracie porque, según sus palabras, Gracie era importante

para Zack, y eso, por tanto, la convertía en alguien importante para todos en la DSS. Gracie no iba a agradecer ese altruismo quedándose callada por miedo a estar equivocada o a que pensasen que esta pirada.

De repente se le cruzó por la mente una idea tan descabellada y ridícula, que era... magnífica. Echó la cabeza hacia atrás de la emoción. ¡Por supuesto! Sabía exactamente cómo poder averiguar si habían secuestrado a Eliza, si ahora mismo sufría. También tenían las herramientas para llevar a cabo un gran ataque y así deshacerse de todas las personas responsables del daño que se le había hecho a la DSS, además de eliminar a todo el mundo relacionado con ellos.

Y no tenía nada que ver con ningún agente de la DSS. No, el poder necesario para esta operación residía en las mujeres casadas con los agentes de la DSS: Ramie, que podría dar con el paradero de Eliza al tocar un objeto que le perteneciese; y Ari, cuyos poderes eran brutales y que apenas había descubierto todavía. No había forma de saber de qué era realmente capaz, pero ya se había enfrentado a esos hombres antes y en el proceso se llevó por delante un recinto entero. Y Gracie... Sus poderes no eran lo más, ni tan útiles como los de Ramie o Ari, pero podía leer mentes, y si necesitaban conocer alguna información en particular, cómo acabar con toda esta locura, ella podría ser de ayuda.

Desvió la atención hacia Isaac. Según todo lo que le había contado Eliza, llegar hasta Ramie era tan imposible como entrar a hurtadillas en la base militar de Fort Knox. Se mordió el labio inferior y luego miró en dirección a Wade. La alianza de Wade no era con la DSS, sino con ella. Esa era la razón por la que se encontraba aquí. Y... Gracie sabía en el fondo, aunque quisiera negarlo, que Wade no siempre había sido un buen hombre. Estaba inmerso en las sombras y tenía contactos que ningún hombre normal y corriente debería tener nunca.

Pero jamás le había preguntado. Francamente, no quería las respuestas. Prefería vivir en el feliz mundo de la ignorancia y considerarlo solo como el amigo en que se había convertido.

Wade se giró como si hubiera sentido su mirada y sus ojos se aguzaron mientras contemplaba a Gracie. Luego miró hacia Isaac como si supiera que Gracie tenía algo en mente que no quería que el agente de la DSS oyera.

Se encaminó hacia Gracie, la sujetó con suavidad por el codo y la llevó hasta el dormitorio que él ocupaba para alejarla de Isaac, que se quedó solo en el salón. No cerró la puerta, eso levantaría sospechas, pero sí que la condujo hasta el cuarto de baño, el punto más alejado de los demás.

—¿Qué pasa? —preguntó de golpe.

Gracie tragó saliva.

—Wade, si te pidiera... —Respiró hondo—. Si te pidiera que hicieras algo a ciegas, ¿lo harías?

Él entrecerró los ojos aún más para escudriñarla. Luego, como si hubiera tomado una decisión, dijo:

—Sí, por supuesto. Lo que sea.

Ella relajó los hombros de alivio.

—Necesito contactar con Ramie y Ari Devereaux. Eliza está en peligro, Wade. No debería haber esperado tanto. Dios, si le han hecho daño o la han matado, es culpa mía. Pero no creí que mi poder hubiera regresado. Lo puse en duda. Pero no puedo esperar ni un minuto más aquí, y las dos únicas personas que pueden ayudar son Ramie y Ari. Y sus maridos no pueden saberlo, porque nunca las dejarían implicarse en lo que planeo hacer.

Wade frunció el ceño.

—Me encantaría saber qué es exactamente lo que planeas hacer.

Gracie colocó una mano sobre el brazo de él y le dio un pequeño apretón, un gesto de amistad y gratitud por todo lo que había hecho por ella.

—Necesito que confíes en mí —pidió en voz baja—. No tengo tiempo para explicarlo mil veces. Preferiría hacerlo una sola vez para poder entrar en acción lo antes posible. Sé que lo que pido es demasiado, pero, Wade, sé que Eliza tiene problemas y que está sufriendo. No puedo... No voy a quedarme aquí sentada sin hacer nada porque pueda hacerme daño —dijo con ferocidad.

Wade colocó una mano en su mentón y acarició con dulzura su mejilla.

—De acuerdo, está bien. Siempre y cuando me pongas al día antes de llevar a la práctica cualquiera que sea tu plan, conseguiré lo que necesites.

—Te lo juro —aseveró—. Pero date prisa, por favor. Estoy muy preocupada por ella, Wade. Ya sabes lo cumplidora que es. Dijo que estaría fuera unas dos horas, como mucho, y eso fue hace más de cuatro. No es su estilo desaparecer de esta manera.

La expresión de Wade se tornó seria.

—Lo sé. Yo también estoy preocupado.

El alivio la hizo encorvarse un poco más. De acuerdo, entonces no era la única que sospechaba que Eliza pudiera estar en serio peligro. Aunque ella lo supiera a ciencia cierta, era agradable que se lo confirmaran.

—Necesito que les digas cómo llegar hasta aquí —susurró Anna-Grace.

Wade asintió.

—Sin problema. Puedo enviar un vehículo para que las recoja, ya que la probabilidad de que ellas salgan solas, sin sus maridos, es nula.

Ella volvió a darle un apretón.

—Gracias por creerme, Wade. Por no pensar que estoy loca.

Su expresión se suavizó.

—Siempre te creeré, Anna-Grace. Deja que vaya a hacer unas cuantas llamadas para que podamos ir a por nuestra Eliza.

## Veintinueve

Ramie y Ari Devereaux observaron a Gracie llenas de curiosidad mientras tomaban asiento en el salón del refugio. Isaac se había puesto furioso cuando las dos mujeres se presentaron allí, escoltadas por tres guardaespaldas corpulentos que no trabajaban para la DSS. Wade había tomado las precauciones necesarias, pero bueno, Gracie no esperaba menos.

Ahora mismo Isaac se encontraba al teléfono, seguramente hablaba con Caleb o Beau, o ambos, así que Anna-Grace se imaginaba que tenía como mucho quince minutos para convencer a estas mujeres de que no estaba loca y para que la ayudaran —que ayudaran a Eliza— antes de que sus maridos entraran como locos porque las mujeres habían incumplido sus normas de seguridad, aunque fuera de forma temporal.

Aunque Gracie captó algo de impaciencia en ambas mujeres, ninguna tenía pensamientos malintencionados sobre su críptico llamamiento. Solo había preocupación por Eliza y confusión, pues no entendían por qué las había llamado a ellas y no a sus maridos.

Anna-Grace juntó las manos, nerviosa, y las entrelazó hasta que los nudillos se le pusieron blancos del esfuerzo.

—No tenemos mucho tiempo, así que lo explicaré rápido. No estoy loca. Vosotras dos, más que nadie, deberíais creerme fácilmente. Y sois las únicas que podéis ayudar a Eliza.

La preocupación asoló la mirada de Ramie.

—¿Estás segura de que está en peligro?

Anna-Grace vaciló un segundo y luego se reprendió a sí misma. No estaba loca. Sabía muy bien lo que había escuchado. Lo que había visto en la cabeza de aquel hombre. ¿Y escasas horas después Eliza desaparece? No podía ser una coincidencia. Eliza estaba prisionera y herida.

El estómago le dio un vuelco al recordar su propio dolor y terror. Su paliza había sido un mensaje. No habían tenido intención de matarla. ¿Pero podía decir lo mismo de Eliza? El odio impregnado en los pensamientos del hombre no daba ninguna garantía a Anna-Grace de que no fueran a matar a Eliza por el simple hecho de demostrar que la DSS no era tan inmune a sus amenazas.

—Completamente —murmuró Anna-Grace.

Tan resumido y conciso como pudo, se lo explicó todo: su habilidad para leer mentes, la pérdida de ese poder cuando abusaron de ella de un modo tan brutal y su creencia de que su mente había bloqueado el don como medida de protección. Por qué había regresado ahora, no estaba segura, pero luego cayó en la cuenta de que



había sido porque Eliza había llegado a importarle. Se había relajado al estar en su compañía. Y ahora su conciencia la había alertado de la amenaza que la asediaba.

—Lleva desaparecida tres horas —dijo Anna-Grace con tono serio—. ¿Os parece razonable en la Eliza que tan bien conocéis?

Como respuesta, las dos mujeres fruncieron el ceño.

—No —murmuró Ramie—. Eliza es la puntualidad en persona. Se ha arriesgado por todos nosotros. ¿Cuál es el plan? Yo me apunto.

Anna-Grace parpadeó. Ni siquiera les había contado el plan por encima, ni les había explicado que podría causar un dolor inmensurable a Ramie. Y aun así, Ramie se había apuntado sin reserva alguna.

—Yo también —dijo Ari con un gruñido—. Todavía les debo a esos cabrones la revancha y me muero por causar un poco de destrucción a su costa.

Anna-Grace sonrió.

Luego miró a Ramie.

—Estoy pidiendo demasiado. Lo sé. Sé lo que pasa cada vez que usas tus poderes. El precio que pagas. Pero también creo que es la única forma de localizar a Eliza a tiempo para salvarla. Creo que quieren matarla para mandar un mensaje más tajante que el que enviaron conmigo.

Ramie se limitó a asentir.

—Lo haré. ¿Hay algo aquí que perteneciera a Eliza?

—Debe de haber algo en su habitación —intervino Wade por primera vez en la conversación—. Iré a buscar algo.

Anna-Grace lanzó una mirada a Ari.

—Eres muy poderosa. No tienen ninguna posibilidad contra ti. —Luego encogió los hombros en un gesto triste—. Mi don no es tan intuitivo ni poderoso como el tuyo. No estoy muy segura de lo útil que seré. Pero sé leer mentes, y si hay información que pueda ayudarnos a localizar a los otros miembros de esta... organización... entonces podremos eliminarlos y ya no volverán a ser una amenaza para ninguno de nosotros.

Ari se echó hacia delante y deslizó su mano fría por el brazo de Anna-Grace. Luego le dio un pequeño apretón solidario.

—Tu don es tan poderoso como el mío o el de Ramie. Simplemente tenemos diferentes poderes, y eso es bueno porque, juntas, esos cabrones no tienen ninguna posibilidad de vencer.

—¡Nadie se va a ir a ninguna parte, joder! —bramó Isaac.

Había salido de la habitación contigua, donde seguramente habría estado llamado a los refuerzos. Emanaba furia a raudales.

—¿De verdad pensáis que ninguno de nosotros os va a dejar ponerlos en peligro así como así? Caleb y Beau acaban de perder la cabeza cuando les he dicho que mejor que vinieran pronto para acá porque sus mujeres no estaban donde deberían.

Anna-Grace miró, impotente, a las dos mujeres cuyos maridos irrumpirían en la

habitación de un momento a otro. ¿Cederían ante la presión de sus maridos, que solo buscaban mantenerlas a salvo? Anna-Grace no las culpaba por eso. Pero se negaba a dejar a Eliza a su suerte, y solo Ramie podía ayudar a localizarla, porque podría estar en cualquier parte.

Las imágenes que había obtenido de la mente del hombre no le habían facilitado una ubicación. Un lugar reconocible. Todo lo que había visto era a Eliza con ese trapo sobre la cara y el agua cayéndole encima una y otra vez.

—No vamos a echarnos atrás —dijo Ramie con suavidad—. Vamos a encontrar y rescatar a Eliza digan lo que digan y piensen lo que piensen nuestros maridos. Además, si nos ponen muchas trabas, Ari puede ocuparse del asunto por nosotras.

Un ligero brillo travieso se instaló en sus ojos, mientras que Ari directamente se echó a reír. Sonrió con petulancia en dirección a Anna-Grace.

—Tiene razón, así que deja de preocuparte. En cuanto sepamos su ubicación, nos piramos. Con o sin los maridos.

Isaac soltó una sarta de lo que Anna-Grace supuso que era una combinación de imprecaciones y protestas, pero ninguna de ellas le prestó mucha atención.

Justo cuando Wade regresaba del dormitorio de Eliza con la última prenda de ropa que esta había llevado puesta, antes de la que se había enfundado hoy, Caleb y Beau irrumpieron en la casa con expresión seria y el miedo reflejado en la mirada.

—Ni se te ocurra dárselo —ladró Caleb, interponiéndose entre su mujer y Wade.

Wade aguantó la mirada a Caleb con la misma garra que él, pero ninguno cedió ni un milímetro.

Anna-Grace admitía que Caleb Devereaux la intimidaba. Incluso Beau, en parte, aunque el hombre solo había sido amable y considerado con ella. Pero Wade claramente no se inmutaba por el peligroso brillo que denotaban los ojos de Caleb. Aunque es verdad que tenía tres montañas leales a él y no a la DSS a su lado, así que la balanza no es que estuviera del todo equilibrada. La victoria recaería sobre el bando que Ari eligiera, porque tenía la habilidad de incapacitarlos a todos si quería.

Anna-Grace lanzó una rápida mirada en dirección a Ari para ver si se había achantado ante la llegada de su marido. Pero lo que vio fue una buena señal. O al menos eso esperaba.

Ari parecía molesta, aunque pretendía ocultarlo. Pero Anna-Grace captó sus pensamientos fugaces, incluidos sus esfuerzos constantes por demostrar que ella era más que un igual para Beau y lo poco que le gustaba que la hubiera encerrado en una jaula, donde nunca nada pudieran hacerle daño, cuando, de hecho, era ella la que podría evitar que nadie le hiciera daño a él. O a cualquier otro agente de la DSS, ya puestos.

Algunos de los patrones de su mente estaban marcados por el dolor, porque una diminuta parte de ella veía su obstinación como falta de confianza en ella y en sus habilidades, y ya había demostrado en numerosas ocasiones que no era débil. Era capaz de hacer cosas alucinantes.

Podía proteger a Eliza mejor que cualquier hombre de aquella habitación. Las mujeres lo sabían, se lo reconocían. Pero los hombres no veían más allá de su miedo para poder aceptarlo.

Ramie apartó a Caleb a un lado con brusquedad, de modo que volviera a estar, una vez más, frente a Wade. No agarró la ropa de inmediato, pero mostró expresión de resolución incluso cuando Caleb volvió a lanzarse hacia delante.

Se giró hacia su marido con una mirada firme.

—No te interpongas —dijo con una voz tan dura que bien podría haber partido una piedra en dos—. Eliza está en peligro, podría morir. Ya podría estar muerta. Y yo soy la única que puede localizarla a tiempo para poder salvarla. No tomes decisiones por mí. Eliza me ayudó a ciegas. Nunca ha pedido ni una sola cosa a cambio. No la voy a abandonar porque tengas un mal concepto de mí y pienses que soy demasiado débil para rescatar a alguien a quien todos queremos mucho.

Caleb se quedó de piedra. Anna-Grace ni siquiera sabía con certeza si estaba respirando. Parecía estar librando una batalla interior consigo, porque sus pensamientos eran tan caóticos y desordenados que Anna-Grace no lograba encontrar el sentido a lo que estaba pensando. La única palabra que repetía su subconsciente una y otra vez era «¡No!». Era una letanía sin fin, como si no soportara la idea de que sufriera ni siquiera por un instante.

—Eso explica por qué está Ramie aquí —comentó Beau con brusquedad mientras taladraba a su mujer con la mirada—. Pero no explica por qué estás tú aquí.

Ella le sonrió con despreocupación a la vez que sus palabras, aunque dichas a la ligera, llenaban el lugar y recorrían la espalda de Anna-Grace en un escalofrío.

—Porque voy a cargarme a esos cabrones. No son rival para mí y mis poderes. Tienen a uno de los nuestros. Jamás dejaría que cualquier persona importante para mí sufriera lo más mínimo.

Beau abrió la boca para discutir, pero Ari le dio la espalda y miró a Ramie.

Al principio, los movimientos de Ramie fueron vacilantes, y luego más forzados conforme se acercaba a la prenda.

Pero Anna-Grace captó rápidamente el pensamiento que tanto Beau como Caleb compartían: en cuanto Ramie determinara dónde se encontraba Eliza, ni de lejos iban a permitir que las mujeres fueran a ninguna parte, aunque tuviera que ordenar a los guardias que las retuvieran. Lo cual era bastante estúpido teniendo en cuenta que nadie podía obligar a Ari a quedarse en un lugar en el que no quería estar. Anna-Grace puso los ojos en blanco, pero también miró a las chicas y esperó que pudieran entender lo que les estaba diciendo con los ojos.

Ari esbozó una pequeña sonrisa. Se encontraba lo bastante lejos de Beau como para hablar con Anna-Grace en susurros sin que la oyeran.

—Puede que no sepa leer mentes, pero conozco muy bien a mi marido, y sabía desde el principio que iba a montar el lío padre ante la idea de dejarme ir a algún lado. Aunque yo soy capaz de causar más muerte y destrucción que cualquiera de sus

hombres.

Su expresión se suavizó durante el breve instante en que miró en dirección a su marido.

—Es solo que... —Hizo una mueca—. No puedo culparlo por su miedo. Siento pavor cada vez que sale a una misión peligrosa. Casi no lo cuento la última vez que nos enfrentamos a estos fanáticos, así que comprendo su miedo. Pero me he hecho más fuerte desde entonces. Soy más consciente de mí misma. Conozco mis límites, o al menos los que he descubierto hasta ahora. Pero también sé que hay más que todavía no conozco, que aún no he descubierto. Así que Beau va a tener que aguantarse, porque no me voy a quedar en casa esta vez.

La admiración que sentía Anna-Grace hacia Ari aumentó todavía más. Y solo tenía que ver la determinación que llevaba la expresión de Ramie para saber que formaría un frente unido con Anna-Grace y Ari.

Ojalá hubiera vuelto Zack.

Se quedó inmóvil. Por un momento ni siquiera respiró ante la sorpresa que le reportó el pensamiento inconsciente que había cruzado por su mente. ¿Cuándo había pasado del odio y del miedo a no sentirse segura cuando no estaba a su lado?

Se masajeó la sien, pero al instante bajó la mano al percatarse de que temblaba. El pensamiento la había puesto nerviosa. Y ahora mismo no podía permitirse estar nerviosa. No cuando la vida de Eliza estaba en juego.

Pareció que toda la habitación dejara de respirar cuando Ramie por fin agarró la prenda de la mano de Wade. Caleb al instante avanzó y se interpuso entre su mujer y él. Y también hizo de barrera para todos los demás allí reunidos.

—No hagáis nada que la distraiga —siseó Caleb en voz queda—. No la toquéis ni le habléis. No será fácil, sobre todo si Eliza lo está pasando mal, pero todo el mundo debe mantenerse tranquilo o Ramie sufrirá más.

Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Anna-Grace. No quería ni imaginarse los horrores que Eliza pudiera estar viviendo. Anna-Grace había vislumbrado algo que no terminaba de comprender. Todo lo que sabía era que Eliza estaba sufriendo. Pero solo era un pensamiento, o, más bien, la fantasía de un hombre. Una que aún no había sucedido, así que no había forma de saber si lo que había visto iba a hacerse realidad o no.

Era muy distinto ver en tiempo real exactamente lo que le estaba ocurriendo a Eliza —y a Ramie— y saber que era real. No hipotético.

Ramie soltó un jadeo estrangulado. Se llevó ambas manos a la cara y forcejeó con violencia. Perdió el equilibrio: se habría caído de no ser porque Caleb la agarró antes de dejarla suavemente en el suelo.

Yacía tumbada bocarriba y era evidente que no respiraba. Luchaba todo cuanto podía por hacerlo, pero todo lo que conseguía era borbotear y emitir sonidos de claro ahogamiento. Anna-Grace se quedó petrificada mientras el miedo se apoderaba de su cuerpo.

Era escalofriante el parecido que tenía esa escena con la imagen que había vislumbrado en la mente del hombre. Eliza tenía un trapo en la cara. Un trapo húmedo. ¿Qué querría decir?

—Me cago en Dios —imprecó Caleb con crueldad—. Respira, joder. ¡Respira Ramie!

Justo cuando parecía que Ramie iba a sucumbir y a desmayarse, tomó de repente una bocanada enorme de aire. Su cuerpo jadeaba como si estuviera hambriento de oxígeno.

—A la mierda —dijo Ramie con una voz ronca y extraña. Sonaba casi como... Eliza. Aunque, bien visto, sí que era Eliza en este momento, y estaba retransmitiendo para todo el mundo presente exactamente lo que ella estuviera experimentando, sintiendo, oyendo y diciendo.

En cuanto las palabras salieron de su boca, comenzó a forcejear otra vez y a seguir emitiendo esos sonidos horribles de ahogamiento. Se arañaba el rostro con las manos hasta que Caleb desafió su propia orden y se las agarró para evitar que se hiciera daño.

Su cuerpo se retorció. Arqueó el pecho y las lágrimas comenzaron a caerle por el rabillo de los ojos hasta desaparecer en su pelo.

—¿Qué cojones le están haciendo a Eliza? —susurró Beau, con el rostro tan rebosante de ira que hasta daba miedo mirarlo.

—No os puedo contar mucho —contestó Anna-Grace en voz baja—. Pero esta mañana, cuando estábamos en la clínica, pude leer los pensamientos de otro hombre que estaba con nosotros en la sala de espera.

Durante un momento, la atención de todos estuvo puesta solo en ella. Sus expresiones eran intensas y la ponían incómoda, pero las ignoró porque Eliza necesitaba su ayuda antes de que fuera demasiado tarde.

—Odiaba a Eliza. Estaba centrado solo en ella. Y sus pensamientos no eran muy buenos, que digamos. Estaban llenos de violencia. A través de su mente vi a Eliza, tumbada en el suelo tal y como Ramie ahora, pero con un trapo sobre la cara. Un trapo húmedo. Y luchaba por respirar. No sé lo que significa, pero parece coincidir con lo que Ramie está viviendo ahora mismo.

—¿Están ahogando y torturando a una mujer? —rugió Wade.

Su reacción sorprendió a Anna-Grace y esta desvió su atención rápidamente hacia él. Hervía de ira. Tenía la mandíbula apretada y su mirada era tan fría como el hielo. Abría y cerraba los puños a los costados. Para un hombre que siempre conservaba la calma, ahora mismo parecía estar a punto de perder los nervios.

—Madre mía —murmuró Isaac—. ¡Su puta madre!

—Ramie. ¡Ramie! —dijo Caleb con más énfasis—. Vuelve conmigo, nena. Necesito que vuelvas y nos digas dónde encontrar a Eliza.

Le acarició suavemente el pelo con expresión preocupada y furiosa al mismo tiempo.

Desde el momento en que Anna-Grace explicó lo que había visto, la ira se palpaba claramente en la sala. Y el miedo por Eliza. El sentido de urgencia se había intensificado. Todo el mundo estaba tenso y a punto de entrar en acción.

Pasó un rato más antes de que Caleb por fin consiguiera llegar hasta Ramie y la rescatara de las garras de la pesadilla de Eliza. Poco a poco, centró la vista en Caleb, y luego la tristeza y la pena inundaron su rostro y las lágrimas aparecieron más rápido que antes.

—Tenemos que irnos ya —dijo Ramie con voz ronca.

Incluso mientras hablaba intentaba zafarse de las manos de Caleb y ponerse de pie.

El rostro de Beau adoptó una expresión implacable incluso al alargar los brazos.

—Dinos adónde, Ramie. Iremos a buscarla, pero tú, Ari y Gracie os quedaréis aquí, que es un sitio seguro.

Las tres mujeres intercambiaron una mirada rápida para confirmar una vez más su solidaridad. Luego Ramie alzó el mentón.

—No nos vamos a quedar aquí ni en ningún otro sitio —dijo con calma—. Vamos a ir a buscar a Eliza. Nos necesita y no vamos a decepcionarla.

## Treinta

Todos los hombres allí reunidos tenían el semblante de piedra, incluso Wade, lo que sorprendió a Anna-Grace porque creía que él estaba de acuerdo con el plan de las mujeres. Claro que, al igual que Beau, tal vez pensara que estas solo servían para proporcionar información y luego se las podía dejar atrás, entre algodones, mientras los hombres se ocupaban de lo más peligroso.

Estaba enfadada, pero trató de no pensar en eso. No importaba lo que los hombres quisieran. Ramie sabía dónde estaba Eliza y nadie impediría que Ari fuera donde se le antojara, así que quisieran los hombres o no, ni aunque tuvieran una pataleta, el resultado sería el mismo.

—Creo que no lo entiendes —dijo Ramie en un tono comedido—. No os estamos pidiendo permiso, vamos a ir. Además, soy la única que tiene información de su paradero, sin mí, vosotros y Eliza estáis bien jodidos.

—Aún estás débil y herida —dijo Caleb de sopetón—. Necesitas descansar y recuperarte de lo que has pasado. No puedo... No quiero ponerte en peligro, Ramie. No puedo hacerlo. Me da muchísimo miedo.

—Puede que mi don no sea tan potente como el de Ari o tan intuitivo como el de Gracie, pero puedo leer las cosas tocándolas y tal vez me necesitéis para ver, para discernir la información a la que de otro modo no tendríamos acceso. Además, tenemos que reunir todos los recursos posibles para poder eliminar a todos los tíos de esta organización, para que no atrapen, torturen o asesinen a nadie más.

Ramie se acercó a Anna-Grace y a Ari, y las tres miraron a los hombres con aire decidido.

—Mis poderes no tienen parangón —dijo Ari en un tono tranquilo y seguro—. No pueden hacerme daño.

—¡Y una mierda! —explotó Beau—. ¡Ya te lo hicieron! ¿O no te acuerdas de que estuviste a punto de morir? Estuve a un pelo de perderte.

Tenía los ojos tan apenados que le dolía mirarlo. Fue entonces cuando entendió lo que Ari le había dicho sobre su preocupación por ella. Lo llevaba escrito en la cara: miedo, un terror extremo.

—Sé leerles los pensamientos —terció Anna-Grace en voz baja y los distrajo del inminente derrumbe de Beau—. Eso significa que puedo obtener información muy valiosa que de otro modo no podríamos conseguir.

—Y por eso vamos a ir todas —afirmó Ramie—. Con vosotros o sin vosotros, vosotros decidís. Pero solo yo sé dónde está Eliza y no tenéis los poderes que tiene Ari. Salir de aquí será facilísimo con un esfuerzo mínimo por su parte.

Caleb cerró los ojos.

—Mierda.

Wade lo miró, incrédulo.

—¿No estarás planteándote en serio esta locura, verdad? ¿Una mujer herida no es suficiente? Joder, van dos, que ya le dieron una paliza a Gracie.

Beau se puso muy serio.

—Sí, y también le pusieron las manos encima a Ari. Tenemos que vengarnos.

—Entonces, ¿por qué leches tenemos que ponerlas en peligro otra vez? —bramó Wade.

—De acuerdo, Superman —dijo Isaac arrastrando las palabras con sarcasmo—. Tú primero, dínos dónde está Lizzie. Nos encantará tenerlas fuera de peligro para que no les hagan daño.

Wade entrecerró los ojos al tiempo que miraba fijamente a Ramie.

—Cuanto más tiempo retengas esa información, más tiempo pasará Eliza sufriendo un dolor indescriptible. Ese tiempo significa la diferencia entre la vida y la muerte. No es momento de luchar contra los límites que te impone tu marido.

Ari estaba que trinaba junto a Anna-Grace, que hizo una mueca de dolor preguntándose lo poco que faltaría para que Wade perdiese la paciencia. Un cabreo de Ari no podría traer nada bueno. Al menos para él.

Ramie lo miró con frialdad.

—Me importa una mierda lo que pienses o lo que creas que sabes de mi relación, pero que te quede muy claro: no somos nosotras las que estamos perdiendo el tiempo. Sois vosotros, los hombres. Pensamos ir ahora mismo, con o sin vosotros. Ya podéis aclararos y hacerlo rápido, porque Eliza es nuestra amiga y no pensamos dejar nada al azar para protegerla.

Los hombres las miraron con resignación.

—Joder —murmuró Beau—. Maldita sea.

Anna-Grace miró a las demás con aire triunfal. Sabían que habían ganado.

—Vaya, Superman —dijo Isaac, tendiéndole una mano cuando Wade se reunió con los demás—. Puede que las mujeres nos tengan cogidos por las pelotas, pero tú no y no formas parte de esta misión. Tú no vienes.

—Y una polla. Basta de perder el tiempo y vámonos. No voy a ser un obstáculo. Al final veréis que soy una buena baza. —Sus ojos se volvieron fríos—. No tengo cargos de conciencia por haber matado a un hombre que ahogaría o pegaría a una mujer igual que pegaron a Gracie. De hecho, me encantaría hacerlo.

Los otros hombres se miraron arqueando las cejas. Anna-Grace reparó en la sorpresa y la incomodidad que había provocado el comentario de Wade en los demás hombres.

—De acuerdo, puedes venir —dijo Beau. Entonces miró a Ramie—. Tú ganas. Esto va a ser un maldito equipo de rescate. Todo el mundo va a ir. ¿Puedes decirnos adónde vamos?



En cuanto la avioneta aterrizó en Houston, Zack encendió el teléfono móvil y frunció el ceño al ver que se le encendía la pantalla y aparecían un montón de notificaciones. Vio que eran todas de Beau y se le puso mal cuerpo. Beau sabía que estaba de viaje, que iba en avión, así que si había estado llamándolo tanto no era para darle buenas noticias.

No se molestó en leer los mensajes o escuchar el contestador. Fue directamente a la fuente y marcó el botón de llamada.

—Vamos, vamos —murmuró cuando Beau no lo cogió al primer tono.

Tenía el estómago revuelto y con la mano libre se aferraba al asiento. Tenía los nudillos completamente blancos y no le sorprendería acabar rompiendo esa pieza de plástico.

—¿Ya has aterrizado? —preguntó Beau al tercer tono.

—Acabo de hacerlo.

—Mierda.

A Zack no le gustaba ni un pelo.

—¿Qué narices pasa?

—Es Anna-Grace. —Beau blasfemó otra vez—. Y Ari y Ramie. Joder, ha habido un motín y no podemos hacer nada.

—Será mejor que empieces a hablar —amenazó.

Beau suspiró.

—Llegaron hasta Eliza. Y había un tío en la clínica donde llevamos a Gracie para que le hiciera el reconocimiento médico. Gracie dijo que pudo leerle la mente.

Zack arrugó el ceño. ¿Pero no le había dicho que había perdido esa habilidad?

—Lo que vio no fue nada bueno y lo peor es que resultó ser cierto. El hombre se estaba imaginando a sí mismo ahogando a Eliza. Ramie lo confirmó cuando tocó un objeto que le pertenecía. Las mujeres han ideado este plan. Han unido fuerzas y se han emperrado en rescatar a Eliza a toda costa. A ver, las apoyo en ese aspecto, pero, joder, no quiero que se acerquen a esos malditos hijos de puta.

—A ver, rebobina —le pidió—. Dime que no acabas de decir lo que creo que has dicho. No vas a permitir que ninguna de las mujeres, ni siquiera Anna-Grace, participe en este rescate. ¿Te has vuelto loco?

—No hemos tenido más remedio —reconoció, tajante—. Ramie no estaba dispuesta a revelar la información a menos que vinieran todas y Ari amenazó con incapacitarnos a todos. Dijeron que se irían las tres solas, así que solo hemos podido acceder a que vengan con nosotros para que, al menos, podamos ofrecerles protección.

Zack soltó una retahíla de insultos que hizo que los demás pasajeros lo miraran boquiabiertos.

—Dime dónde, Beau, y júrame que no permitirás que a Gracie le pase nada. Júramelo por tu vida. Tienes que darme la oportunidad de arreglar las cosas con ella y no lo podré hacer si acaba muerta.

—Ya lo sé, tío —dijo en voz baja—. Créeme, ya lo sé. Y la protegeré, todos lo haremos, igual que a Ari y a Ramie, las protegeremos con nuestras vidas. Pero ven lo antes que puedas. Necesitaremos todos los refuerzos posibles, porque no tengo ni idea de qué va a pasar cuando Ari desate toda su furia sobre ellos.

## Treinta y uno

La oscuridad envolvía aquel almacén de las afueras de la ciudad, al parecer estaba vacío. Sin embargo, Anna-Grace sabía que no lo estaba. En algún lugar, Eliza estaba sufriendo.

Se le hizo un nudo en el estómago y el terror se apoderó de ella, ahogándola hasta que casi no pudo ni respirar. Apretó los puños; la rabia le corría por las venas como si fuera fuego. Estaba familiarizada con el odio, o eso pensaba, pero aunque pensara que odiaba a Zack, sabía que aún había —que siempre habría— una parte de ella que nunca dejaría de amarlo. Al menos al muchacho del que se había enamorado antes de que se convirtiera en una persona distinta. Puede que no fuera tan diferente. Sin embargo, el odio que había utilizado para sobrevivir, para no perder la cordura cada vez que se derrumbaba, porque sabía que si de verdad perdía los nervios no podría recuperarse... Ese odio ni se acercaba a lo que sentía hacia las personas que le habían dado una paliza, que casi habían matado a Ari y que ahora estaban torturando a Eliza.

Entonces se quedó callada; varios pensamientos empezaban a llegarle a la mente. Cerró los ojos mientras aquellos a su alrededor se quedaban quietos; notaba su confusión y su impaciencia. Tenían tanta prisa por llegar hasta Eliza como ella.

No obstante, se centró solamente en las voces que no conocía y fue aguzando el oído todo lo que pudo, ya que tenía el don algo oxidado después de tanto tiempo sin poder usarlo.

Al final, consiguió silenciar todo lo demás y escuchar únicamente lo que había dentro del edificio. Blasfemando con toda su alma, se inclinó hacia delante sin pensar porque los sonidos eran muy flojos. Necesitaba acercarse más a su origen.

—Anna-Grace —siseó Wade, que alargó el brazo para retenerla—. ¿Qué leches haces? No irás a ningún lado sin que lo autoricemos antes.

Pero ella no le hizo ni caso y se fue derecha al edificio, decidida a acercarse más al almacén, aunque no se apartó mucho de las sombras y evitó los pocos sitios donde la luz podía delatarla. Los demás no tuvieron más remedio que seguirla o dejarla sin protección. Notaba su decepción aunque la protegieran y no dejaran ningún flanco vulnerable, pero no le pidieron que se apartara, a diferencia de Wade. Tal vez notaron su urgencia porque todos los miembros de la DSS la miraban fijamente esperando que les dijera qué había captado.

Y en ese momento, igual que antes, se detuvo. Se paró tan de repente que Capshaw chocó contra su espalda y con un improperio fue a cogerla para que no cayera de bruces. Ella no le hizo caso y se quedó boquiabierta, aterrorizada. Intentó hablar, pero no consiguió decir nada. Se llevó una mano a la boca para ahogar un grito y se quedó horrorizada mirando el edificio de aspecto ominoso como si fuera el

mismísimo infierno.

—Tenemos que entrar ahí ahora mismo —dijo, temblando tanto que hasta le castañeteaban los dientes—. Van a matarla. No les ha sido de utilidad. Están más enfadados que antes porque la mujer no ha cedido, por mucho que le hayan hecho. No han podido doblegarla, así que ahora la matarán y enviarán su cadáver a la DSS a cachitos. Sienten que están perdiendo el tiempo y deberían perseguir un objetivo más fácil y más vulnerable.

La expresión de Dane se volvió asesina; impenetrable, decidida e implacable. Era una expresión que prometía venganza, una expresión que también tenían los demás miembros del equipo de Eliza.

—Pues claro que no cederá —dijo Caleb en un tono suave que delataba dolor y culpabilidad—. Es una de las mujeres más fuertes que conozco. Y es completamente leal, nunca vendería ni delataría a su equipo, aunque eso significara morir.

Oír esas palabras, la confirmación de lo que Anna-Grace ya había descubierto por sí sola, la hizo estremecer. Las vías respiratorias se le cerraron hasta el punto de sentir dolor y de oír que emitía ruidos sibilantes por la nariz.

Fue Ari quien se colocó delante de todos; Beau tuvo que salir corriendo para alcanzarla, sin dejar de maldecir. Anna-Grace salió corriendo igual de rápida. Le latía el corazón tan deprisa que se notaba mareada y algo desorientada, pero no pensaba rezagar a los demás, no cuando a Eliza le quedaba tan poco tiempo.

Wade e Isaac alcanzaron a Gracie enseguida, se pusieron cada uno a un lado con las pistolas desenfundadas, mirando constantemente de un lado a otro, en busca de algún movimiento, alguna manera de descubrir su ubicación dentro de aquel edificio desvencijado.

Se quedó impactada al ver a Wade con un arma. Era curioso ver lo bien que se mimetizaba con los otros agentes, aunque no debería de haberla sorprendido. Ya sabía que en su interior había mucho más de lo que dejaba ver en su exterior refinado.

Caleb atrajo a Ramie hacia sí, y la puso detrás de él y de Capshaw. Pero los hombres seguían sintiéndose incómodos. Les fastidiaba muchísimo haber puesto en peligro a las mujeres a las que amaban, aunque fuera solo un momento.

De repente se sintió una extraña en algo tan valioso e íntimo. Recordó cuando había tenido aquel sentimiento con Zack, y ahora lo había perdido todo: sus sueños y su pasión por la vida.

No obstante, ahora daría cualquier cosa para que estuviera allí, porque con todos los recursos de la DSS centrados en recuperar a Eliza, sana y salva, sabía en su interior que él no había sido capaz de hacer lo de hacía doce años. ¿Estaba loca por contemplar perdonarlo para que ambos pudieran pasar página, vivir su vida y tratar de encontrar la felicidad que antaño habían compartido?

Quería a Zack con ella porque cada vez que estaban juntos sentía que nada podía tocarla, hacerle daño o destrozarla porque él la quería. Podría haber tenido cualquier mujer con solo chasquear los dedos y a pesar de todo había escogido a una chica

cuatro años más joven y había sido... mágico. Cuando reconoces a esa persona especial, sabes que te ha cambiado el destino.

Pero descubrió que estaba completamente equivocada sobre el hombre al que amaba, el hombre con el que pensaba casarse y pasar el resto de su vida, el hombre con el que había hablado de su deseo de tener muchos hijos —seis por lo menos—, y Anna-Grace no pudo ser más feliz.

Porque por primera vez había visto realmente un futuro con Zack. No era solo salir, pasar el rato, y hacer cosas mundanas. Ni siquiera le preocupaba cuando lo escogieron para jugar con los profesionales y ella se quedó atrás. En aquel momento, entendió —supo, de hecho— que sus destinos estaban entrelazados, que eran irrompibles y eternos. Para toda la vida.

Beau ordenó que se pararan poco antes de llegar a una de las entradas del almacén. Se volvió hacia Anna-Grace y la miró fijamente aunque sin malicia. Era determinación; no quería esperar un segundo más del que fuera necesario.

—¿Qué sabes, Gracie? —susurró—. ¿Has visto en qué parte del edificio están? ¿Cuál es su posición? ¿Cuántos son?

Muy a su pesar, negó con la cabeza.

—Hay muchos pensamientos, algunos más fuertes que otros, pero todos tienen la misma intención.

Ramie dio un paso al frente y soltó la mano de Caleb.

—Están en el lado izquierdo, en diagonal desde donde estamos nosotros ahora. Pero hay muchos escombros en el suelo, y aunque no será difícil llegar hasta allí, como hagamos un solo ruido sabrán que tienen compañía.

—Tengo que ser la primera en entrar —dijo Ari con voz áspera.

Anna-Grace captó enseguida el patrón de pensamiento de la otra mujer. Pensaba muy alto, como si Ari le estuviera gritando mentalmente. La pena, la culpabilidad y el arrepentimiento le llegaban en oleadas, pero también la rabia, el odio y el deseo de hacer justicia para la mujer que estos hombres habían herido.

Ari se sentía muy responsable por lo que les había pasado tanto a Eliza como a Anna-Grace. La fuerza de sus pensamientos le hizo daño; tenía muchas ganas de decirle que ella no tenía la culpa. Quería tranquilizarla por algo que no era cosa suya, pero no tenían tiempo. Eliza no tenía tiempo.

—Nada de eso, no vas a entrar la primera —le espetó Beau con los ojos ardientes mientras fulminaba a su mujer con la mirada.

Su temor lo dominaba y le llenó la mente de tal modo que bloqueó todo lo demás. Anna-Grace cerró los ojos y se centró para liberarse del agarre que la gente que tenía más cerca tenía sobre ella, y para ir más allá y volver a conectar con los hombres que se preparaban para matar a Eliza.

Cuando volvió a abrir los ojos, vio que Ari observaba a su marido con su mirada aguamarina con destellos dorados, un brillo que resplandecía por su ferocidad.

—Pues claro que sí. Porque en cuanto sepan que hemos venido, matarán a Eliza.

Si puedo acercarme lo suficiente, podré erigir una barrera a su alrededor para que no sufra más daño mientras el resto termina con estos cabrones.

El grupo se quedó callado. Anna-Grace sabía que Ari acababa de marcarles un gol. ¿Cómo podían retenerla arriesgando así la vida de Eliza? Pero a nadie le hacía gracia. Nadie quería ir detrás de una mujer de apariencia frágil y permitir que se expusiera directamente al peligro. Estaba claro que iba en contra de todos sus principios esconderse detrás de una mujer, protegerse y permitir que ella arriesgara tanto. Eran guerreros, protectores, eran ellos los que encabezaban las marchas y nunca se quedaban atrás.

Ari esbozó una sonrisa.

—No pueden hacerme daño, ¿lo habéis olvidado? ¿No recordáis lo que pasó la última vez que intentaron acabar conmigo?

Beau se encogió de dolor y adoptó una expresión descarnada al recordarlo. Y por un momento muy breve antes de que Anna-Grace bloqueara los pensamientos que había a su alrededor, captó el recuerdo de Ari que yacía casi inerte entre sus brazos, empapada de sangre y Beau, rogándole que no muriera.

Un escalofrío le subió por la espalda y se estremeció al ver esa imagen tan clara en su mente. No lo culpaba por su reticencia, no cuando había estado tan cerca de perder a la mujer a la que amaba.

—Creo que lo que más recordamos nosotros es que estuviste a punto de morir —dijo con voz ronca.

—Pongámonos en marcha ya —los cortó Dane.

Anna-Grace se sobresaltó al oír a Dane tan alterado. ¿Era siempre tan... inhumano? Le recordaba a un robot programado para no sentir, solo actuar. Pero ahora mismo estaba cabreado. Hinchaba las fosas nasales e inspiraba hondo por la nariz.

Y Wade también. Anna-Grace no recordaba que este hubiera mostrado nunca ninguna emoción, pero aun así parecía estar rígido de impaciencia. Se lo veía nervioso como si en cualquier momento fuera a reventar las puertas y entrara con o sin los otros.

Sin esperar la confirmación de Beau, Ari se acercó a la puerta, pero se mantuvo un poco al margen para no tocar nada. Aun sabiendo el don que tenía Ari, se quedó igualmente boquiabierto cuando las cadenas y los candados se levantaron por el aire como si esperaran una orden. Luego se abrieron y se colocaron en el suelo, sin esfuerzo y sin hacer ruido, a unos metros de donde estaba el grupo.

Ari cerró los ojos y las puertas se abrieron despacio, lo suficiente para que pudieran entrar. Ella desapareció en su interior, con Beau pisándole los talones. Dane entró en tercer lugar y los otros les siguieron al momento. Anna-Grace entró después con Wade; Isaac y Capshaw los flanqueaban.

El sudor le caía por la espalda mientras se concentraba en rodear los escombros que cubrían el suelo. Cuanto más se acercaban a donde tenían a Eliza retenida, más

fuertes eran los pensamientos que le llegaban de los torturadores.

En silencio, pidió a Ari que se diera prisa. Se le estaba acelerando el pulso en respuesta al de los mismos captores: se estaban preparando para matar. Se le hizo un nudo en el estómago y le vinieron unas náuseas que tuvo que obligarse a contener. Se deleitaban con la idea de desmembrarla viva.

Se llevó una mano a la boca y la sostuvo firmemente, temerosa de vomitar al ver las horribles imágenes que a los hombres se les pasaban por la cabeza. Cada uno tenía su idea o más bien fantasía de cómo quería matarla. Nadie quería que terminara de forma rápida y misericordiosa. Eliza les había puesto en evidencia al demostrar más fuerza de la que ellos hubieran imaginado y ahora querían vengarse.

Ari volvió la cabeza y miró a Anna-Grace; estaba claro que reparaba en la tensión repentina que estaba sintiendo. Sus ojos brillaban con una curiosa luz; resplandecían de forma más intensa, como si estuviera armándose de valor y de poder para luchar por la vida de Eliza. Entonces, como si entendiera la agitación de Anna-Grace y supiera que cada segundo contaba, se dio la vuelta y echó a correr hacia la parte trasera del almacén.

Los hombres de la DSS salieron corriendo tras ella; ya no les importaba si hacían ruido o no. Ari se detuvo de golpe y oyeron unos disparos. A Anna-Grace casi le explotó el corazón. Ya no encontraba sentido a los patrones de pensamiento porque reinaba el pánico y no se entendía nada. Solo podía traducir su miedo. Eso tenía que ser algo bueno; no tendrían miedo si pensaran que tenían las de ganar.

Anna-Grace se acercó a Ari, decidida a que no quedara vulnerable mientras usaba sus poderes como si fuera una guerrera de antaño. Wade fue a cogerla del brazo, pero ella se zafó; necesitaba verificar que Eliza estaba viva.

De repente alguien la tiró al suelo. No fue Wade sino Dane. Su cuerpo más grande y más pesado la cubría por completo y la sujetaba con firmeza al suelo.

—No lo distraigas —le bramó Dane al oído—. Está a salvo, pero tú eres un objetivo. No puede proteger a Eliza y a sí misma si también tiene que preocuparse por ti.

Anna-Grace levantó la vista todo lo que pudo y contuvo la respiración al ver la fuerza de la naturaleza que era Ari.

Era como si un tornado hubiera impactado en el edificio, solo que no eran los escombros los que se arremolinaban, sino los hombres. Hombres aterrorizados que gritaban y chillaban. Hombres que muy poco antes habían estado torturando a una mujer inocente.

Anna-Grace observaba maravillada como uno tras otro, los hombres se levantaban por el aire y chocaban contra las paredes, y ahí se quedaban como si los hubieran pegado con pegamento. Forcejeaban contra unas cadenas invisibles, pero no podían hacer nada. Por lo demás, no había ni escombros ni fragmentos que pudieran hacerles daño. De hecho, parecía como si nadie hubiera estado allí.

¿Dónde estaba Eliza? Por mucho que lo intentara, Anna-Grace no podía abarcar

toda la zona. ¿Y si habían llegado demasiado tarde? Pero no, espera, no captaba pensamientos de satisfacción. No había alegría porque los otros hubieran llegado demasiado tarde a salvar a Eliza. Solo había miedo y rabia...

Se le aceleró el pulso. Le resultaba difícil respirar bajo el peso de Dane, que ni se había movido. El miedo era lo principal en las mentes de los hombres que aún colgaban de las paredes, pero inmediatamente después pensaban que era la rabia por haberles frustrado los planes.

«¡Aún no han matado a Eliza!»

—Está viva —le susurró a Dane—. Están cabreados porque no la han podido matar a tiempo.

Tal vez fuera su imaginación, pero le pareció que Dane se tranquilizaba, aliviado, lo que aún la hacía sentir más peso encima.

—Gracias a Dios —dijo en un tono apenas audible.

Beau se incorporó y empezó a dar órdenes.

—Mientras vayan cayendo uno a uno, aseguraos de atarlos bien para que no supongan ninguna amenaza. Ari no lo podrá soportar mucho tiempo más.

Anna-Grace la miró nerviosa y se le cortó la respiración. A Ari le sangraban la nariz y las orejas, y tenía el ceño fruncido en un gesto de dolor evidente. Dane se quitó de encima de Anna-Grace y se incorporó de un salto. Caleb gritó a Ramie que no se acercara y entonces él también fue donde estaban los hombres suspendidos en el aire.

Por fin libre, Anna-Grace se levantó con el único objetivo de llegar hasta Eliza. Con los hombres incapacitados y los agentes de la DSS preparados para controlarlos, alguien tenía que ocuparse de Eliza. El corazón le latía desbocado mientras se acercaba corriendo al extremo donde yacía Eliza, completamente inmóvil. Sintió una punzada de pánico en el pecho. ¿Y si habían llegado demasiado tarde? ¿Y si se había muerto antes de que sus captores hubieran llevado a cabo sus planes macabros?

Dio un traspie y estuvo a punto de caer, pero recuperó el equilibrio y se inclinó sobre el cuerpo de Eliza con cuidado. Estaba muy pálida y por un momento le pareció que no respiraba.

El miedo y la pena le formaban un nudo en la garganta mientras le pasaba un brazo por debajo de los hombros y la levantaba ligeramente, al tiempo que la atraía hacia su pecho.

—No te mueras, Eliza —tartamudeó—. Ya estás a salvo. Te lo juro. Por favor, no te mueras. Te pondrás bien, eres mucho más fuerte que ellos. No puedes dejar que ganen. No puedes.

Y por fin, ahí estaba. Notó una respiración muy suave en el cuello. Hundió los hombros, aliviada, y ambas mujeres cayeron al suelo. Eliza gimió y abrió los ojos poquito a poco, pero evidentemente le faltaban las fuerzas para abrirlos del todo.

—Todo va bien —le susurró—. Estamos aquí para sacarte. Pagarán por lo que te han hecho. Y lo que me hicieron a mí y a Ari. No volverán a hacerle daño a nadie



nunca más.

Anna-Grace sabía que no podía asegurar algo así; no sabía qué tipo de justicia administraría la DSS cuando se trataba de algo personal. Si los entregaban a la policía y al sistema judicial, podrían acabar libres.

Se le pasó por la cabeza la salvaje idea de que esperaba que los mataran. Luego se quedó impresionada por pensar en algo así. Sin embargo, no se retractaría. No merecían vivir; el mal tenía que morir.

Tan absorta estaba en el bienestar de Eliza, que no lo vio venir, pero la tenía en los brazos, protegida y tranquila, cuando, de repente, la apartaron de un manotazo y unos brazos le rodearon el cuello. La estaban ahogando con tanta fuerza que apenas podía respirar. El hombre la tiró hacia arriba y la llevó a un rincón, pegado a la pared para no tener que cubrirse las espaldas.

Anna-Grace miró con desesperación por la sala, confundida. No entendía cómo uno de los hombres se había podido liberar de Ari. Sin embargo, cuando la vio, lo entendió. La pobre se había desmayado por el esfuerzo de mantener la barrera alrededor de Eliza y los pobladores que estaban en la pared. Todos los hombres estaban controlados salvo el que la estaba ahogando ahora mismo.

Todo el mundo se quedó inmóvil y el tiempo se detuvo mientras los agentes de la DSS miraban recelosos al hombre que retenía a Anna-Grace. Beau estaba junto a Ari aunque miraba alrededor para detectar cualquier peligro para su mujer.

Anna-Grace sabía que el hombre que la había cogido la tenía colocada de tal manera que nadie podría arriesgarse a disparar sin arriesgarse también a tocarla a ella. La levantaba ligeramente para que solo rozara el suelo con los dedos de los pies y escondía la cabeza detrás de la suya.

—Como alguien se mueva, la mato —bramó el hombre.

Fue entonces cuando notó el frío metal de un cuchillo entre su brazo y su barbilla. Tenía el filo en la garganta, tan cerca que una gota de sangre cayó de la herida que acababa de infligirle.

Le leía los pensamientos como si acabara de hablar. Estaba dispuesto a matarla. Si él moría, se la llevaría consigo. Pensaba que su muerte era inevitable, ya que no creía poder escapar ileso. Y estaba tan claro como el agua que antes de morir quería vengarse.

El terror la paralizó. Estaba tan asustada que ni siquiera notaba el corte del cuchillo.

No sabía cómo salir de esta. Los demás no podían moverse o le rebanaría el cuello. Y Ari estaba fuera de combate, así que no podía ejercer sus poderes mortales sobre él.

—Entrégnanos a la mujer y te dejaremos marchar —dijo Dane con el semblante serio y los ojos brillando por la rabia—. Solo queremos a las dos mujeres. Suéltala y te podrás ir.

Su captor se echó a reír.

—¿Te crees que soy tonto? Es mi único seguro. Si la dejo marchar, moriré. Y esto no va a pasar. Lo que sí va a pasar es que ella y yo nos vamos a ir poco a poco. No nos vais a seguir. Como uno de vosotros dé un paso, mato. Cuando llegue a mi coche, la soltaré.

No obstante, Anna-Grace le leía claramente los pensamientos: no tenía intención de dejarla marchar. Si conseguía llegar a su coche, y él lo dudaba mucho, pensaba cortarle el cuello al llegar al vehículo y escapar.

Ella miró a los demás, asustadísima, rogándoles en silencio que no lo creyeran. Que no dejaran que se la llevara porque, como lo hiciera, estaba muerta. Joder, acabaría muerta de todos modos porque, pasara lo que pasara, fuera cual fuera la posibilidad que se impusiera, la libertad o la muerte, ella no viviría. Cerró los ojos desesperada y de repente deseó con toda el alma poder ver a Zack una vez más. Haberle dado otra oportunidad para que se explicara, para que se defendiera de la acusación de violación.

Volvió a abrir los ojos, pero la sala estaba borrosa por las lágrimas que ya le nublaban la vista.

Wade asintió casi imperceptiblemente como si le dijera que lo entendía. Al parecer, los demás no se habían creído la mentira, aunque ella no intentara transmitir las intenciones de ese hombre.

Todos estaban paralizados. Parecía incluso que estuviera conteniendo la respiración. Anna-Grace no se atrevió a respirar hondo. Si lo hacía, la hoja del cuchillo se le clavaría aún más. Pero empezó a estremecerse.

Cerró los ojos con fuerza e intentó controlar el terror que sentía. No podía perder los nervios ahora. Dar un paso en falso sería un suicidio, con la ayuda del cabronazo que le sostenía el cuchillo a la altura de la garganta.

—Tranquilo. Afloja ese cuchillo —dijo Dane en un tono comedido.

Sus palabras tuvieron el efecto contrario: el hombre le apretó el cuello con el brazo hasta que casi boqueó para respirar.

Y entonces pasó algo muy extraño. Al hombre que la tenía apresada le dio un espasmo. Le apartó el brazo de la garganta y le cayó el cuchillo, aunque al pasar el antebrazo por su hombro, la cuchilla le cortó justo por debajo del omóplato. El fuego le corrió por las venas y aulló de dolor.

Notó como la sangre, cálida, le resbalaba por la espalda y le cedían las piernas. Cayó encima del hombre que la había estado amenazando.

Todos entraron en acción y, a pesar de estar perdiendo la conciencia, oyó una única palabra:

—¡Gracie!

## Treinta y dos

Zack observó horrorizado como el cuchillo le cortaba la espalda a Gracie, y la sangre, de un rojo intenso, empezaba a brotar y a mancharle la camiseta rápidamente. Mierda, ¿qué había hecho? Estaba seguro de poder matarlo de un disparo sin ponerla en peligro. Tenía la ventaja de que nadie sabía que estaba allí, así que se colocó en el ángulo perfecto. La única zona a la que tenía acceso para dispararle en la cabeza era la sien, de modo que no había manera de que la bala impactara a Gracie por delante.

Pero había metido la pata y al final el hombre la había cortado.

A su alrededor, todos se pusieron en marcha y los miembros de su equipo corrieron a comprobar las heridas de Eliza y Ari. Pero Gracie era solo de Zack. Nadie más la tocaría.

Fue corriendo hacia donde Gracie estaba tumbada encima del hombre que la había herido. Tuvo que obligarse a tranquilizarse porque ella necesitaba ternura ahora. Sin embargo, quería volver a matar a ese hijo de puta. Quería desmembrarlo poco a poco por haber puesto las manos encima de lo que era suyo.

Se arrodilló junto a Gracie y se inclinó hacia delante para que lo viera. Tenía los ojos abiertos, pero parecía confundida y desorientada: estaba conmocionada. Por no hablar de que se estaba desangrando.

Le acarició la mejilla con ternura.

—¿Gracie? —dijo con tanta preocupación y tanto miedo que apenas oyó su nombre. Pero sí que lo oyó porque lo buscó con la mirada hasta que lo encontró.

Él le cogió una mano y se la llevó a la boca; se sentía derrotado e incapaz de hablar.

—Hola —susurró ella—. ¿Cuándo has llegado?

—Pues no lo bastante pronto —dijo él, incapaz de reprimir el tono mordaz en su voz.

Estaba furioso porque Beau lo hubiera permitido, por haber permitido que corriera peligro.

Ella esbozó una sonrisa con una expresión adormilada.

—Ah, pues no sé. Para mí has llegado justo a tiempo. —Se puso completamente seria—. Me iba a matar pasara lo que pasara.

Zack cerró los ojos. No se dio cuenta de que temblaba hasta que Gracie gimió de dolor y notó que le estaba sujetando la mano con tanta fuerza que le estaba moviendo todo el cuerpo, con lo que hacía que le doliera más la herida.

Con cuidado, bajó la mano hasta el abdomen y entonces la colocó sobre la suya. No tenía ni idea de lo que sucedía a su alrededor, tampoco le importaba. Se quedó allí arrodillado, observando a Gracie. Viva. Herida pero viva.

—Eliza —dijo ella con el rostro contraído por la preocupación.

Zack se dio la vuelta y vio a Dane y a Wade inclinados sobre Eliza. Este último parecía furioso, sin embargo, se movía con extremo cuidado al tocarle el rostro, casi como si tuviera miedo de hacerle daño.

Para su sorpresa, fue Wade quien la cogió en brazos y le pidió a otro que cogiera una manta para tapparla. Zack arqueó una ceja al ver que los demás miembros de la DSS lo obedecían. Claro que, cuando había un miembro herido, las rencillas quedaban relegadas a un segundo plano.

Beau había tapado a Ari con una manta también y la abrazaba en pleno caos, meciéndola hacia delante y hacia atrás mientras murmuraba:

—Nunca más. A la mierda. No vas a volver a hacerlo, Ari.

Ella esbozó una frágil sonrisa sin abrir los ojos y le susurró:

—Ya sabes que no es verdad, pero si decirlo te hace sentir mejor, desahógate.

Zack notó una punzada en el corazón, luego volvió a mirar a Gracie y gritó a alguien que trajera un botiquín. Tenía que llevarla pronto al hospital. Los demás podrían limpiar y conseguir la información que necesitaban de esos malditos hijos de puta.

Isaac, Capshaw y Caleb ya estaban interrogando a los hombres. Empezaron con el que cayó primero. Dane se le acercó, visiblemente satisfecho por ver que Eliza estaba en buenas manos, y la verdad es que impresionaba. No le hubiera sorprendido que el tío se meara encima antes de terminar.

Pero cuando le preguntaron cuántos hombres más eran, de dónde venían y dónde podían encontrarlos, solo recibieron una sonrisa triunfante y burlona.

Gracie se puso tensa y quiso incorporarse, sentarse aunque fuera; pero le dolía todo.

—Oye, cielo, ¿dónde crees que vas?

Ella lo miró muy seria y le dijo en voz baja:

—Diles que no pierdan mucho tiempo con cada uno. Que los interroguen a todos, independientemente de lo que digan; puedo captar lo que piensan. Cuando le han preguntado al primero dónde estaban los demás y cuántos eran, ha pensado enseguida en el lugar y en el número aunque no ha querido decir nada. Tenéis que interrogarlos a todos de prisa para que pueda recoger toda la información necesaria.

Zack se la quedó mirando, asombrado. Y ahí estaba, esos capullos le habían dado una paliza, por él y su enfrentamiento con este grupo de extremistas, y a pesar de todo, se había dejado la piel por Eliza aun sabiendo que corría peligro. Joder, como se hubiera equivocado un poco al disparar, y bien sabía que estaba temblando como una hoja, Grace estaría muerta.

Le acarició la mejilla otra vez; las lágrimas le quemaban tras los párpados. Entonces levantó la cabeza y llamó a Dane.

Este lo miró, molesto porque lo interrumpiera en pleno interrogatorio, pero se acercó a él con mirada inquisitiva.

—Gracie dice que los interroguemos a todos, pero que no perdamos mucho tiempo con cada uno. Ha dicho que cuando le habéis preguntado al primero, inmediatamente ha pensado en el paradero de los demás y en cuántos son. Si podemos obtener ese tipo de información de todos ellos, podremos eliminarlos para siempre.

Dane miró rápidamente a Gracie. Parecía que sus facciones se suavizaban y que la admiración se asomaba a sus ojos.

—¿Estás segura de que esto no es demasiado para ti? —preguntó este en voz baja—. Deberías ir al hospital ahora mismo. Necesitarás puntos; bastantes, de hecho —añadió con ironía.

Ella negó con la cabeza.

—Esto es importante. No van a hablar, pero no saben lo que sé hacer.

Dane se limitó a asentir y volvió hasta donde estaban Isaac, Capshaw y Caleb. Después de hablar un momento, dejaron al primer tipo y pasaron al segundo, al que le hicieron las mismas preguntas. Cada vez, Dane miraba a Gracie y ella asentía para hacerle saber que había recabado información.

Cuanto más tiempo pasaba, más preocupado estaba Zack. Se notaba que Grace estaba más débil y muy pálida. Ni siquiera tenía la fuerza suficiente para mantenerse en pie, así que Zack le rodeó la cintura con los brazos y la atrajo hacia sí, con cuidado para no hacerle daño en la herida.

Tenía la mandíbula tensa y dolorida de apretar tanto los dientes. Tuvo que reprimirse para no sacar a Gracie de ahí y llevarla de una vez al hospital. Sin embargo, ella seguía centrada en leer la mente de todos los hombres a los que interrogaban.

Como ya había previsto, nadie habló. Se burlaban con arrogancia de cada pregunta y le decían a Dane que se fuera a la mierda. Él apenas podía mantener la calma. La tensión era explosiva y parecía que el cabecilla del equipo estaba a punto de cargárselos a todos.

Cuando terminaron de interrogar al último, Dane volvió al lado de Gracie y se puso en cuclillas para poder mirarla a los ojos. Le cogió una mano y la sostuvo con delicadeza, con una expresión amable.

—Dime, Gracie. ¿Puedes identificar a estos hombres? ¿Son los mismos que te raptaron y te dieron la paliza?

Ella tragó saliva, pero asintió poco a poco.

—Sí, me acuerdo de ellos —susurró.

Él parecía casi... decepcionado. Suspiró y adoptó un aire de resignación.

—Preferiría matarlos sin más —dijo sin rodeos—. Sabemos que lo merecen, pero si Lizzie y tú podéis identificarlos, entonces tenemos un caso irrefutable en su contra. Y ahora sabremos contra qué otros tenemos que ir. ¿Has podido obtener suficiente información? ¿Puedes contarnos algo que nos ayude a encontrarlos?

Ella volvió a asentir y Dane se puso en marcha enseguida. Se incorporó y ordenó

llamar a Ramírez y a Briggs. Llamaron también a dos ambulancias, aunque Grace insistió en que se llevaran primero a Eliza. Seguía mirándola nerviosamente; la preocupación se le reflejaba en las facciones.

En respuesta a su pregunta, aunque no la formulara, Zack la abrazó más fuerte, la levantó y la llevó hasta donde Eliza recibía ya los primeros cuidados.

Cuando vio que estaba consciente, Gracie se vino abajo. Empezó a llorar y a querer zafarse de Zack; quería abrazar a la otra mujer.

—Gracias a Dios —dijo ella en tono angustiado—. Gracias. Tenía mucho miedo de que hubiéramos llegado demasiado tarde.

Eliza la abrazó durante un buen rato, con los ojos llenos de lágrimas. Entonces se separó con cuidado, consciente también de las heridas de Gracie, y la miró con solemnidad.

—Tengo que agradecértelo, Gracie.

Ella sacudió la cabeza con vehemencia.

—No. Fue Ramie la que pudo encontrarte. Y Ari... —Gracie se dio la vuelta y con la mano señaló a los otros hombres que había en el suelo—. Ari hizo el resto.

Dane resopló y luego miró a Caleb, Beau y Zack con gesto dolorido.

—Parece que tenemos a tres valquirias empecinadas en salvarnos el culo en todo momento.

Eliza sonrió.

—¿Ahora es cuando grito algo como «Viva el poder femenino»?

Ramie se inclinó hacia ella, aunque procuró no tocarla. Con una vez ya había tenido bastante para soportar la tortura de Eliza. No quería volver a repetir la experiencia.

—¿Estás bien de verdad, Eliza? —preguntó Ramie, nerviosa.

La expresión de Eliza se tornó cálida al mirar a Ramie y Gracie.

—Gracias a unas buenas amigas, sí, estoy bien. Imagino que tendré pesadillas después de esto, pero dadme unos días y volveré a estar en forma.

Entonces miró a Dane con el ceño fruncido como si lo desafiara a contradecirla.

—Quiero que cuentes conmigo para la redada, Dane.

Dane apretó la mandíbula como si fuera lo último que quisiera en ese momento. Sin embargo, asintió a regañadientes.

—Por supuesto, pero cuando hayas tenido unos días para recuperarte. De todos modos, aprovecharé ese período para coordinar una redada que nos permita cazarlos a todos. No tienen motivos para sospechar que sabemos dónde se esconden. Creen que son invencibles e inmunes a cualquier peligro.

—Pues ahí es donde se equivocan —dijo Zack en tono amenazante.

—¿Estás loco? —bramó Wade.

Grace se sobresaltó por el arrebató. Eliza se volvió, recelosa, para mirar a Wade, que hacía unos momentos la estaba estrechando entre sus brazos. Claro que, en cuanto ella se sintió lo bastante fuerte, se resistió y pidió que la soltara. No le sentaba

nada bien aparentar debilidad delante de su equipo, aunque eso fuera lo último que pensarían de una mujer tan valiente como ella.

Wade estaba furioso y sacudía la cabeza mientras soltaba palabrotas entre dientes, aunque era Eliza el objeto de su ira.

—Te acaban de torturar. Te han querido ahogar. No estás en condiciones de participar en un asalto a su organización. ¿En qué narices estás pensando? Deberías estar en el hospital, joder.

Eliza sonrió.

—Así soy yo.

—Necesitas un cuidador —murmuró él—, alguien con dos dedos de frente que pueda mantenerte fuera de peligro.

Ella resopló.

—Ya, a ver quién es el listo que lo intenta.

A Wade le brillaban los ojos con su desafío y la fulminó con la mirada, pero ella ni se inmutó. También lo observaba desafiante, aunque con un punto de rabia. Zack entendía que tuviera ganas de vengarse porque también a él le había quedado un sabor amargo en la boca.

Quería que estos tipos pagaran por todas las mujeres importantes para la DSS que habían resultado heridas por su cobardía.

Eliza miró al grupo que la rodeaba como si buscara a alguien; sus facciones denotaban preocupación.

—¿Ari? ¿Dónde está? ¿Está bien? —preguntó, temerosa.

—Está bien, Lizzie —la tranquilizó Dane—. Beau está cuidando de ella. Ha sido duro, siempre lo es, pero parece que esta vez se está recuperando más rápido.

Eliza se relajó. Se abrazó como si tuviera frío. Wade la abrazó por detrás para que absorbiera el calor de su cuerpo. Ella hizo como si ni siquiera se hubiera dado cuenta y cerró los ojos, cansada.

—No quiero la libertad si es a costa de una vida. No podría soportarlo.

—Pues es lo que hay —espetó Dane—. Arriesgas tu vida por nosotros continuamente. Así pues, cállate y aguántate cuando hagamos lo mismo por ti.

Eliza esbozó una sonrisa triste.

—De acuerdo, jefe.

Entonces frunció el ceño como si acabara de percatarse de que Wade la estaba abrazando, atrapándola con su cuerpo. Lo empujó inmediatamente, poniendo distancia entre ambos, y lo fulminó con la mirada.

A lo lejos oyó el lamento de las sirenas. Dane se puso tenso y miró a los prisioneros.

—Mierda, va a ser una noche larga —se quejó—. Odio el papeleo y tener que tratar con polis, aunque estén de nuestro lado. Solo espero que no acudan los periodistas.

## Treinta y tres

Anna-Grace estaba tumbada de lado en la camilla de urgencias, medio adormilada y algo aturdida por los analgésicos. No obstante, no se quejaba, ya que su herida necesitaría muchos puntos y en parte se alegraba de no enterarse mucho de lo que estaba pasando.

No le dolía, algo de lo que estaba muy agradecida porque cuando la adrenalina por el rescate de Eliza dio paso al dolor, notó una punzada tremenda en la espalda que la cogió desprevenida. Estuvo a punto de hiperventilar de camino al hospital, hasta que los paramédicos le suministraron oxígeno y le inyectaron morfina por vía intravenosa.

El resto del trayecto lo pasó en una especie de neblina. Su único recuerdo al llegar al hospital fue ver cómo la cabeza de Zack aparecía por encima de la suya cuando bajaron la camilla de la ambulancia. Se le notaba serio, preocupado; un rostro contraído por el esfuerzo.

Esbozó una sonrisa bobalicona y le dijo:

—No estés triste, Zack. Soy una valquiria.

Estuvo a punto de gemir al recordar eso. Joder, ¿podía ser más ridícula? Y al parecer no lo había dicho en voz baja porque oyó cómo la gente se reía.

Aunque no era muy consciente de ese estado entre la realidad y la vigilia, se obligó a abrir los ojos y vio a Zack en una butaca junto al cabecero de la cama. Tenía el brazo estirado y él la cogía de la mano a través de los barrotes de la cama.

Se quedó mirando sus manos un momento, pensando en lo bien que se sentía. Era como si no hubieran pasado separados los últimos doce años.

Como si la hubiera oído, él abrió los ojos y se inclinó hacia delante de inmediato. Con la mano libre le pasó la palma por la mejilla; sus ojos reflejaban tanto amor y tanta preocupación que por un momento no pudo respirar.

No era la mirada de un hombre que la hubiera traicionado de manera tan brutal.

Tenía que preguntárselo, porque tenía que saberlo. De repente, era lo más importante para ella.

—¿Zack? —susurró.

—Sí, cielo, estoy aquí. ¿Estás bien? ¿Te duele algo?

Ella negó con la cabeza, pero se quedó inmóvil al notar que sí le dolía algo.

—¿Dónde fuiste? —añadió.

Zack no fingió no haberla oído ni le pidió que lo repitiera. Se la quedó mirando tan fijamente que se estremeció. Le temblaba la mano y tuvo que tragar saliva varias veces como si tratara de reunir valor.

—Quiero contártelo todo —dijo en tono comedido—. Tenemos que hablar de



muchas cosas, Gracie. Hay muchas cosas que debes saber, pero no aquí, ¿de acuerdo? El doctor ha dicho que te dará pronto el alta, que no te harán pasar la noche. Te enviarán a casa con antibióticos y analgésicos, seguramente te pedirán que descanses y que intentes no empeorar la herida, algo que comprobaré yo mismo. Te juro que te lo contaré todo cuando estemos a solas.

Tenía una expresión suplicante y por un momento se le antojó muy vulnerable. Se le cayó el alma a los pies y le apretó la mano para darle ánimo.

—¿De acuerdo? —susurró él.

—De acuerdo —respondió ella—. ¿Cómo está Eliza? ¿Y Ari?

Él esbozó una leve sonrisa.

—Eliza está dando por saco ahora mismo porque la quieren tener en observación esta noche y ella no quiere quedarse. Sin embargo, Wade ha amenazado con vigilarla, ahora mismo están en un punto de inflexión y ninguno de los dos quiere ceder. Los demás nos mantenemos al margen. Creo que Wade ganará la partida.

Anna-Grace sonrió, se imaginaba muy bien el choque de esos dos titanes.

—¿Y Ari?

—Beau se la ha llevado casa. Estaba bien, pero muy débil.

Suspiró con alivio.

—Me habías asustado —dijo Zack muy serio, centrando otra vez la atención en ella—. No me vuelvas a hacer algo así, Gracie. Mi corazón no lo va a soportar. ¿Tienes idea de lo indefenso que me he sentido al saber que no podía llegar hasta ti a tiempo? ¿Por qué leches lo has hecho?

Se encogió de hombros.

—Era lo correcto.

Zack cerró los ojos.

—Joder.

—No podía quedarme de brazos cruzados —dijo a la defensiva—. Eliza me ayudó y estaba ahí por mi culpa, la estaban torturando por mí.

No pudo controlar el dolor que se reflejaba en su voz, se quedó callada y apartó la mirada.

—Por motivos que desconozco, los poderes volvieron cuando Eliza nos necesitaba más. Tal vez fue la forma que tuvo Dios de salvarla. No lo sé, pero sí sé que entre Ramie, Ari y yo pudimos encontrar y salvar a Eliza, y que no pensaba quedarme allí mientras mataban a una mujer inocente. Sobre todo tratándose de una mujer que ha dado tanto de sí misma por los demás.

Zack sonrió con aire arrepentido.

—No tendría que haberlo preguntado. Estaba claro que lo harías. Eres incapaz de darle la espalda a alguien que te necesita.

Se miraron a los ojos de nuevo y a ella la embargó tanto amor que se estremeció.

—Sigue siendo mi Grace —suspiró—. No has cambiado ni una pizca desde que eras aquella muchachita de la que me enamoré hace ya tantos años. Y a la que aún

quiero. Siempre te querré.

Ella lo observaba, impresionada e incapaz de responder. ¿Cómo podría responder? ¿Qué suponía que debía decir?

Abrió la boca, pero no pudo decir nada. Se quedó así, boquiabierta, mientras lo miraba.

Él le puso un dedo en los labios.

—Shhh. Por ahora no. No hace falta que digas nada ahora mismo. Esperaré hasta que llegemos a casa y pueda explicártelo todo.

Se abrió la puerta de la habitación y entró una enfermera sonriendo.

—¿Estás lista para ir a casa? Tengo tu alta y las recetas. En cuanto te extraiga la vía, podrás marcharte. Pero vete derecha a casa y descansa, nada de hacer esfuerzos. Si los haces, se te abrirán los puntos y no queremos que eso pase.

Apenas reparó en eso del descanso porque solo podía centrarse en las palabras de Zack. En la promesa que expresaban sus palabras y la sinceridad de su voz. Estuvo a punto de decirle que ella también lo amaba.

Si todo eso no era un despropósito, no sabía qué podía ser.

## Treinta y cuatro

El trayecto a casa fue en silencio y algo tenso. Anna-Grace observaba a Zack de soslayo, pero él miraba al frente y con las manos agarraba el volante con fuerza. Sus nervios eran palpables y una vez más se quedó impresionada por la vulnerabilidad que demostraba.

Lo curioso era que quería alargar el brazo, cogerle la mano y decirle que todo iría bien, que todo mejoraría, pero no podía decirle algo que no sabía con absoluta certeza.

De modo que se quedó ahí, callada, con ganas de que llegaran pronto.

Reconoció la casa en cuanto aparcaron. Era el mismo sitio al que la habían llevado después de que la secuestraran. No había otros coches, lo que significaba que estarían solos. Tragó saliva con cierto nerviosismo mientras Zack le decía con firmeza que se quedara allí. Salió y dio la vuelta para abrirle la puerta.

La ayudó a salir, con cuidado de no apretarle los hombros, y luego le pasó un brazo por la cintura y se acercaron a la puerta principal. Una vez dentro, la acompañó al salón y la sentó de lado en el sofá para que no se apoyara sobre los puntos.

Entonces él empezó a caminar de un lado a otro durante un buen rato, en silencio, como si estuviera ordenando sus pensamientos y decidiendo qué decir. Como notaba que era importante, ella aguardó, atenta al momento en que empezara.

Se pasó una mano por el pelo y al final se volvió hacia ella con ojos llenos de dolor y de pesar.

—No debería hacerte pasar por esto ahora mismo. Sé que es el peor momento, que has pasado un suplicio y voy a hacértelo pasar mal otra vez, pero no puedo hacerte esperar. Porque cada día que pasa y que crees que yo te hice algo tan asqueroso y... malvado, muere una parte de mí. Soy un capullo por hacerte esto y espero que puedas perdonarme cuando haya terminado, pero este capullo te quiere con todo su ser. Y no puedo, no puedo dejar que creas lo peor de mí ni un segundo más.

A ella se le cortó la respiración porque sí, ahora sí podía leerle la mente, aunque antes no pudiera. Y notaba una sinceridad tremenda, y amor. Sus pensamientos eran un amasijo caótico de dolor, rabia y remordimientos, pero por encima de todo estaba el amor que sentía por ella.

Siempre la había amado, no había dejado de amarla. Ay, Dios. Entonces, ¿había estado equivocada? ¿Lo había fastidiado todo ella por no confiar en él?

—Dime —consiguió decir—. Tengo que saberlo. Necesito saberlo.

Y así fue como Zack le contó hasta el último detalle de su viaje a Tennessee. Su enfrentamiento con Stuart y luego con su padre, y al final también con los otros dos

hombres implicados. Se sentía entumecida, completamente paralizada por lo que acababa de escuchar, pero entonces Zack sacó el teléfono del bolsillo y lo colocó encima de la mesita delante de ella antes de sentarse a su lado en el sofá.

—Si es demasiado, dímelo y pararé. Si te altera o te hace daño, lo paro. Pero esto es una prueba, Gracie. Es la confesión de Stuart en sus propias palabras. Y la de mi padre. No me molesté con la de los demás, tenía demasiadas ganas de matarlos.

Anna-Grace levantó la mirada hacia él de repente, alarmada.

—No lo habrás hecho.

La mirada de Zack era puro fuego.

—Quería hacerlo. Lo hubiera hecho, pero no, no lo hice. Aunque no dudo que pasen unos días en el hospital.

Ella se quedó mirando el teléfono como si fuera una serpiente a punto de atacar. ¿Lo resistiría? ¿Podría escuchar los detalles de su violación una vez más?

Y, de repente, la paz la embargó. Sí, estaba preparada. Porque si lo que decía Zack era verdad, entonces esta grabación lo absolvía de su participación en el crimen. Y si era cierta, también quería decir que había cometido un error terrible la que ambos habían pagado durante mucho tiempo.

—Ponlo en marcha —dijo con la voz ronca.

Zack alargó el brazo y pulsó el botón del teléfono. Ella hizo una mueca de dolor cuando oyó la voz de Stuart. Cerró los ojos al intentar bloquear el bombardeo de imágenes de aquel día.

Cuando la grabación llegó a la conversación de Zack con su padre, apretó un puño y se lo llevó a la boca, que luego mordió para evitar que se le escaparan gemidos de dolor.

En algún momento, a mitad de la grabación, Zack la abrazó por la cintura y la atrajo hacia su pecho, meciéndola mientras las crueles palabras de su padre llegaban a sus oídos.

—¡Párala! ¡Ya basta! —gritó.

Zack detuvo la grabación y se volvió hacia Anna-Grace mirándola con dolor y temor. Se arrodilló en el suelo delante de ella y le cogió ambas manos.

—Lo siento mucho, Gracie —dijo con los ojos brillantes por las lágrimas—. Te dejé sin protección. Permití que esto pasara. Debería haberte llevado conmigo o quedarme contigo en lugar de ir a la universidad. No sé si podrás perdonarme alguna vez. Joder, no puedo perdonarme ni a mí mismo, pero nunca he dejado de amarte. Nunca he dejado de buscarte ni de esperar que algún día podamos volver a estar juntos.

Las lágrimas empezaron a resbalar también por las mejillas de Anna-Grace. Dios, cuánto tiempo perdido. Cuántos años habían pasado. Ojalá... Había demasiadas hipótesis y ninguna manera de regresar al pasado. No había forma de rebobinar y volver a empezar. ¿O sí?

—¿Cómo es que no me odias? —preguntó ella con la voz alterada—. No confiaba

en ti, te he odiado durante doce años. Te he dicho cosas terribles. Madre mía.

Le apartó las manos a Zack y se tapó la cara mientras empezaba a sollozar. Él la abrazó al instante. La meció de nuevo y la besó en la cabeza, luego le quitó las manos del rostro y se inclinó hasta que sus bocas prácticamente se rozaban. Y entonces la besó con dulzura. La hizo sentir como si estuviera en casa; era una sensación tan fuerte y tan arrebatadora que casi perdió la compostura. Nada había sido tan dulce hasta entonces. Sus labios se movían con una ternura exquisita hasta que ella separó los suyos y sus lenguas se rozaron.

Inspiró hondo, captando su aroma; era tan familiar y tan cautivador... Le devolvió el beso, permitiendo que toda la pena, todo el pesar, el arrepentimiento y el... amor se fundieran en ese beso.

—No podría odiarte nunca —dijo Zack contra sus labios—. Nunca. Siempre te he amado. Y siempre lo haré. ¿Podrás perdonar el pasado? ¿Me darás otra oportunidad para arreglar las cosas? Te juro que me pasaré el resto de la vida asegurándome de que seas feliz. Protegiéndote y amándote. Al igual que a nuestros hijos.

Ella se inclinó hacia delante y apoyó la frente en la de él mientras las lágrimas seguían derramándose.

—No tengo nada que darte. Me lo arrebataron todo. No tengo nada, no era nada. Lo único que tenía de valor era mi virginidad, eso era lo único que podía darte cuando tú me diste tanto. Y se lo llevaron. ¿Cómo puedes quererme después de lo que me hicieron?

—No, cielo, no —dijo con voz apenada.

Se retiró para poder mirarla a los ojos, pero ella no quería. Le levantó la barbilla con el dedo hasta que se vio obligada a mirarlo.

—Léeme la mente ahora mismo. Mira en mi corazón y dime si te quiero o si no quiero estar contigo con toda mi alma.

Ella dudó, temerosa de albergar esperanzas, pero él la miraba con firmeza y una mirada cálida y cariñosa.

Bajó las barreras que había colocado y entró en su mente, donde la embargó un sentimiento de amor tan grande que se tambaleó. Pensaba en muchas cosas: en su futuro, su vida, su boda y los hijos que tendrían algún día. Y pensaba en lo mucho que deseaba despertarse cada día con ella a su lado.

Era demasiado. Volvió a apoyarse en él y lo abrazó como si tuviera miedo de que fuera a desaparecer. El sonido de sus sollozos era desgarrador, gutural, como si viniera de lo más recóndito de su alma.

—Lo siento —dijo con voz doliente—. Lo siento mucho, Zack. Dios mío, lo siento. Tendrías que odiarme. No confiaba en ti, desperdicié muchos años de mi vida odiándote por algo que no habías hecho. Y encima eres tú quien me pide perdón.

Él le pasó una mano por el pelo y hundió el rostro entre los mechones; ella notó la calidez de sus lágrimas.

—No hay nada que perdonar, Gracie. Nos tendieron una trampa. Es normal que

creyeras que yo lo había orquestado todo. Es lo que querían. La culpa es de ellos, no tuya ni mía.

Ella levantó la cabeza con la mirada borrosa.

—Te quiero —susurró—. Nunca dejé de quererte, ni siquiera cuando estudiaba; había una parte de mí que sabía que siempre te querría y lloraría la pérdida de lo que habíamos tenido.

Zack se desmoronó ante sus ojos. Se sentía profundamente aliviado por primera vez y la esperanza brillaba en sus ojos.

Le cogió la cabeza con las manos y la miró muy serio.

—No les diste tu virginidad; te la arrebataron. Te robaron algo muy valioso, pero ¿sabes qué? La virginidad es algo más que una membrana que proclama la inocencia de una mujer. Y en nuestra luna de miel, cuando te entregues a mí, me habrás dado un regalo mucho más valioso. Porque será nuestra primera vez, juntos. E igual que íbamos a esperarnos entonces, quiero esperar ahora hasta que seas mi esposa. Quiero que nuestra primera vez sea como marido y mujer.

Ella lo miraba, maravillada.

—¿Me estás pidiendo matrimonio?

Él se echó a reír, aunque parecía más bien una emoción algo ahogada.

—Al parecer no lo he hecho muy bien.

Volvió a arrodillarse, le cogió las manos y la miró con una expresión muy seria.

—Gracie, ¿quieres casarte conmigo? ¿Vivirás conmigo y me querrás hasta que esta vida termine y empiece la próxima? ¿Querrás tener hijos conmigo y cumplir todos los sueños que habíamos proyectado?

Ella le acarició la mejilla. Por primera vez en mucho tiempo, se sentía... libre, feliz, optimista. Como si algo terrible se hubiera solucionado por fin y el mundo volviera a ser como tenía que ser.

—Claro que sí —dijo con el aliento casi entrecortado—. Sí, me casaré contigo, Zack. Te quiero. Siempre te querré.

Él la abrazó con cuidado para no hacerle daño en los hombros y la estrechó contra su pecho.

—Gracias —susurró—. Gracias a Dios.

Anna-Grace cerró los ojos, dejándose llevar por esa sensación de felicidad, y se sintió en paz por primera vez tras doce largos años.

—No quiero esperar —dijo él en voz ronca—, pero al mismo tiempo quiero que tengas la boda con la que siempre has soñado. No quiero que sea de ninguna otra manera. Haremos el banquete aquí, pero nos casaremos por la Iglesia, con un cura e irás vestida de blanco.

—Tal vez lo mejor sea esperar hasta que me quiten los puntos —dijo ella sonriendo—. Sería un fastidio no poder disfrutar de nuestra noche de bodas porque aún me estoy recuperando.

Él sonrió y Gracie de repente vio al chico del que se había enamorado cuando no

era más que una niña. Era como si de un plumazo se hubieran borrado todos esos años y sus ojos brillaban con una felicidad y una esperanza renovadas.

—Trato hecho. Además, tardaremos en preparar una boda como Dios manda. No pienso reparar en gastos.

## Treinta y cinco

—¿Por qué estoy tan nerviosa? —preguntó Gracie casi sin aliento mientras se notaba mariposas en el estómago.

Se miró en el espejo y vio a una mujer que no reconocía. Y, sin embargo, también veía a la chiquilla de dieciséis años que finalmente tuvo el día con el que había soñado.

Eliza y Ari estaban a su lado, sonrientes y con las miradas brillantes por la emoción y la felicidad. Era contagioso. Nadie en la pequeña sacristía de aquella iglesia era inmune a la corriente eléctrica de la alegría.

—Estás preciosa —dijo Eliza con los ojos brillantes por las lágrimas.

—¡No te atrevas a hacerme llorar, Eliza! —regañó Ari, mientras fruncía el rostro de varias maneras para no echarse a llorar—. Las bodas siempre me hacen llorar, y esta más que las demás.

Gracie pestañeó también y entonces abrió bien los ojos para que se secaran. Llevaba el peinado y el maquillaje perfectos, claro que habían tardado más de una hora en conseguirlo. Y quería estar perfecta cuando recorriera el pasillo central hasta llegar a Zack, por fin.

Era pensar en él y volver a notar las mariposas, incluso empezó a marearse un poco y solo podía respirar por la nariz.

—No vas a vomitar, ¿verdad? —preguntó Eliza, nerviosa—. Porque ese vestido es demasiado bonito para que le echés la papilla encima. Te envolveré con bolsas de basura si es necesario, ¡pero hay que salvar ese vestido!

Ramie y Ari se echaron a reír, y la primera se asomó entre el espejo y Gracie para darle un repaso final con el ceño fruncido en señal de concentración mientras examinaba hasta el último detalle de su aspecto. Entonces sonrió.

—Ya estás lista.

Le cogió la mano y le dio un apretón. Cuando Gracie puso su otra mano encima de la de Ramie y le devolvió el apretón, en un gesto de agradecimiento y unidad, Ari y Eliza también pusieron las manos encima y las cuatro mujeres se quedaron ahí en señal de solidaridad.

Los últimos meses no habían sido los más fáciles precisamente. La DSS había atacado tres veces las instalaciones que utilizaba ese grupo extremista que había causado tanto dolor en Ari, Gracie y Eliza. Y Gracie, Ari y Ramie no solo tuvieron que preocuparse de los hombres de la organización, sino que también tuvieron que preocuparse por Eliza, ya que se negó a que se fueran sin ella.

Solo habían traído un hombre de vuelta, que colocaron frente Gracie con el pretexto de identificarlo. Ni siquiera tuvo que interrogarlo. La rabia y el sentimiento



de derrota porque su empresa se viniera abajo por los ataques de la DSS eran tan claros como si los hubiera expresado en voz alta.

Gracie se había limitado a asentir hacia Zack, Dane y Beau, y cerró los ojos con manos temblorosas. Todo había acabado en ese instante.

Abrió los ojos y volvía a estar en la sacristía, con sus amigas alrededor, que contemplaban su reflejo en el espejo.

—Va a ser la madre de todos los selfis —anunció Eliza—. ¡Que nadie se mueva!

Dio un paso atrás, toqueteó el teléfono un momento y luego lo colocó delante, levantándolo y poniéndolo en el ángulo adecuado para que entraran todas en el encuadre.

—Creo que se la enviaré a Zack ahora —dijo Eliza con una sonrisa pícar—. Se volverá loco.

—El novio no puede ver a la novia antes de la boda —la riñó Ari.

Ramie resopló.

—La ha traído en coche a la iglesia. Aunque es tradicional en muchos aspectos que no me esperaba, no va a aceptar no ver a su esposa durante mucho rato.

Las demás se echaron a reír y cuando Eliza se serenó, le cogió otra vez la mano a Gracie.

—Pasó mucho tiempo sin ver a la mujer a la que amaba —susurró—. No se le puede culpar por no querer que la historia se repita.

—Me vas a hacer llorar —murmuró Ramie, indignada—. ¿Quién hubiera dicho que nuestra Lizzie fuera tan romántica?

Alguien llamaba a la puerta y las mujeres se sobresaltaron, tras lo cual estallaron a reír. Eliza miró hacia la puerta, algo avergonzada.

—Que vaya otra. Debe de ser Wade que viene a por Gracie. No me ha perdonado por lo de su brazo, así que de momento es mejor que no me vea —dijo, escurriendo el bulto.

Ramie resopló y, junto a Ari, abrió la puerta: era Wade y las miraba con expectación. Gracie apretó los labios y se fijó en que llevaba el brazo izquierdo en cabestrillo. Miró a Ari y a Ramie, esperando un poco de ayuda por su parte. Lo último que quería era dedicarle media sonrisa.

Pero no la ayudaron, las muy traidoras. Ari volvió la cabeza y Ramie hacía ruiditos sospechosos tras la mano con la que se tapaba la boca. Wade las fulminó con la mirada, lo que hizo que Ramie y Ari perdieran el poco control que les quedaba y se echaron a reír.

Traidoras.

—El maquillaje se les ha ido al traste —murmuró Gracie.

—No veo qué tiene tanta gracia —masculló Wade.

Gracie se esforzó por mantener un rostro serio.

Él se había enfadado muchísimo cuando Eliza insistió en formar parte de la redada. Le echó la bronca a ella y a los demás de la DSS y, al ver que no funcionaba,

se las arregló para entrar en el equipo, ya que, según él, ninguno tenía sentido común.

Convencido de que al final acabaría muerta, Wade fue su sombra, algo que la sacó de sus casillas. Y finalmente, terminó recibiendo una bala dirigida a Eliza, de ahí el brazo vendado y el cabestrillo. No estaba contento, evidentemente, y no quería que ella se olvidara del asunto tampoco.

—Decidle a esa cobarde que se va a perder la ceremonia como siga escondiéndose —añadió en voz alta.

Sabía cómo hacerla rabiar.

Gracie suspiró, miró a las otras mujeres y lo apartó de la puerta antes de que se desatara la furia de Eliza, algo que sospechaba que sucedería de un momento a otro.

Ya en el vestíbulo, la crispación desapareció y hasta Eliza salió corriendo a arreglarle el vestido. Cuando todo estuvo perfecto, las tres mujeres se colocaron delante de ella y las puertas se abrieron un poco, lo suficiente para que pudieran entrar sin que los demás invitados a la boda vieran a la novia.

Wade llevaba a Gracie del brazo y le apretó la mano que ella apoyaba en su palma.

—Estás preciosa, cariño —murmuró—. Este Zack es un capullo con suerte.

Ella le sonrió, radiante, y las lágrimas se asomaron a sus ojos.

—Wade, gracias por todo.

Él se inclinó, la besó en la mejilla y le cogió la mano con fuerza.

—¿Lista? —susurró—. Ya nos toca.

Inspiró hondo, enderezó la espalda y le apretó la mano.

—Lista —respondió, levantando la cabeza al tiempo que las puertas se abrían para su futuro y se cerraban para su pasado.

Zack estaba frente al altar apretando los puños mientras Ramie, Ari y Eliza entraban y tomaban asiento en los primeros bancos. Detrás de él aguardaban Beau, Caleb y Dane.

No había muchos invitados en la pequeña iglesia, pero todos eran familia. Una familia que se había unido para asegurarse de que las mujeres a las que amaban nunca volvieran a sufrir a manos de unos desalmados.

Aunque Zack había querido casarse con Gracie en cuanto fuera posible para no volverla a dejar marchar, ella necesitaba tiempo para curarse y, lo más importante aún, no quería celebrar la boda hasta cerciorarse de que hasta la última persona responsable de tanto dolor y muerte hubiera desaparecido.

Su boda sería perfecta y no tendrían que preocuparse o temer posibles represalias. Solo pensarían el uno en el otro y en el futuro que antaño habían planificado hasta el último detalle; un futuro que creían perdido. Pero no, este futuro solo había quedado en espera hasta que volvieran a encontrarse.

Las puertas se abrieron de nuevo y la música inundó el santuario. A Zack se le

cortó la respiración cuando vio a Gracie vestida de novia por primera vez. Estaba junto a Wade, con una sonrisa enorme y los ojos resplandecientes de felicidad. Entonces este empezó a caminar por el pasillo.

Zack se secó rápidamente los ojos, decidido a mantener la compostura y no arruinarle el día a Gracie. Los había conmovido tanto a él como a Wade que ella le pidiera a este último que la entregara. Ya no sentía animosidad alguna hacia el otro hombre. Este había sido un gran apoyo para ella y, además, había recibido una bala dirigida a Eliza, lo que significaba que toda la DSS le estaba agradecida por salvar a alguien tan importante y tan querida por todos.

Tendría que haberle dado igual lo de disimular su emoción. Mientras Gracie se acercaba, reparó en el brillo de las lágrimas en sus ojos y en cómo empezaban a resbalarle por las mejillas.

Ella lo miraba fijamente, como si fueran las únicas dos personas de la iglesia. Se acercaba a él sin dudar y con paso firme. Pero cuando llegó hasta el altar, se separó un poco para cogerle la mano a Wade; fue el único momento en que dejó de centrarse en Zack para mirar a su amigo con ternura.

—Gracias por ser el compañero que tanto necesitaba —susurró.

Para sorpresa de Zack, vio cómo al hombre le resplandecían los ojos, pero este pronto se serenó, y pensó que tal vez se lo había imaginado.

Wade apartó la mano y le acarició la mejilla para secarle el reguero de las lágrimas con el pulgar.

—Sé feliz, Anna-Grace —dijo él en voz baja, tras lo cual se inclinó y la besó en la mejilla con cariño.

Después, volvió a entrelazar los dedos con los suyos, pero esta vez entregó su mano a Zack. Mientras este la tomaba, Wade lo miró a los ojos.

—Estás recibiendo un regalo como pocos, Covington. Cuídala bien.

—Siempre —prometió Zack muy serio.

Wade se dio la vuelta y se sentó en el primer banco, donde estaban los otros miembros de la DSS.

Zack sabía que Gracie y él debían volverse hacia el cura, que les estaba esperando para empezar la ceremonia, pero no podía romper la magia de este momento, un momento que había soñado desde hacía mucho tiempo.

—Aún no puedo creerme que estés delante de mí vestida de novia —susurró, casi atragantándose con las palabras. Se le había hecho un nudo en la garganta que amenazaba con impedirle hablar—. Te quiero, Gracie. Jamás olvidaré este día.

Ella derramó otra lágrima, pero esa sonrisa... Era como estar bajo el sol después de un largo y duro invierno. Y sus ojos eran líquidos y tan cálidos que sabía que nunca más volvería a sentir frío.

Incapaz de contenerse, le enmarcó el rostro con las manos y se inclinó para besarla con dulzura.

Los demás estallaron en risas y vítores. Entonces volvieron los nervios.

—¿Necesitas el guion, colega? —preguntó Beau a su espalda—. Estoy bastante seguro de que esa parte viene después del «Ya puedes besar a la novia».

Zack los fulminó a todos con la mirada.

—Besaré a mi novia cuando me venga en gana.

—Amén a eso —murmuró Caleb, y los demás volvieron a reír.

Beau se encogió de hombros.

—Pues no vas desencaminado. Yo beso a la mía siempre que quiero.

Ari le sopló un beso a su marido desde el otro lado del pasillo.

Zack sonrió a Gracie, cuyas lágrimas habían desaparecido gracias a las risas. Estaba tan radiante que era toda luz. Un rayo de luz. Su sol.

—¿Qué? ¿Nos casamos como Dios manda? —preguntó, sonriente.

Para su sorpresa, Gracie se saltó el protocolo y se puso de puntillas para besarlo otra vez. A él se le fue todo de la cabeza por la dulzura del beso. Y cuando ya por fin se retiró, le costó hasta recordar su nombre, y aún más lo que tenía que hacer a continuación.

Sonriendo, ella le hizo un gesto para que mirara al cura.

—Ahora es cuando los dos decimos «Sí, quiero».

—Sí, quiero —susurró él de modo que solo ella pudo oírlo—. Sí, quiero y te querré siempre. Y nunca volveremos a separarnos.

## Treinta y seis

Zack estaba de pie frente al ventanal que daba al océano e inspiró el aire salado en un intento de calmar los nervios. Era como si alguien lo estuviera agarrando por el cuello de forma permanente. Por Dios, si hasta tenía las palmas sudorosas y le temblaban los dedos cuando relajó los puños.

Cerró los ojos, se pasó una mano por el pelo y luego se frotó la nuca con la palma, masajeándola para recobrar la compostura.

Gracie se puso nerviosa en cuanto entraron en la suite nupcial. La tensión fue palpable cuando se excusó para ir a cambiarse.

Como no quería ir demasiado deprisa o abalanzársele desde un principio, en lugar de desnudarse del todo —como habría hecho cualquiera a punto de embarcarse en su luna de miel—, se dejó los calzoncillos y los calcetines.

Se miró los pies con cierto arrepentimiento y sacudió la cabeza al tiempo que se le escapaba una carcajada. ¿Calcetines? ¿En serio? Que llevara los calzoncillos se entendía, pero ¿los calcetines también? Eso era producto de los nervios. Se los quitó con los pies y los lanzó bajo la silla que había junto a la ventana.

Tuvo que recomponerse un poco para no perder los nervios y arruinar la noche a Gracie antes de empezar siquiera. Esto sería más difícil para ella, pero a la vez, ¿y si daba un paso en falso? ¿Y si acababa traumatizándola? Lo último que quería era que la noche de bodas fuera un desastre por cometer un error estúpido o por no saber qué hacer en el momento adecuado.

Esto último era lo más probable. Se sentía torpe y patoso, como el hombre virgen que hubiera sido —que tendría que haber sido— por Gracie. Rompió lo que le prometió a ella, pero ella sí mantuvo su promesa.

Hoy Gracie se entregaría a él, solo a él. Saber que él era el primer y el único hombre a quien le daría un regalo tan valioso le encogía el alma. Se sentía conmovido y... avergonzado.

—¿Zack?

Oyó la voz temblorosa de Gracie y se dio la vuelta rápidamente al tiempo que blasfemaba por haber estado tan ensimismado en su vergüenza que no la había oído salir del lavabo. Tendría que haber estado allí esperándola, tranquilizarla en lugar de hacerla sentir tan vulnerable al obligarla, de algún modo, a dar el primer paso.

Suspiró hondo cuando la vio. Se le secó la boca y se le detuvo el corazón hasta que volvió a oír un fuerte latido en el pecho.

Se había puesto un salto de cama blanco de seda y encaje que le llegaba hasta los pies. Solo se le veían las puntas de los dedos por debajo del dobladillo. Llevaba las uñas pintadas de rosa. Quería besárselos todos, quería besar sus dulces dedos, igual

que quería besar y tocar hasta el último centímetro de su piel sedosa.

Pero ese corsé, Dios, ese corsé estaba pensado para provocar a un hombre un ataque al corazón. Se quedó ahí de pie, incapaz de hablar, mirándola como un preadolescente que ve fotos de una mujer desnuda por primera vez.

El escote acababa en una punta pronunciada entre sus pechos y bajaba hasta el ombligo. La tela se le adhería estratégicamente a los pechos para no dejárselos al descubierto, pero el encaje era transparente y podía ver la sombra de sus pezones. Veía como su silueta se recortaba a través del salto de cama.

Le temblaron los labios al sonreír, y por fin pudo poner en marcha el cerebro para no quedarse ahí boquiabierto como un gilipollas toda la noche.

Tuvo que articular las palabras dos veces, porque en su primer intento no logró hablar.

—Eres lo más bonito que he visto en la vida —dijo con la voz tomada por la emoción.

Ella se ruborizó, pero se le encendió la mirada y sonrió al reparar en su reacción.

—Tengo miedo de tocarte —reconoció—. Me da miedo tocarte, despertarme y descubrir que todo esto ha sido un sueño. El mejor sueño de mi vida, sí, pero un sueño igualmente.

Ella se acercó a él otra vez, aunque debería haber sido él quien le diera seguridad. Cuando ella le acarició los brazos y entrelazó las manos con las suyas, notó que le temblaban. Su cuerpo entero se rindió.

Le apretó las manos cariñosamente mientras se deleitaba en su imagen, en el ángel que tenía delante. Notó el escozor de las lágrimas e intentó contenerlas.

Hoy no era una noche para lágrimas, tristeza o pesar. Ni siquiera para la vergüenza. Hoy era la noche de sus sueños. Era la noche en que todos los sueños se fundían en un momento maravilloso y arrebatador.

Sin embargo, no podía quitarse una cosa de la cabeza, algo que empañaba esa felicidad.

—Lo siento, Gracie —dijo entrecortadamente.

Ella parecía perpleja. Inclino la cabeza hacia un lado y le apretó las manos como si quisiera tranquilizarlo.

—No mantuve mi promesa.

Tuvo que apartar la vista al tiempo que le caía una lágrima por la mejilla que ahora escondía.

—Te prometí que serías la primera. Que me entregaría a ti intacto, igual que tú. Me das el regalo más valioso que un hombre puede recibir. Es un honor que sea el primer hombre al que permites que te haga el amor. Y yo no puedo decir que sea siquiera la segunda o la tercera con la que he estado.

Cerró los ojos y más lágrimas empezaron a caer.

—Zack —susurró mientras le apretaba aún más las manos—. Zack, mírame por favor.

Él volvió la cabeza despacio, la miró a los ojos y vio su propia emoción reflejada en los suyos.

—¿Y alguna vez le diste tu corazón a alguna de esas mujeres? —preguntó en voz baja.

—No —repuso categóricamente en un tono más duro del que pretendía. Pensar siquiera que otra mujer que no fuera Gracie tuviera su corazón...—. Nunca.

Ella sonrió y se puso de puntillas para llegar a su altura y con ternura le secó una lágrima de la mejilla. Él la rodeó con los brazos y la atrajo hacia sí, levantándola ligeramente para salvar la desventaja de la altura.

—Como siempre —dijo ella, rodeándole el cuello con los brazos—. Me coges, me sujetas, no permites que caiga. Siempre me proteges del mundo.

—Siempre —le prometió mirándola directamente a los ojos para que viera y sintiera la sinceridad de su juramento.

Ella le acarició la mandíbula y se lo quedó mirando con tanto amor en sus cálidos ojos marrones que casi lo derritió.

—Nunca has dado tu corazón a otras más que a mí —dijo ella con una mirada tan seria como su tono de voz—. Nunca les has dado una parte de tu alma como me has dado a mí.

—No solo una parte —la corrigió—. Toda, Gracie. Mi corazón, mi alma, mi cuerpo y mi mente. Nunca le he dado a nadie lo que es tuyo.

—Entonces no es cierto que hayas incumplido tu promesa.

Por un momento no pudo ni respirar. Se le nubló la visión mientras él la acercaba aún más a su rostro y ella apoyaba cabeza en su mejilla. Inhaló su dulce aroma y contuvo la respiración todo lo que pudo antes de volver a respirar.

—Te quiero —dijo él con la voz que se entrecortaba por el peso de tanta emoción—. Nunca querré a otra. Siempre has sido tú. Gracias a Dios que encontraste el camino de vuelta hacia mí. No vuelvas a alejarme, Gracie. No puedo vivir sin ti. Estoy incompleto sin ti. Llevo vacío los últimos doce años y no quiero volver a vivir así nunca más.

Ella volvió la cabeza para acariciar la comisura de los labios con su boca.

—Yo también te quiero. Y nunca volveré a marcharme.

Poco a poco y con Gracie en brazos, Zack fue hacia la cama. Cuando llegó al borde, la dejó sobre el colchón. Entonces se enderezó y la observó cautivado por lo que tenía delante.

Allí tumbada con el cabello sobre las sábanas, despeinada, estaba preciosa. Tenía las mejillas sonrosadas, enrojecidas por los mismos nervios que sentía él. Tenía los pezones erectos haciéndose evidentes contra el tejido de su salto de cama. Incapaz de resistirse a esa tentación tan deliciosa, agachó la cabeza hasta su escote, bajó hasta el ombligo y siguió acariciándola cuerpo arriba con los labios. Pensaba tomárselo con mucha calma. Le dedicaría la noche entera y disfrutaría hasta el último segundo.

—Tengo miedo —avisó ella con la voz temblorosa.

Él levantó la cabeza para mirarla a los ojos y entonces se tumbó a su lado, con una pierna encima de la suya de forma posesiva. Pero, al mismo tiempo, se aseguró de que no se sintiera incómoda.

—¿De qué tienes miedo, cielo?

Ella tragó saliva y entonces volvió la cabeza para mirarlo.

—No sé qué hacer —reconoció—. Yo nunca... Bueno, no voluntariamente.

Cerró los ojos, pero no antes de que Zack reparara en la vergüenza que le oscurecía la mirada. Tuvo que esforzarse mucho por controlar la rabia que empezaba a brotar. Esto era demasiado importante y no quería echarlo al traste. Tenía que tratarla con mucha dulzura.

—Ya, claro que no —repuso él—, pero yo tampoco, Gracie. Nunca le he hecho el amor a otra mujer. ¿Cómo podría haberlo hecho si solo estoy enamorado de ti?

Ella pestañeó y tragó saliva de nuevo y él le acarició la mejilla, deleitándose en su suave piel.

—También tengo miedo —reconoció él—. Nada es tan importante como esta noche, este momento. No quiero hacerte daño, asustarte o ir demasiado deprisa. De hecho...

Se inclinó y la besó en los labios antes de seguir.

—No tenemos por qué hacer el amor esta noche —susurró—. Tenemos todo el tiempo del mundo. El resto de nuestras vidas. Seré muy feliz teniéndote en mis brazos mientras te quedas dormida, sabiendo que eres mía por fin, que llevas mi anillo y mi apellido.

Gracie se incorporó un poco y lo miró con los ojos ardientes a pesar de la tenue luz de la lámpara de la mesita de noche.

—No —dijo, tajante. Le acarició el pecho y dejó la mano encima de su corazón. Había pena en sus ojos, pero también determinación—. No dejaré que me arrebaten esta noche. ¡No pienso permitirlo!

A Zack se le inundaron los ojos de lágrimas y la acercó hasta apoyar su frente con la suya. Tenían los labios tan cerca que la respiración de ambos se entremezclaba.

—No te tengo miedo. No podría tenerte miedo, Zack. Sé que no me harías daño. Llevo esperando este momento doce años.

Las últimas palabras fueron casi inaudibles, ya que las dijo con la respiración entrecortada. Él le acarició un lado de la cara con la mano y la atrajo hacia su boca. Le acarició la mandíbula mientras se besaban con dulzura; lo único que se oía era el sonido de su beso.

—Solo tengo miedo porque no sé qué hacer —le susurró a los labios—. Quiero darte placer, pero no sé cómo. Le tenía tantas ganas a esta noche que tengo miedo de meter la pata y fastidiarlo todo.

Zack la abrazó y se colocó encima de ella, aunque tuvo cuidado de no aplastarla con todo su peso. Se la quedó mirando con una mirada que ardía, como la de ella momentos antes.



—Nunca me decepcionas. Siempre me darás placer. Gracie, te has casado conmigo, llevas mi anillo y has aceptado mi apellido. No podría ser más feliz de lo que soy ahora mismo y me importa una mierda si hacemos el amor o no. Me basta con tenerte aquí, conmigo y entre mis brazos. Siempre será suficiente con esto.

—¿Y si quiero que me hagas el amor? —susurró.

A él lo embargó una tremenda satisfacción que nunca antes había sentido.

—Pues entonces lo haré —contestó con un gruñido.

—Sí, por favor —añadió ella con dulzura—. Hazme el amor, Zack. Llevamos demasiado tiempo esperándolo.

Él fundió su boca con la de ella e interrumpió cualquier otra cosa que fuera a decir. Esta vez se permitió perder el control y puso todo su sentimiento y todo su amor en ese beso.

Sus lenguas se encontraron y bailaron la una con la otra. La degustaba, la devoraba, e iba a por más.

Con una mano le recorrió el cuello hasta el hombro, donde sus dedos se encontraron con el fino tirante de su salto de cama. Con un cuidado exquisito, se lo pasó por el hombro para bajárselo por el brazo.

A Gracie se le erizaba el vello cuando la tocaba y se estremeció mientras se besaban. Emitió un gemido, un sonido de deseo; unas ganas muy parecidas a las suyas, ganas de hacerla suya por fin.

—No dejes que te haga daño —dijo mientras le bajaba el salto de cama por el cuerpo.

—No lo harás.

Dios, era tan hermosa; tenía unas formas perfectas. Se detuvo cuando la prenda le llegaba a la cintura y contempló las suaves curvas de sus pechos. Entonces, incapaz de esperar un segundo más, se acercó para saborearlos.

Ella dio un grito ahogado y arqueó la espalda cuando le succionó un pezón. Lo lamió y chupó hasta que no pudo dejar de contonearse. Entonces se centró en el otro, que consiguió poner erecto como hizo con el primero.

Gracie se aferró a sus brazos, los hombros y luego le acarició la espalda de arriba abajo. Cuando él encontraba un punto especialmente sensible, se quedaba quieta y hundía los dedos en su piel como si le resultara casi insoportable. Para él ya lo era.

Ardía en deseos de introducirse en su cuerpo, tan acogedor. Nunca le había dolido tanto el pene como en ese momento. Nunca había querido a alguien con una desesperación como la que sentía por ella, su Gracie. Sin embargo, se obligó a ir despacio, porque no quería que el momento terminara demasiado pronto. En lugar de eso, fueron aumentando y avivando el fuego entre ambos hasta que llegaron a un infierno de deseo que los consumía por completo.

Él gimió cuando le acarició el cuello con la boca y subió hasta su oreja, donde le dio un mordisquito. Empezaba a jadear, en busca de aire. Ese era el efecto que tenía sobre él. Se le cortaba la respiración con solo mirarla y sabía que eso no cambiaría

nunca.

No dejó ni un centímetro de su piel por recorrer, desde la cabeza hasta los dedos hermosos y rosados de sus pies. Y tal como había fantaseado, le besó los dedos uno a uno.

Al besar el último, le separó las piernas y empezó a besarla por la cara interior de las piernas, deteniéndose en la zona sensible alrededor de las rodillas. Sonrió al ver que se estremecía. Evidentemente, las rodillas eran una de sus debilidades. Estaba empeñado en descubrir las demás; otras zonas que la enloquecieran de placer.

Se puso tensa cuando llegó al interior de los muslos. Gracie le pasó una mano por el pelo cuando le besó el monte de Venus.

Con suavidad, le separó los labios menores y dejó al descubierto su abertura de satén y su diminuto centro de placer.

Primero le pasó la lengua por el clítoris, disfrutando de cada pincelada y cada gemido de placer que le robaba. Al poco se volvió más atrevido y empezó a succionar hasta que ella levantó la cadera para satisfacerlo.

Zack temblaba de las ganas que le tenía, y le introdujo un dedo. Las paredes aterciopeladas se cerraron alrededor y lo succionaron más adentro mientras él ponía los ojos en blanco al imaginarse la erección en su suave interior.

A Gracie le temblaban las piernas y se estremecía por completo. Vio cómo le brillaban los ojos cuando levantó la cabeza para mirarla. No se lo preguntó, pero aun así ella respondió asintiendo y, para que le quedara más claro, le puso las manos en los hombros.

—Por favor, Zack —imploró en voz baja—. Te necesito.

No tendría que rogarle por nada que pudiera proporcionarle. Se incorporó y se colocó entre sus piernas abiertas mientras contemplaba el bello festín que tenía delante.

—Nunca te pediré nada mientras viva —dijo con voz ronca—. Lo único que quería era tenerte a ti.

A Gracie se le cayó una lágrima que acabó desapareciendo por su pelo.

Tratando de no ir demasiado deprisa, se puso frente a su sexo y dejó que la punta del pene se envolviera de su calidez.

Cerró los ojos y dio un grito agónico; sonaba a dolor, pero era el placer más exquisito que había sentido en la vida.

Gracie se aferró a sus hombros y le hincó las uñas como pidiéndole que continuara, pero no hizo falta.

Se fue introduciendo poco a poco, sin dejar de mirarla en busca de algún gesto de incomodidad. Ella abrió los ojos mientras él la penetraba más, pero, como solo vio placer en ellos, siguió más adentro.

Le ardía la piel; las llamas lo consumían, amenazaban con consumirlo y llevarlo al límite. Se notaba el sudor en la frente por el esfuerzo de contenerse.

—Zack, estoy bien —susurró al oído—. No me haces daño. Déjate llevar.

Ámame.

Su amable súplica le hizo soltar las riendas del autocontrol. Con un gruñido, la rodeó con los brazos y la penetró hasta el fondo, se convirtieron en uno.

El calor envolvía a Gracie, que aún tenía el gusto de él en la lengua, y acogía sus embates una y otra vez. Levantó las piernas y le rodeó los muslos mientras arqueaba la espalda para recibir mejor sus embestidas.

Entonces abrió los ojos y le hincó más las uñas hasta el punto de abrirle la piel.

—Uf, Zack. No pares. ¡No pares, por favor!

Fue el último empujón que necesitaba. Con un grito ahogado, empujó una y otra vez, con más fuerza y más dureza.

Sus caderas se encontraban; sus cuerpos se fundían en uno con la fuerza de cada penetración.

Gracie abrió la boca en un grito mudo y se le nubló la vista como si estuviera perdiendo la noción del tiempo y del lugar. Él notó sus espasmos y cómo su sexo se contraía alrededor de su erección y, de repente, notó una explosión de flujo que indicaba la llegada del orgasmo.

Fue catalizador del suyo. Cobijado por la calidez de su sexo, y con un sentimiento de comodidad y de regreso al hogar como no había sentido antes, se dejó llevar. Con su nombre en los labios, le susurró «Te quiero» una y otra vez, y se corrió en su interior.

Hundió el rostro en su cuello y notó sus propias lágrimas en la piel. Se estremeció una vez más y se quedó inmóvil del agotamiento. Cuando pudo empezar a ver y a pensar con claridad, se dio cuenta de que estaba tendido encima de ella, que le acariciaba la espalda con ambas manos y apoyaba la mejilla en su cabeza.

Cuando quiso apartarse para que no tuviera que soportar todo su peso, ella protestó y se aferró a él.

—No, espera, me gusta que estés así —murmuró—. Quédate.

Y eso hizo.

Un buen rato después de sus últimos gemidos y suspiros de placer, ahí estaban, entrelazados. Eran dos amantes que habían pasado demasiados años separados; dos amantes que finalmente habían hallado el camino para reencontrarse y habían disfrutado del mejor recibimiento que se podía pedir.

Puede que creyera que estaba dormido o tal vez quisiera que la escuchara, no estaba seguro, pero mientras le pasaba las manos por el pelo, le susurró al oído:

—No pienso volver a soltarte.

Y él sonrió. Su solemne promesa le había llegado al alma.



MAYA BANKS ha aparecido en las listas de *best sellers* de *The New York Times* y *USA Today* en más de una ocasión con libros que incluyen géneros como romántica erótica, suspense romántico, romántica contemporánea y romántica histórica escocesa. Vive en Texas con su marido, sus tres hijos y otros de sus bebés. Entre ellos se encuentran dos gatos bengalíes y un tricolor que ha estado con ella desde que tuvo a su hijo más joven. Es una ávida lectora de romántica y le encanta comentar libros con sus *fans*, o cualquiera que escuche. Maya disfruta muchísimo interactuando con sus lectores en Facebook, Twitter y hasta en su grupo Yahoo!

A Maya le gustan más los gatos pero su hija les convenció a ella y a su marido de que lo que de verdad necesitaban era un perro. Elaboró una propuesta de dos páginas escritas a mano donde detallaba por qué tenían que tener un perro en casa, y después de aquello se embarcaron en la búsqueda del perro perfecto. El viaje para recoger al animal estaba a dos horas de distancia y a Maya la detuvieron por exceso de velocidad mientras iba, además, hablando por teléfono con su agente quien le estaba contando que había recibido una oferta de una editorial para publicar uno de sus libros... «El oficial de policía no se impresionó ni se apiadó lo más mínimo. Me puso la multa de todos modos. Por lo tanto, ahora le digo a mi hija que su perro se convirtió ¡en un capricho muy caro!»

Cuando Maya no está escribiendo, le encanta cazar y pescar con su familia. «A todos nos gusta el aire libre y realizar excursiones de caza toda la familia cada año. También nos encanta viajar. Una de las excursiones más recientes fue a Escocia».

Piensa que el aspecto más gratificante de su profesión de escritora es llegar a conocer a tantos lectores maravillosos. «No hay nada mejor que compartir libros con alguien que ama el género romántico tanto como yo».